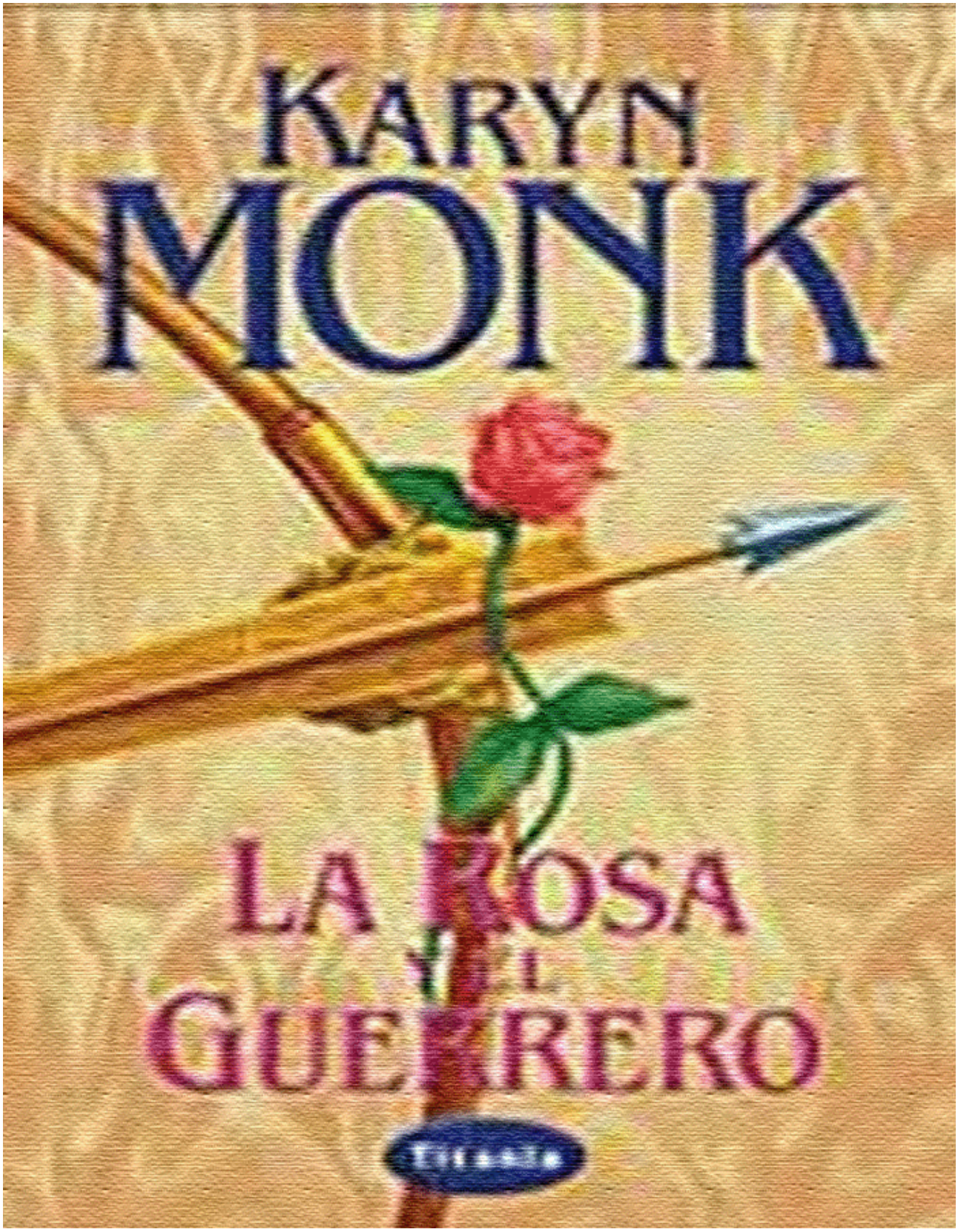
KARYN MONK

La rosa y el guerrero



LIBRO dot.com
http://www.librodot.co

Capítulo 1

Tierras Altas de Escocia, verano de 1216.

Cada paso que daba su montura era una agonía.

"No es nada", se dijo con severidad Roarke, moviendo su peso para mitigar la dolorosa presión sobre la columna vertebral. Pero la implacable palpitación en los músculos continuó, un recordatorio incesante de que su cuerpo ya no disfrutaba de la dura elasticidad que otrora había conocido.

Era un descubrimiento amargo.

—Se hace tarde —observó Eric, instando a su caballo a avanzar junto a Roarke. El guerrero enorme de cabello rubio estudió la luz moribunda—. Deberíamos acampar.

El otro meneó la cabeza.

Eric lo miró con sus penetrantes ojos azules. Roarke devolvió el escrutinio de su amigo con rígida indiferencia.

—Como desees —aceptó Eric pasado un momento, encogiéndose de hombros—. Sólo pensaba en los caballos.

—Avanzaremos un poco más —resistió el impulso de cambiar otra vez de posición, por miedo de revelar su fatiga—. Aún podemos.

—Es extraño que aún no hayamos visto señal de él —comentó Donald mientras estiraba los brazos con pereza por encima de la cabeza. Bostezó—. Quizá el elusivo Halcón y su encantadora banda tengan más ganas de presentarse cuando nos hayamos detenido a pasar la noche.

—Es lo que le hicieron a los últimos hombres que envió el lord MacTier para capturarlos —gruño Myles. El fornido guerrero escupió con desdén en el suelo—. Los atacaron mientras roncaban después de haber golpeado a los hombres asignados para la guardia.

—Los desnudaron y les robaron los caballos —añadió Eric—. Los idiotas tuvieron que regresar a pie cubiertos con unas ramas estratégicamente situadas sobre sus cuerpos. El lord MacTier se puso furioso.

—Eso no parece muy deportivo —Donald enarcó una ceja con perplejidad—. Una cosa es robar armas y objetos de valor, pero, ¿Para qué quería el Halcón llevarse sus faldas?

—Para humillar a sus enemigos —Roarke fue incapaz de contener su disgusto. Era mejor matar a tu oponente, con celeridad y honor, que desnudarlo como si fuera un niño y enviarlo de vuelta a su clan—. El Halcón y sus hombres prefieren el arma de la humillación al corte limpio de la muerte. Si consiguen que MacTier parezca un tonto, entonces otros clanes nos considerarán tontos a todos. Por eso debemos aplastar a esa banda de proscritos.

—Sin embargo, MacTier quiere que capturemos al Halcón con vida —musitó Donald.

—Quiere matar en persona a ese incómodo bastardo —explicó Roarke. Hacía meses que el Halcón era una espina que supuraba en el trasero del

lord, y su paciencia se había agotado—. MacTier también lo necesita vivo para averiguar dónde ha escondido la fortuna que nos ha robado.

—Para eso no hace falta que lo arrastremos todo el trayecto hasta nuestras tierras. —La mano grande de Eric se cerró en torno a la empuñadura del pesado puñal que llevaba a la cintura—. Bastará con que le arranquemos unas tiras de piel para que nos diga exactamente lo que queremos saber.

—Nuestras órdenes son llevarlo vivo, Eric —le recordó Roarke. El guerrero soltó el arma a regañadientes.

—Prefiero la batalla a esta tediosa cacería —se quejó con tono lúgubre—. En el combate no tengo que elegir a quién mato y a quién mutilo.

—¡Por Dios, qué reflexión tan inspiradora! —exclamó Donald con una risa—. Seguro que cuando volvamos a casa seducirás a muchas doncellas hermosas con tu galante filosofía.

—Dejo la seducción de doncellas para ti —bufó Eric—. Tienes la cara bonita para esas tonterías.

—No es mi cara lo que gana sus corazones —afirmó Donald, aunque con sus rasgos finos no se podía negar el atractivo que ejercía sobre las mujeres—. Sencillamente yo sé como relajar a una gentil doncella... a diferencia de ti, que con ese temible ceño de vikingo logras hacerlas huir despavoridas al regazo de sus madres antes de poder darles los buenos días.

—Las mujeres son criaturas débiles y tontas —la expresión de Eric se oscureció.

—Eric tiene razón —convino Myles rascándose la cabeza afeitada—. Adularlas es un deporte para necios —eructó.

—Es evidente que lleváis bastante tiempo alejados de la compañía femenina —Donald suspiró—. Esta noche comenzaré a daros clases sobre cómo ganar las atenciones de una mujer, y dentro de poco las tendréis a vuestro alrededor como pájaros hambrientos sobre la fruta madura.

—No deseo que las mujeres me rodeen —replicó Eric—. Socavan tu energía y te hacen perder un tiempo que podrías dedicar mejor a entrenarte para la batalla.

—Ah, pero no hay nada más dulce que la suavidad de una joven pegada a tu dureza —entonó Donald con tono soñador—, o la caricia aterciopelada de sus labios húmedos y entreabiertos sobre tu...

—Más adelante hay un claro —interrumpió Roarke—. Id a ver si es un lugar satisfactorio para acampar.

—Encantado —gruñó Eric—. Cualquier cosa con tal de escapar de la infernal cháchara de Donald. —Clavó los talones en los costados de su montura y partió hacia el claro.

—Llegará el día en que supliques mi consejo para conquistar el corazón de una muchacha —gritó Donald con jovialidad y galopó tras él.

—Acompáñalos, Myles —ordenó Roarke—, e intenta evitar que Eric lo mate antes de llegar al claro.

—No será fácil —musitó Myles, partiendo.

Roarke observó mientras sus guerreros desaparecían en el umbroso velo de árboles. Convencido de que estaba solo, movió despacio la cabeza de un lado a otro, gimiendo con alivio ante la oleada de sonidos crujientes que recompensó su esfuerzo. Luego levantó los brazos y los flexionó, mitigando los dolorosos nudos de tensión en los músculos dañados. Gruñó y se adelan-

tó sobre el caballo en un intento por soltar la rigidez de la espalda. Los movimientos apenas consiguieron aplacar su incomodidad, pero incluso una mejoría marginal era superior a nada. Al menos ya podría fingir un mínimo de sosiego cuando desmontara ante sus hombres en vez de sucumbir a la traición de su cuerpo agotado y maltrecho.

—Mira —indicó Donald al ver que Roarke se acercaba—. Parece que alguien ha estado aquí antes que nosotros —extrajo una daga reluciente de la tierra junto a la base de un árbol—. Alguien aficionado a las armas llamativas —añadió mientras daba la vuelta a la empuñadura profusamente enjoyada.

—Por todos los diablos —Myles abrió mucho los ojos—, eso debe valer una pequeña fortuna.

—No es el arma de un guerrero —desdeñó Eric—. Solo un necio confiaría su vida a un instrumento tan absurdo.

Roarke se sintió inquieto. El crepúsculo se había convertido en una membrana nebulosa, haciendo que fuera difícil ver a través de las sombras del tupido ramaje de los pinos y los serbales. Un susurro de sonido acariciaba la quietud, apenas más alto que el aletear de un ala, pero que le pareció fuera de lugar en esa arboleda. Entrecerró los ojos y se afanó por distinguir entre las formas cambiantes que los rodeaban, por oír más allá de la molesta sonoridad de los comentarios de sus guerreros sobre la daga.

No había nada salvo el ocasional gorjeo de un pájaro y el suave crujido causado por un animal al escabullirse por el terreno margoso. “Estás siendo tonto”, se dijo con impaciencia, preguntándose por qué se sentía tenso. “No es nada".

De pronto una red gigantesca cayó de los árboles y atrapó como conejos a sus sobresaltados hombres.

—¡Los tengo! —gritó una voz alegre desde arriba—. ¡Tres moscas gordas en una red pegajosa!

—¡Buen trabajo, Magnus! —dijo otro—. ¡Pero aún queda uno! Roarke clavó los talones en su montura y se lanzó hacia delante, esquivando apenas la segunda red.

—¡Fallaste, Lewis! —gritó un tipo alto que descendió de los árboles con agilidad felina. Contempló a Roarke con cautela distante mientras analizaba su siguiente movimiento.

—¡Lo siento! —se disculpó una voz compungida por encima de la cabeza de Roarke.

—No ha sido culpa tuya, muchacho —aseguró la primera voz—. ¡Ese es tan escurridizo como un pez!

—¡Olvidaos de eso, que lo coja alguien! —ordenó el alto, al que ya se le había unido un hombre fornido de pelo rizado e indómito.

Sin prestar atención a Roarke, aferraron los extremos de la red y comenzaron a correr en círculos alrededor de los vociferadores guerreros, que maldecían y se golpeaban mientras intentaban liberarse.

De pronto de entre los árboles otro guerrero irrumpió en el claro sobre un magnífico caballo del color del acero, su espada un destello de plata contra la luz menguante. El nuevo atacante lucía un yelmo oscuro y abollado y una cota de malla finamente entrelazada sobre unos pantalones de algodón tosco. Sus ojos eran dos rendijas negras, pero la sombría determinación con

la que empuñaba el arma no dejaba lugar a dudas sobre cuáles eran sus intenciones.

Roarke embistió y recibió el primer mandoble de la hoja de su atacante, que lo hizo retroceder, pero sólo durante un segundo. Al instante el guerrero alzó la espada y se lanzó otra vez sobre él, arremetiendo antes de que pudiera mejorar su posición. Roarke levantó su espada en un poderoso arco y con un estallido de chispas doradas logró desviar el golpe del guerrero. El ruido del acero se mezcló con los juramentos innobles y los aullidos de sus soldados definitivamente enredados.

Su atacante no era rival para el tamaño y la fuerza de Roarke, pero lo que le faltaba en potencia lo compensaba con creces con agilidad y velocidad. Roarke embistió una y otra vez, y cada estocada hizo retroceder un poco a su adversario, hasta que al final se encontraron más allá del claro y percibió que la ventaja era suya. Empleando toda su fuerza elevó la espada en el aire y se preparó para cercenar la cabeza de su contrincante.

El dolor atravesó su glúteo y redujo el rugido a un grito sobresaltado. Otra flecha hendió el aire junto a su oreja y voló hacia su oponente, quien se hizo a un lado, para agitar los brazos con impotencia al caer del caballo. Una tercera saeta pasó silbando, lo que provocó que la montura de Roarke se alzara sobre sus patas traseras, con el doloroso efecto de clavar aún más la punta de hierro en su trasero. Con un juramento salvaje, soltó las riendas y la espada para asir la maldita flecha, luego movió los brazos en el aire antes de caer de forma poco ceremoniosa junto a su atacante.

—¡Cómo te atrevas a mover un pelo, bestia enorme, plantaré esta flecha en ese corazón codicioso que tienes! —declaró una voz desde arriba.

Roarke clavó la vista en su espada, más allá de su alcance. Hizo acopio del resto de su desfigurada dignidad, apretó los dientes y se apoyó sobre el glúteo bueno.

—No eres tan atrevido ahora que tienes una flecha en el culo, ¿verdad? —cacareó su captor— ¡Qué te sirva de lección por osar meterte con el poderoso Halcón!

Roarke observó al anciano que con manos algo temblorosas le apuntaba al pecho con una flecha.

—¿Tú eres el Halcón? —exigió, incapaz de ocultar su asombro. Los ojos del ladrón se entrecerraron bajo unas cejas blancas.

—Si pretendes burlarte de mí, deberías saber que he matado a docenas de hombres por mucho menos —estiró la cuerda del arco hasta darle una amenazadora tensión—. ¿Quieres otra flecha en tu cuerpo?

—No era mi intención insultarte —afirmó Roarke sin quitar la vista de la trémula flecha que la mano nudosa de su captor sostenía de forma precaria—. Como vi que te apoya una banda de hombres —miró a los tres que por entonces tenían bien atados a sus vocingleros hombres— di por hecho que eras su líder.

El anciano lo miró con recelo, evaluando la explicación. De pronto su boca arrugada se abrió en una sonrisa amarilla.

—No pasa nada, muchacho —adoptó una postura gallarda—. Resulta fácil comprender tu confusión al enfrentarte a un guerrero tan formidable como yo. El Halcón es quien yace a tu lado —continuó, señalando con el arma al guerrero caído—. Y será mejor que no esté muy herido, o tendré que clavarte otra flecha.

Roarke contempló a su oponente, que no se había movido desde que se desplomó al suelo. Era evidente que la caída lo había atontado. Furioso por haberse visto atrapado por las mismas presas a las que acechaba, alargó la mano y con rudeza le quitó el yelmo al Halcón.

—Dios mío —musitó con voz ronca.

Los ojos aturdidos del guerrero se abrieron y lo miraron con expresión confusa. Eran un brillante torbellino de esmeralda y oro, como un bosque de las tierras altas que cambiara de color bajo la luz del sol. El infame Halcón estudió a Roarke un momento con las finas cejas arqueadas como si intentara recordar cómo había ido a parar al suelo a su lado. No mostraba señal de temor, sólo curiosidad infantil, como si su proximidad fuera del todo aceptable, siempre que pudiera recordar la explicación para ello. Roarke analizó con estupor la delicada perfección de la joven y se preguntó cuándo había visto una piel tan sedosa, una nariz tan elegantemente esculpida o labios tan carnosos e invitadores. El cabello se abría sobre el suelo en una oscura y lustrosa capa, sus mechones enredados ondulaban sobre la hierba aplastada como exquisita cerveza negra. Quiso decir algo, pero su capacidad de habla lo había abandonado y se la quedó mirando fijamente, perdido en las inocentes profundidades de su mirada.

—Sufriste una buena caída, Melantha —dijo el anciano—. Menos mal que llevabas puesto el yelmo, o te habrías roto la cabeza como si tuera un huevo —añadió con una risita—. ¿Te encuentras bien?

—¿Me caí? —La mirada de Melantha siguió sobre el desconocido que la observaba.

Roarke asintió. Si la flecha que tenía clavada en el trasero hubiera llegado una fracción de segundo más tarde, habría cercenado la cabeza de esa magnífica criatura. Una mujer. En realidad, poco más que una muchacha. Se sintió avergonzado y eso le provocó un mareo.

No tenía ni idea de cómo habría podido perdonarse alguna vez semejante atrocidad.

Melantha estudió al atractivo guerrero que la contemplaba desde arriba, confusa por la preocupación que vio marcada en las arrugas de su curtido rostro. Tenía la mente envuelta en la bruma, pero resultaba obvio que ese hombre se hallaba atribulado por su caída.

—Estoy bien —le aseguró, alzando el brazo para apoyar la mano contra la aspereza de su mejilla. El gesto íntimo pareció sorprenderlo, pero ella no retiró la palma. De hecho, la pegó al calor de su piel, fascinada por el duro contorno de la mandíbula bajo sus dedos finos.

—Dudo que ese animal esté demasiado preocupado por cómo te sientes —intervino Magnus—, si tenemos en cuenta que iba a cortarte la cabeza en el momento en que le clavé una flecha en el culo.

El velo que amortajaba la mente de Melantha se evaporó al instante, liberando su memoria con gélida precipitación. Apartó la mano y giró para asir su espada caída antes de ponerse de pie con agilidad.

—¿Quién eres? —exigió, apuntando la hoja a su cuello.

—Me llamo Roarke —repuso con una mueca al intentar equilibrarse sobre su cadera buena.

—Es un buen nombre —observó Magnus apoyándose sobre el arco—. Significa «gobernante sobresaliente». ¿Acaso eres un lord, muchacho?

Roarke meneó la cabeza sin apartar la vista de Melantha. La cota holgada y los pantalones informes ocultaban cualquier rastro de su figura femenina, aunque descubrió que algo despertaba en él su gracia esbelta y flexible mientras se hallaba de pie a su lado.

—Soy un guerrero —declaró.

—¿De qué clan? —la espada de Melantha estaba preparada para cortarle el cuello si respiraba de la manera equivocada—. Y ahórrame tus mentiras pues si oigo una respuesta diferente de tus buenos soldados, mis hombres disfrutarán despellejándoos despacio hasta que nos contéis la verdad.

—Del clan MacTier —observó fascinado mientras ella entrecerraba los ojos.

—Estáis algo lejos de vuestras tierras —comentó con sequedad— ¿Qué hacéis en estos bosques?

—Vamos de camino a las tierras de los MacDuff —mintió—. Se nos ha confiado un mensaje que hemos de transmitirle a su señor.

—¿Qué mensaje? —lo estudió con suspicacia.

—Es sólo para oídos del lord MacDuff.

—Miente. —El joven alto y ágil que había saltado primero de los árboles se acercó. No parecía tener más de veintidós años, pero la expresión dura de su cara indicaba que hacía tiempo que había perdido los caprichos de la juventud. El pelo que le llegaba hasta los hombros era castaño y dorado, y lucía una barba bien cuidada del mismo color, que servía para ocultar su relativa falta de años—. No llevan ningún mensaje —observó a Roarke con desprecio.

—¿Cómo lo sabes, Colin? —inquirió Melantha.

—Porque los otros ya han revelado que venían aquí a capturar al Halcón —contestó—. Da la impresión de que hemos atrapado a cuatro de los más finos hombres del lord MacTier —indicó con un tono altamente desdeñoso.

Melantha apretó la punta de la espada contra la base del cuello de Roarke.

—Te advierto de que no tengo paciencia con los hombres que carecen del valor para decir la verdad —anunció con voz ominosa.

—Y yo te advierto —gruñó Roarke haciendo la hoja a un lado— de que no aceptaré que me pinches con esa espada oxidada como si fuera un trozo de carne fibrosa.

Colin se adelantó y plantó su arma en el pecho de Roarke.

—Repite eso —invitó con calma mortal—, y me encargaré de que sea lo último que hagas en la vida.

—Vamos, muchachos, ya está bien —objetó Magnus—. Me parece que por hoy ya ha habido suficiente lucha. A estos MacTier los hemos apresado con poco daño salvo por una flecha en este enorme animal, y aunque seguro que le escuece un poco, no creo que vaya a matarlo.

—Es una pena —espetó Colin sin apartar la espada de Roarke—. Quizá debería remediarlo.

—Ya es suficiente, Colin —indicó Melantha—. Llévalo con los otros y átalo. Lewis los vigilará mientras hablamos.

—De pie, MacTier —ordenó Colin.

Roarke se levantó con incomodidad y cojeó hasta sus hombres, apretando la mandíbula ante el dolor que le atravesaba el glúteo. Sus guerreros lo miraron con expresión sombría detrás de la red.

—¿Es grave la herida? —quiso saber Eric, incapaz de ver la flecha que sobresalía de su trasero.

—No —fue la seca contestación de Roarke.

—¿Dónde ha sido? —preguntó Donald.

Roarke titubeó. Al darse cuenta de que no podía caminar por ahí con una flecha en el glúteo sin que ellos se enteraran, se volvió.

—Eso es... muy desafortunado —logró comentar Donald, esforzándose por no soltar una carcajada.

—No creo que alguna vez te hayan herido ahí —indicó Myles.

—Le harán falta puntos –dijo Eric—. La carne en esa zona es suave y se desgarra con facilidad...

—¡No es nada! —exclamó Roarke, deseando que todos se callaran—. Olvidadlo.

—Dame las muñecas —ordenó Colin mientras sostenía una cuerda—. Y no intentes hacer nada o Lewis te destripará como a un pescado.

Un joven larguirucho y desmañado con el pelo rojo sangre y piel pecosa se adelantó con gesto nervioso. Roarke dudó que Lewis tuviera mucha experiencia destripando algo que no fuera pequeño y no estuviera muerto ya, pero se contuvo de comentarlo. Extendió las muñecas y permitió que Colin lo atara a un árbol.

—Lewis, vigílalos mientras los demás hablamos —instruyó Colin—. Si alguno te plantea algún problema, mátalo.

Lewis miró con expresión aprensiva a Roarke, y éste lo estudió con gesto torvo, haciendo que el pobre muchacho retrocediera con paso inseguro. Roarke puso los ojos en blanco, incapaz de creer que se había dejado capturar por semejante banda de ridículos ineptos. Si tuviera las manos libres y el trasero sin esa maldita flecha, habría podido dominar a todo el miserable grupo.

Pero, por el momento, poco más podía hacer salvo contemplar con el ceño fruncido a los miembros del grupo del Halcón reunidos más allá del claro.

—Son tipos hoscos, eso está claro —rió entre dientes Magnus mientras meneaba la cabeza—. Veamos si una buena caminata de regreso junto al lord MacTier sin sus faldas les quita esa hostilidad.

—No podemos dejarlos marchar —objetó Colin—. Vinieron a buscarnos y nos han encontrado. Si los soltamos, reunirán un ejército v volverán.

—Acabemos con ellos. —Finlay clavó su espada en el suelo y escupió.

—¿Sugieres que los matemos? —los ojos entrecerrados de Magnus se abrieron mucho por la sorpresa.

—No veo modo de evitarlo, Magnus —Colin lo observó con seriedad.

—Pero ese no es nuestro estilo —protestó el otro—. Somos ladrones, amigos, no asesinos a sangre fría.

—No se trata de un asesinato —replicó Colin—. Nos protegemos a nosotros mismos y a nuestro clan de otros ataques. Además, han visto a Me-

lantha. No podemos permitir que se marchen sabiendo quién es el Halcón en realidad.

—Esto es terrible —se quejó Magnus—. Sabéis que no siento un amor especial por los MacTier, pero hasta ahora nuestro único delito ha sido robarles y machacar un poco su orgullo. Es mucho más serio acabar con esos muchachos como si fueran ciervos atrapados.

—No es peor que lo que los MacTier hicieron con nuestra gente la noche que nos atacaron —recordó Colín con furia—. Perdimos a más de dos docenas de hombres ante el salvajismo de sus guerreros. Lo más probable es que estos cuatro participaran en la carnicería. Es hora de que le paguemos a los MacTier con la misma moneda... con su misma sangre.

—Colin tiene razón. —Finlay extrajo la espada del suelo—. Acabemos de una vez.

—No.

Colin contempló a Melantha con incredulidad.

—Pero si los dejamos ir...

—Si los dejamos ir, traerán a más guerreros para buscarnos —reconoció ella—. Pero si los matamos, MacTier se enfurecerá. Puede que no sepa quién es el responsable del acto, pero se cerciorará de que su ira la sientan todos aquellos clanes cuyas tierras linden con estos bosques. Nuestra gente no puede resistir otro ataque, Colin. No podemos matarlos.

—Si no podemos liberarlos ni matarlos, entonces, ¿qué demonios vamos a hacer con ellos? —exigió saber.

—Tendremos que llevarlos con nosotros.

—¿Con nosotros? —repitió Magnus—. ¿Te refieres como prisioneros?

—Para nosotros valen más vivos que muertos —ella asintió—. Podemos devolvérselos a MacTier a cambio de un rescate..., sus vidas por dinero y mercancías.

—Eso es una locura —protestó Colin—. Incluso dando por hecho que a MacTier le importen estos guerreros lo suficiente como para pagar un rescate por ellos, en cuanto los soltemos atacará a nuestro clan y recuperará lo pagado, y mucho más.

—Eso depende de la cuantía del rescate —replicó Melantha—. Si exigimos suficiente dinero para comprarnos la protección de un ejército, MacTier no se atreverá a atacarnos después de haberlos liberado.

—¿Qué ejército? —Finlay la observó confuso.

—Los MacKenzie tienen un ejército poderoso —explicó ella—. Están lo bastante cerca de nosotros como para llegar con rapidez si les enviáramos un mensaje diciendo que los necesitamos.

—La caída del caballo te impide pensar con claridad, muchacha —objetó Magnus—. Los MacKenzie no tienen ningún interés en ayudarnos.

—Fuimos a solicitar el auxilio del lord MacKenzie después de que los MacTier nos atacaran —le recordó Colin—. El viejo bastardo se negó.

—Porque dijo que no teníamos qué ofrecerle a cambio. Los MacTier nos lo habían arrebatado todo, de modo que no disponíamos de nada para establecer un trueque. Pero si MacTier está dispuesto a pagarnos en oro por el retorno de sus guerreros, entonces podremos comprar la protección de los MacKenzie.

—Puede que la chica tenga un poco de razón —indicó Magnus mientras se mesaba la barba blanca en un gesto reflexivo—, El viejo MacKenzie siempre ha sido un bastardo codicioso. No creo que rechazara un saco de oro a cambio del empleo esporádico de algunos de sus guerreros. Además, esos muchachos siempre se mueren por pelear.

—No me gusta —afirmó Colin—. Eso sacaría nuestra batalla con los MacTier fuera de los bosques y la conduciría directamente a nuestras tierras.

—No tenemos elección —arguyó Melantha—. No podemos dejar que estos guerreros se marchen, y si los matamos, MacTier terminará ante nuestro castillo exigiendo saber quién es el responsable. Al menos de esta manera se verá obligado a pagar, y así dispondremos de la oportunidad de arreglar nuestra protección.

—Muy bien —cedió Colin—. Los llevaremos con nosotros. Pero comprende esto, Melantha, si el consejo no acepta pedir un rescate por ellos, no nos quedará más alternativa que matarlos.

—El consejo lo aprobará —aseguró ella— en cuanto entienda lo que podemos ganar manteniéndolos con vida.

—Es vuestro día de suerte, amigos —anunció Magnus con júbilo cuando regresaron al claro—. Hemos acordado dejaros vivir, aunque bajo ningún concepto fue una decisión unánime. Yo estaba a favor de haceros picadillo y serviros como alimento a los lobos.

—Una decisión excelente —comentó Donald desde la apretura de su prisión de cuerdas—. Os felicito por vuestro juicio excepcionalmente sensato.

—Pasaremos aquí la noche —anunció Melantha—. Lewis y Finlay, quitad le la red a esos hombres. Asegurad sus muñecas y tobillos para que no sientan la tentación de huir. Magnus, enciende un fuego. Colin, haz la primera guardia. Yo voy a llevar los caballos al arroyo —recogió las riendas de las monturas mientras sus hombres se dedicaban a ejecutar sus órdenes.

—Odio molestar —intervino Roarke—, pero, ¿piensas dejarme de pie toda la noche junto aun árbol con esta flecha clavada en mi cuerpo?

—La idea no me perturba —Melantha se encogió de hombros—. Si te sientes incómodo, Magnus te la quitará.

Roarke frunció el ceño. —No quiero ofender, pero las manos de ese anciano tiemblan tanto que apenas puede mantener los dedos pegados a ellas. Si te da lo mismo, preferiría que me la extrajera uno de mis hombres.

—No soy tan tonta como para soltar a uno de tus hombres y permitir que manipule un objeto punzante —lo contempló con frialdad—. Magnus la quitará, o puedes sufrir hasta que la herida supure y envenene todo tu cuerpo. Si mueres, me ahorrarás el problema de matarte yo misma. —Se llevó los caballos.

Furioso, Roarke la observó marcharse. ¿De verdad pensó que había algo remotamente atractivo en esa muchacha ridículamente ataviada? Era una zorra pequeña y despiadada, y si no estuviera atado la doblaría sobre la rodilla y le daría unos buenos azotes.

—Vamos, muchacho, no hay motivo para la alarma —aseveró Magnus—. He sacado muchas flechas en mis tiempos, y casi todos han sobrevivido para contarlo. ¡Aunque es posible que tú no quieras contar cómo terminaste con la falda pegada al culo! —se palmeó la pierna y soltó una carcajada, divertido por la situación de Roarke.

—Cerciórate de que sacas la maldita cosa en línea recta —musitó Roarke cuando Finlay lo soltó del árbol. Se tumbó sobre el suelo.

Magnus se arrodilló a su lado y apoyó la mano nudosa sobre el glúteo palpitante de Roarke.

—Será tan recta y certera Como el disparo que la clavó ahí —prometió.

—¿ Quieres decir que apuntabas a mi trasero?

—No seas necio —reprendió el anciano, asiendo la flecha—. De no ser por estas manos temblorosas, te habría dado de lleno en el corazón —tiró hacia arriba y extrajo la saeta con un chorro de sangre. Roarke Soltó un juramento—. ¡Mirad! —gritó Magnus feliz—. ¡Podré usarla otra vez!

—Me alegra oírlo —logró decir Roarke de forma sucinta—. Mañana podrás disparármela al otro lado.

—Sólo si me das motivos —Magnus arrojó la flecha al suelo—. Y ahora echemos un vistazo a la herida —levantó la falda ensangrentada de Roarke y chasqueó la lengua—. Bueno, no es la peor que he visto, pero temo que necesitará uno o dos puntos. No temas, te coseré tan bien que te sentirás orgulloso de mostrar la herida a cualquiera.

—Lo dudo.

—Finlay, tráeme aguja e hilo y un trozo de algodón para limpiar la sangre. Fíjate si estos muchachos tienen algo de cerveza —añadió con esperanza—. La nuestra se ha acabado.

—No tenemos cerveza —informó Roarke.

—Es una pena —Magnus suspiró—, siempre coso mejor cuando he mojado el gaznate.

—Intentaré estar mejor preparado la próxima vez —prometió Roarke con voz seca.

Finlay regresó unos momentos más tarde Con las cosas que le habían solicitado. A pesar de su determinación de permanecer relajado, Roarke no pudo evitar tensar los músculos del glúteo mientras aguardaba que la aguja le atravesara la piel. No pasó nada. Giró la cabeza, preguntándose qué diablos esperaba el anciano.

Magnus tenía las cejas blancas fruncidas mientras se afanaba por enhebrar la aguja. A pesar de todos sus esfuerzos, no era capaz de dejar quietas las manos temblorosas el tiempo suficiente para lograr lo que se proponía. Al final, en un arranque de exasperación, Roarke se la quitó y él mismo pasó el hilo.

—Toma —dijo, depositándola en la mano de Magnus.

—Vaya, gracias, muchacho. Mi vista ya no es lo que era –contempló la aguja a través de unos ojos como rendijas, cerciorándose de que sostenía la aguja de hierro entre los dedos, y luego observó la herida de Roarke—. No tardaré más que un momento —declaró con jovialidad.

Roarke apretó los dientes y en silencio soportó los torpes puntos de Magnus. Después de lo que pareció una eternidad de pinchazos y tirones, el anciano logró cerrar la herida a su entera satisfacción.

—Ya está —admiró su obra—. Creo que quedarás muy satisfecho. —No me cabe duda de que ha quedado magnífico —manifestó.

Roarke con sarcasmo, bajando la falda para cubrirse. Melantha arrojó otra rama al fuego que había encendido.

—Si has terminado, Magnus, entonces Finlay ya puede atarle las muñecas y los pies.

—Eso no será necesario —Roarke bostezó—. No iré a ninguna parte.

—Tienes razón —convino ella—, no lo harás.

La miró con expresión lóbrega mientras Finlay lo ataba.

—Yo haré la guardia después de ti, Colin —expuso ella, acomodándose en el suelo con la espada al lado—. Despiértame antes de que te sientas muy agotado —se cubrió los ojos con el brazo.

Roarke observó mientras el resto de los ladrones se preparaba para pasar la noche. Eric, Donald y Myles yacían atados a menos de un metro de él sin quitarle la vista de encima, a la espera de que les diera alguna señal. Meneó la cabeza. No había nada más que pudieran hacer esa noche salvo dormir un poco. Eric lo miró frustrado, hasta que al final cerró los ojos. Roarke se acomodó boca abajo y analizó la situación en la que se hallaban.

Fueran cuales fueren las intenciones de esa ridícula banda de proscritos, tenía casi la certeza de que no planeaban matarlo ni a él ni a sus hombres... al menos no adrede. Probablemente pensaban mantenerlos prisioneros durante la noche, para luego quitarles sus pertenencias y enviarlos a pie a sus tierras por la mañana, igual que hicieron con los degradados MacTier antes que ellos.

No pensaba dejar que eso sucediera. A la primera oportunidad que se le presentara se lanzaría sobre uno de sus captores y exigiría que los otros liberaran a sus hombres. Luego los tomaría a todos prisioneros y los escoltaría a presencia del lord MacTier.

Sus órdenes habían sido aplastar ala banda y regresar únicamente con el Halcón, pero no le gustaba la idea de matar a esos hombres. El pobre Lewis era poco más que un muchacho, y el tembloroso Magnus demasiado viejo para merecer que lo mataran. Finlay era duro e impetuoso, pero se trataba de cualidades que Roarke admiraba en un guerrero joven, de modo que le desagradaba la noción de extinguirlas. En cuanto a Colin, era un necio atolondrado, y gustoso lo atravesaría con su espada, de no ser por el hecho de que se mostraba ferozmente protector con Melantha. Era evidente que el joven estaba enamorado de ella. Giró la cabeza para estudiarla y se preguntó si podría sentir algún interés por un muchacho tan inexperto y presuntuoso.

Melantha yacía de cara al fuego, con un brazo bajo la cabeza y el otro sobre la espada. El pelo del color de la cerveza se extendía en ondas, y Roarke pensó cómo sería tocar algo tan sedoso y fino. La luz de las llamas jugaba sobre su piel, resaltando el contorno de la mejilla, la curva elegante de la nariz, la extensión ligera de las pestañas sobre los ojos. Parecía increíblemente vulnerable allí tendida, como una niña que se hubiera quedado dormida y necesitara que la llevaran a la cama.

¿Cómo era posible que esa extraña joven se hubiera labrado una reputación formidable como el Halcón, famoso por sus hazañas inteligentes y osadas mientras caía sobre aquellos que se cruzaban en su camino? La recordó galopando hacia él a través del bosque, con la espada alzada mientras se enfrentaba a un oponente que casi duplicaba su tamaño. El coraje que había demostrado en aquel momento fue impresionante. Y pasmosamente estúpido. Había estado a punto de cercenarle la cabeza.

Desterró el pensamiento de su mente y siguió estudiándola. ¿Qué la había impulsado a coquetear con un juego tan peligroso? ¿Simple codicia o

quizá aburrimiento? Rememoró la intensidad de su mirada cuando se enteró de que sus hombres y él eran MacTier. Una furia terrible había ensombrecido esos ojos verdes, un asco amargo que iba más allá del simple desprecio.

Fuera cual fuere su motivación para robar, no se trataba de una muchacha que buscara chucherías por deporte.

Un gemido leve escapó de labios de Melantha. Roarke observó fascinado mientras apretaba con más fuerza la espada y la mandíbula se le tensaba.

—No pasa nada, pequeña —dijo Magnus en voz baja y apaciguadora—. No tienes nada que temer, Melantha, todos se encuentran a salvo. Vuelve a dormirte.

No se despertó, pero vaciló, evaluando esas palabras.

Entonces suspiró y bajó la cabeza en gesto protector hacia su cuerpo, sin que la mano delgada soltara la empuñadura de la espada.

Capítulo 2

Roarke despertó con un juramento obsceno.

—Vamos, no hay motivo para emplear un lenguaje soez —reprendió Magnus—. Si mi hermosa Edwina estuviera aquí, te haría lavar la boca con jabón hasta que juraras no volver a hablar jamás así. Y te advierto de que no se dejaría intimidar por tu tamaño o esa mirada torva que me lanzas ahora —añadió riendo entre dientes.

—¿Estás seguro de que anoche no te confundiste y me cosiste la punta de esa maldita flecha al cuerpo? —gruñó Roarke irritado.

Magnus alzó con orgullo la flecha que había estado limpiando.

—Aquí la tienes. Le he hecho una marca, para reconocerla de las demás. De ese modo podré reservarla para una ocasión especial.

—Maravilloso —musitó Roarke, acomodándose con torpeza sobre su cadera buena.

Miró de malhumor en torno al campamento. El frío gris del amanecer había caído sobre el claro y hacía que sus hombres se agitaran. Sin embargo, la banda del Halcón ya estaba bien despierta. Finlay se hallaba sentado en una roca con la espada en el regazo mientras afilaba la hoja ancha con una piedra pequeña; el joven Lewis reparaba con meticulosidad un desgarro menor en la red que había atrapado a los hombres de Roarke. A Melantha y a Colin no se los veía por ninguna parte.

—¿Dónde andan los otros dos? —preguntó.

—Han ido a cazar —respondió Magnus, que con vigor sacaba brillo a la atesorada punta de la flecha con el extremo gastado de su falda.

—Excelente —Donald bostezó—. Estoy muerto de hambre.

—Y yo —gruñó Myles al tiempo que estiraba los brazos.

—Los guerreros no comen de las manos de sus enemigos —afirmó Eric, lanzándoles una mirada sombría.

—Vamos, Eric, no veo motivo para pasar hambre sólo porque compartamos compañía con esta estupenda banda de proscritos —Donald le sonrió a Magnus con gesto apacible.

—Estoy totalmente de acuerdo —convino Myles—. No tiene sentido pasar hambre.

—Ambos sois débiles —bufó Eric, disgustado—. El hambre fortalece a un guerrero.

—¿De verdad? —Donald no pudo evitar reír—. Me cercioraré de recordártelo la próxima vez que devores una pata entera de venado.

Roarke estudió a sus hombres. Ausentes dos miembros de la banda del Halcón, era una buena oportunidad para dominar a los restantes proscritos. El hecho de que sus hombres y él estuvieran atados y desarmados los situaba en desventaja, pero la edad avanzada de Magnus, la impetuosidad de Finlay y el amilanamiento temeroso de Lewis nivelaba las probabilidades de éxito. Carraspeó y miró significativamente a sus hombres. Donald respondió con un movimiento apenas perceptible de la cabeza.

—Lamento importunar, Magnus, pero mis guerreros necesitan aliviarse —indicó Roarke—. Quizá deberían hacerlo antes de que regrese Melantha, para evitarle un bochorno.

Magnus entrecerró los ojos con auténtica diversión.

—No creo que a Melantha le moleste el sonido de vuestras vejigas al vaciarse. La muchacha no podría vivir con nosotros en los bosques y preocuparse por semejantes naderías.

—No obstante —insistió Roarke—, mis hombres preferirían ocuparse de sus necesidades sin que los mire una mujer.

—Sois tímidos, ¿verdad? —El anciano rió entre dientes—. De acuerdo, muchacho. Finlay, llévate a estos mozalbetes pudorosos de uno en uno a hacer pis al bosque. No muy lejos. Junto a aquel árbol bastará.

Finlay se incorporó y apuntó con la espada recién afilada el pecho de Donald.

—Intenta algo y te ensartaré como a un conejo en un espetón.

—Eso no será necesario —aseguró Donald, más divertido que preocupado por la amenaza—. Creo que me tendrás que soltar las piernas si esperas que me ponga de pie.

—Lewis, deja ya la red y ayuda a Finlay —ordenó Magnus. El joven titubeó, observando a Donald con incertidumbre—. Vamos, muchacho, no hay nada que temer —apaciguó el anciano—. Finlay se encargará de que no te muerda.

No muy tranquilo, Lewis depositó con cuidado las cuerdas de la red en las que trabajaba y se dirigió despacio hacia Donald.

Éste sonrió y dobló las rodillas para rascarse de forma ostensible los tobillos atados. En cuanto lo tuviera cerca, golpearía al desprevenido joven en el pecho y lo derribaría de espaldas. Luego se incorporaría de un salto, apoyaría la bota sobre su cuello y amenazaría con aplastárselo si Finlay no soltaba la espada.

—Estoy pensando que deberías estirar un poco las piernas antes de que Lewis te las desate, muchacho —indicó Magnus, que continuó sacándole brillo con despreocupación a la punta de la flecha—. No querrás darle una patada por accidente al pobre Lewis, ¿verdad?

Donald logró mostrarse creíblemente ofendido.

—Santo cielo, Magnus, ¿por qué clase de guerrero me tomas?

—Perdona, muchacho —se disculpó—. Es porque eres un MacTier, y por ello debemos ser el doble de precavidos.

Roarke mantuvo una expresión indiferente, pero por dentro experimentó un poco de admiración. Estaba claro que Magnus no era tan ingenuo como parecía.

—Esos deben ser Colin y Melantha —indicó el anciano, centrando otra vez su atención en la flecha.

Roarke escudriñó el bosque circundante. Se afanó por oír algo, pero no fue capaz de detectar el crujido de alguna rama o de hojas que indicaran que alguien se acercaba.

—Te equivocas, Magnus. Ahí no hay nadie…

—¿Buena cacería? —preguntó Magnus cuando Colin y Melantha de pronto aparecieron entre los árboles.

Colin arrojó un saco marrón de tela áspera al suelo.

—Unos conejos flacos y unos pájaros pequeños. Si los guisamos con algunas verduras, durarán un tiempo.

—Eso suena absolutamente maravilloso —comentó Donald, que regresó al claro acompañado de Finlay—. Pero, por favor, no os molestéis en preparar un guiso... asados estarán perfectos.

—No son para ti —rugió Colin.

—Entonces, ¿no vais a alimentarnos? —inquirió Roarke con suavidad.

—Vinisteis a matarnos —bufó Finlay disgustado—, ¿y ahora esperáis que os llenemos la barriga?

—No me deis nada a mí, si eso os complace —replicó Roarke—, pero al menos alimentad a mis hombres. Llevan casi un día sin comer. Melantha lo miró con desdén.

—Un día sin comida no es nada. Tus hombres son fuertes y no tendrán problema en resistir.

Unos pétalos dorados de luz se habían filtrado en el claro y al titilar sobre el rostro airado de ella, Roarke de pronto quedó sorprendido por su pálida fragilidad. La cota de malla y los pantalones sin forma de Melantha ocultaban las curvas de su cuerpo, pero no necesitaba verle la cintura o las caderas para saber que esa muchacha conocía bien el dolor vacío del hambre. La noche anterior, bajo el suave resplandor de las llamas, sus mejillas habían parecido altas y elegantemente esculpidas, pero a la luz más intensa y dura del día su belleza se revelaba un poco demacrada. Sus mejillas y mandíbula exhibían los contornos acentuados de la privación y la piel delicada bajo los ojos oscuros tenía las sombras de la falta de sueño y de meses de alimentación insuficiente.

—Bueno, bueno, no estoy seguro de que sea una buena idea no alimentar a estos grandes brutos —intervino Magnus—. Después de todo, no queremos que caigan enfermos.

—Magnus tiene razón —cedió Colin—. Supongo que si no vamos a matarlos, tendremos que darles de comer.

—Perfecto —espetó Melantha, dándose la vuelta—. Dales algo, pero que no sea la carne.

—Tortas de harina de avena para todos, entonces —declaró Magnus con júbilo, frotándose las manos—. Lewis, trae algunas de tu bolsa y repártelas entre nuestros prisioneros.

Obediente, Lewis fue hasta su caballo y de una talega de cuero extrajo algunos bizcochos duros. Moviéndose por el claro como una liebre tímida, de algún modo logró distribuirlas entre Roarke, Donald y Myles. Pero al acercarse a Eric, el gigantesco guerrero rubio le lanzó una mirada asesina, haciendo que el pobre se frenara en seco.

—Guárdate tu comida —gruñó.

—Cómetela, Eric —suspiró Roarke.

—Los bizcochos están envenenados —Eric agitó la cabeza obstinado—. En un momento os pondréis a gritar de agonía cuando las entrañas se os suban a la boca.

Donald y Myles dejaron de masticar y clavaron la vista consternados en las tortas de avena a medio comer.

—Santo cielo, muchacho —soltó Magnus, golpeándose la rodilla divertido—, si os quisiéramos muertos, no desperdiciaríamos nuestras sanas tortas en vosotros para realizar el trabajo.

Finlay alzó su acero para que el borde muy afilado brillara bajo el sol.

—Te abriría con mi espada y ese sería el fin.

—¿Lo ves, Eric? —indicó Roarke con tono apaciguador—. Si vas a expulsar las entrañas, será por el vientre, no por la boca.

—Mienten —afirmó Eric con pertinacia.

—Entonces no la comas —espetó Colin—. Nuestra comida es demasiado valiosa para desperdiciarla contigo. Lewis, termina de repartir esas malditas cosas y emprendamos la marcha.

Lewis titubeó, luego partió un trozo de la torta que le extendía a Eric y se lo comió él mismo.

La expresión de Eric se retorció en una espantosa máscara de furia.

—¿Te atreves a ridiculizarme, perrito esquelético y sin agallas?

Lewis se quedó tan blanco que Roarke tuvo la certeza de que el muchacho se iba a desmayar. No obstante, no retrocedió… quizá porque el miedo lo había paralizado.

—Es… es seguro comerlas —tartamudeó, ofreciéndole con docilidad a Eric el resto de la torta. El gesto encolerizado de éste se quedó helado—. Tómala —instó Lewis—. Luego tendrás hambre.

El guerrero enorme contempló con absoluto desconcierto la mano delgada que temblaba ante él.

Al final, consciente de que todo el mundo lo miraba, a regañadientes aceptó el bizcocho.

—¿Siempre cuesta tanto alimentarlo? —se preguntó en voz alta Magnus.

Después de ocuparse de Eric, Lewis se acercó con paso indeciso a Melantha y le ofreció una torta.

—Cómela tú, Lewis —indicó ella—. No tengo hambre.

—Cómela —ordenó Magnus con severidad—. No has introducido nada en tu estómago desde ayer por la mañana.

—No tengo hambre.

—No, claro que no —bufó Magnus incrédulo—, nunca tienes hambre cuando crees que hay alguien que lo necesita más que tú. ¿Pero si te mueres de inanición, entonces para qué nos servirás?

—Ha pasado casi medio día —indicó ella con brusquedad, cambiando de tema—. Haz que monten y vámonos.

—Eso es, intenta centrar mi atención en otra cosa —musitó Magnus, meneando la cabeza—. Pero cuando estés demasiado débil para subir sobre Morvyn y conducirnos, no vengas a quejarte a mí de lo injusto que es todo.

—Vamos, entonces —indicó Finlay, que se agachó para desatar la cuerda que sujetaba los tobillos de Roarke—. Arriba y a tu caballo.

—Es generoso por vuestra parte permitirnos quedarnos con los caballos —observó Roarke, conteniendo una mueca al levantarse despacio.

—Me habría causado un gran placer haceros caminar descalzos. —Melantha montó con agilidad—. Por desgracia, no puedo permitir que nos retraséis.

— ¿Retrasaros? —frunció el ceño.

—No podemos permitir que nos sigáis a pie, ¿verdad? —preguntó Magnus, conduciendo las monturas de Eric y Myles hacia ellos—. En particular con tu trasero lleno de puntos. Tardaríamos más de una semana en llegar a casa.

—¿A casa? —Myles miró con incertidumbre a Roarke.

—No está lejos —aseveró Lewis al liberar los tobillos del guerrero—. Como mucho a dos días de viaje.

—¿Por qué en el nombre de San Columbano queréis llevarnos allí? —inquirió Donald—. Nos habéis quitado las armas y lo que llevábamos de valor. ¿Qué más queréis?

—Intentan matarnos como a animales desvalidos delante de su gente —conjeturó Eric con fatalismo—. ¡Luego clavarán nuestras cabezas en picas para que se pudran como advertencia a otros!

—Santo cielo, muchacho, ¿de dónde sacas ideas tan atroces? —se preguntó Magnus con expresión de auténtico horror—. Para que sepas, somos ladrones temerosos de Dios, no salvajes paganos.

—¿Entonces, por qué nos lleváis con vosotros? —preguntó Roarke.

—Queremos averiguar cuanto valéis para vuestro señor.

—¿Pretendéis pedir un rescate por nosotros? —Roarke miró a Colin sin creérselo.

—Los MacTier habéis robado mucho a nuestro clan. Tenemos la intención de usaros para recuperar parte de lo que nos pertenece.

Roarke apretó la mandíbula y se esforzó por mantener su humor crispado bajo control. Ya era bastante malo haber recibido una flecha en el trasero, que les robaran y haber caído prisioneros a manos de los mismos proscritos a los que habían ido a capturar. Pero que esa ridícula banda pidiera un rescate representaba más humillación de la que podía tolerar. Se imaginaba la reacción de su señor MacTier cuando recibiera la nota del Halcón en la que le exigía un pago. En cuanto se recuperara del impacto, el lord estaría furioso porque sus mejores guerreros hubieran fracasado en lo que Roarke le había asegurado que era una misión de una sencillez infantil. Después de años de brillante servicio, en los que Roarke había conducido a muchos hombres a las batallas más sangrientas y a las incursiones más asoladoras, se había rebajado a eso. Había sido capturado por una chiquilla con lengua de víbora, pantalones toscos y un yelmo abollado, un anciano decrépito que daba la impresión de que podía tropezar y ensartarse en su propia espada en cualquier momento, y tres jovenzuelos a los que apenas se podía considerar adultos, menos aún guerreros.

Todo aquello por lo que había luchado con tenacidad para conseguir en los últimos veinte años quedaría completa e irrevocablemente perdido.

—No tenéis esperanza alguna de conseguir un rescate por nosotros —espetó sin rodeos—. El lord MacTier no pagará.

—¿Por qué no, muchacho? —Magnus se rascó la cabeza blanca—. ¿No le gustas?

—Pagar por nuestro regreso hará que todos sus guerreros corran el riesgo de ser sometidos a lo mismo en el futuro —explicó—. Es imposible que MacTier acepte vuestras demandas.

—Será mejor que vosotros cuatro tengáis un lugar especial en el corazón de vuestro señor —advirtió Melantha—. O no tiene sentido que os dejemos vivir.

—No pagará —insistió Roarke—. Deberías tomar lo que quieras y liberarnos. Te doy mi solemne palabra de que no os perseguiremos y que regresaremos a nuestras tierras.

—Esa sí que es una broma —bufó Finlay—. Esperar que confiemos en la palabra de un MacTier.

—Vinisteis a matarnos, ¿y esperáis que os soltemos? —Colin emitió una risa amarga.

—Intento evitar que hagáis algo que sólo os pondrá en peligro a vosotros y a vuestra gente —repuso Roarke—. Al pedir un rescate por nosotros, enfureceréis al señor MacTier, y os advierto de que su ira es terrible.

—Todos conocemos el estilo vil de MacTier —espetó Melantha— Y ahora sube a tu caballo o le diré a Magnus que te dispare otra flecha para que te muevas.

Magnus encajó en la cuerda del arco la misma que le había sacado.

—Tómate tu tiempo para decidirte, muchacho. La verdad es que siento curiosidad por ver cómo vuela esta flecha.

Roarke musitó un juramento y con renuencia cojeó hasta su caballo y montó, apretando los dientes contra el dolor que le provocó el movimiento.

Al comprender que no tenían elección, sus guerreros lo imitaron.

—Mis hombres formarán un círculo a vuestro alrededor en todo momento —informó Melantha—. Si alguno de vosotros intenta salir del grupo, se os disparará... ¿ha quedado claro?

—Si me disparáis, mataré a dos de vosotros con mis manos antes de caer al suelo —juró Eric con voz ominosa.

—Tienes fuego de verdad en tus entrañas, ¿eh, muchacho? —Magnus rió entre dientes—. Me recuerdas a mí mismo cuando era joven. Lo que necesitas, si no te molesta que te lo diga, es a una mujer buena y fuerte que apague parte de esas llamas.

—Es lo mismo que le decía yo —corroboró Donald divertido.

—¡Podría contaros historias que os harían saltar los ojos de las órbitas! —alardeó el anciano al montar—. Debéis saber que en mi juventud era conocido por toda Escocia por mis gloriosas proezas —los ojos le brillaron de placer al acomodarse en la silla e instar a marchar a su caballo—. Claro que en esos días se me conocía como Magnus el Magnífico...

Melantha los odiaba.

Su animosidad supuraba como una herida abierta, llenándola con un desprecio tan acre que apenas era consciente de otra cosa. Ni el hambre, ni el cansancio, ni siquiera el dolor de los músculos agotados podían apartarla de las emociones que bullían en su interior a medida que el pequeño grupo marchaba hacia el norte.

Era una amarga ironía que llevara a los MacTier hacia sus tierras en vez de alejarlos de ellas. Ahí estaba, guiando a esa carroña asesina al mismo lugar en el que habían infligido una miseria y destrucción horrendas. Con anterioridad MacTier ya había enviado a sus fuerzas hasta allí. Durante un espantoso día habían mantenido a su gente en las fauces del terror, matando a hombres, aterrorizando a las mujeres y a los niños, y desvalijando las

cabañas y el castillo de todo objeto de belleza o valor. Ese había sido el fin de la vida de Melantha, o al menos de la vida que había conocido. En aquellas horas de agonía pasó de ser una joven risueña, que había vivido a salvo al abrigo de las gloriosas montañas cubiertas de brezos que rodeaban las tierras de los MacKillon, a estar sumida en un infierno de dolor y furia que amenazaba con consumirla en sus llamas en cuanto se lo permitiera.

Su gente quedaría aterrada cuando llegaran, de eso no cabía duda. Pero en cuanto comprendieran que esos despreciables guerreros eran la clave para obligar al lord MacTier a compensarlos por todo lo que les había causado, su clan entendería que había tomado la decisión correcta. La única elección que les quedaba era asesinar a esos hombres, y a pesar del sufrimiento que con tanta crueldad habían infligido los MacTier a ella y a su gente, no era capaz de hacerlo. Magnus tenía razón, eran ladrones, no asesinos a sangre fría. El desprecio que sentía por los MacTier era absoluto, pero no permitiría que la convirtieran en alguien como ellos. Si no, estaría dejando que le arrebataran los últimos restos de su integridad, para transformarse en un caparazón frío y vacío.

No toleraría que obtuvieran esa victoria final.

—La luz comienza a desaparecer —observó Colin al llegar a su lado—. Deberíamos buscar un sitio para acampar.

Melantha estudió la luz tenue que se filtraba a través del dosel de árboles. La tarde había dejado paso al crepúsculo, y el aire era fresco y fragante con el aroma de los pinos aplastados y la dulce tierra. Era un momento tan bueno como cualquier otro para hacer un alto. Pero llevaba lejos de sus hermanos menores más de una semana y añoraba volver a verlos. La perspectiva de recortar la distancia entre Daniel, Matthew, Patrick y ella, aunque solo fuera por unos pocos kilómetros más, resultaba más tentadora que la promesa de reposo.

—¿Crees que Magnus está cansado? —susurró para que el anciano no la oyera.

—No lo parece —respondió Colin, mirando atrás en dirección al hombre mayor.

—... y entonces alcé mi espada herrumbrosa —alardeaba Magnus, levantando la espada en el aire para recalcarlo—, tan mellada que apenas podrías haberla usado para cortar mantequilla, y con el brazo roto colgando al costado, abatí a cada uno de esos bribones asesinos, hasta que los ocho yacieron ante mí retorciéndose ensangrentados...

Los guerreros MacTier mantenían una expresión de serena cortesía mientras Magnus recitaba su historia bastante exagerada. El anciano confundió su silencio escéptico con una arrobada fascinación y de inmediato se lanzó a otra historia.

—Seguiremos un poco más —decidió Melantha—. De ese modo mañana nos esperará un viaje más corto.

—Ha sido un día largo Melantha —le recordó con gentileza Colin.

—Me encuentro bien, Colin.

—No pensaba en ti... sino en mí soportando otra hora de las extravagantes historias de Magnus —Colín sonrió, luego giró el caballo y regresó junto a los otros.

—... y en una ocasión tuve que enfrentarme a una terrible bestia bicéfala —continuó Magnus entusiasmado—, sin nada más que mi fiel espada, que

estuvo a punto de fundirse cuando la horrible criatura lanzó su espantoso aliento sobre ella...

Melantha respiró hondo y saboreó el aroma de los pinos y la tierra. «El olor de la vida» solía llamarlo su padre. «Respira profundamente, pequeña», diría, señalándose su enorme pecho. «Respira hondo, mi flaca Mellie, y descubre que los bosques y los prados, el cielo y la tierra de este bendito lugar forman parte de ti. Nunca lo olvides, pequeña. Dios te ha dado su bendición haciendo que formaras parte del lugar más glorioso de la Tierra.» Y Melantha hincharía su pecho delgado y respiraría hondo hasta que creía que iba a estallar, y al contener el aire las mejillas se transformarían en dos manzanas rojas, lo que siempre hacía que su padre soltara una carcajada.

Habría dado cualquier cosa por oír otra vez la risa de su padre. Unos crujidos la sacaron de su ensimismamiento. Miró al frente y vio que un ciervo irrumpía de entre los árboles y luego desaparecía. Al instante se inclinó sobre Morvyn y lo instó a emprender el galope mientras sacaba una flecha de la aljaba. No había tiempo de informar a los demás... el animal se movía demasiado deprisa. No podía arriesgarse a perderlo en el tupido bosque y la luz menguante. Morvyn y ella esquivaron los árboles, ajenos a las ramas que los azotaban. Morvyn relinchó excitado al atravesar la espesura, percibiendo la urgencia de Melantha y ansioso por complacerla.

Hacía tiempo que los suyos no disfrutaban del sabor de un ciervo, ya que los animales que otrora habían atestado los bosques de sus tierras, prácticamente habían sido erradicados por un invierno de un frío devastador. Cuando al fin llegó la primavera, casi todos los animales yacían helados y muertos de hambre, sus cuerpos despedazados por los lobos. Los grupos de caza sólo habían podido conseguir presas pequeñas que apenas bastaban para alimentar a los suyos, en particular desde que los MacTier robaron o mataron el ganado. Ese ciervo no bastaría para alimentar a todo el clan de Melantha, pero a pesar de eso, su preciada carne y piel serían un tesoro bien recibido. Pensó en sus hermanos con sus brazos y piernas flacuchos, y en el placer que iluminaría sus enjutas caras cuando regresara a casa con un gran ciervo.

—Más rápido, Morvyn —instó—. ¡Vamos, más deprisa!

Morvyn bufó y se lanzó hacia delante. La luz adquirió una tonalidad grisácea a medida que se adentraban en el bosque, pero los sentidos de cazadora de Melantha eran aguzados y sabía que el ciervo no le sacaba mucha ventaja. Unos metros más y casi caerían sobre él. Apuntó con cuidado y guió a Morvyn con las piernas sin apartar la vista de u presa.

Un enorme árbol caído de pronto se interpuso en su camino. Intentó aferrar las riendas y detener a Morvyn, pero él ya había iniciado el salto. Melantha se aferró con desesperación a su crin mientras el animal trataba de impulsar su cuerpo grande por encima de la inesperada barricada.

La pierna derecha impactó en el pesado tronco y produjo un sonido feo. Morvyn soltó un relincho de agonía al tiempo que Melantha gritaba y en vano intentaba protegerse en su caída al suelo.

—... y aquella vez que tuve que rescatar a mi hermosa Edwina de una banda de bribones de los Campbell —continuó Magnus—. Quedaron tan embrujados por su hermosura que me vi obligado a despedazarlos... ¿qué ha sido ese ruido?

—¡Santo cielo! —juró Roarke al oír el grito de Melantha. Clavó los talones en los costados de su caballo y partió al galope.

—¡Eh, no puedes marcharte de esa manera! —protestó Magnus, buscando con torpeza el arco y la flecha—. ¡Eres un prisionero!

—Tendrás que perdonarlo —se disculpó Donald—. Me temo que no tiene mucha experiencia como cautivo.

—¡Quedaos con los demás! —ordenó Colin a Lewis y Finlay antes de ir en pos de Roarke.

Éste atravesaba el bosque a la velocidad que podía llevarlo la montura, ajeno al dolor de su herida. Un rastro de ramas rotas y tierra recién levantada indicaba el camino que habían tomado Melantha y su caballo, pero la luz había menguado, dificultando que pudiera seguirlos a velocidad imprudente. Pasados unos momentos, maldijo con frustración y se detuvo de repente, sin saber en qué dirección ir. Un relincho doliente reverberó entre los árboles. Roarke se abrió paso por el bosque como un loco. Finalmente vio el caballo tumbado en el suelo, gimiendo de dolor. Melantha yacía doblada a su lado, inmóvil.

Desmontó con celeridad y cojeó hasta ella. Se arrodilló, le aferró los hombros con las manos atadas y le dio la vuelta. El rostro estaba pálido y quieto, salvo por un hilo de sangre que chorreaba de una herida abierta en la frente. Respiraba débilmente y de forma entrecortada.

—Melantha.

Abrió los ojos. Una vez más su dura ira se había suavizado, transformándola en una muchacha muy distinta de la que le había informado de que, si moría, le ahorraría el problema de tener que matarlo La mujer que sostenía sobre su regazo resultaba tan hermosa y enigmática como frágil. Eran enemigos, pero en ese momento oscuro robado, mientras lo miraba con esos magníficos ojos verde bosque descubrió que se sentía atraído por ella.

Hacía casi dos años que no tocaba a una mujer, ya que las toscas, poco limpias rameras que habían estado disponibles para él y su ejército mientras luchaba en nombre de su clan y del rey Alejandro no habían despertado su interés. Prácticamente no recordaba lo que era sentir la caricia en su boca de la suave seda de los labios de una mujer experimentar el dulce palpitar de su aliento sobre la mejilla, cálido y lleno de promesas. Anhelaba tocar la palidez del rostro manchado de tierra de Melantha, pasar los dedos por la delicada línea de su mandíbula y mesar la maraña oscura de su cabello con los dedos.

Incapaz de controlarse, inclinó la cabeza y capturó su boca en un beso.

El susurro del aliento de Melantha se paralizó y su cuerpo se puso tenso, pero no hizo a un lado a Roarke.

—¡Apártate de ella, bastardo!

Las palabras cayeron sobre ellos como agua helada. Roarke movió a Melantha de su regazo y se incorporó con torpeza, preparándose para enfrentarse a la ira de Colin.

—¡No! —gritó ella, poniéndose a duras penas de pie. Se arrojo contra Roarke para hacerlo retroceder un paso antes de volverse hacia Colin.

—¡Voy a matarlo! —juró el otro con salvajismo, manteniendo su espada alzada.

—¡No es lo que crees, Colin!

—¡Dios mío, Melantha, estás sangrando! —abrió mucho los ojos Melantha se llevó la mano a la frente y luego contempló confusa la mancha escarlata en sus dedos.

—Te caíste del caballo —explicó Roarke—. Debiste golpearte la cabeza en la caída.

—¡Morvyn! —exclamó Melantha mirando al animal herido. La montura intentó levantarse, luego emitió un relincho de dolor y volvió a desplomarse en el suelo—. ¡Oh, Dios! —gritó al correr a su lado—. No pasa nada, muchacho, estás bien —entonó, acariciándolo con suavidad al tiempo que inspeccionaba sus piernas con la intención de evaluar cuál tenía lesionada—. Colin, por favor, ayúdame con Morvyn —suplicó con voz rota.

—Si intentas escapar, aniquilaré a tus hombres —avisó Colin a Roarke con tono amenazador—. ¿Lo has entendido?

Roarke asintió.

—Es su pierna derecha —informó Melantha cuando Colin se arrodilló a su lado.

Con destreza Colin pasó las manos por la pierna cada vez más hinchada del animal. El caballo relinchó y trató de alejarse.

—Tranquilo —musitó Colin, acariciándolo para calmarlo—. Descansa tranquilo.

Morvyn lo estudió un momento, sus aterciopelados ollares abriéndose cada vez que respiraba, los ojos oscuros y llenos de sufrimiento. Colin no dejó de acariciarle el cuello, murmurando palabras de ánimo. Al final volvió a apoyar la cabeza sobre la tierra y le permitió terminar el examen.

—¿Es grave? —preguntó Melantha, mordiéndose el labio.

—Me temo que está rota —depositó la pierna hinchada en el suelo.

—No —ella meneó la cabeza.

—El pobre debe habérsela golpeado con fuerza cuando intentó salvar el árbol —explicó Colin en voz baja y apaciguadora, como si hablara con una niña angustiada—. Sus huesos ya no son tan fuertes como antes y la pierna se quebró.

—No se quebró —insistió Melantha, poniendo las manos con gesto protector sobre el hombro empapado de sudor de Morvyn—. Simplemente le duele y se hincha un poco, eso es todo.

—No puede levantarse, Melantha —señaló Colin, apoyando la mano con gentileza sobre la de ella—. No puede moverse —titubeó un momento antes de afirmar con suavidad—: No tenemos más elección que poner fin a su dolor.

—¡No! —Melantha apartó la mano de él—. No lo tocarás, Colin, ¿lo has entendido? Ni tú ni nadie más. Se ha lesionado por mi culpa. Yo lo cuidaré.

—No tenemos tiempo para eso, Melantha. Debemos llevar a los prisioneros a nuestro castillo...

—Los MacTier pueden esperar —interrumpió ella—. Pronto oscurecerá de manera que tendremos que parar. Acamparemos aquí mismo, y cuidaré a Morvyn, y por la mañana la hinchazón de su pierna se habrá reducido y estará lo bastante bien como para ponerse de pie.

—Nunca volverá a incorporarse —Colin la miró con dolor y pesar—. Debes aceptarlo.

—Te equivocas. Y no permitiré que lo mates cuando todo ha sido por mi culpa por hacerlo galopar cuando anochecía y estaba cansado, yo provoqué que fallara el salto, Colin —aseveró con la voz rota—. No permitiré que lo mates por algo que ha sido por mi culpa.

Roarke la estudió. La había considerado fría e indiferente, pero se había equivocado. La misma mujer que no había exhibido la más, mínima preocupación por él herido, se hallaba casi destrozada por la posibilidad de perder a su amado caballo.

En ese momento la habría dejado construir una cabaña en torno al maldito animal y quedarse el tiempo que deseara, siempre y cuando eso la hiciera feliz.

—Muy bien, Melantha —cedió Colin. Apoyó la mano con tierna familiaridad en su mejilla, un gesto que a Roarke le resultó revelador y un poco irritante—. Acamparemos aquí, y podrás cuidarlo.

—Gracias —Melantha tragó saliva.

—Pero si por la mañana no se puede incorporar —continuó Colin con voz seria—, tendremos que poner fin a su sufrimiento.

—Se levantará —aseguró Melantha con convicción—. Yo me ocuparé de ello.

—De modo que te ocultabas aquí —dijo Magnus al salir de entre los árboles—. Hemos buscado por todo el bosque de Dios tratando de encontrar… santo cielo, muchacha, ¿qué le ha pasado a tu cabeza?

—No es nada —afirmó Melantha.

—¿Te has roto la cabeza y pierdes sangre, y dices que no es nada?

—Es Morvyn el que está lesionado —indicó ella con obstinación—. Necesito unas tiras de algodón o lana para vendarle la pierna con el fin de detener la hinchazón. Lewis, ¿llevas algo de tela adicional en tu talega?

El otro meneó la cabeza.

—Puedes disponer de mi falda, Melantha —indicó.

—Esa sí que es una visión que no me atrae nada —intervino Finlay—. El culo pecoso del pequeño Lewis sacándole brillo a su silla de montar.

—Melantha necesita un poco de tela —respondió Finlay irritado—. Además, mi camisa es lo bastante larga para taparme.

—Tengo una idea mejor, Lewis —dijo Colin—. Que cada uno de vosotros corte una tira de sus faldas, pero no tanto como para no poder asegurarlas alrededor de la cintura. Entre los cuatro, dispondremos de suficiente para vendar la pierna del pobre Morvyn.

—Tendréis de sobra entre los ocho —expuso Roarke.

—¿Nos daríais parte de vuestras faldas? —Melantha lo miró sorprendida.

—Odio ver a un animal sufriendo —Roarke se encogió de hombros.

—Claro que sí —indicó Colin con sarcasmo—. A los MacTier se os conoce por vuestros corazones blandos.

—Puedes tomar lo que necesites de nuestras faldas —Roarke lo soslayó y mantuvo la vista clavada en ella.

—Pareces olvidar que sois nuestros prisioneros —señaló Finlay—. No necesitamos vuestro permiso para sacaros algo.

—Vamos, Finlay, no seamos maleducados —reprendió Magnus—. Es muy considerado que Roarke haga ese ofrecimiento.

Melantha observó a Roarke largo rato. La expresión de él era serena, sin revelar nada del beso que acababan de compartir. Al recordarlo sintió que se le agitaba el cuerpo. Luego experimentó vergüenza, sintiéndose pequeña y mancillada.

Si su padre estuviera vivo y se hubiera enterado de que no había opuesto resistencia al contacto del enemigo jurado de su clan, se habría sentido vejado.

—No quiero tu falda —repuso con frialdad.

—Si cambias de parecer, el ofrecimiento sigue en pie. —Roarke se encogió de hombros.

—No cambiará de parecer —rugió Colin, mirándolo con ojos centelleantes—. Lewis, corta las faldas y ayuda a Melantha a atender a Morvyn. Magnus y Finlay, atad a esos MacTier a unos árboles para que podamos acampar. Pasaremos aquí la noche —empujó a Roarke hacia un árbol.

Melantha hizo a un lado su vergüenza y se concentró en la tarea de ayudar a Morvyn. Le ordenó a Lewis que cortará en tiras finas los trozos de tela que había reunido mientras ella iba a un arroyo cercano y llenaba un odre con agua. Luego unió las tiras, las empapó en el agua fría y con cuidado pasó las vendas en torno a la pierna hinchada de Morvyn, El caballo aguantó con estoicismo, aunque era evidente que sentía dolor. En cuanto estuvo vendado, Melantha vertió más agua fría sobre la pierna con la intención de conseguir que la carne palpitante frenara su hinchazón.

—¿Te traigo más agua? —preguntó Lewis.

—Llena otra vez el odre y vacía mi silla de montar y comprueba si puede contener agua. Morvyn debe estar sediento, y tendré que mantener el vendaje frío durante la noche si quiero reducir la hinchazón, Además, eso también ayudará a mitigar el dolor.

—¿Cómo va todo, muchacha? —preguntó Magnus cuando Lewis se marchó.

—Mejor —Melantha acarició con ternura el cuello del caballo. La verdad es que no era capaz de discernir mejora alguna, pero no pensaba reconocerlo—. Estoy segura de que mañana podrá levantarse.

—Claro que sí —convino Magnus—. Unas pocas horas de descanso y el viejo Morvyn estará como siempre. No se puede mantener abatido a un verdadero guerrero con algo tan insignificante como golpe en la espinilla. El coraje corre por sus venas, igual que en el caballo de tu padre —ella asintió—. Bien, ¿qué te parece, entonces, si te limpio ese feo corte en la cabeza? —sugirió con entusiasmo—. Parece que ha dejado de sangrar, de modo que te ahorraré unos punto aunque no me costaría nada darte uno o dos.

—Estoy bien, Magnus —repuso ella, en absoluto interesada en el estado de su frente.

—No vas a volver a casa con esa sangre reseca en la cabeza, o el viejo MacKillon me hará comparecer ante el consejo exigiendo , explicación —introdujo el extremo cortado de su falda en el odre de agua que Lewis depositó junto a ellos—. Lo primero que se preguntarán es por qué no llevabas puesto el yelmo cuando se suponía que debías tenerlo puesto.

Melantha hizo una mueca cuando Magnus le limpió la sangre de la frente.

—Perseguía a un ciervo. Sólo me pongo el yelmo para el combate.

—No obstante, me da la impresión de que has estado a punto de abrirte el cráneo —observó el anciano—. Lo cual sugiere que tenías que haberlo llevado.

Melantha suspiró. Era inútil discutir. Desde que aceptó dejar Magnus formara parte de su banda de ladrones, el viejo guerrero había nombrado a sí mismo su guardián. Ya estuvieran robando ovejas o atacando a un grupo de viajeros desprevenidos, podía tener la certeza de que Magnus andaría cerca, listo para ir a su rescate si llegaba a la conclusión de que ella lo necesitaba. Aunque a menudo eso significaba que apareciera en momentos inoportunos, de vez en cuando sí llegaba a ayudarla.

Era obvio que su presencia había sido beneficiosa cuando el día anterior Roarke estuvo a punto de cortarle la cabeza.

—Perfecto —comentó Magnus, contemplando su obra con satisfacción—. Si tenemos un poco de suerte, no te quedará cicatriz.

—Eso no me importa.

—No, claro que no —el viejo rió entre dientes y meneó la cabeza—. Es porque te encuentras demasiado ocupada pensando en formas de robar a los MacTier como para preocuparte por tu propio aspecto. Si tu padre pudiera verte galopar por los bosques con pantalones y cota de malla, se preguntaría a qué clase de muchacha salvaje había criado.

—Estaría orgulloso —intervino Lewis con lealtad al dejar un puñado de hierba junto a la cabeza de Morvyn—. Orgulloso.

—Bueno, supongo que sí —concedió Magnus con sonrisa renuente—. Será mejor que dejes descansar al pobre Morvyn y de paso duermas tú también un poco, muchacha. Ya no hay nada que puedas hacer por él esta noche.

—He de mantener húmedo su vendaje para reducir la hinchazón... pero descansaré —se apresuró a prometer al ver que Magnus tenía intención de cuestionarlo.

—No lo olvides. Y come algo —añadió Magnus con severidad—, o te abriré la boca y te meteré la comida a la fuerza. —Con esa improbable amenaza fue a tumbarse junto al fuego.

Roarke se hallaba echado sobre su lado bueno, con las manos y los pies atados, y observaba a Melantha. A pesar de lo que le dijo a Magnus, Melantha no comió. Permaneció junto a su caballo, tranquilizándolo en voz baja y cariñosa mientras le mojaba la pierna herida e intentaba convencerlo de que se alimentara.

La noche se transformó en un gran manto negro moteado de plata cuando finalmente ella cedió al cansancio. No obstante, no fue a acomodarse junto a las llamas bajas de la hoguera. Lo que hizo, al contrario, fue desenvainar la espada y acurrucarse al lado de la cabeza del animal, con una mano lista sobre el arma y la otra apoyada en el cuello de Morvyn.

Fue mucho más tarde cuando Roarke habló, al percibir que ella, igual que él, no podía dormir.

—Aunque no tenga rota la pierna, es seguro que nunca podrá volver a galopar —musitó.

El silencio se extendió entre los dos.

—Lo sé —reconoció al fin Melantha con voz apenas más alta que un murmullo.

—¿Entonces, por qué te afanas tanto en salvarlo? —No podía verla con claridad en la oscuridad, pero supo que había empezado a acariciar al caballo.

—No se recompensa a un amigo por años de lealtad y servicio deshaciéndose de él en cuanto ya no es de valor. Morvyn merece más que eso.

—Pero si mañana no puede incorporarse, ¿qué vas a hacer?

—Se levantará —afirmó ella con fiereza—. Y luego lo llevaré casa, donde debe estar.

—¿Para qué? —insistió Roarke, tratando de entenderlo—, sus días de servirte se han terminado.

—Descansará hasta que la pierna se le cure —replicó Melantha. Y entonces podrá dedicar el resto de su vida a pastar en los prados, sintiendo cómo el sol le calienta la piel y observando el paso de una estación tras otra. Es mucho más apropiado que cortarle el cuello y dejar lo para que se pudra en el bosque.

—Frenará el regreso a tu castillo.

—No espero que un MacTier lo comprenda —respondió ella con desdén—. Tú dejarías a uno de tus hombres a su suerte si llevarlo contigo representara un inconveniente.

—Soy un guerrero. No me permito el lujo de preocuparme por un soldado o un caballo heridos. Tomo mis decisiones pensando en e. bien mayor de mis hombres y mi clan. Eso es lo que hace un líder.

—Yo también soy una líder —informó ella con frialdad—. No lo olvides, MacTier, soy el infame Halcón que tu señor te envió a capturar. He conducido a mis hombres a docenas de incursiones, y de toda hemos vuelto a salvo. Y jamás dejaría atrás a uno de mis hombres, o a mi caballo, ni lo remataría con mi espada. Ello no sólo sería de un egoísmo despreciable, sino también una cobardía.

Roarke cerró los ojos, dando por terminada la conversación y preparándose para dormir.

La joven apenas era mayor que una niña rebelde jugando a ser bandolera y ladrona para poder llevar algunos tesoros ante su clan e impresionarlo con sus hazañas. Era imposible que entendiera las decisiones desagradables que un guerrero debía tomar mientras luchaba para honrar a su clan y proteger a los hombres que combatían con él.

Pero mientras escuchaba el susurro gentil de su voz apaciguando al caballo herido, no pudo evitar quedar conmovido por su mal dirigida compasión. Y se sintió extrañamente culpable porque al día siguiente la apresaría y la llevaría a presencia de su lord para que recibiera su justo castigo.

Capítulo 3

—¡ Por Dios, muchacha, tienes un toque mágico!

—Aún no se ha levantado del todo, Magnus —indicó Colin, observando mientras Melantha instaba con cuidado al animal a ponerse de pie—. No sabemos si es capaz de caminar.

—Caminarás, ¿verdad, amigo? —musitó ella mientras le frotaba la pierna lesionada—. Lo que pasa es que te da miedo apoyar el peso porque recuerdas el dolor de ayer… pero ya estás mejor, ¿no? —lo ayudó a bajar la pierna al suelo—. ¿Lo ves? Si apenas te duele.

Morvyn apoyó algo de peso sobre la pierna bien vendada. Luego relinchó y volvió a levantarla.

Roarke maldijo en silencio.

—Vamos, eso no vale —reprendió Melantha al tiempo que apoyaba las manos con firmeza en la pierna—. Sé bien que te duele, pero la hinchazón ya ha bajado y debemos ponernos en marcha, de modo que necesito que te comportes como un valiente y aguantes hasta llegar a casa. Vamos, yo te ayudaré, ¿de acuerdo? —volvió a auxiliarlo a apoyarla en el suelo.

Todo el mundo contuvo el aliento mientras Morvyn intentaba pisar manteniendo todo el peso en las otras piernas.

—Buen chico —alabó ella, acariciándole el hocico—. Ahora probemos a dar un paso.

Le tomó la brida y se puso a caminar despacio. Morvyn estiró el cuello hasta donde pudo sin llegar a moverse. Cuando Melantha no frenó, no le quedó más elección que dar un paso inseguro hacia ella.

—¡Mirad! —exclamó Lewis—. ¡Camina!

—Melantha dijo que lo haría, ¿no? —comentó Finlay como si nunca hubiera albergado ninguna duda.

—¡Sí! —Magnus le dio una palmada a Colin en la espalda. Y cuando esa chica decide algo, ¡es imposible convencerla de lo contrario!

Roarke observó con alivio cómo Melantha conducía a su amado caballo en un círculo alrededor de los árboles. El pobre animal marchaba despacio y cojeando, pero la pierna vendada aceptaba el peso relativamente bien, lo que significaba que el hueso no estaba roto.

—Creía que ayer le había llegado el fin a ese caballo —musitó Donald, meneando la cabeza con asombro—. Habría apostado cualquier cosa.

—Y yo —reconoció Myles—. ¿Pero ella estaba convencida de que caminaría, no?

—Sí —convino Roarke—. Lo estaba.

—Ese caballo es un guerrero —observó Eric con hosca aprobación—. Un guerrero se obliga a no pensar en el dolor.

—Muy bien, muchacho —murmuró Melantha mientras lo acariciaba detrás de las orejas—. Ese es mi chico valiente —le sonrió a Colin con gesto

triunfal—. Mientras vayamos despacio y le demos tiempo para descansar, estará bien.

—Entonces partamos —Colin asintió—. A este paso tardaremos todo el día en llegar a casa.

—Cabalgaré contigo —Melantha condujo al animal al lado de Colin—. Morvyn podrá seguirnos.

—Muy bien, entonces, muchachos, adelante —Magnus señaló a Roarke y a sus hombres—. Nos espera un trayecto largo, pero no temáis... ¡me quedan muchas historias para entreteneros!

—Estupendo —masculló Roarke, subiendo con incomodidad a su montura.

El pequeño grupo emprendió la marcha al lento ritmo dictado por Morvyn. Ello significaba que apenas iban más deprisa que al paso y que cada pocos kilómetros tenían que detenerse para dejar que el animal cojo descansara. Ni una sola vez los hombres de Melantha se quejaron o cuestionaron la sabiduría de su decisión. De hecho, parecían sinceramente felices de que a la criatura le fuera tan bien, y se turnaron para garantizarle a Melantha que en cuanto llegaran a casa Morvyn se recuperaría por completo. Fuera cual fuere la debilidad que pudiera tener el Halcón como líder, era evidente que sus hombres la respetaban lo suficiente como para acatar sus decisiones, incluso cuando ello representaba salvar a un caballo tullido que nunca más volvería a serle de utilidad a nadie.

Si la decisión hubiera sido suya, Roarke lo habría sacrificado, abandonándolo en el fresco y aromático verdor del bosque.

—¡Han vuelto!

—¡El Halcón ha regresado!

Los primeros gritos excitados sobresaltaron a Roarke al reverberar a través del ramaje. Reflexionó que el pueblo de Melantha tenía una marcada propensión a ocultarse en lo alto de los árboles.

La curiosidad por ver el castillo del Halcón, unido a la falta de oportunidad para escapar, hizo que en última instancia se resignara a la perspectiva de ser presentado como prisionero ante el clan de Melantha. Ello tenía el beneficio de permitirle conducir a un grupo de hombres de vuelta para recuperar los objetos que habían robado a su clan. A los pocos minutos la noticia de su llegada se extendía más allá del bosque, y cuando salieron de entre los árboles, la gente corría hacia ellos con los rostros sonrientes agitados.

—Es estupendo estar otra vez en casa —suspiró feliz Magnus.

Roarke observó confuso el castillo que se alzaba ante él.

No había dedicado nada de tiempo a pensar en el aspecto que tendría la morada del Halcón. Sin embargo, no estaba en absoluto preparado para el ruinoso montón de piedras que se erguía de forma precaria en medio de un campo lleno de maleza. Estudió el resto del prado en busca de la fortaleza que realmente usaba esa gente. No había nada más salvo unas cabañas pequeñas y sombrías que moteaban la hierba seca. Como mínimo una docena había quedado reducida a paredes sin techo y escombros negros, al parecer consumidos por el fuego. El resto era una mezcla de piedras viejas y nuevas, con paja cubriendo los techos. Era evidente que esas cabañas también habían estado a punto de ser devoradas por el fuego, aunque el pueblo de Melantha había conseguido salvarlas.

—¿Reconoces el lugar? —inquirió Colin con sarcasmo.

Roarke avanzó despacio hacia el castillo de aspecto desolado, sin decir una palabra.

Daba la impresión de que alguna vez la fortaleza había sido una estructura atractiva de piedra color salmón, muy distinta de los tristes castillos de tonalidad gris a los que estaba acostumbrado. Se había dedicado un cuidado enorme a extraer piedras de esa tonalidad agradable, y el efecto era un edificio que se elevaba cálidamente contra el cielo lavanda y pizarra del amanecer. No le costó trabajo imaginar lo hermoso que debió de ser antes de caer en tan triste estado, en particular cuando los campos circundantes fueran verdes y el sol iluminara la roca con un resplandor encendido. Las piedras habían sido cortadas con precisión y unidas con arte alrededor de muchas ventanas grandes, que, aunque atractivas, de inmediato le parecieron una debilidad. Hasta la puerta exhibía un marco hermoso con un elaborado arco de piedras distribuidas con esmero, dándole a la entrada una apariencia elegante y hospitalaria, cuando tendría que haber manifestado un aspecto ominoso. Había cuatro torres altas y redondas de agradables proporciones, pero al igual que el resto de la fortaleza, se hallaban llenas de cicatrices y estaban decrépitas... resultado de demasiados ataques y del implacable desgaste del tiempo. Lo desconcertó que nadie hubiera organizado la reparación del castillo. Quizá a esa gente le faltaba la habilidad o la iniciativa para emprender una tarea tan descomunal.

Atravesaron las fauces negras de la puerta y entraron en el patio, donde la gente de Melantha se afanaba entusiasmada por congregarse allí. Sus rostros rubicundos resplandecían de placer, dejando claro que el regreso del Halcón y su banda era causa de celebración. Algunas personas habían alzado en el aire copas con cerveza, mientras un hombre encorvado y de cabello blanco, que parecía incluso mayor que Magnus, se había equilibrado de manera precaria sobre una plataforma pequeña y en ese momento se afanaba con torpeza por levantar la gaita a su hombro huesudo. Reinaba una energía palpable en todos mientras salían del castillo y con precipitación se ajustaban las túnicas y las faldas en un valeroso intento de mejorar su aspecto más bien peculiar.

Lucían vestidos, camisas, túnicas y faldas de todo tipo y descripción, desde los más raídos a los más caros y finos. Había hombres con faldas andrajosas de cuadros marrones y verdes combinadas con camisas de complejos bordados de talla diferente a la suya, y otros con faldas impecables de diversos colores ceñidas sobre túnicas que parecían poco más que harapos. En las mujeres predominaban los vestidos deslucidos de lana gastada, encima de los cuales muchas se habían anudado fajas llamativas y mantones de exquisita seda. Varias mujeres mayores incluso lucían vestidos de gran elegancia y belleza, aunque resultaba claro por lo mal que les sentaban que no habían sido creados con ellas en mente. Roarke notó que casi todo el calzado del clan estaba agrietado y gastado; sin embargo, algunos hombres exhibían botas de piel de venado que parecían un número o dos más grandes, y algunas mujeres con vestidos casi en jirones habían embutido los pies en sandalias menudas de ricos adornos. Todos los hombres mostraban dagas a la cintura y espadas de reluciente artesanía al costado. Pero una inspección detenida revelaba que las empuñaduras tenían agujeros vacíos donde otrora se habían engastado joyas.

Los niños también llevaban faldas y vestidos raídos, con los pies o bien descalzos o bien en ásperos trozos de cuero unidos a los talones con un cordel fino. Sin embargo, fue sus caras lo que más perturbó a Roarke. Aunque limpias e iluminadas por la expectación, todas tenían las mejillas hundidas y las mandíbulas muy marcadas que había notado en Melantha. Esos niños también conocían el dolor cruel del hambre en un momento de su vida en que necesitaban comida sana en abundancia.

De pronto unos miembros del clan se percataron de las muñecas inmovilizadas de Roarke y sus hombres. Sus expresiones se tornaron cautas, y algunas de las mujeres se plantaron con gesto protector delante de los niños. Roarke se preguntó a qué se debería esa alarma. En la situación en la que se encontraban, sin armas y con las manos atadas, sus guerreros y él no representaban ninguna amenaza.

—Santo cielo, Melantha —soltó un hombre diminuto y arrugado que se adelantó de la multitud—, en nombre de San Columbano, ¿qué has traído a casa esta vez?

—Dos sacos con conejos y pájaros, lord MacKillon —respondió ella, bajando del caballo de Colin al tiempo que arrojaba los sacos al suelo—. Y cuatro pares de botas, ocho dagas, ocho talegas de cuero, dos kilos de avena, dos mantas buenas, dos tazas de madera y cuatro espadas en excelente estado —soltó dos sacos que llevaban Finlay y Lewis y también los tiró—. Magnus se cerciorará de que se repartan con la máxima justicia.

Roarke recordó el modo en que Melantha se había negado a probar incluso una pequeña parte de la carne que Colin y ella habían capturado. Al contemplar las caras flacas de los niños que miraban con hambre los sacos con la caza tuvo claro el motivo.

Todo lo que la banda del Halcón mataba o robaba era llevado allí y dividido entre los miembros del clan.

—Vaya, eso es espléndido —alabó el lord MacKillon, meneando satisfecho la cabeza blanca—. Sencillamente espléndido —se volvió hacia su gente—. Un saludo por el Halcón y sus hombres, que una vez más nos han traído regalos maravillosos.

Un aplauso sosegado se alzó en el aire, atemperado por la preocupación que despertaban en el gentío Roarke y sus guerreros.

—¡Espléndido! —volvió a alabar el lord MacKillon, al parecer ajeno a la falta de entusiasmo de su gente—. Thor, ¿estás listo?

—Sí —el anciano que había en la plataforma se llevó la boquilla a los labios y respiró con cierto jadeo.

Un gemido insoportable hendió el aire. Por fortuna, se interrumpió cuando de repente el anciano tuvo un ataque de tos con flema. Así como ese sonido era infinitamente mejor que el chillido de la gaita, a Roarke le inquietó que el músico mayor pudiera morir de falta de aire y cayera de la plataforma para abrirse la cabeza en el suelo.

—Toma, Thor. —Un joven larguirucho corrió hacia él con una taza.

El anciano bebió su contenido con ansiedad. Luego se secó la boca con la manga y soltó un eructo impresionante.

—Gracias —con júbilo señaló hacia el cielo—. ¿Sabéis?, no me importará irme cuando llegue mi hora, pero sería una vergüenza que finalizara en medio de una pieza musical tan gloriosa —volvió a eructar—. Esa cerveza me

ha aliviado, Keith —le dijo al muchacho—, pero será mejor que tome otra copa para estar seguro.

El chico recogió la copa y corrió a llenarla.

—Debéis estar cansados después de un viaje tan largo y peligroso —anunció el lord MacKillon. Comenzó a avanzar con pies pesados en dirección a la entrada principal del castillo—. Pasad y comed algo.

—Perdona, MacKillon —se disculpó un hombre de pelo ralo cuya camisa de fino algodón se tensaba tanto a lo ancho de su pecho y barriga que Roarke tuvo la certeza de que iba a reventar—. ¿No crees que deberíamos preguntar por los prisioneros?

El lord MacKillon se detuvo y se rascó la cabeza.

—¿Prisioneros, Hagar? ¿Qué prisioneros?

—Los hombres que Melantha ha traído consigo —explicó Hagar, señalando.

El lord MacKillon estudió a Roarke y a sus guerreros. De pronto enarcó las cejas blancas.

—¡Por el bonete de Dios! —exclamó aturdido—. Melantha, ¿por qué nuestros invitados tienen las manos atadas?

—Por desgracia, lord MacKillon —comenzó ella—, nos topamos con un pequeño problema…

—¿Un pequeño problema? —interrumpió MacKillon—. Creo que no. Estos enormes brutos dan la impresión de poder ofrecerte un gran problema. —Con mano nudosa le indicó a Roarke que se acercara. Éste descendió del caballo y trató de minimizar la cojera al aproximarse al anciano lord—. Dime, muchacho ¿pertenecéis a los Sutherland, entonces?

—No —repuso Roarke.

—Eso pensaba —afirmó con presteza MacKillon—. Ni siquiera allí crecen tan grandes y de aspecto tan feroz como vosotros, jóvenes lobos —se rascó la nariz pensativo—. ¿Entonces sois de los Murray, verdad? —soltó de pronto, complacido por haberlo deducido.

—No.

—No, no, claro que no —convino MacKillon agitando la mano en el aire—. Melantha jamás sería tan necia para tomar un prisionero Murray… eso sería como declararle la guerra al lord Murray. —Se acercó a Eric, quien lo miró con ojos centelleantes. Los ojos arrugados de MacKillon se abrieron como dos grandes copas—. Por todos los santos, Melantha —graznó, retrocediendo con celeridad—. Este sujeto parece un vikingo. No habrás secuestrado a algunos de los guerreros de MacLeod, ¿verdad?

—No son MacLeod —garantizó ella.

—Excelente —manifestó MacKillon claramente aliviado. Le guiñó un ojo a Eric, como si ambos compartieran una broma privada—. Perdona, muchacho, no pretendía insultarte, lo que pasa que ese pelo rubio… sorprende, en serio. No me cabe duda de que tienes algo de sangre vikinga corriendo por las venas, ¿eh? Me recuerda a una joven que conocí en mi juventud… era muy bonita. Luego se casó y creció hasta alcanzar el tamaño de una vaca, con manos y pies como enormes hogazas de pan. Claro que no tomarías a ningún MacLeod prisionero, Melantha —concluyó, sonriéndole con cariño a la joven—. Ahora que todo está aclarado, entremos.

—¿Pero, quiénes son estos hombres? —insistió Hagar.

—¿No lo hemos averiguado? —El lord MacKillon lo observó confuso.

—Son del clan MacTier —explicó Colin. La multitud emitió un jadeo.

—¿MacTier? —repitió el lord sin comprenderlo—. ¿Has traído a MacTier a nuestro castillo?

Melantha titubeó, deseando que pudieran discutir la cuestión en otra parte.

—Por desgracia, lord MacKillon, no tuve...

—¡Por Dios, dejádmelos! —rugió Thor con furia asesina—. ¡Les arrancaré el pellejo de sus miserables y ladrones cuerpos para asarlos vivos! Keith, ayúdame a bajar de esta plataforma, toma mi gaita y corre a buscar mi espada para que pueda empezar.

—No se los puede dañar —protestó Melantha—. Se pedirá un rescate por ellos.

—¿Un rescate? —El lord MacKillon parpadeó.

—Es nuestra sugerencia —indicó Colin, lanzándole a Melantha una mirada de advertencia—. Quizá deberíamos ir dentro para discutir el asunto.

—Si, desde luego —aceptó MacKillon con gesto de comprensión—. El interior es un lugar mucho mejor para discutir un asunto de tan grave trascendencia. Muy bien, todo el mundo, regresad a lo que estuvierais haciendo —alzó las manos para despedir a su gente.

—El consejo y yo vamos a considerar esta situación importante y os contaremos lo que suceda en cuanto nosotros mismos lo sepamos.

—Lewis, llévate a Morvyn al establo y refresca su vendaje con agua fría —instruyó Melantha, pasándole las riendas del caballo—. Ocúpate de que reciba agua fresca y heno en abundancia y de que en su establo haya paja limpia. Yo iré a atenderlo más tarde —añadió acariciando el hocico de Morvyn—. Finlay, tú ocúpate de los otros caballos, y luego los dos reunios con nosotros en el gran salón.

—¿Crees que lord MacKillon se enfadará con nosotros por haber traído a casa a los MacTier? —inquirió Lewis preocupado.

—Haré que el lord MacKillon y el consejo comprendan que tenemos mucho que ganar de estos prisioneros. Y ahora vete.

La orden del lord MacKillon no había conseguido que la multitud se dispersara, pero sí se apartó para permitir la entrada de los prisioneros en el castillo. Mientras Roarke avanzaba cojeando, fue consciente de que todo el mundo lo miraba con ansiedad. Era evidente que esa gente tenía miedo de él y de sus hombres. Al pasar a su lado miró a los presentes con ojos centelleantes, provocando que algunas mujeres soltaran algún jadeo y retrocedieran.

—Vamos, vamos, muchacho, ese no es modo de comportarse con mujeres y niños —reprendió Magnus con severidad—. Es una vergüenza.

Roarke no dijo nada. No era su costumbre intimidar a mujeres y niños, pero cuando llegara el momento de fugarse, el miedo sería un arma poderosa.

El interior del castillo de los MacKillon era poco mejor que el exterior. De las paredes del gran salón faltaban pedazos enormes de piedras, y los agujeros se habían reparado de forma tosca con barro y paja para mantener fuera el viento y la lluvia. Las persianas de madera sobre las ventanas estaban aplastadas y jirones lastimeros de cortinas , bordadas colgaban de cla-

vos, tristes restos de exuberantes tapices que otrora habían decorado las piedras color salmón. La estancia se hallaba amueblada con mesas y bancos de roble oscuro, casi todos rotos y restaurados de forma somera.

A pesar de su estado ruinoso, en el lugar reinaba una notable atmósfera de alegría. Los fuegos ardían en las enormes chimeneas a ambos extremos del salón y unas llamas cobrizas titilaban en antorchas de complejas tallas, desterrando el gris de la luz menguante del día. Las mesas se encontraban pulcramente preparadas para la cena y, aunque las bandejas de madera que había sobre ellas exhibían escasas raciones de pan, tortas de avena, queso, pescado y fruta, por doquier se veían ramos grandes de brezos con flores blancas y rojas, lo que le daba al salón un aire alegre y festivo.

—Al fin habéis vuelto a casa. —Una mujer baja y de generosas proporciones cruzó el salón, secándose las manos en el mandil con gesto impaciente. El cabello oscuro tenía mechones grises, y su rostro sencillo pero agradable mostraba las marcas de muchas noches sin dormir. Fue directamente hacia Colin y tiró de su barba, bajándolo hasta su altura para poder examinarlo—. Estás más flaco que cuando te marchaste —observó con voz crítica—. ¿Tienes hambre ahora? Hay un estupendo caldo hirviendo al fuego si no eres capaz de esperar hasta la cena...

—Por el amor de Dios, Beatrice —gruñó Hagar—, es un hombre adulto, no un mocoso que berrea. No necesita que lo mimes como si acabaras de destetarlo.

—No hace falta que me digas cuándo lo desteté, Hagar —replicó Beatrice, apoyando la mano con gesto protector en el hombro de Colin—. Prácticamente di mi vida para traerlo a este mundo y lo mínimo que puedo hacer es cerciorarme de que esté bien cuidado mientras siga en él, y si no te gusta, puedes...

—Me encuentro bien, madre —intervino Colin, incómodamente consciente de que Roarke y sus hombres lo miraban divertidos.

—Tienes un aspecto horrible —contradijo ella, pellizcándole la mejilla—, Flaco como una rata hambrienta, con unas ojeras que pude ver desde el otro lado del salón. Y tú, pequeña —continuó, dirigiéndose a Melantha—, estás incluso más flaca que antes, si algo así es posible. Si tu querida y dulce madre pudiera verte ahora, te encerraría en una habitación y no te dejaría salir hasta que hubieras puesto algo de carne sobre esos huesos, y te advierto de que me siento muy tentada a adoptar yo misma esa medida. Pero que muy tentada.

Melantha miró con cariño a Beatrice. Había estado sometida a sus inquietos cuidados maternales desde los diecisiete años, cuando su madre murió. Aunque a Colin dichos cuidados le resultaban molestos, Melantha disfrutaba en secreto con ellos. La carga que llevaba sobre sus jóvenes hombros se había hecho más pesada desde que a su padre lo mataron el otoño anterior, y a menudo se sentía demasiado abrumada. Era agradable llegar a casa y que Beatrice se preocupara por saber si había comido suficiente o si estaba cansada.

—Es este atuendo informe el que me hace parecer flaca —protestó.

—Yo miraba tu cara —objetó Beatrice, descartando con impaciencia la explicación. Plantó las manos rojas por el trabajo en las caderas y contempló a los dos con maternal desaprobación—. Es evidente que sois unos niños en los que no se puede confiar para que se alimenten en cuanto los pierdo de vista.

—Tengo lo que necesitan —anunció una mujer atractiva de pelo plateado que salió de detrás de un biombo de madera que conducía a la cocina—. Una copa templada de mi ponche de leche y cerveza —sonrió y luego miró expectante otra vez el biombo—. Vamos, Gillian, no seas tímida.

Una chica bonita de unos diecinueve años emergió con paso vacilante; en las manos llevaba una bandeja pesada. No levantó la vista, como si temiera derramar una preciada gota de las muchas copas que equilibraba sobre la bandeja, pero incluso con esa visión limitada, a Roarke le pareció obvio que era de una belleza excepcional. Tenía la piel blanca como la leche fresca y los rasgos pequeños y delicados. Llevaba el pelo bien peinado y recogido en una trenza, que bajo la luz de las antorchas brillaba como el cobre y el coral.

—Yo… yo ayudé a Edwina a prepararlo —tartamudeó con timidez.

—¿De verdad? —recalcó Hagar—. Vaya, hija, es magnífico. No todos los días un hombre tiene la fortuna de disfrutar de una copa de leche y cerveza templadas, ¿no es así, Colin?

—No —convino éste, sonriéndole a su hermana.

—Benditos sean mis ojos, Edwina —soltó Magnus—, juro que estás más hermosa que cuando me marché.

Un rubor rosado cubrió las mejillas arrugadas de Edwina.

—Palabras necias de un hombre necio —reprendió, mirándolo con exasperación.

—Quiero que conozcas a nuestros prisioneros —indicó Magnus restar atención al bochorno de ella—. Este es Donald, ese es Myles, y ese sujeto alto con el ceño fruncido y una hermosa cabellera se llama Eric. Y este tipo enorme es Roarke, que tuvo la desgracia de recibir una de mis flechas en su trasero. Aunque lo cosí muy bien —fanfarroneó, palmeando la espalda de Roarke—. Álzale la falda y echa un vistazo tú misma.

—No deberías coger una aguja con esos ojos débiles que tienes —amonestó Edwina—. Te estropearás la poca vista que te queda. Ven, muchacho —suspiró—. Echemos un vistazo para ver si hace falta que lo arregle —alargó la mano hacia la falda de Roarke.

—Quizá luego —repuso éste, esquivándola.

—No tienes por qué mostrarte tan tímido conmigo —rió entre dientes—. Soy demasiado vieja para esas tonterías. Prueba mi ponche —invitó, ofreciéndole una taza de la bandeja que portaba Gillian—. Te ayudará a matar el hambre y curará cualquier cosa que te aqueje.

Con cortesía Roarke aceptó la copa con las manos atadas.

—Muchas gracias. —Movió la cabeza con educación en dirección a Gillian.

La joven se ruborizó hasta la coronilla.

—Será mejor que te lo bebas de un trago —aconsejó en voz baja Magnus mientras Edwina pasaba ponche a los hombres de Roarke.

—¿Sólo se trata de leche caliente mezclada con cerveza? —Roarke frunció el ceño al ver el brebaje espumoso.

—Es mi receta especial —alardeó Edwina mientras con una sonrisa distribuía las copas entre el resto del grupo—. Estoy enseñándole a Gillian cómo se prepara, para que el secreto no se pierda cuando muera.

El lord MacKillon alzó la suya.

—Por nuestra valerosa Melantha y su inteligente banda, otra vez a salvo en casa —vació el contenido de su copa.

Satisfechos de comprobar que la bebida era inocua, Roarke y sus hombres dieron un trago sustancioso.

—¡Por Dios! —bramó Eric, escupiéndolo al suelo—. ¡Es veneno! —tiró la copa y en el proceso salpicó el vestido de Gillian.

Ésta contempló horrorizada el vestido manchado. Lentamente alzó sus brillantes ojos hacia Eric, quien la observaba como si fuera su más mortal enemiga. Soltó un grito consternado y huyó del salón, tirando la bandeja.

—Vamos, vamos, tragadlo, que no os pasará nada —instruyó Edwina a Roarke y a sus hombres, que aún se atragantaban con la vil mezcla—. Quizá la muchacha se mostró demasiado generosa con la bilis de pescado —reconoció, olisqueando la copa de Magnus—, pero luego estaréis contentos con sus efectos.

Myles se secó la boca con la manga mientras con virilidad se esforzaba por no vomitar.

—¿Qué efectos? —quiso saber.

—Es maravilloso para limpiar los intestinos —informó Edwin; con júbilo—, justo lo que necesita un hombre después de un largo viaje y haber tomado comidas mal cocinadas.

—No me cabe duda —Donald se mostraba absolutamente asqueado.

—Te disculparás con mi hermana a la primera oportunidad que se presente —le ordenó Colin con furia a Eric—. Aunque debería haber esperado un comportamiento tan brutal de un cerdo como tú.

—Pensé que se trataba de veneno —repuso Eric con vergüenza Miró con pesar el biombo tras el cual había desaparecido Gillian no pretendía asustarla.

—Me temo que los sentimientos de la muchacha son un poco delicados —explicó Hagar—. Todos nos esforzamos por ser más cuidadosos con ella.

—Bueno, Melantha —dijo el lord MacKillon, que digería su ponche sin aparente dificultad—, háblanos de esos prisioneros tuyos.

—¡Por Dios, que son malignos, ladrones y malditos MacTier! —rugió Thor, que entró en el salón arrastrando la espada detrás de él—. ¿Qué más necesitas saber? —con brazos temblorosos, se afanó por levantarla.

—Bueno, me gustaría saber por qué Melantha los ha traído aquí —expuso el lord de forma razonable.

—Los trajo para que pudiéramos despedazarlos y dar sus cuerpos podridos y mutilados a los lobos —Thor entrecerró los ojos con esperanza.

—En realidad, los traje para poder devolvérselos al lord MacTier a cambio de un rescate —aclaró ella.

—¿Un rescate? —repitió el lord MacKillon con asombro—. Oh, no, no creo que sea una buena idea. Decididamente no.

—¿Has perdido el juicio, muchacha? —preguntó Hagar—. Ello enfurecerá peligrosamente a MacTier.

—¡Será mejor que los despedace! —ofreció Thor, golpeando el suelo con la espada—. Luego moleremos sus huesos, los hornearemos y nos los comeremos, para que no quede rastro de ellos.

—Si los matamos, ¿qué habremos ganado? —inquirió Melantha.

Los tres mayores titubearon, pensativos.

—Honor —aportó el lord MacKillon.

—Venganza —añadió Hagar.

—Comida —finalizó Thor.

—No sé cómo podéis hablar así delante de nuestros invitados, reprendió Edwina, mirando a los tres con desaprobación—. Parecen muchachos bastante agradables. ¿Han tratado de haceros daño?

—Roarke intentó cortar la cabeza de Melantha con su espada —Magnus se encogió de hombros—, pero yo lo frené con una flecha en el trasero. Aparte de eso, no han causado muchos problemas.

—Me gustaría señalar que Melantha intentaba matarme en ese momento —intervino Roarke al percibir que era necesaria una explicación. .

—¿Y así es cómo tratas a una joven delicada que sólo intenta defenderse? —el lord MacKillon enarcó las cejas blancas asombrado.

—No me di cuenta de que era una mujer... iba vestida con ese ridículo atuendo y con la cara tapada por el yelmo. Además —concluyó—, ella me atacó primero.

—Santo cielo, Melantha, ¿intentabas matar a este agradable joven? —preguntó Beatrice consternada.

—Íbamos a robarles —explicó ella—, y había logrado esquivar las redes.

—Es escurridizo, desde luego —convino Magnus. Le guiñó un ojo a Roarke.

—Pero, ¿por qué los habéis traído aquí? —repitió Hagar—. Nunca hacéis prisioneros.

—Por desgracia, nos enteramos de que los había enviado MacTier para aplastar al Halcón y a su banda —explicó Colin—. Como su intención era matarnos, eso hizo que liberarlos resultara algo problemático.

—¡Entonces démosles una muerte sangrienta y dolorosa a todos! —concluyó Thor extático—. ¡Quédate quieto miserable MacTier!, —gruñó con esfuerzo al levantar la espada y avanzar con titubeos hacia Roarke.

—Vamos, vamos, no se matará a nadie sin mi consentimiento, Thor —afirmó el lord MacKillon, mirando al anciano con el ceño fruncido.

—Deja ya esas tonterías y oigamos lo que Melantha tiene que decir sobre ese asunto del rescate.

Thor bufó de malhumor y bajó el arma.

—Tal como yo lo veo —expuso Melantha—, ganamos mucho pidiendo un rescate por estos guerreros que matándolos...

—No sé por qué piensas eso —Thor miró a Eric con expresión especuladora—. Un tipo tan grande como ese representaría mucha comida.

—Propongo que los aprovechemos para recuperar parte de lo nos robó MacTier —continuó ella—, y demostrarle al mismo tiempo que somos una fuerza con la que hay que contar.

—Pero no somos una fuerza con la que haya que contar —protestó el lord MacKillon—. Y MacTier ya lo sabe.

—Puede que no tengamos el poderío para enfrentarnos a él en la batalla —concedió Melantha—, pero está claro que la banda del Halcón lo ha incordiado lo suficiente estos últimos meses como para que sintiera nuestro aguijón. Por eso envió a estos guerreros a capturarnos.

—Pero no sabe que el Halcón pertenece a este clan —señaló Hagar—. Si pedimos un rescate por estos hombres de aspecto fiero, sabrá que hemos sido nosotros los que los apresamos.

—Y se enfurecerá terriblemente con nosotros —añadió Beatrice con preocupación—. La verdad es que no veo cómo nos va a beneficiar eso.

—Nos beneficiará recuperar lo que nos ha robado —explicó Melantha—. Cambiaremos a estos guerreros por comida, ganado, ropa, armas y oro... todas las cosas que los MacTier nos robaron cuando nos atacaron el otoño pasado.

Hagar la observó dubitativo.

—¿Y si MacTier acepta pagarnos el rescate, y en cuanto recupere a estos guerreros da media vuelta y nos ataca con su ejército?

—Ha de pagar el oro antes de que liberemos a los prisioneros —indicó ella—. Lo emplearemos para comprar la alianza de los MacKenzie y la protección de su ejército.

—Ni siquiera MacTier se atreverá a atacarnos si sabe que disponemos de una fuerza poderosa lista para venir en nuestra ayuda —aseveró Colin.

—¿Un ejército, has dicho? —el lord MacKillon se mostró intrigado por la posibilidad.

—¿Qué venga en nuestro auxilio cuando lo necesitemos? —Haga se frotó la barbilla.

—La muchacha es como su padre... no para de pensar —Magnus le sonrió con cariño a Melantha.

—¿Eso significa que no voy a poder matar a estos individuos? —gruñó Thor.

—Si pedimos suficiente por estos guerreros, y aseguramos una alianza con los MacKenzie, entonces jamás tendremos que volver a preocuparnos de ser vulnerables a otro ataque —indicó Colin.

—No sólo de los MacTier —finalizó Melantha—, sino de nadie.

—Hay un pequeño problema.

El grupo observó a Roarke con sorpresa.

—El lord MacTier jamás aceptará vuestras exigencias —informó con el semblante serio—. Aparte de la cuestión de su orgullo, que es considerable, el hombre le tiene un apego excepcional a sus posesiones... en muy en particular a su oro. Y como ya te he explicado —prosiguió, mirando fijamente a Melantha—, pagar un precio por nuestro regreso pondrá a todos sus guerreros en peligro de que les hagan lo mismo.

—¿Has pensado en ello, Melantha? —el lord MacKillon pareció atribulado.

—A estos guerreros los enviaron para capturar a la banda del Halcón y tienen mucho interés en que su señor no se entere del fracaso miserable de su misión, sin contar con que se verán obligados a sufrir la indignidad de que paguen un rescate por ellos. Por eso quieren que creamos que es una insensatez que los mantengamos prisioneros —Melantha miró a Roarke con expresión de desdén—. ¿Además, qué impresión produciría que MacTier no interviniera para salvar a hombres de su propio clan?

—La muchacha tiene razón —convino Hagar—. Es posible que MacTier sea un bastardo codicioso, pero no es factible que permita que cuatro de sus hombres sean asesinados por ahorrar unas pocas monedas. Yo digo que los

retengamos un tiempo hasta ver qué dice MacTier cuando reciba nuestro mensaje.

—Muy bien —aceptó el lord MacKillon—. ¿Pero, qué vamos a hacer con ellos mientras esperamos noticias?

—¡Encerrarlos en las mazmorras y dejar que las ratas roan sus calientes y apestosas entrañas —atronó Thor— Unas pocas semanas en la oscuridad sin otra cosa que pan mohoso y agua podrida y conseguiremos que nos digan lo que queremos saber!

—Perdona, Thor, pero, ¿qué es lo que queremos saber? —inquirió el lord MacKillon.

—Todos los enemigos guardan secretos —aseguró Thor. El rostro se le iluminó— ¡Si no nos los revelan, tendremos que torturarlos!

—No tenemos mazmorras —objetó Beatrice con firmeza—, desde luego no tenemos ratas.

—¿No podríamos conseguir algunas? —la expresión de Thor se desanimó.

—Sólo disponemos de las cámaras de almacenamiento —reflexionó Edwina—, y se encuentran en un estado caótico. Necesitaremos varios días para despejar una.

—¿No hay ninguna cámara disponible? —quiso saber MacKillon.

—Todos los cuartos del castillo están ocupados —Beatrice meneó la cabeza—, y muchas de las cabañas ya albergan a dos familias. Alguien deberá trasladarse para hacer sitio a estos caballeros, o acordar compartir sus alojamientos.

—¿Compartir una cámara con estos MacTier ladrones y asesinos? —Thor se mostró indignado con la sugerencia—. ¡Jamás, repito, jamás!

—Si no tenemos una mazmorra para ellos y no hay ningún espacio libre, ¿dónde vamos a ponerlos? —preguntó Hagar.

—¿Por qué no los mantenemos aquí? —sugirió Magnus.

—¿En el gran salón? —Hagar lo miró confuso.

—No veo mejor sitio donde se los pueda vigilar —razonó Magnus—. Después de todo, aquí siempre hay alguien. Si intentaran escapar, el lugar se llenaría de hombres en un abrir y cerrar de ojos.

La expresión del lord MacKillon se alegró.

—Podemos establecer una zona para ellos en un extremo, con camas, una mesa y una jofaina...

—... desde luego, tendremos que poner un biombo para que puedan disfrutar de algo de intimidad cuando la necesiten... —añadió Hagar.

—... y algunas sillas para que se sienten... —recomendó Magnus.

—... estarán cerca de la cocina, de modo que será fácil llevarles comida cuando tengan hambre... —señaló Edwina.

—... y la chimenea los mantendrá calientes por la noche... sabéis que la cámara de almacenamiento es bastante fría... —indicó Beatrice.

Roarke escuchó en silencio pasmado mientras los MacKillon hacían planes para mantenerlos prisioneros. Era evidente que despreciaban a los MacTier, y al parecer con buena causa. Sin embargo, ahí estaban su lord y sus consejeros más próximos preocupados por su comodidad. Sería muy conveniente que los retuvieran en la sala principal de ese castillo en ruinas,

donde podría presenciar las actividades del clan y escuchar sus conversaciones. No es que los MacKillon parecieran inquietos porque sus prisioneros conocieran con exactitud cuáles eran sus planes. Roarke no dudaba que sus hombres y él serían capaces de escapar con poca dificultad. Sin embargo, la visión de los niños con sus ropas andrajosas y las caras enjutas por el hambre lo habían hecho reflexionar. Decidió que podía retrasar su marcha hasta averiguar qué era exactamente lo que les había sucedido.

—Todo arreglado, entonces, muchachos —dijo Magnus, interrumpiendo sus pensamientos—. Por el momento os quedaréis en el salón, y en cuanto podamos hacer preparativos para acomodaros abajo, dispondréis de una cámara para vosotros solos.

—Comunicadnos si necesitáis algo más —invitó con cortesía el lord MacKillon.

—No necesito nada de manos de mis enemigos —soltó con salvajismo Eric—. Ni comida, ni agua, ni siquiera...

—Apreciamos vuestra preocupación por nuestro bienestar —intervino Donald—. Ahora que lo mencionáis, un baño caliente sería muy agradable...

—¿A qué hora se cena? —inquirió Myles, mirando con hambre la comida que había sobre la mesa.

—No son invitados —objetó Melantha—, son prisioneros.

—¡Peor aún, son MacTier! —bramó Thor.

—No obstante, merecen ser tratados con decencia —indicó el lord MacKillon—. No permitiré que se los maltrate mientras se encuentren bajo nuestra custodia... ¿ha quedado claro?

Thor frunció el ceño con cólera.

—Gracias, lord MacKillon —manifestó Roarke, incapaz de contener una mirada divertida en dirección a Melantha—. Sois un captor muy considerado.

—De nada, muchacho —sonrió, claramente complacido por el cumplido—. Una vez que todo ha quedado arreglado, sentémonos a comer, ¿os parece? Colin, invita a pasar a los demás. Durante la cena les contaremos nuestros planes de pedir un rescate por estos agradables individuos y el modo de ganar de paso un ejército.

—¿Estás sugiriendo que los prisioneros coman con nosotros? —exigió Melantha indignada.

—¿Por qué no? —el lord MacKillon la miró perplejo—. ¿Acaso ya han cenado?

—La verdad es que no. —Manifestó Roarke de buen humor.

Melantha le lanzó una mirada que podría haber congelado el fuego.

—Como prisioneros, habría que alimentarlos en otra parte. Quizá en la cocina.

—Bajo ningún concepto —se negó Beatrice—. Ya está bastante atestada sin que cuatro gigantes como ellos se interpongan en el camino de todos.

Hagar se rascó la incipiente calva.

—No veo por qué deben irse a otra parte, Melantha. Después de todo, el gran salón ya está preparado para la cena.

—Venid, muchachos —invitó Edwina, poniendo fin al debate sentaos y comed algo.

—Gracias —Roarke enfureció a Melantha con su sonrisa mientras se dirigía a la mesa.

—Tú debes sentarte a la mesa del lord, Melantha —indicó Beatrice—, para que puedas contarle al clan las últimas aventuras del Halcón.

—No tengo hambre.

—Sí, claro que tienes —replicó Magnus—. Apenas has comido un bocado en más de tres días, así que siéntate y cena.

—No —insistió ella, sintiendo bilis en la garganta.

Giró en redondo y huyó del gran salón, incapaz de soportar la visión de los guerreros MacTier cenando placenteramente en la estancia donde unos meses atrás habían provocado tanto terror y destrucción.

Roarke yacía de costado y contemplaba el lánguido titilar de las antorchas moribundas.

Le palpitaba el glúteo, pero el dolor se había mitigado algo con la enorme cantidad de cerveza que había consumido durante la cena. Sus hombres también habían bebido mucho, lo que explicaba la celeridad con la que sus ronquidos habían atronado en la sala, aún cuando estaban atados de pies y manos a las camas. Por desgracia, el santuario del sueño hacía tiempo que era elusivo con él, y a pesar de su profundo cansancio, esa noche no era ninguna excepción. El implacable dolor de los huesos y músculos maltrechos, unido a los senderos de melancolía que seguía su mente, dificultaba que alcanzara la liberación de ese sosegado refugio. Por eso contemplaba en silencio la luz menguante de las antorchas, consciente de que sólo se estaba atormentando más al observar la tonalidad rojiza dorada, que en ese momento obnubilado por el alcohol hacía juego con el color del pelo de su querida hija Clementina.

Hacía varios días que el recuerdo de su hija o de su esposa no invadía sus pensamientos. Eso lo llenó de culpa, ya que demostraba que las había abandonado en la muerte del mismo modo en que lo había hecho en la vida. No había sido esa su intención, pero era la realidad. Era un bastardo frío e insensible, rasgos saludables en un guerrero, pero despreciables en un marido y un padre.

Lo siento.

Sabía que su disculpa resultaba de una insuficiencia patética. Aunque tampoco podían oírlo. Yacían heladas y rígidas bajo tierra, selladas para siempre en un sencillo ataúd de pino, con Muriel sosteniendo en brazos a su hija, los rostros pálidos pero serenos. Al menos eso es lo que le había dicho MacTier a Roarke aquel día terrible en que regresó de la incursión para encontrar a su pequeña familia muerta y sepultada. Están en paz, había garantizado su señor. Están con Díos.

Roarke no había conseguido comprender cómo su esposa podía estar en paz. Desesperanzada tras la pérdida de su amada niña de tres años por culpa de una fiebre, se había quitado la propia vida ingiriendo bayas envenenadas. Pero en su momento no había cuestionado la descripción de MacTier. Le produjo cierto consuelo imaginar a la dulce Muriel en paz, con la pequeña Clementina a salvo en el cariñoso amparo de los brazos de su madre. Aún intentaba imaginarlas de esa manera, como si simplemente durmieran, y que abrirían los ojos y le sonreirían si tan sólo decidiera despertarlas. Era ridículo, desde luego. Una vida de ataques y batallas lo había familiarizado de manera intima con la muerte, y conocía demasiado bien su horrible hedor

y podrida fealdad como para creer en una historia tan fantástica. Pero durante los primeros meses, la imagen de su mujer e hija durmiendo un sueño apacible lo había sosegado y ayudado a aliviar la insoportable culpa que había amenazado con aplastarlo desde su interior.

Tragó saliva y observó cómo la antorcha se tornaba borrosa hasta alcanzar un acuoso torrente de oro.

En toda su vida no había anhelado otra cosa que ser un guerrero. Que Dios lo ayudara, pero se había convertido exactamente en eso. De joven le había parecido una vida de maravillas sin igual, llena de aventuras osadía y viajes exóticos. Desde el momento en que blandió, la tosca espada de madera que su padre le había fabricado, supo que estaba destinado a cosas más grandes que quedarse confinado en los límites de la tierra de su clan. La agricultura no tenía ningún atractivo para él, y la idea de llevar su vida atrapado en una cabaña oscura y turbia con una esposa de mal genio y bebés gritones lo había aterrado. Por ello se había entregado al entrenamiento con una determinación inflexible, destacando en cada ejercicio, hasta que al fin el lord MacTier se dio cuenta de que no podía hacer otra cosa que enviarlo a combatir. Con el paso de los años Roarke había pasado de ser un muchacho arrogante e inexperto, con más fuerza que cerebro, a ser un guerrero experto y arrogante, a quien le encantaba la batalla y que nunca pensaba más allá de la siguiente conquista. Su lealtad jurada estaba con su lord y su clan. Todos los que lo conocían entendían eso, Incluso Muriel, que se había enamorado de él a la tierna edad de diecisiete años y suplicado que se casara con ella. Roarke contaba con veintinueve años y acababan de darle el mando de un pequeño ejército de cien hombres, que en aquella época era algo increíble. Le había informado a Muriel de que la vida como guerrero no le dejaba tiempo para la carga de una esposa y una familia, y que no debía esperar que se quedara en casa a cuidar de ellos. Ella le garantizó que eso no importaba, porque lo amaba y quería ser su mujer.

«Tenerte conmigo parte del tiempo es mucho mejor que no compartir mi vida contigo», había respondido.

Y se casó con ella, plantó un bebé en su vientre y se marchó, creyendo estúpidamente que todo estaba bien y que Muriel se sentiría satisfecha.

Pero sólo la había destruido.

—¡Silencio, Patrick, o te oirán y te decapitarán con una espada gigantesca! —susurró una voz agitada.

Alerta de pronto, Roarke desterró sus pensamientos y can celeridad escudriñó la penumbra del salón.

Tres sombras pequeñas de distintas alturas intentaban avanzar hacia él. Por sus movimientos sigilosos, aunque no del todo gráciles, era evidente que intentaban hacer el menor ruido posible.

—¿Por qué cometerían algo tan miserable? —preguntó la figura más pequeña—. No he hecho nada.

—Son MacTier ladrones y sanguinarios, ¿no? —preguntó la más alta de las tres sombras—. Eso es lo que hacen para divertirse... ¡cortar las cabezas de los niños pequeños, para llevárselas a casa y comerlas!

Las sombras mediana y diminuta se detuvieron.

—¿Cuán... cuán pequeños? —tartamudeó la sombra mediana.

—No hace falta que te preocupes, Matthew —repuso la más alta—. Tú eres demasiado silencioso para que se fijen en ti. ¡Es Patrick quien debe ir con cuidado!

—Dijiste que no era peligroso mirarlos, Daniel —protestó con tono acusador la sombra pequeña—. ¡Y ahora dices que me van a comer!

—No he dicho eso —espetó la sombra alta—. ¡He dicho que seas sigiloso!

La figura mediana tropezó con una mesa e hizo que una jarra cayera al suelo.

Las tres sombras se paralizaron.

El estrépito era suficiente para despertar a los muertos, pero milagrosamente los hombres de Roarke siguieron roncando. Era evidente que la cerveza les había deteriorado el oído con el resto de los sentidos.

Aterradas, las tres sombras pequeñas permanecieron ancladas en sus sitios. Al final, incapaces de detectar movimiento alguno por parte de Roarke y sus hombres, soltaron el aire que habían estado conteniendo.

—Nos ha faltado poco —musitó la sombra más alta—. Repítelo, Matthew, y todos moriremos.

—No tendríamos que haber venido, Daniel —gimió Matthew—. ¡Melantha nos dijo que no nos acercáramos a los prisioneros!

—Melantha jamás nos deja hacer nada —se quejó Daniel—. ¡De ser por ella, nos encerraría en nuestra habitación hasta que fuéramos viejos!

—Sólo quiere que estemos seguros —replicó Matthew con lealtad.

—Perfecto —convino Daniel, exasperado—. Vosotros dos quedaos aquí con vuestra seguridad. Yo voy a echarle un vistazo a esos asesinos MacTier.

—Yo también quiero verlos —protestó Patrick, y a Roarke le pareció extremadamente valeroso, ya que creía que corría peligro de ser devorado.

—Yo... yo también —tartamudeó Matthew, aunque no parecía demasiado convencido.

—Muy bien —Daniel suspiró—. ¡Pero no hagáis ruido!

«Es un poco tarde para eso», pensó Roarke, observando divertido mientras las tres sombras comenzaban a avanzar otra vez hacia sus hombres y él.

—¿Estás seguro de que duermen? —susurró Matthew preocupado.

—Claro que duermen —respondió Daniel—. No pensarás que roncan de esa manera despiertos, ¿verdad?

—Suenan igual que Thor cuando duerme —observó Patrick—. Creía que hacía ese ruido desagradable porque era viejo.

—Todos los hombres roncan cuando duermen —declaró Daniel con autoridad—. Incluso nuestro padre solía hacerlo.

Matthew rió entre dientes.

—Parece como si tuvieran algo metido en las narices.

—¿Por qué el ruido no los despierta? —inquirió Patrick.

—Supongo que están acostumbrados a él —Daniel se encogió de hombros.

Se acercaron un poco más. Roarke permaneció en total inmovilidad, mirándolos a través de un párpado apenas entreabierto. Patrick fue el primero

en emerger de la oscuridad y salir a la titilante luz de la antorcha. Daba la impresión de tener unos siete años y exhibía una mata de brillante pelo rojo increíblemente revuelto.

—¿Cuál crees que es el líder?

—Debe ser aquel rubio —decidió Matthew, que se aproximó con cautela—. ¡Mira lo gigantesco que es!

El joven de pelo castaño claro parecía un poco mayor que Patrick, aunque su complexión era más ligera y tenía unas piernas dolorosamente flacas, dificultando conjeturar su edad. Roarke decidió que tendría nueve años... desde luego no más de diez.

—Ese no es el líder —observó Daniel desdeñosamente, uniéndose a los otros dos.

Era delgado y de extremidades largas, de pelo negro y cejas con un arco elegante que a Roarke le parecieron extrañamente familiares. Le dio unos trece años, aunque era posible que fuera mayor y que la falta de alimento hubiera frenado su desarrollo. Con suficiente carne y ejercicios, podría llegar a alcanzar un tamaño impresionante.

—Melantha dijo que el líder se llama Roarke, que tiene el pelo negro como la noche y ojos horribles, fríos y sin vida como piedras heladas. Y afirmó que cuando te mira puede detenerte el corazón —advirtió—, tan horrenda es su cara.

Roarke decidió que eso resultaba un poco insultante. Aunque jamás había perdido mucho el tiempo analizando su aspecto, bajo ningún concepto creía parecerse a una gárgola.

—Me voy —indicó Matthew con miedo—. No quiero verlo.

—Quédate donde estás, Matthew —ordenó Daniel—. Como tropieces con otra cosa, nos meterás a todos en problemas.

—No quiero que se me pare el corazón —chilló.

—Melantha dijo eso para que no bajáramos a verlos —aseguró Daniel con impaciencia.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Melantha siempre hace que las cosas parezcan más peligrosas de lo que realmente son, para que nosotros no las hagamos. ¿Recuerdas cuando dijo que no podíamos probar el tiro al arco porque lo más probable era que termináramos matándonos entre nosotros?

—Pero cuando al fin te lo permitió, casi me clavas una flecha —señaló Matthew.

—Eso fue un accidente —bufó Daniel—. Jamás habría sucedido si Melantha no hubiera insistido en gritar que tuviera cuidado. Estropeó mi concentración.

—Pero luego le diste al carromato de Ninian y asustaste a su caballo, espantándolo y haciendo que volcara con Ninian encima —añadió Patrick—. Se enfureció mucho.

—Ninian no tendría que haber pasado con su carromato delante de mí.

—El carromato estaba detenido —repuso Matthew.

—¿Queréis ver a los asesinos MacTier o no? —soltó Daniel, irritado porque le recordaran sus pasadas transgresiones.

—Sí —confirmó Patrick.

—Entonces guardad silencio.

Los dos niños menores obedecieron.

Roarke cerró los ojos y permaneció inmóvil mientras los tres se acercaban con cautela.

—Mirad el tamaño de éste —susurró Daniel.

—¿Crees que es el líder? —inquirió Matthew.

—Su cara es bastante fiera —decidió Daniel.

—Si es el jefe, entonces es al que Magnus le disparó en el trasero —informó Patrick.

—Eso debió doler —reflexionó Matthew con simpatía.

—Tendría que haberle dado en el centro del corazón —afirmó Daniel con voz tensa y salvaje—. Y es afortunado por estar dormido, o sacaría la espada de papá y le atravesaría ese corazón maligno y criminal...

Roarke abrió los ojos.

Salvo por el terror que atenazaba sus caras pálidas, se podría haber dicho que los jóvenes estaban a punto de cantar, tan abiertas mostraban las bocas. Roarke esperó que huyeran. Pero se quedaron paralizados en su sitio al parecer atrapados en las garras del miedo.

—¿Y bien? ¿Se os ha parado el corazón? —la confusión mitigó levemente sus expresiones aterradas—. Como seguís de pie, supondré que aún os laten —continuó divertido—. Es un alivio descubrir que no soy tan horrendo como se os había hecho creer.

—¡No intentes nada, MacTier —Daniel fue el primero en encontrar la voz—, o te atravesaré con mi espada!

—¿Qué espada? —Roarke enarcó una ceja con curiosidad.

El chico tanteó en vano en su costado. Al darse cuenta de que no portaba ninguna espada, cerró los puños pequeños.

—¡La espada que iré a buscar para ensartarla en tu corazón perverso y podrido!

—Eso no me parece un encuentro justo —musitó él—, ya que estoy tendido con las manos y los pies atados, y ni siquiera podría levantar un dedo para defenderme.

Al mencionar su desvalidez, los tres niños se relajaron de manera visible.

—Eres afortunado de estar atado —informó Daniel—, de lo contrario, ya habrías muerto.

—¿Vas a cortarme la cabeza y comértela? —El pequeño Patrick lo miró nervioso.

—Por supuesto que no —Roarke sonó ofendido por la sugerencia—. Soy un guerrero, no un animal salvaje. ¿Quién te contó algo tan ridículo?

Patrick miró con ojos acusadores a Daniel.

—No intentes hacernos creer que no eres malvado —afirmó éste—. Los MacTier nos atacasteis el otoño pasado y tratasteis de aniquilarnos a todos, de modo que sabemos bien qué clase de bestias salvajes sois. ¡Mereces que te quemen los ojos con un hierro al rojo y te dejen unos agujeros negros, y luego que te despellejen despacio hasta que supliques la muerte!

El lord MacKillon había prohibido que se hablara del tema del ataque de los MacTier durante la cena, ya que lo consideraba demasiado desagradable

para una comida. Eso había impedido que Roarke se enterara de más detalles. Pero había quedado claro por la animosidad que encontró desde conocer a Melantha y a su banda que había sido algo brutal. El estado ruinoso del castillo y la condición de hambre de la mayoría de la gente recalcaba que los MacKillon habían sufrido mucho, y que seguían sufriendo. Soportó la mirada furiosa de Daniel con algo parecido a la vergüenza, como si de algún modo fuera responsable de la desdicha del muchacho. Con impaciencia se dijo que eso era ridículo. Sus hombres y él habían estado en el sur en la época de la incursión. Era culpable en cuanto compartía la responsabilidad de los actos de su clan, pero no se lo podía considerar personalmente responsable de lo sucedido allí.

Había estado demasiado ocupado atacando otros castillos en nombre de su señor y su clan.

—Tienes suerte de que Melantha no te matara, porque eso es lo que juró hacer con todos los MacTier, hasta que el último de vosotros se ahogue en su propia sangre y haya quedado vengado el asesinato de nuestro valeroso padre —siseó Daniel con vehemencia.

De nuestro valeroso padre.

«Desde luego», pensó, estudiando el rostro finamente cincelado del joven, sus cejas elegantes y la furia oscura que encendía sus ojos. De pie ante él había una versión más pequeña y joven de Melantha. Concentró la atención en los otros muchachos. Los rasgos de Matthew eran más delicados, pero los ojos eran iguales, aunque carecían del amargo odio que inflamaba los de su hermano. Sin embargo, el pequeño Patrick era un misterio. Su pelo crecía tupido y salvaje, y aunque era oscuro, Roarke pudo ver que tenía la piel llena de pecas, sin semejanza alguna con las caras blancas de los otros dos.

—¿Todos sois hermanos de Melantha?

—Sí —los puños de Daniel seguían cerrados a los costados—. Y si alguna vez vuelvo a oír que has intentado hacerle daño, MacTier, juro que te mataré.

Su voz sonaba con una suavidad mortífera y el rostro infantil se hallaba contorsionado por el odio en estado puro. Sólo era un niño, pero Roarke sabía que la angustia y el desprecio hervían bajo la superficie de su piel, haciéndolo capaz de casi todo. En todos sus años como guerrero jamás había visto a un niño despojado de los últimos vestigios de inocencia, y la visión lo hería hasta los huesos. Roarke había combatido en innumerables batallas y había conducido ataques masivos contra muchos castillos en nombre de su señor y su rey, pero, de algún modo, siempre lo había considerado como una lucha contra otros guerreros, no contra mujeres y niños. Claro está que nunca se había demorado mucho cuando un castillo se rendía. Después de todo, sus habilidades eran mejor empleadas allí donde había que librar otro combate. Por ello siempre había seguido adelante, sin permitirse jamás contemplar el terrible sufrimiento que dejaba a su espalda.

—¿Sabe tu madre que has bajado aquí a amenazar a los prisioneros? —preguntó con una amabilidad poco habitual.

—Murió hace ya mucho tiempo —el pequeño Patrick meneó la cabeza.

—Sólo hace dos años y medio —corrigió Daniel con sequedad eso no es tanto.

No —convino Roarke «no es mucho». Muriel y Clementina llevaban cinco años muertas y su ausencia aún abría un profundo abismo en su alma. No le costaba imaginar el dolor terrible que debieron experimentar esos jóvenes al perder a su madre y a su padre en un breve período de tiempo. Y por ello Melantha se había visto obligada a asumir la responsabilidad de sus hermanos menores. Él jamás había estado mucho tiempo en casa como para desempeñar un papel importante en la educación de su hija, pero sabía que requeriría una energía paciencia enormes hacer de madre y padre de esos tres muchachos. Y Melantha les había prohibido que bajaran allí esa noche y ellos la habían desafiado con temeridad, tal como él mismo habría hecho a su edad.

Si despertaba durante la noche para descubrir que los tres se hallaban ausentes, la atenazaría el miedo.

—No deberíais estar aquí. Si Melantha os encuentra conmigo, se enfadará mucho porque no obedecisteis.

Los chicos intercambiaron unas miradas inquietas. Era evidente que habían olvidado por completo esa posibilidad.

—Tie… tiene razón —tartamudeó Matthew nervioso—. Melantha se pondrá muy furiosa cuando se entere.

—No se enterará —Daniel miró con desdén a Roarke—. A menos que tú se lo cuentes.

—No veo motivo alguno para tener que contarle a nadie vuestra breve visita —indicó Roarke sin inmutarse—. Aparte de vuestras amenazas de atravesarme con una espada, de arrancarme el corazón y dejarme agujeros en los ojos, vuestra compañía me resulta bastante agradable.

Daniel observó a Roarke con expresión dubitativa, debatiendo si creerle o no.

—Vamos, chicos —habló al fin—. Ya hemos visto bastante de estos asesinos por una noche.

Matthew dio la vuelta sin pensárselo, pero el joven Patrick se quedó unos segundos, con sus pequeñas y rojizas cejas fruncidas.

—¿De verdad Magnus te disparó en el trasero? —Roarke asintió—. ¿Te dolió?

—Sí. —¿Te duele todavía? —Un poco.

—Una vez me caí y me corté la frente, y Melantha me hizo quedarme en cama mientras me ponía trapos fríos en la herida, e incluso me dejó beber un poco de vino. Deberías preguntarle si te haría lo mismo.

—Dudo que a tu hermana le preocupe mucho mi dolor –repuso Roarke con sequedad—, pero gracias por la sugerencia.

—¡Debemos irnos, Patrick! —espetó Daniel.

—He de irme —informó el pequeño a Roarke—, pero te veré mañana.

—Esperaré el momento.

El joven le regaló una sonrisa.

Luego dio media vuelta y se dirigió hacia su hermano mayor, quien lanzó una última mirada de desprecio a Roarke antes de fundirse con las sombras.

Capítulo 4

— Eso es, Lewis... ya casi está... ¡ya! ¡Introdúcelo, no puede estar más recto!

Roarke observó mientras el obediente Lewis colocaba un clavo sobre la persiana dañada, le daba un golpe débil con el martillo y luego retiraba la mano que lo sostenía.

La persiana se desplomó sobre el suelo.

—¡Por el amor del cielo, muchacho, no puedes esperar asegurar un trozo pesado de madera con un solo clavo! —exclamó Magnus exasperado—. Y debes golpearlo como si quisieras matarlo, no como si pretendieras despertarlo de un sueño.

Desde su precaria posición sobre unos bancos, el otro bajó la vista con expresión de disculpa.

—Lo siento.

—Olvídalo, muchacho —Magnus suspiró—. No es culpa tuya que no se te dé bien arreglar cosas. Baja de ahí y veamos si podemos encontrar que hagas otra cosa.

El gran salón bullía con hombres equilibrados sobre bancos, mesas y sillas las bocas llenas con clavos de hierro mientras con torpeza intentaban reparar las persianas dañadas que colgaban de las ventanas.

—¡Excelente trabajo, muchachos! —alabó Magnus, quien dirigía la actividad desde el centro de la sala—. Unas pocas horas más de trabajo y esos taimados perros MacTier jamás podrán romper las ventanas.

—Perdona, Magnus —intervino Roarke—, pero, ¿por qué todos estos hombres trabajan en el gran salón cuando hay tantas reparaciones que llevar a cabo en el exterior del castillo?

—Sé que es un poco ruidoso, muchacho —reconoció el anciano con pesar—, pero hasta que nos os preparemos el almacén, me temo que tendréis que soportarnos.

—No me quejo por el ruido —aclaró Roarke—. Me pregunto por qué no estáis asegurando el muro circundante y la puerta en vez de arreglar aquí unas pocas persianas rotas.

—No te equivoques, hay suficientes hombres trabajando fuera —afirmó Magnus—. Y tienen bien controlada la situación. Quizá te interese saber que los MacKillon tenemos una larga y espléndida historia como constructores de castillos...

—Por el amor del cielo, Ninian, ¿es que no sabes reconocer la diferencia entre un clavo y el maldito dedo de un hombre?

Roarke miró al otro extremo de la sala para ver a un hombre bajo y regordete con las mejillas encendidas de pie sobre una mesa, agitando furioso la mano gruesa en el aire.

—¡Si miraras lo que haces y mantuvieras tus dedos gordos fuera de mi camino, no habría pasado, Gelfrid! —espetó Ninian irritado desde su asiento en lo alto de unos taburetes apilados uno encima del otro. La piel se le ten-

saba sobre los huesos de la cara y eso le daba un aspecto pálido y casi cadavérico, que encajaba a la perfección con su complexión encogida.

—Eres tú quien debe vigilar lo que hace —profirió con cólera Gelfrid—. ¡Cualquier tonto puede ver que esto es carne y piel, no un maldito trozo de hierro!

—Será mejor que dejes que tu mujer le eche un vistazo —indicó un sujeto con una mata revuelta de pelo rojo—. Quizá te lo tenga que entablillar.

—Tendré suerte si sólo le hace falta entablillarlo, Mungo —se quejó Gelfrid molesto—. De paso le pediré a Hilda que prepare una pócima que agudice la vista de Ninian.

—¡A mi vista no le pasa nada! —Ninian giró en redondo sin dejar de agitar el martillo—. Tú pusiste ese dedo gordo y grande justo encima del maldito… —de pronto desorbitó los ojos y comenzó a agitar los brazos flacos en un vano intento por recuperar el equilibrio.

Roarke hizo una mueca cuando el pobre cayó al suelo.

—Eso debió doler —reflexionó Donald, que estaba cómodamente estirado sobre el jergón observando a los MacKillon afanarse en las reparaciones.

—No ha sido nada —bufó Eric, en absoluto impresionado—. Me he caído desde el doble de altura y apenas lo he sentido.

—Eso fue porque aterrizaste sobre la cabeza —comentó Myles, en sacaba brillo a sus brazaletes con la tela de la falda.

—Estás celoso de mi fuerza superior —Eric frunció el ceño.

—Puede que su cabeza sea capaz de tolerar bastante bien el golpe, pero os garantizo que esta mañana le palpita por la enorme cantidad de cerveza que bebió anoche —se burló Donald—. Sin duda eso explica la disposición hosca que muestra hoy.

—Quizá Gillian debería darle otra copa de su ponche —sugirió Myles—. Eso pondría realmente a prueba su superior fuerza vikinga.

—Pensé que era veneno —gruñó Eric irritado—. Es el brebaje más asqueroso que he probado jamás.

—No creo que tengas que preocuparte porque la joven vuelva a acercarse a ti con una de sus pócimas —aseveró Myles—. A juzgar por la precipitación con que salió del salón, diría que has espantado a la pobre doncella.

—Es una pena —Donald examinó con expresión ociosa la cuerda que rodeaba sus muñecas—. Era una cosita atractiva.

—Era débil y temerosa —replicó Eric—. Jamás sería una compañera adecuada para un guerrero. Un guerrero necesita a una mujer fuerte e intrépida.

—Yo me conformo con una joven agradable a la vista, suave y dispuesta en mi cama.

—Es deber de una mujer estar dispuesta —soltó Eric con brusquedad—. Mi esposa ha de estar orgullosa de recibir mi simiente y darme hijos fuertes.

Donald lo observó divertido.

—De verdad que tendría que dedicar algún tiempo a educarte sobre las mujeres, amigo mío, antes de que esas ideas bárbaras te metan en serios aprietos —se sentó, complacido de haber encontrado algo con lo que mante-

nerse ocupado—. Y ahora, tu primera lección será cómo mirar a una mujer sin hacer que la domine un ataque de histeria.

Eric soltó chispas por los ojos.

—Excelente. Así es justo cómo no debes mirarla. Ahora que ya has dominado eso, prosigamos. La siguiente lección: cuando una mujer te ofrezca algo para beber, y a lo que evidentemente ha dedicado bastante tiempo para preparar, intenta contenerte de escupirlo y de acusarla de tratar de envenenarte.

—Si no paras ya de decir tonterías, voy a matarte —advirtió Eric con tono ominoso.

—Es posible que lo pienses ahora, pero habrá un momento en que querrás agradecérmelo —replicó Donald sin preocuparse—. A las mujeres les encanta que alaben su aspecto, así que intenta pensar en algo agradable que decir.

—¿Cómo qué? —preguntó Myles, que dejó de sacar brillo a los brazaletes.

—Eso depende de la fase por la que atraviese la seducción. Por ejemplo, si sólo os acabáis de conocer, es bueno sacar un tema relativamente seguro, como comparar su pelo con la oscuridad del cielo nocturno, o manifestar que sus ojos son del color de los zafiros.

—Jamás he visto a una mujer con ojos como zafiros —bufó Eric disgustado.

—No importa que sean o no tan azules —explicó Donald con paciencia—. Al decirle que se parecen, la halagas. Bajo ningún concepto te va a contradecir cuando señales sus atributos más bonitos.

—¿Y qué pasa con los brazos? —inquirió Myles.

—Sí, ¿qué pasa? —Donald frunció el ceño.

—¿Es bueno alabarlos?

—Para ser sincero, no recuerdo a ninguna mujer que estuviera especialmente interesada en oír cosas sobre sus brazos. Además, tienen tantas cosas maravillosas más en las que poder concentrarse, como su piel cremosa, sus labios rosados, su diminuta cintura, sus suaves mejillas…

—A mí me gustan los brazos fuertes —interrumpió Eric—. Eso significa que será capaz de llevar una carga pesada de leña sin quejarse.

—Perfecto —Donald suspiró—. Si te apetece, menciona sus brazos fuertes, pero cerciórate de añadir algo más, como la forma delicada de sus…

—Anchas caderas —sugirió Myles.

—¿De verdad crees que a una mujer le agrada que le mencionen que tiene caderas anchas? —Donald enarcó las cejas exasperado.

—Eso significa que podrá tener muchos hijos sin problemas —explicó Myles.

—Myles tiene razón —acordó Eric, asintiendo con aprobación—. Es bueno que una mujer tenga caderas sólidas, anchas.

—Y unas piernas robustas —añadió el otro.

—No creo que lleguéis muy lejos en vuestro cortejo si recalcáis la robustez de las caderas y las piernas de una mujer —reflexione Donald con tono dubitativo.

—Bueno, pues no pienso casarme con ninguna mujer necia que sólo quiera oír tonterías sobre que sus ojos son tan azules como unas piedras —espetó Eric. Se apoyó en el camastro y desvió la vista, indicando que la lección había llegado a su fin.

Sin prestar atención al discurso aburrido de sus hombres, Roarke observó frustrado cómo los MacKillon seguían sus torpes arreglos del gran salón. No sabía si el lord MacKillon había enviado ya un mensaje al lord MacTier solicitando un rescate por ellos, pero una cosa era segura. Si reparar esas persianas rotas representaba los preparativos principales de los MacKillon contra un ataque, entonces el resultado sería rápido y brutal, sin importar qué clan los atacara.

El pensamiento no lo satisfizo.

—Me temo que ahora tenemos que trabajar en este extremo del salón —indicó Magnus, acercándose a Roarke—. Si sois tan amables de moveros hacia el centro, estoy seguro de que acabaremos en un abrir y cerrar de ojos y podréis volver aquí.

—Parece que mis hombres y yo estorbamos, Magnus —comentó Roarke, decidido a ver qué otros preparativos llevaban a cabo los MacKillon—. Quizá lo mejor sería que saliéramos al exterior un rato, y así os dejaríamos a ti y a tus hombres terminar las reparaciones.

—No estarás pensando en intentar escapar, ¿verdad, muchacho? —el anciano enarcó una ceja blanca—. Hoy no dispongo de tiempo para ir detrás de ti, ¿me oyes?

—No sé cómo sería posible —respondió el guerrero—. Estamos a pleno día, desarmados, con las manos atadas y el patio lleno con tu gente. Y aún me palpita el trasero, lo cual hace que la idea de una persecución prolongada no resulte atractiva.

—Fue un buen disparo, no se puede negar —Magnus rió entre dientes. Meditó un momento y luego suspiró—. Supongo que no hará mal a nadie que respiréis un poco de aire fresco. No obstante, tendré que destinar a alguien a que os vigile —se volvió hacia Lewis, arrodillado en el suelo completamente absorto en la tarea de ensamblar las piezas rotas de su persiana—. Lewis, deja de jugar con eso y llévate a los prisioneros fuera a respirar algo de aire fresco.

—Ya casi lo tengo —murmuró el joven, enfrascado en su tarea—. Sólo me hace falta encontrar una pieza más…

—Déjalo, muchacho —repitió Magnus con impaciencia—. Además, será mejor que fabriquemos una nueva.

—Pero no es necesario —Lewis deslizó la última pieza del rompecabezas de madera en su sitio—. ¿Lo ves?

—Sí, sí, lo veo —convino Magnus—. Y con el tiempo que debería dedicar un hombre a fijar esas piezas, podría construir dos persianas nuevas con madera fuerte y buena. ¿No ves que es una pérdida de tiempo?

Avergonzado por recibir una reprimenda delante de Roarke y sus hombres, Lewis asintió con docilidad.

—Sé buen chico, entonces, y llévate a estos MacTier al patio. No creo que te den ningún problema. Pero si lo hicieran, dispárale a uno una flecha en el trasero —instruyó con una risita—. Eso los frenará en seco.

—No será necesario —garantizó Roarke—. Mis hombres y yo sólo queremos airearnos y realizar algo de ejercicio, nada más.

—Pues marchaos, entonces. Cercioraos de no estorbar a nadie mientras estéis en el patio... Eh, Mungo, en nombre de San Andrés, ¿qué crees que estás haciendo con...? ¡Cuidado!

Roarke hizo una mueca al ver cómo la torre de bancos que sostenía a Mungo se desplomaba al suelo seguida del pobre hombre.

El patio bullía de actividad cuando Roarke y sus hombres salieron al húmedo aire de la mañana. Hombres, mujeres y niños iban en todas direcciones cargando piedras de diversos tamaños, que luego distribuían con sumo cuidado a lo largo de la muralla del castillo. Otros transportaban cubos con agua desde el pozo para vaciarlos en enormes canales y barriles donde se estaba combinando una mezcla gris de textura parecida a la arcilla.

—Muy bien, Finlay —dijo el lord MacKillon. Observaba desde su asiento en el centro del patio mientras el robusto guerrero se llenaba los brazos con piedras de un carromato y las dejaba caer en el suelo—. Unas cincuenta cargas más y dispondremos de piedras más que suficientes para devolver a estos muros su antigua gloria.

—Esta no servirá —declaró Thor con gesto de desaprobación al examinar una de las rocas—. No servirá en absoluto.

—¿No es lo bastante grande? —Finlay se secó el sudor de la frente.

—No es eso —Thor meneó la cabeza.

—¿No es lo bastante pesada? —sugirió el lord MacKillon.

—Es una piedra pesada —Thor gruñó al intentar levantar la roca del carromato, luego abandonó sus esfuerzos y meneó otra vez la cabeza—. No hay ningún inconveniente al respecto.

—¿Su forma es irregular? —se preguntó Hagar, acercándose para inspeccionar la piedra de la discordia.

—Suave como el trasero de un bebé —Thor pasó la mano nudosa por su superficie—. Su forma no tiene nada de malo.

—Entonces, ¿qué le pasa? —inquirió el lord MacKillon.

Por ese entonces todo el clan había dejado de trabajar para centrar su curiosa atención en Thor.

Reinó un momento de críptico silencio cuando éste contempló a su público, inmensamente complacido por ser el centro de su curiosidad.

—No es lo bastante rosa —anunció al final con voz grave. El clan observó la roca con estupefacción.

—Por todos los santos, tienes razón —aseveró Hagar con gesto de asentimiento—. ¡No es lo bastante rosa!

—Veamos, Finlay, no pretendo criticarte, pero te estás centrando en las piedras más rosadas, ¿verdad? —quiso saber el lord.

—Sí —gruñó Finlay, depositando sin esfuerzo otro cargamento de rocas en el suelo—. Así es.

—Entonces, ¿cómo explicas ésta? —exigió Thor.

—Debió parecer rosa cuando la escogí —se encogió de hombros. Los miembros del consejo analizaron la respuesta durante un momento.

—Una contestación perfectamente razonable —decidió el lord MacKillon.

—Las cosas a menudo me parecen rosadas un instante, y al siguiente adquieren un color diferente —añadió Hagar—. Es un problema común.

—Se debe a que tienes los ojos débiles —desdeñó Thor—. Yo noto la diferencia entre algo que es rosa y algo que decididamente no lo es.

—Pero si miras con detenimiento esta piedra, puedes ver que tiene vetas rosas en su superficie —señaló Hagar—. Es la intensidad del color lo que la torna inaceptable.

—¡La intensidad del color lo es todo! —arguyó Thor—. Es el atributo por el que el castillo MacKillon ha sido famoso durante los últimos trescientos años... Si lo restauramos con rocas de cualquier color, habremos perdido nuestra orgullosa herencia.

—Por supuesto que no sugiero que empleemos esta piedra —aseguró Hagar—. Sólo digo que no hay que criticar demasiado al muchacho por considerarla rosa cuando la recogió. ¡Mira las piedras magníficas que nos ha traído hoy!

—Olvídalo, Finlay —dijo el lord MacKillon—. Todos cometen errores. Cerciórate de tener más cuidado con el siguiente cargamento. Volved al trabajo —instruyó con un gesto de la mano—. Todo se ha arreglado.

—¡Santo Dios en el cielo! —estalló Thor al notar de pronto la presencia de Roarke y sus hombres—. ¡Esas alimañas han escapado —tanteó con torpeza en busca de su espada y cargó hacia ellos—, ¡Atrás, viles herejes! —bramó mientras blandía la espada delante de su cara—. ¡De vuelta a vuestra prisión infestada de ratas antes de que os desmenuce y aplaste vuestras entrañas en el suelo!

Roarke aguardó con calma que Lewis le informara de que no intentaban escapar. Pero el pobre Lewis quedó tan aturdido por el súbito ataque de Thor, que retrocedió y chocó con Roarke.

—No intentamos escapar —le aseguró Roarke a Thor, tratando de equilibrar a Lewis con las manos atadas.

—¡Dios mío, han tomado a Lewis de rehén! —Thor desorbitó los ojos—. ¡No me quedaré con los brazos cruzados viendo cómo triunfan! ¡Preparaos para morir, depravados canallas!

Al instante Roarke situó a Lewis a su espalda, temeroso de que el muchacho resultara herido con el ataque equivocado de Thor.

—No intentamos escapar, Thor —repitió Roarke en voz alta, pensando que el anciano quizá fuera un poco sordo.

—¡Atrás, miserables saqueadores de castillos y violadores de mujeres! —rugió el otro, pinchando el aire con la espada justo delante de vientre de Roarke—. ¡Regresad inmediatamente a vuestro agujero húmedo y oscuro, donde os pudriréis en la miseria hasta que el diablo en persona reclame vuestras almas hediondas para que ardan toda la eternidad!

—Vamos, vamos, ¿a qué se debe tanto alboroto? —exigió sabe Magnus al aparecer en la entrada del castillo—. Apenas se puede pensar con tantos gritos.

—Acabo de salvar al clan de otro ataque de los MacTier —alardeo Thor—. Y ahora pienso hacer picadillo a estos villanos y alimenta con su carne a los peces del lago.

—¿Ataque? —repitió Magnus confuso—. ¿Qué ataque?

—Thor piensa que intentábamos escapar —explicó Roarke con suavidad.

—Eso es ridículo —bufó Magnus—. El muchacho me dio su palabra de que la fuga ni se le pasaba por la cabeza... lo único que deseaban sus hombres y él era respirar un poco de aire.

Thor mantuvo el arma temblando de forma amenazadora ante Roarke.

—Si no intentan escapar, entonces, ¿qué hacen corriendo por patio?

—En realidad, no nos movíamos —señaló Roarke—. Os observábamos debatir sobre la piedra de Finlay.

—¡Decidíais cómo robarnos las armas y los caballos para matarnos antes de regresar a vuestro clan! —atronó Thor.

—Eso sería una proeza —convino Roarke—, si tenemos en cuenta que somos cuatro contra cientos de MacKillon.

—El muchacho tiene razón, Thor —acordó Magnus—. Además, ¿no ves que el joven Lewis los vigila?

—¿Lewis los vigila? —Thor parpadeó.

—Sí —convino éste, saliendo con timidez del escudo protector que formaba el cuerpo de Roarke. Carraspeó y se tocó la espada que llevaba al costado—. Así es.

—No pretendo ofenderte, muchacho —comenzó Thor—, pero no creo que un mozalbete flacucho como tú sea capaz de vigilar a cuatro brutos salvajes como esos. ¡Mira el tamaño que tienen comparados contigo! Te devorarían en un abrir y cerrar de ojos si creyeran que tenías algo de carne en los huesos.

Las mejillas pecosas de Lewis se ruborizaron por la humillación.

—Que no te engañe la complexión ligera de Lewis —intervino Roarke, a quien le desagradó el modo en que Thor abochornaba al joven delante de su propio clan—. Cuando nos capturaron, estuvo a punto de partir en dos con su espada a uno de mis hombres.

Los presentes emitieron un jadeo de asombro.

—¿De verdad? —inquirió Hagar, visiblemente impresionado.

—Claro está que Donald primero quedó debilitado por el golpe fuerte que Lewis le dio en la nuca —asintió Roarke—. El muchacho posee un brazo derecho poderoso.

—¿Sí? —el lord MacKillon observó asombrado a Lewis.

—Desde luego —asintió Donald, frotándose la cabeza para corroborarlo—. Me dejó un chichón del tamaño de un huevo. Creo que tardará días en desaparecer.

—¿Intentas decirme que nuestro Lewis realmente atacó a uno de tus salvajes guerreros? —preguntó Thor, mirando perplejo a Roarke. Éste asintió—. Parece que te he juzgado mal, muchacho —reconoció el anciano con un movimiento de la cabeza—. Jamás te habría considerado capaz de semejante proeza.

—Claro que Lewis es capaz de eso —declaró una voz dura— como integrante de la banda del Halcón realiza actos de gran coraje y osadía en todo momento.

Roarke se volvió para ver a Melantha y a Colin detrás de él, con los jóvenes Daniel, Matthew y Patrick alineados entre los dos. Melantha llevaba

puesta una camisola marrón de tejido áspero, un chaquetón sin mangas de piel oscura, pantalones de color tierra y botas de piel de ciervo, con la pesada espada al costado. Roarke pensó que era evidente que prefería el movimiento libre que le permitía ese atuendo a las incómodas limitaciones de un vestido. Eso, o sus hazañas como el Halcón, le habían quitado todo deseo de parecer incluso remotamente femenina, al menos en lo que a ropa se refería. Las prendas informes no podían ocultar la belleza delicada de su rostro, aunque la expresión rígida apenas sugería que pudiera albergar un lado más delicado.

Durante un momento Roarke temió que se hubiera enterado de la visita clandestina de sus hermanos al gran salón la noche anterior. Resultaba imposible saberlo por la expresión de Daniel, ya que el niño lo miraba con el mismo desdén que le dedicaba su hermana, lo cual producía el perturbador efecto de resaltar aún más su parecido. Roarke centró su atención en Matthew. El joven bajó la vista al suelo, pero Roarke percibió que Matthew siempre estaba nervioso, así que ahí no obtendría ninguna pista. Sólo el pelirrojo Patrick lo contemplaba con su expresión luminosa y apacible y una sonrisa traviesa. Roarke experimentó una peculiar sensación de calidez. Extrañamente fortalecido, desvió otra vez su atención a Melantha.

La frialdad seguía presente, pero detectó algo más en las profundidades de sus ojos verdes dorados. Frunció el ceño e intentó discernir qué era.

De pronto ella apartó la vista, como si Roarke no mereciera la pena seguir registrándolo.

—Bueno, entonces, todo solucionado —declaró feliz el lord MacKillon—. Todo el mundo de vuelta al trabajo —instruyó, despidiendo a su gente—. Queda mucho que hacer en esas poderosas murallas.

—Perdonadme, lord MacKillon —dijo Roarke— pero, ¿por qué dedicáis tanto tiempo y esfuerzo a reparar las murallas de vuestro castillo?

—Para mantener a los MacTier fuera, por supuesto —replicó el otro, como si la respuesta fuera obvia.

—No nos considerarás tan ingenuos como para creer que tu codicioso señor de negro corazón no sentirá otra vez la tentación de atacarnos, ¿verdad? —inquirió Thor— ¡Pero en esta ocasión destrozaremos su ejército, lo despellejaremos y lo dejaremos como alimento para los lobos! —amenazó con grandilocuencia—. ¡Y luego moleremos sus huesos para hacer pan!

—Bueno bueno, eso no lo sé —musitó el lord MacKillon—. No te ofendas Thor, pero no puedo dejar de pensar que moler los huesos de todo un ejército requerirá una extraordinaria cantidad de tiempo y esfuerzo.

—Además, ¿quien quiere comer pan hecho con los MacTier? —se preguntó Magnus—. Sin duda será duro.

—Si está duro, se lo podemos dar a los peces —sugirió Thor—.No les importara.

—Parece demasiado trabajo sólo para alimentar a los peces —Hagar se rascó la brillante coronilla—. ¿No podríamos simplemente enterrarlos?

—¡La cuestión es aniquilarlos sin dejar rastro de ellos! —arguyó Thor—. Si vamos a enterrarlos, ¡entonces tampoco tiene sentido despellejarlos!

Roarke luchó por mantener la paciencia.

—Lo que intento decir es que si el lord MacTier envía un ejército a rescatarnos, no tendréis ninguna oportunidad de repelerlo.

—¿Crees que nos quedaremos sentados a esperar plácidamente la llegada de tu clan? —observó Colin con sarcasmo.

—No olvides que vamos a reclutar la ayuda del ejército de los MacKenzie —indicó Hagar—. Conforman un grupo de guerreros fuertes y desagradables como el que más.

—Pero debemos hacer lo que esté al alcance de nuestra mano para mantener a vuestros guerreros a raya, al menos hasta que el lord MacKenzie arribe con su ejército y haga que vuestro señor comprenda que lo mejor es que pague vuestro rescate y os lleve a casa —añadió el lord MacKillon.

—Es bueno que os aprestéis aun posible ataque —reconoció Roarke sin prestar atención a la hostilidad de Colin—. Vuestro clan debería estar mejor preparado para defenderse, sin importar que MacTier envíe o no su ejército. Pero los preparativos que realizáis en última instancia apenas surtirán algún efecto. No podéis detener un ejercito cambiando unas persianas o reparando los agujeros en vuestro castillo con esas piedras rosadas.

—Resulta conmovedora tu preocupación por el bienestar de mi pueblo —declaró con frialdad Melantha—. Sin duda piensas que deberíamos liberaros para evitar un mayor derramamiento de sangre.

—Eso sería lo más prudente —convino Roarke—. Pero como os habéis comprometido con tanta obstinación a pedir un rescate por nosotros, al menos dejad que haga algunas sugerencias para reforzar castillo.

—No nos interesan tus sugerencias.

—En realidad, Melantha, a mí me parece que puede ser interesante oírlas —intervino el lord MacKillon—. Después de todo, Roarke es un guerrero veterano y probablemente haya atacado docenas de castillos... ¿verdad, muchacho?

—Claro que sí —acordó Melantha con tono cáustico—. Y nuestro hogar forma parte de sus muchas victorias depravadas y sucias.

Un silencio incómodo reinó en el patio. Roarke la observó con intensidad.

—Mis hombres y yo no formamos parte del ataque a este castillo, Melantha, lo juro.

—Aunque eso fuera verdad —Melantha soltó una risa amarga y ahogada—, poco importa. Seguís siendo MacTier.

—Sí —acordó él—. No hay nada que pueda hacer para cambiar eso. Pero el hecho de que sea un MacTier no significa que no pueda ofrecerle a tu gente algunas sugerencias para fortalecer el castillo.

—Tiene razón, muchacha —afirmó Magnus—. No se pierde nada escuchando lo que tenga que decir.

—Estoy de acuerdo —confirmó el lord MacKillon.

—¿Esto es absurdo? —espetó Colin—. No tiene ningún motivo para querer ayudarnos. Intentará engañarnos para ayudar a su ejército cuando llegue.

—No tenéis por qué hacer nada de lo que os sugiera —señaló Roarke—. A menos que creáis que tiene lógica.

—Eso suena bastante justo —dijo Hagar—. ¿Qué tenías en mente?

—Las murallas de vuestro castillo tendrán que ser reparadas en algún momento, pero por ahora deberíais dedicar vuestra energía a impedir que un atacante consiga llegar al castillo —estudió la puerta un momento. La es-

tructura del pesado rastrillo de hierro parecía intacta, y la gruesa puerta más allá no había resultado dañada por un ariete— ¿Cómo entraron los MacTier en el castillo?

—Subieron por escalas en las murallas, como bichos por un árbol —explicó el lord—. Luego descendieron al patio y abrieron la puerta para los demás.

—¿No teníais hombres en la muralla para defenderla?

—Unos pocos —aseveró Hagar—, pero sólo para montar guardia.

—Los muy cobardes atacaron en mitad de la noche, y nosotros no los esperábamos —añadió Magnus—. Aparecieron como por arte de magia.

—¡Como viles y asesinos demonios enviados por el mismo diablo! —gruñó Thor.

El lord MacKillon meneó la cabeza con los ojos nublados por el pesar.

—Los muchachos de la muralla opusieron la máxima resistencia, pero no eran rivales para un ataque tan terrible.

—Cuando nos dimos cuenta de que nos estaban invadiendo —continuó Hagar—, los hombres de guardia habían muerto y los MacTier irrumpían en el castillo.

Roarke asimiló esa información con sombrío silencio. Era uno de los métodos preferidos de su clan: atacar un castillo desprevenido en plena noche, eliminando con sigilo a los guardias para luego entrar en el castillo sin oposición. Pocas fortalezas podían resistir mucho tiempo una vez que se abría la puerta y avanzaba el resto del ejército. Él mismo había empleado esa técnica innumerables veces.

La culpa le carcomió la conciencia.

—Si los guerreros fueron capaces de asumir el control del castillo con tanta facilidad, entonces, ¿qué provocó tantos daños? —señaló el castillo medio en ruinas, la muralla agujereada y los restos calcinados de las cabañas.

—¿No reconoces el sello de tu propio clan? —la pregunta de Melantha estaba llena de amargura—. ¿No? Entonces permite que te ilumine. Después de matar a cualquiera que osara interponerse en su camino, los MacTier se dedicaron a aterrorizar a todo el mundo y a robar lo que encontraron a su paso antes de intentar reducir nuestro hogar a un montón de escombros. Mataron las vacas, las cabras y los pollos que no pudieron llevarse, destruyeron nuestros campos y luego quemaron las cabañas de aquellos que tuvieron el valor de suplicarles que al menos dejaran algo de comer para los niños —al terminar su voz carecía de emoción—. Al final veintiséis hombres valientes yacían muertos o moribundos, nuestras casas derruidas y nosotros abandonados para morirnos de hambre durante el invierno.

Mostraba una expresión sosegada, salvo por el desprecio que Roarke empezaba a conocer tan bien cada vez que lo miraba. Pero su mano se cerraba en torno a la empuñadura de la espada y tenía la piel de los nudillos tan tensa que él creyó que podría agrietarse y dejar al descubierto los huesos. En su interior se agitaba una furia terrible, junto con el dolor y un odio abrumador. Roarke pudo percibir que requería de todo su autocontrol para no descargarse sobre él y matarlo, o simplemente derrumbarse en el suelo dominada por el llanto.

Ella no mencionó que su padre había sido uno de esos hombres valerosos que murió aquella noche, pero por el dolor que nublaba sus ojos, Roarke se dio cuenta de que pensaba en él. Quizá no quería darle más importancia a su pérdida que la sufrida por el resto de su clan. O tal vez no deseaba revelar ese detalle personal ante sus hombres y ante él, por temor a estar mostrando una debilidad que más tarde pudiera ser usada en su contra. Daniel se acercó a su lado con gesto protector, como si tratara de cobijarla de los guerreros. Roarke entendió que lo que realmente intentaba el muchacho era protegerla de la agonía de su propio sufrimiento.

—Vamos, Melantha —dijo el joven, lanzando una mirada acusadora a Roarke—. No hace falta que nos quedemos aquí a escuchar las mentiras de estos MacTier. Es hora de irse, Matthew y Patrick —les hizo un gesto a sus hermanos menores.

Roarke observó impotente cómo Daniel tomaba la mano de Melantha y se la llevaba, incapaz de salvarla de lo que ya había sucedido o de cambiar el hecho de pertenecer al clan que los había atormentado.

—Si vuelves a hacerlo alguna vez, te mataré —juró Eric.

—No sé por qué te molesta tanto —objetó Donald, apoyándose con pereza en su camastro—. Pensé que era perfecta para ti. Después de todo, tenía las caderas anchas y las piernas robustas que tanto os gustan a ti y a Myles. Seguro que podría dar a luz a una camada de vikingos sin ningún problema.

—Tenía la cara de una cerda.

—En ningún momento mencionaste que la cara fuera importante —protestó Donald—. Simplemente insististe en la fuerza. No puedes negar que era fuerte... ninguna mujer débil podría cargar seis jarras pesadas de cerveza al mismo tiempo.

—Era una musaraña —expuso Myles—. Y tendría que haber vertido la cerveza en ti, no en Eric. Fuiste tú quien la insultó al mencionar sus dimensiones.

—Sólo intentaba hacerle saber que a Eric le resultaba atractiva —explicó Donald con inocencia—. Y derramó la cerveza sobre él porque le gusta. Las mujeres siempre maltratan a los hombres por los que se sienten atraídas... así obtienen su atención.

—No deseo gustarle —espetó Eric—. ¡Ahora tengo la camisa y la falda empapados de cerveza y mi pelo apesta!

—Lewis se ofreció a traerte otra ropa que tú rechazaste con obstinación. No imagino por qué insiste en ocuparse de tu comodidad. Cada vez que lo miras con ojos centelleantes, se pone a temblar tanto que me da la impresión de que se va a fragmentar en mil piezas.

—No voy a ponerme la ropa de mis enemigos.

—No sé por qué no, ya que todos llevan ropa que han robado de otros. Apuesto que probablemente te habría podido encontrar una falda y una camisa MacTier.

—¿Cuánto tiempo más vamos a quedarnos aquí? —quiso saber Eric, volviéndose de pronto hacia Roarke.

—No estoy seguro —suspiró éste.

Era evidente que sus hombres empezaban a impacientarse.

—Sabes que podríamos marcharnos en cualquier momento —señaló Eric, preguntándose si quizá Roarke habría pasado por alto ese hecho—.

Desde que el lord MacKillon ordenó que no nos mantuvieran atados, sería fácil conseguir algunas espadas y abrimos paso a la fuerza.

—Dudo que fuera tan fácil como tú indicas —objetó Donald—. Después de todo, estos MacKillon se sienten algo irritados con nuestro clan. Si intentáramos escapar, no creo que vacilaran en dispararnos.

—Tomaremos un rehén —sugirió Myles—. No nos dispararán si creen que le cortaremos el cuello a uno de ellos.

—Es verdad —Donald se irguió y se frotó las manos con vigor, lleno de una súbita energía—. ¿Qué dices, entonces, Roarke? ¿Nos vamos, o nos quedamos a soportar la suprema humillación de que MacTier envíe aun grupo de guerreros a rescatarnos? —rió.

—Nos quedamos —sus hombres lo miraron asombrados—. Unos días —explicó—. No más. El tiempo suficiente para ayudar a estos MacKillon a organizar sus reparaciones y trabajar en una estrategia de defensa que les permita repeler un ataque.

—¿Quieres ayudarlos contra nuestro propio clan? —inquirió Donald desconcertado.

—Quiero ayudarlos a defenderse contra cualquier clan —respondió—. MacTier jamás pagará un rescate por nosotros, de modo que no podrán esperar comprar una alianza. Lo que significa que deben aprender a protegerse. En cuanto los preparativos para su defensa estén en marcha, escaparemos e interceptaremos a nuestros hombres antes de que lleguen —se echó sobre el camastro y con gesto cansado cerró los ojos—. Entonces podremos irnos a casa.

—¿Y qué hacemos con el Halcón? —quiso saber Eric.

Roarke no dijo nada.

Era una cuestión de gran orgullo para él no haber fallado jamás en su deber a los MacTier. Ni una sola vez en veinte años de dedicado servicio. Si quisiera, podría mantener intachable su impecable logro. Hacía tiempo que el lord MacTier había prometido recompensar a su guerrero más competente y predilecto con un castillo propio cuando pusiera fin a sus días como guerrero. Era el pago por una vida dedicada a expandir de forma agresiva el poder y la influencia de su clan y, al mismo tiempo, enriquecer las arcas de MacTier. La primera vez que le ofreció esa recompensa, Roarke había sido incapaz de imaginar una vida más allá de la que había elegido, y le había asegurado de modo imperativo que moriría en la batalla con una espada en la mano.

Pero durante los últimos años había sido cada vez más difícil levantarse por las mañanas del suelo húmedo y duro sin prestar atención a la rigidez y dolores de su cuerpo magullado. El pensamiento de hallarse cómodamente instalado en su propia casa empezaba a tentarlo. Al principio había rechazado disgustado esas ideas, diciéndose que le quedaban muchos años de viajes y combates.

Eso fue antes de ser herido.

Recordaba el día con perfecta claridad, aunque ya había transcurrido un año. Había sido una gloriosa mañana de verano, y el aire era caluroso y espeso con la promesa de lluvia. Roarke prefería los días más frescos para la batalla, porque el calor dificultaba mantener con firmeza la empuñadura de la espada. Conducía una fuerza de unos cuatrocientos hombres contra una insurrección en Moray en nombre del rey Alejandro. La batalla había comen-

zado bastante bien. Después de incapacitar o matar al menos a una docena de hombres, se encontró rodeado por tres guerreros montados. Se deshizo de dos de ellos sin excesiva dificultad, lo cual le permitió centrar su atención en el tercero. Su oponente era un joven guerrero de músculos de acero con un brazo poderoso, que parecía unos diez años menor que él. Asombrosamente, el muchacho había logrado desviar cada corte y estocada de su espada, hasta que al final Roarke sintió el arma pesada y la respiración se volvió entrecortada. La necesidad de una concentración absoluta para luchar contra ese cachorro arrogante había impedido que percibiera al atacante que apareció por su espalda.

El primer golpe sólo le hizo unos cortes.

Fue la caída poderosa del hacha la que penetró en su hombro y lo dejó a merced del otro.

Al caer del caballo experimentó un momento de sorpresa perfecta y casi onírica, incapaz de creer que había fallado de manera tan completa en ese último conflicto. Que estuviera a punto de ser atravesado por su joven contrincante parecía menos perturbador que el incomprensible hecho de haber sido vencido. Mientras alzaba la espada, el guerrero le regaló una sonrisa triunfal, no desdeñosa ni malvada, sino un reconocimiento de que había sido una contienda fascinante entre dos guerreros consumados y que se sentía satisfecho de haber salido victorioso.

Entonces la punta de la espada de Eric se hundió en el pecho del guerrero.

Roarke tardó meses en recuperar la espalda y el hombro para poder volver a empuñar un arma. Incluso en el momento en que con impaciencia se declaró curado, supo que no era así. Cuando al fin encontró humildad necesaria para hablar con MacTier sobre la recompensa prometida, el lord escuchó su petición con una expresión vagamente decepcionada, como si en realidad no hubiera creído que llegaría el día en que Roarke aceptaría su ofrecimiento. Al final MacTier repuso que cumpliría la palabra dada, pero que Roarke primero debía completar una última misión.

Tenía que salir en busca de la banda del famoso Halcón, destruirla y llevar al Halcón a su presencia para ejecutarlo.

Resultaba impensable.

Jamás encontramos al Halcón —contempló a sus hombres con firme serenidad.

—A MacTier no le gustará —aventuró Myles.

—Lo sé.

—Te das cuenta de que aunque la dejáramos aquí, MacTier enviará de inmediato a otro grupo para encontrar al Halcón —expuso Donald—. Con el tiempo la apresarán.

—No si abandona la tontería de vestirse como un jinete errante con un yelmo oxidado para robar a todo desconocido que se cruce en su camino.

—Es posible —concedió Donald—. Pero no creo que olvide su actividad como fuera de la ley. A pesar de las debilidades que sufren individualmente, sus hombres y ella son bastante buenos en su juego y, por ello, no tienen motivos para dejarlo.

—La única causa por la que aún no los han capturado o matado es porque han sido extremadamente afortunados —arguyó Roarke—. Y esa suerte terminará por agotarse.

—Se podría decir lo mismo de nosotros —Donald se encogió d hombros.

—Nosotros somos guerreros hábiles y mortíferos —objetó Eric—. La suerte no tiene nada que ver con nuestra supervivencia.

—Si somos tan hábiles, entonces, ¿por qué caímos ciegamente en la trampa que nos tendió el Halcón? —retó Donald.

—Porque estamos acostumbrados a librar nuestras batallas de forma abierta, contra un enemigo que no teme mostrarse —replicó Eric—, no contra ancianos y niños que caen de los árboles como bellotas.

—No me parece que nuestro clan obrara de forma excesivamente manifiesta la noche en que los MacKillon fueron atacados —reflexionó Donald—, al subir por los muros en mitad de la noche y lanzarse sobre esta gente mientras dormía.

Roarke se movió incómodo sobre el camastro. Apenas unos días atrás sus hombres y él habían mostrado su desprecio hacia el Halcón por atacar a un grupo de MacTier mientras dormía, declarando que era un modo cobarde de superar a un enemigo.

Pero Melantha sólo los había sometido a sus propios métodos.

—Los ataques contra fortalezas son algo distinto —arguyó Eric—, La sorpresa es una táctica necesaria.

Donald no quedó convencido.

—¿De manera que crees que la banda del Halcón tendría que habernos dado algún tipo de advertencia antes de atraparnos? —Tendrían que haberse mostrado y combatido como guerreros. —Entonces habrían perdido.

—Habría sido una batalla más noble.

—No sé qué tiene de noble que un grupo más pequeño y débil sea aniquilado —adujo Donald—. Al emplear la sorpresa y las redes, prácticamente impidieron que hubiera una batalla. Salvo por el juego de espadas entre Roarke y el Halcón, que dio como resultado que él sufriera el aguijonazo de una flecha —le sonrió a Roarke—. A propósito, ¿cómo va la herida? ¿Necesitas que le hermosa Edwina le eche un vistazo?

Sin prestarle atención, Roarke se levantó y comenzó a recorrer el salón con gesto pensativo. Los MacKillon necesitaban poder defenderse, aunque tardarían meses en completar los arreglos del castillo, absolutamente necesarios para repeler un ataque.

A menos que lo intentaran de una forma totalmente inesperada.

Se volvió hacia sus hombres y sonrió.

Capítulo 5

Melantha se sentó y aferró la espada que tenía al costado.

Un destello de luz gris se filtraba a través de las ventanas, indicándole que el telón de la noche acababa de levantarse. Con rapidez estudió las sombras circundantes en busca de un mínimo movimiento, lista para saltar de la cama con la espada levantada.

La atmósfera era de quietud.

Se esforzó por escuchar más allá de la sangre que atronaba en sus oídos, pero lo único que captó fue la respiración suave de las formas que se acurrucaban sobre el suelo a su lado. Sin soltar el arma, se asomó por el borde de la cama y contó.

Uno. Dos.

Sintió una oleada de pánico.

Un suspiro somnoliento flotó en el aire. Soltó despacio el aliento que había contenido, se volvió y vio una mata de pelo que se asomaba a su lado por debajo de un pequeño montículo de mantas. Con cuidado las apartó y luego apoyó la mano con suma ternura sobre el terciopelo pecoso que era la mejilla de Patrick. Él se arrimó más bajo la cálida manta a cuadros que los cubría a los dos. Melantha volvió a escrutar las sombras de la habitación. Nada parecía fuera de lugar. Poco a poco se permitió creer que de momento todo estaba bien y volvió a apoyarse en la almohada para acariciar el pelo revuelto de Patrick con una mano mientras con la otra no dejaba de empuñar la espada.

No era capaz de recordar lo que se sentía al dormir sin miedo. Claro que se daba cuenta de que no siempre había sido así. Hubo un tiempo en que había podido dormir segura y confiada, sabiendo que cuando despertara todo en su mundo estaría tal como había sido el día anterior. Pero no lograba recordar la sensación inocente de sentirse completamente a salvo, de saber que todos los seres a los que quería se hallaban cerca y que los días que se extendían ante ella sólo albergarían aventuras maravillosas.

Todo había cambiado al morir su madre.

Jamás se había considerado una persona protegida... De hecho, se había imaginado más atrevida y experimentada que la mayoría de las chicas de su edad, algo que la había impulsado a sentirse especial y un poco superior. Su padre había esperado que el primogénito fuera un varón, pero cuando en su lugar llegó Melantha, había decidido aceptarlo con filosofía. La había montado en su caballo cuando apenas contaba con unos días de edad, para luego sentarla a horcajadas cuando pudo mantenerse erguida. Su madre meneaba la cabeza con gentil exasperación al oír cómo ella misma se lo contaba, diciendo que lo único que podía aconsejarle a su marido era que sostuviera con firmeza la cintura de la pequeña, tan convencido estaba de que Melantha aprendería a montar antes que a caminar.

Su padre juraba con orgullo que había primero aprendido a montar y su madre le garantizó que no había sido así. En lo que sí coincidían era en el hecho de que en cuanto pudo sostenerse sobre sus temblorosas piernas

había seguido embobada a su querido padre. A él le había encantado que lo acompañara, y a Melantha sus asuntos cotidianos le resultaban mucho más interesantes que las tediosas e interminables tareas domésticas que ocupaban todo el tiempo de su madre. Durante los nueve años que tardó en llegar Daniel, su padre había decidido que si ella iba a ser su único vástago, entonces se cercioraría de que aprendiera a realizar todo lo que podía hacer un muchacho y que no establecería concesiones por ser una mujer. La madre de Melantha no pudo desaprobar que aprendiera a montar con competencia, e incluso concedió que pescar era una habilidad útil. Pero el día en que su padre le regaló a su hija de cinco años un arco diminuto y una aljaba llena de flechas, ya no estuvo tan segura. Él había reído y afirmado que cualquier hija suya debería saber cazar y alimentarse por sí misma, y eso pareció tan razonable que su madre no volvió a plantear ninguna objeción.

A Melantha le había encantado el contacto fuerte y flexible de aquel arco pequeño en las manos, la sensación de fijar la mirada sobre el blanco, estirar la cuerda hasta que temblaba por la tensión y soltar la flecha para que surcara el aire. Al principio las flechas escasamente se elevaban; volaban de forma demencial en todas direcciones salvo la que ella había elegido. Impasible, se concentraría arrobada en las instrucciones que le daba su padre y dedicaría todo el día a practicar. Muchas horas más tarde su madre salía a buscarla, diciéndole que estaba muy bien aprender a disparar, pero que aún debía volver a casa para comer de vez en cuando.

En cuanto tuvo el suficiente control sobre la dirección que seguían las flechas, su padre comenzó a llevarla de caza. Eso significó días gloriosos dedicados a rastrear todo tipo de aves y animales por bosques fragantes y densos en las tierras de los MacKillon. Pasaron más de dos años antes de que lograra abatir algo, pero en ese tiempo descubrió mucho sobre moverse con un silencio líquido por la tierra, atenta a las innumerables voces que gorjeaban y susurraban a su alrededor, y aprendió a fundirse con los colores y contornos siempre cambiantes del bosque.

Cuando su padre le regaló una pequeña espada de madera, su madre se quedó perpleja de verdad. Melantha apenas tenía seis años y se mostró absolutamente extasiada con el nuevo juguete. Su padre le enseñó las habilidades más básicas de su manejo, y como a ninguna de las niñas de su edad se le permitía jugar con espadas, no tardó en desafiar a los chicos, incluyendo a Colin y a Finlay. Al principio se hallaban bastante equilibrados, pero a medida que los chicos se hicieron más grandes y fuertes, Melantha se vio obligada a trabajar con más ahínco para mantener su destreza como oponente. Un día, cuando contaba doce años, Colin la superó en todos sus enfrentamientos, y ella regresó a casa para tirar con furia la espada a la chimenea. Aquella noche le informó con amargura a su padre de que nunca iba a volver a jugar con espadas, porque era injusto que Colin pudiera ganarle sólo porque se hubiera hecho más alto y fuerte que ella. Sin embargo, su padre no respondió con ninguna simpatía. A cambio le fabricó otra espada de madera y comenzó a entrenarla en los elementos de la velocidad y la sorpresa, garantizándole que podría desarrollarlos tan bien como cualquier varón.

—Puedes matar a un hombre tanto con una espada ligera como con una pesada —diría— y el mismo principio se aplica al espadachín. Es la destreza dulce Mellie no el tamaño lo que te brinda la victoria.

Desde luego, jamás había llegado a creer que Melantha necesitaría matar alguna vez a alguien.

Cerró los ojos y los dedos se tensaron con gesto protector sobre el hombro delgado de Patrick.

La oscuridad entró en la vida de Melantha impulsada por un viento veloz y frío. Al menos así es como lo recordaba, ya que su madre jamás había estado enferma, y de pronto llegó el invierno y vio que apenas era capaz de respirar debido a la dolorosa tos que la aquejaba. Al principio Melantha apenas lo notó. Su madre parecía cansada, pero aún lograba realizar las docenas de tareas cotidianas necesarias para mantener el hogar y cuidar de sus tres hermanos menores. Desde luego, ella ayudaba, pero lo hacía con mucha celeridad, ansiosa de huir de la monotonía del trabajo doméstico para reunirse con su padre en lo que fuera que aquel estuviera haciendo. Su madre no se quejaba, ya que hacía tiempo que había comprendido que Melantha no era una muchacha típica. En cuanto a su padre, no se lo podía culpar por no reconocer la gravedad de estado de su mujer. De algún modo ésta siempre conseguía parecer más fuerte en su presencia, y si tosía, enseguida le aseguraba que no era nada.

Pero un día Melantha y su padre regresaron a casa y encontraron a su madre tendida entre fragmentos de cacharros rotos, y comprendieron que sucedía algo muy serio.

Entonces la enfermedad que la poseía se aceleró, devorando su cuerpo como el fuego una rama seca. Melantha intentó desesperadamente asumir todas las tareas del hogar que su madre había realizado de manera habitual, pero descubrió que no se hallaba preparada. Al morir su madre, experimentó un impacto y un vacío que no había imaginado posibles. Toda su vida la había querido desde cierta distancia, sin tomarse jamás tiempo para estar cerca de ella como hacía consu padre. No obstante, en cuanto su presencia amable y tranquilizadora desapareció, se encontró casi paralizada por el dolor. Pero no hubo tiempo para abandonarse a semejante debilidad porque depronto tuvo que cuidar de Daniel, Matthew y Patrick, y de su padre, y el sufrimiento y las necesidades que padecían ellos superaban en mucho los suyos.

Habían desaparecido para siempre los días dedicados a la práctica inocente de la esgrima o a vagar soñadoramente por el bosque. Había cinco bocas que alimentar, y ropa que lavar, y comida que preparar para el día, la semana y el mes. Nunca en su vida había imaginado cuánduro era mantener a cinco personas limpias alimentadasvestidas por no decir nada de ocuparse de que sus hermanos no saltaran de unárbol y se abrieran la cabeza, o bajaran hasta el lago y se ahogaran, o arrojaran piedras a las vacas y terminaran muertos de una coz. La vida se tornó muy agotadora e interminablemente fastidiosa, y cada noche, cuando se derrumbaba en la cama, derramaba en silencio lágrimas de cansancio, preocupación y pérdida. Creía que Dios había sido indeciblemente cruel al robarles a su madre y dejar una herida abierta en sus vidas que sin duda jamás curaría.

¿Cómo iba a saber que aún faltaba por suceder lo peor?

—Melantha —susurró Gillian, llamando con suavidad a la puerta— ¿estás despierta?

—Sí —repuso en voz baja para no despertar a los pequeños—. Pasa.

La pesada puerta de madera se abrió un poco y Gillian entró con sigilo. La luz de las ventanas había adquirido una tonalidad nacarada, grabando la

forma delicada de su amiga con una luminosidad fantasmal contra la oscura pared de piedra.

—¿Va todo bien? —preguntó Melantha.

—Sí —murmuró Gillian—. Pero el lord MacKillon ha ordenado que todos se reúnan en el patio para un anuncio importante.

—Si apenas ha amanecido —miró hacia la ventana con el ceño fruncido.

—Es extraño —convino Gillian—. Resulta obvio que sea lo que sea que quiera comunicarnos, es de gran importancia.

Melantha apartó la manta y se levantó de la cama, con cuidado de no tropezar con los cuerpos dormidos de Daniel y Matthew. Si el lord convocaba a su gente a esa hora de la mañana, sólo podía significar que algo terrible había pasado. No había oído ningún sonido de batalla, de modo que no creyó que se encontraran bajo ataque.

—¿Qué más ha dicho? —preguntó mientras se ponía a toda velocidad los pantalones. Por la cabeza le pasó una idea horrible—. ¿Han escapado los MacTier?

—De camino aquí pasé por el gran salón —Gillian meneó la cabeza—, y se hallaban sentados a una mesa.

—Comiendo, sin duda —indicó Melantha con desprecio. Jamás había visto a hombre alguno consumir tanta comida como esos cuatro. Cierto es que eran guerreros enormes y había poca carne para saciar sus estómagos, pero aún así la ponía furiosa pensar en lo mucho que ingerían. Cada bocado que se llevaban a la boca significaba que otra persona del clan debía conformarse con menos. Tendría que cerciorarse de sumar la comida que tomaban al precio del rescate.

—En realidad, hablaban de unos dibujos con el lord MacKillon.

—¿Qué dibujos? —metió el pie en una bota.

—No estoy segura, pero parecía que tenía algo que ver con la defensa del castillo. El de pelo oscuro, Roarke, decía algo sobre el muro, y el bajo y fornido llamado Myles meneaba la cabeza y afirmaba que era imposible. Luego el guapo se enfureció y manifestó que tendrían que olvidarlo todo y regresar a su hogar.

—Te refieres a Donald —indicó Melantha, pasándose el jubón de cuero por la cabeza. Le irritaba sobremanera que hablaran de irse a su casa como si dependiera de ellos. ¿Cuándo iban a entender que eran prisioneros, no invitados?

—No —Gillian sacudió la cabeza— Me refiero al vikingo.

—¿Eric? —Melantha la miró sorprendida. Gillian asintió—. ¿Te parece guapo? —quiso saber con incredulidad. La luz era tenue, pero bastó para ver una leve manifestación de rubor en sus mejillas.

—No me parece… desagradable —aventuró con timidez.

—Santo cielo, Gillian, si te echó el ponche por todo el vestido —le recordó con impaciencia—. Mira con ojos coléricos a todo el mundo que pasa cerca de él y tiene los modales de un patán. ¿Cómo puedes encontrarlo atractivo?

—Te hablaba de sus facciones, no de sus modales —respondió Gillian un poco a la defensiva.

Melantha observó sorprendida a su amiga, incapaz de comprender qué le pasaba. Gillian era tan tímida que casi se sobresaltaba con su propia sombra. ¿Cómo podía sentirse atraída por ese vikingo ceñudo?

—Es un MacTier —le recordó con severidad.

—Roarke dijo que sus hombres y él no formaron parte del ataque a nuestro hogar.

—Eso poco importa —arguyó Melantha, aunque en secreto le había aliviado descubrir que no habían participado—. Es nuestro enemigo jurado. No debes permitirte albergar pensamientos necios sobre él.

Gillian se mordió el labio y clavó la vista en sus pies, haciendo que la cascada cobriza dorada de su pelo cayera hacia delante. Era un gesto que había adoptado de pequeña y recurría a él cuando se sentía avergonzada y ya no deseaba participar en una conversación. Melantha al instante lamentó el tono inflexible que había empleado. Gillian rara vez asumía esa postura derrotada cuando estaban juntas. No le gustó pensar que le había causado alguna angustia a su gentil amiga.

—Perdóname —la rodeó con el brazo—. No pretendía reñirte. Lo que sucede es que los MacTier son nuestros prisioneros, y en cuanto paguen el rescate por ellos, regresarán a su clan. Sólo quiero que recuerdes eso.

—Lo sé —musitó Gillian—. Y jamás soñaría con hablar con el vikingo... me asusta. Pero no me pareció que hubiera nada malo en notar que tiene una cara fuerte y atractiva, a pesar de que sus ojos siempre arden con furia.

—Claro que no —concedió Melantha.

¿Cómo podía decir que había algo malo cuando ella a menudo había pensado lo mismo de Roarke? Despreciaba todo lo que él y sus hombres representaban, de eso no había duda. Sin embargo, cada vez que se encontraba en su presencia le resultaba más difícil mirarlo sin percatarse de su poderosa forma y de sus inusuales rasgos finos. La suya era la cara de un guerrero: dura, osada e incluso cruel, como el día que había luchado contra él en el bosque. Su piel de color de bronce hablaba de una vida al aire libre, su cuerpo encendido por el sol y purificado por los vientos limpios y dulces que soplaban desde las Tierras Altas. Unas arrugas profundas marcaban su frente y los costados de sus ojos, testamento de su edad y de una existencia que lo había expuesto a visiones que la mayoría de la gente sólo temía en sus sueños más horrendos. No obstante, exhibía una elegancia natural, un porte recto y una presencia serena que casi parecían tranquilizadoras. Su cuerpo era duro como el granito, y Melantha había cruzado la espada con suficientes hombres como para saber que era tan poderoso como sugería su tamaño. Pero también irradiaba una cierta gentileza, incluso compasión, a pesar de que era renuente a dejar que alguien la viera. Ella lo había sentido el día que cayó del caballo. Le había acunado la cabeza en su regazo y pronunciado su nombre, y el timbre bajo de su voz la había arrancado de las nubes remolinantes del dolor para envolverla en el calor de exquisita aspereza de su beso.

La vergüenza la atenazó, haciéndola sentir pequeña y mancillada.

—¿Vas a despertar a los chicos? —preguntó Gillian.

Melantha manipuló con torpeza el cinturón y al final consiguió sujetar la espada. Más sosegada, alzó la vista hacia sus tres hermanos. Una parte de ella quiso dejarlos dormir, porque sabía que estaban creciendo y necesi-

taban el reposo. Pero la posibilidad de que algo estuviera mal le dictó que lo mejor era que se hallaran junto a ella. No podría protegerlos si se separaban.

—Arriba, amigos —llamó en voz baja, arrodillándose para acariciar la mejilla de Matthew.

Daniel gimió y se tapó la cabeza con la manta. Matthew se frotó los ojos con los nudillos antes de abrirlos para sonreírle. Y el pequeño Patrick siguió durmiendo de forma apacible.

—Vamos, vamos, es un día maravilloso y tenemos muchas cosas que hacer —se acercó a la cama para despertar a Patrick—. Después del desayuno todos podréis practicar con la espada, y luego os dejo ayudar a los hombres en las reparaciones del castillo.

—¿Me darás hoy una lección con el arco? —preguntó Daniel apartando la manta.

—Ya lo veremos. Ahora mismo debes vestirte y bajar conmigo al patio. El lord MacKillon desea dirigirse al clan, así que hemos de darnos prisa.

Patrick se sentó y le sonrió con ojos somnolientos. El pelo era una maraña roja, y Melantha se preguntó si había tiempo para peinárselo.

—¿Por qué quiere hablar con nosotros tan temprano? —preguntó Patrick.

—¿Han escapado los MacTier? —exigió saber Daniel, sentándose de repente. Cerró las manos en puños furiosos y su cuerpo delgado se tensó para la acción, como si pretendiera saltar de la cama para ir a buscarlos.

—No —Melantha le lanzó la maltrecha falda, poco sorprendida de que el primer pensamiento de él hubiera sido el mismo que el suyo. Daniel y ella hacía tiempo que se parecían en muchas cosas, y como el varón mayor de la familia, se consideraba mucho más hombre de lo que le permitirían sus trece años.

—Entonces, ¿qué quiere el lord MacKillon? —inquirió Matthew, frunciendo su pequeño ceño.

—Cuanto antes os vistáis, antes lo averiguaremos —expuso con. ligereza, tratando de mitigar su miedo. Se sentó junto a Patrick v comenzó a atacar con un peine el nido revuelto de su pelo—. Lavaos las caras y poneos las faldas. Gillian, por favor, ayuda a Matthew.

Unos minutos más tarde el pequeño grupo salía al patio, bajo la fresca luz del amanecer. A pesar de los esfuerzos de Melantha y Gillian, los niños mostraban un aspecto desarreglado. Las camisas sobresalían por encima de las faldas y el pelo de los tres se había resistido con pertinacia al peine, hasta que al final Melantha meditó en la posibilidad de sacar las tijeras.

Por suerte para ellos, a la mayor parte del clan no le había ido mejor en su precipitación por vestirse a una hora tan poco oportuna. La mayoría bostezaba y realizaba gestos superficiales para mejorar su aspecto: se mesaba el pelo revuelto con los dedos, se ajustaba una falda mal cerrada que amenazaba con caer en cualquier momento sobre los tobillos, o se alisaba un vestido que por error se había puesto al revés.

Todos los allí reunidos parecían cansados y hoscos, y probablemente les habría sentado bien un poco de cerveza y pan para llenar el vacío en el estómago antes de haber sido convocados.

El lord MacKillon, Hagar y Thor se hallaban sentados en la plataforma que había en un extremo del patio, a la espera de que el clan se congregara.

Thor tenía la espada apoyada en el regazo y con cariño pasaba los dedos por sus bordes, probando el filo. El lord MacKillon y Hagar estudiaban concentrados un diagrama en un trozo de papel. Lo observaron con el ceño fruncido largo rato, luego lo pusieron de costado. Tras una discusión animada, lo pusieron del otro costado. Eso no pareció mejorar para nada la situación. Al final el lord llamó a Roarke, quien trataba sobre algún problema de la muralla con sus hombres. Al ver que lo convocaban subió a la plataforma para estudiar el trozo ininteligible de papel. Apenas lo miró un instante antes de ponerlo del derecho. Los rostros de los mayores mostraron poco a poco comprensión. Comenzaron a asentir y a congratularse, complacidos por haber solucionado el dilema.

Melantha observó a Roarke mientras éste bajaba de la plataforma para reanudar la conversación con Eric, Donald y Myles. Le había desaparecido la cojera y andaba con paso seguro y relajado. A diferencia de los miembros del clan de Melantha, no parecía en absoluto cansado. Tenía la camisa color azafrán y la falda a cuadros rojos y negros perfectamente colocadas, y el chaquetón de piel oscura firmemente enlazado sobre el amplio pecho. Alzó la vista a las almenas y le señaló algo a Eric, quien meneó la cabeza con obstinación. Pero Roarke no se mostró de acuerdo con su guerrero. Continuó señalando hacia el parapeto, luego a las torres, hasta que al final Eric pareció quedar convencido por su explicación. Roarke asintió satisfecho y se volvió para contemplar a la multitud.

De su interior emanaba poder al inspeccionar al grupo y las líneas de su rostro exhibían una rígida determinación. Melantha lo miró fascinada. Se había dicho que Roarke era su prisionero, un guerrero peligroso al que había capturado en el bosque y que en ese momento se hallaba a total merced de ella y de su clan. Pero al verlo de pie con las piernas musculosas separadas y los poderosos brazos cruzados, no pudo imaginarlo a merced de nadie. Una brisa leve agitaba los mechones de su pelo negro y largo, haciendo que acariciara el tono cetrino de su mandíbula recién afeitada. Melantha recordó la sensación de apoyar la mano en esa mejilla, lo cálida, fuerte y áspera que le había parecido al mismo tiempo, como una fina capa de arena bañada por el sol. Cuando Roarke inclinó la cabeza para probarla con sus labios, había anhelado la aspereza masculina de su piel, que la encendía mientras agitaba sus sentidos con fuego y placer.

—¿Qué te pasa, Melantha? —preguntó Daniel—. Se te ve rara.

—Nada —repuso, apartando la vista de Roarke.

—Pareces un poco acalorada —Gillian la miró preocupada—. Quizá deberías sentarte.

—Estoy bien —insistió, sintiendo como si tuviera la cara en llamas.

—Estás colorada —observó Matthew.

—¿Tienes ganas de vomitar? —inquirió Patrick, animado por la posibilidad.

—No… me encuentro bien —afirmó con ganas de que la dejaran en paz—. Probablemente necesite comer algo.

Gillian y los chicos la miraron asombrados. Demasiado tarde comprendió que había conseguido que estuvieran más preocupados, pues ya nunca tenía hambre.

—¿Voy dentro a buscarte algo? —preguntó Gillian, ansiosa por alimentarla.

—Puedo ir yo —se ofreció Patrick.

—Yo corro más deprisa —arguyó Daniel.

—Sólo porque eres más grande —indicó Patrick—. Eso no hace que seas mejor que yo, ¿verdad, Melantha?

—Jamás dije que fuera mejor —objetó Daniel—, pero corro más deprisa. Y eso es una realidad.

—¡Quiero ir yo! —insistió Patrick.

—No tengo hambre, de verdad —intervino Melantha.

—Oh —la decepción de Gillian fue evidente.

—Yo sí —manifestó Patrick, intentando animarla.

—Entonces buscaremos algo para que comas en cuanto el lord MacKillon haga su anuncio —le contestó Melantha mientras le pasaba el brazo por los hombros.

—¿Y cuándo va a hablar? —preguntó Daniel con impaciencia— He de practicar mi manejo de la espada para poder luchar contra los MacTier cuando vuelvan.

—¿Los MacTier van a volver?

—Matthew lo miró alarmado. —Claro que no —tranquilizó Melantha, lanzándole a Daniel una mirada de advertencia.

—Por si vuelven —corrigió éste, comprendiendo que Matthew y Patrick eran pequeños y no se podía esperar que entendieran unos asuntos de adultos.

El lord MacKillon se incorporó despacio con el fin de dirigirse a la gente.

—Sé que es terrible levantaros a hora tan impía de la mañana...

—Por lo que a mí respecta, aún es de noche —gruñó Thor.

—.. pero es muy importante que todo el mundo oiga lo que Roarke tiene que decir.

—¡Entonces oigámoslo para que podamos volver a la cama! —sugirió Ninian.

El clan soltó una carcajada.

—Como sabéis, el ataque que nos lanzaron los MacTier hace unos meses ha dejado nuestra fortaleza en una situación bastante precaria —continuó el lord—. Roarke me ha hecho ver que es posible que no seamos capaces de defendernos en caso de recibir otro ataque.

—¿Quién va a querer atacarnos? —preguntó Gelfrid—. No nos queda nada desde que los MacTier nos desplumaron.

—Yo tengo este par de botas gastadas —Mungo alzó el pie para menear el dedo gordo—. ¡Quizá los muy codiciosos vuelvan a por ellas!

Una vez más el clan rió.

—Un castillo vulnerable atraerá a algún agresor —afirmó Roarke con absoluta certeza—. Siempre hay algo que ganar, aunque sólo sea una noche de juerga y comida —un silencio incómodo cavó sobre el patio—. Cuando los MacTier os atacaron la primera vez, no podían estar seguros de que hubiera riquezas dentro de estas murallas o simplemente unas espadas oxidadas y algunos barriles de cerveza —continuó, observándolos con seriedad—. No importaba. Lo que encontraron, quedó a su merced prácticamente sin ningún esfuerzo. La historia de vuestra fácil derrota habrá llegado a otros cla-

nes, que quizá algún día decidan pasar por aquí para ver qué queda para ellos.

—¡Por Dios que si alguien osa atacarnos de nuevo, se encontrará con el frío acero de mi espada en su vientre! —gritó Thor. Apoyó la mano en el respaldo de la silla y se esforzó por incorporarse al tiempo que levantaba la pesada arma. En última instancia el esfuerzo resultó excesivo y se dejó caer en la silla soltó la espada y se vio dominado por un ataque de tos—. Cerveza —jadeó, señalando al joven Keith. El muchacho obedeció y corrió en busca de la bebida—. Será mejor que traigas una jarra —aconsejó, golpeándose el pecho—. ¡Si esta es mi hora, por Dios que no me iré sin beber!

—Si estamos en peligro de ataque, ¿qué se supone que debemos hacer? –quiso saber Gelfrid.

—Los MacTier mataron a unos veintiséis de nuestros más valerosos hombres e intentaron destruir nuestros hogares y reducir nuestro castillo a escombros —indicó Ninian—. Ahora estamos menos capacitados para defendernos que cuando nos atacaron la primera vez.

—Pero no será así en cuanto obtengamos el rescate por nuestros prisioneros y aseguremos una alianza con los MacKenzie —les recordó Colin. Miró fijamente a Roarke—. Por eso están aquí.

—Es bueno que intentéis establecer alianzas con otros clanes —expuso Roarke, soslayando el tema del rescate—. Pero no basta, Ningún invasor os va a enviar una misiva en la que os detalle el día y la hora del ataque. Debéis estar preparados para repeler uno, al menos hasta que podáis comunicarle a vuestros aliados la situación y que puedan llegar hasta aquí.

—Es una gran idea, muchacho —aprobó Magnus con una sonrisa.

—Es imposible —arguyó Ninian con impaciencia.

—En cuanto entre un ejército, no tendremos esperanza de derrotarlo —añadió Gelfrid.

—¡Claro que sí! —rugió Thor, recuperado gracias a la copa de cerveza que acababa de beber—. ¡Lo único que necesitamos hacer es cortarles la cabeza y amontonarlas para molerlas y hacer pan!

—Perdona, Thor, pero, ¿le has cortado la cabeza a un hombre alguna vez? —el lord MacKillon lo miró con curiosidad.

—Docenas de veces —alardeó el otro, palmeando la espada.

—¿No te pareció un trabajo excesivo? —el lord se mostró escéptico.

—En absoluto —aseveró Thor—. Fue como cortar fruta.

—Debéis centrar vuestras energías en impedir que una fuerza invasora abra una brecha en los muros —continuó Roarke, luchando por mantener la paciencia.

—¿Cómo? —inquirió Hagar—. Los MacTier aparecieron en medio de la noche, subieron las murallas y blandieron sus espadas ante nuestras caras antes de que nos enteráramos de lo que pasaba.

—Teníamos a algunos hombres magníficos y valientes de guardia —añadió Magnus—, pero estaba oscuro y no pudieron verlos hasta que fue demasiado tarde.

—Muchos clanes prefieren atacar un castillo por la noche —Roarke asintió—, sabiendo que sus habitantes duermen y que tienen a su favor el manto de protección de la oscuridad. Lo que debéis establecer es un sistema

de alarma que os avise cuando se acerca un agresor con el fin de poder prepararos con presteza para la defensa.

—¿Un sistema de alarma? —el lord MacKillon esperó que se explayara.

—Primero, debéis incrementar el número de vigías en la muralla. Todos los ojos sirven. Pero en mitad de la noche resulta difícil ver lo que sucede al pie del muro. Por eso debéis colocar trampas.

—¿Te refieres como las que se usan para los animales? —Magnus frunció el ceño.

—Exacto —corroboró Roarke—. Excavaréis una serie de pozos alrededor del muro. Cada uno ha de tener como mínimo una profundidad de tres metros y dos y medio de diámetro, con un enrejado de ramas encima para sostener la tierra con la que lo taparéis. Con el tiempo pondréis uno cada veinte pasos, pero empezad con uno en cada esquina de la muralla, adyacente a las torres. La mayoría de los atacantes elegirá acercarse al muro de un castillo por los lados antes que tratar de escalarlo por el centro. Al avanzar hacia la muralla, algunos guerreros pisarán las trampas y caerán en ellas, gritando de furia.

—¡Y esa es nuestra alarma! —exclamó Magnus feliz.

—Es muy inteligente —admitió Hagar—, ya que al mismo tiempo posee el beneficio añadido de reducir sus tropas.

—Aunque excavemos diez pozos, no podemos esperar que un ejército entero caiga en ellos —objetó Colin, mirando a Roarke con desprecio—. Eso no bastará para ganar una batalla.

—No, es cierto —convino Roarke, sin prestar atención a la hostilidad de Colin—. Y como vuestra fuerza es limitada, debéis emplear métodos más imaginativos de represalia. Métodos que el famoso Halcón podría utilizar al caer sobre sus desprevenidas presas en el bosque.

Melantha mantuvo controlada su expresión. ¿Acaso Roarke estaba alabando su técnica?

—La banda del Halcón puede sorprender a sus blancos porque es la que planea la emboscada —señaló Mungo—. No es lo mismo que ser atacado.

—En absoluto —corroboró Ninian.

—El principio de la sorpresa sigue siendo el mismo —expuso Roarke, y eso es lo que debéis intentar hacer… sorprenderlos y reducir sus efectivos. En el peor de los casos, socavaréis su confianza y reduciréis su número. En el mejor, quizá consigáis que se replanteen el ataque y retrocedan.

—El muchacho tiene razón —afirmó Magnus—. Muchas son las veces en que la banda del Halcón ha atacado a un grupo mayor. En cuanto acabamos los despojamos de sus posesiones y los tenemos, temblorosos, preguntándose si vamos a dejarlos con vida para otro día.

—Me juraste que jamás habías matado a nadie —intervino Edwina.

—Y así es —reconoció Magnus—, pero nuestras víctimas no lo saben.

—Yo quería matar a estos MacTier —afirmó Finlay. Miró a Roarke y a sus hombres con gesto amenazador y escupió en el suelo.

—¡Bien por ti! —exclamó Thor.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó Hagar.

—Melantha no me lo permitió —repuso avergonzado.

El clan soltó otra carcajada.

—Y menos mal que no lo hizo —expuso el lord MacKillon—, de lo contrario, hoy no habríamos tenido aquí a Roarke para ofrecernos estas magníficas ideas. Dinos, muchacho, ¿qué otros trucos tenías en mente?

—Mis hombres y yo hemos aprendido de primera mano la eficacia que tienen las redes —prosiguió Roarke—. Si colocáis redes encima de las cámaras que dispongan de ventanas de fácil acceso, podréis capturar a los intrusos con rapidez, sigilo y sin derramamiento de sangre.

—Una red sólo sirve para atrapar a pocos hombres —objetó Mungo—. Dedicaríamos mejor nuestro tiempo a practicar el combate antes que a fabricar redes.

—Usadas de forma adecuada, las redes harían el trabajo de veinte hombres —arguyó Roarke—. Estoy seguro de que Lewis puede desarrollar un sistema eficaz para elevarlas con rapidez después de haber trasladado a los prisioneros, de modo que se puedan volver a emplear.

Lewis lo miró asombrado.

—¿Se refiere a nuestro Lewis? —exigió Thor.

—Tengo otras ideas de las que me gustaría hablar con él —continuó Roarke—. Como todos sabéis, posee una mente excepcionalmente veloz cuando se trata de solucionar problemas.

Lewis miró alrededor con expresión insegura, como si esperara que alguien pudiera reírse.

—Creo que habla de uno de sus propios hombres —decidió Ninian—. Probablemente de ese que no para de mirar a las muchachas —señaló a Donald.

—Es esencial que a todo el mundo se le encomiende una tarea y que la domine a la perfección —prosiguió Roarke—. Si os atacan, cada hombre, mujer y niño debe saber exactamente adónde tiene que ir y qué debe hacer. La práctica reduce el miedo. Se os dividirá en grupos, y éstos se alternarán entre el entrenamiento y otros deberes. Uno se entrenará, otro trabajará en las defensas del castillo, uno producirá un amplio suministro de armas y otro se encargará de la comida en caso de un asedio. Vuestra batalla con los MacTier sólo duró un día, pero los próximos atacantes que no os derroten con igual celeridad, quizá decidan demorarse un tiempo. Debéis cercioraros de que disponéis de suficientes flechas y pan para mantener la defensa.

—Habría mucho más pan si MacKillon me dejara acabar con vosotros —gruñó Thor.

—Tengo algunas sugerencias acerca de quién podría conducir los entrenamientos —Roarke consultó sus notas.

—Será un placer potenciar la destreza de los hombres con el arco —ofreció Magnus—. No tengo que recordarte que soy un buen tirador —añadió guiñándole un ojo a Roarke.

—No, desde luego que no —Roarke pensó en las manos temblorosas de Magnus—. Pero como tendrás un grupo grande que entrenar, quizá Donald pueda ayudarte.

—¿Dices que acepte un aprendiz? —Magnus se rascó la cabeza blanca con gesto de duda—. Muy bien. Si me miras más a mí que a las muchachas —observó a Donald con severidad—, quizá logre enseñarte una o dos cosas.

—Estaré siempre en deuda contigo —Donald inclinó la cabeza con respeto.

—Bueno —continuó Roarke—, en cuanto al entrenamiento con la espada...

—Muy bien, yo lo llevaré —interrumpió Thor con hosquedad, como si acabara de ceder a una prolongada súplica de Roarke—. Pero te lo advierto, no tolero perezosos.

Roarke le lanzó una mirada interrogadora a Eric.

Jamás —gruñó el guerrero de pelo rubio—. Preferiría que me sacaran las entrañas despacio y que me abandonaran para pudrirme en su apestoso y caliente...

—Eric te ayudará, Thor —afirmó Roarke de buen humor.

Thor miró con expresión ominosa a Eric.

—Como me des algún problema, vikingo, no me quedará otra alternativa que matarte.

—Siempre que yo no me mate primero —musitó el guerrero, observando con furia a Roarke.

—Propongo que Lewis se haga cargo del diseño de las trampas —prosiguió Roarke— y que supervise a los hombres que las fabriquen con el fin de garantizar que sus instrucciones se ejecuten de forma precisa.

—Puedo diseñarlas —Lewis meneó la cabeza, sin mostrar mucha confianza ni siquiera en eso—, pero no puedo supervisar a los hombres.

—Claro que sí —insistió Roarke.

Lewis meneó la cabeza con más obstinación.

—El muchacho tiene razón —dijo Gelfrid.

—Es demasiado tímido para conseguir que un grupo de hombres cumpla sus órdenes —dijo desdeñosamente Ninian.

—¿Por qué no crees que puedes hacerlo, Lewis? —inquirió Roarke, irritado por el modo en que todo el mundo contribuía constantemente a la falta de confianza del joven.

—Porque nadie me escuchará —repuso el muchacho con la vista clavada en el suelo y el rostro rojo por la vergüenza.

—Claro que te escucharán —objetó Roarke—, o tendrán que responder ante... —calló de repente al darse cuenta de que iba a decir era ante él. Pero carecía de autoridad allí... por el amor de Dios, era un prisionero.

—Tendrán que responder ante mí —todo el mundo miró sorprendido al lord MacKillon—. Según Roarke, nuestro Lewis posee un talento especial. Si eso es verdad, entonces debemos garantizar que pueda poner dicho talento a trabajar para el bien del clan, ¿no es así? —los presentes lo observaron con incómodo silencio—. Espléndido. Estoy seguro de que podré contar con que todos los que sean asignados a su grupo presten mucha atención a los diseños de Lewis y ejecuten sus instrucciones lo mejor que sepan.

Avergonzado por ser el centro de la discusión, Lewis no dejó de estudiar sus pies.

Roarke contempló a los allí presentes. Era evidente que no estaban convencidos, pero sabían que no debían cuestionar una orden directa de su señor. Suspiró para sus adentros, con la esperanza de que Lewis pudiera superar su falta de confianza y, en consecuencia, ganarse el respeto de su clan.

—Bueno, me alegro de que todo esté solucionado —indicó el lord MacKillon, levantándose de la silla—. Y ahora sugiero que volváis a la cama a dormir un poco más... habrá tiempo suficiente para ocuparnos de estas cosas.

—Hemos de empezar de inmediato —protestó Roarke.

—Vamos, muchacho, sé que estás ansioso por poner las cosas en marcha —manifestó el lord—, pero no me cabe duda de que todos se aplicarán con mayor esmero si consiguen descansar un poco más.

—No hay tiempo que perder —insistió Roarke, observando con frustración cómo el clan comenzaba a dispersarse agradecido—. Deberíamos dividir al clan en grupos...

—Nosotros nos ocuparemos de ello —recalcó Colin—. Debo confesar que tu súbita preocupación por nuestro bienestar me deja perplejo. ¿Qué es exactamente lo que planeas? —clavó la vista en Roarke—. ¿Crees que si mantienes a todo el mundo ocupado con el entrenamiento y la construcción, tus guerreros y tú podréis escapar sin que nadie se dé cuenta?

—No. —Roarke era consciente de que Melantha y sus hermanos escuchaban la conversación.

—Entonces, ¿por qué finges que quieres ayudarnos?

—Tengo mis motivos —estrujó el papel que sostenía en la mano.

—Y sin duda son eminentemente nobles —afirmó Colin—. Aquí eres un prisionero, y ahora que has visto el estado en el que nos hallamos, deseas ayudarnos, ¿es así?

—Algo parecido.

—Qué valor. Dime una cosa, Roarke, si el ejército de tu clan trepara nuestras murallas esta noche con la intención de liberaros a ti y a tus hombres, ¿qué harías? ¿Cogerías un arma y nos ayudarías a repelerlos sabiendo la destrucción que nos aguardaría en caso de que volvieran a derrotarnos? ¿O aniquilarías a todos los que se interpusieran en tu camino mientras intentabas llegar hasta las puertas para dejarlos pasar? —Roarke guardó silencio—. No te molestes en querer mostrar que es una decisión que te plantearía una duda agónica —rugió Colin—. Los dos sabemos qué elección realizarías.

Roarke mantuvo la expresión impasible, negándose a confirmar o negar los alegatos de Colin. Este lo despreciaba y nada de lo que él pudiera decir o hacer cambiaría eso.

—Finlay, llévate a estos prisioneros de vuelta al gran salón —ordenó Colin—, y no los pierdas de vista.

Fue junto a Melantha, apoyó una mano en su espalda y pasó un brazo protector en torno a Daniel, como si estuviera reuniendo a su familia.

Luego los condujo hacia el castillo, dejando allí a Roarke para cuestionarse las poderosas emociones que aguijoneaban su pecho.

Capítulo 6

—¡Suelta la espada, miserable y flacucho cachorro, o te ensartaré como aun conejo en un espetón! —Obediente, Patrick dejó caer la espada de madera—. ¡Se supone que no debes hacerlo, Patrick! —exclamó Daniel disgustado.

—Pero tú me dijiste que lo hiciera —confundido, miró a su hermano.

—No importa que yo te lo diga. Un guerrero agresor dirá todo tipo de cosas horrendas para asustar a la gente con el fin de que se rinda... eso no significa que tengas que prestarle atención.

—Pero si no te obedecía, ibas a ensartarme —objetó Patrick.

—Ahora que no tienes arma, pienso ensartarte —clavó la espada en el costado de la cintura de su hermano—. Ya está, ¿lo ves? Ya estás muerto.

—¡Eso no es justo! —los ojos azules de Patrick se desorbitaron por la incredulidad—. ¡Hice lo que tú me pediste!

—A los guerreros que te atacan no les importa lo que es justo —informó Daniel con autoridad—. Lo único que les importa es a cuantos hombres mutilan y matan... ¿no es verdad, Magnus?

—Bueno, supongo que en su mayor parte es verdad —Magnus entrecerró los ojos ante la luz de la tarde, encajó una flecha en la cuerda de su arco y apuntó con cuidado a un carromato lleno de paja que había abajo en el patio. La cuerda se tensó y después se puso a temblar cuando sus dedos envejecidos no tardaron en cansarse. Incapaz de contenerla por más tiempo, soltó la flecha al aire.

Daniel, Patrick y Matthew se asomaron por el reborde de las almenas para observar su recorrido. La saeta se desvió demasiado hacia la derecha del carromato para terminar por clavarse en la tierra junto al pozo de piedra, a unos milímetros del pie de Thor.

—¡Por los dientes de Dios! —rugió Thor, alzando la espada para defenderse. Al ver a Magnus en el parapeto, se agitó aún más—. ¿Qué intentas hacer, matarme?

—No corrías peligro —aseveró Magnus—. La flecha fue exactamente adonde yo quería que fuera.

—¡Y un cuerno! —repuso Thor con furia—. ¡A menos trataras de fijar mi pie al suelo!

—No apuntaba a tu pie —indicó Magnus—. Lo que captó mi atención fue esa hoja que tienes al lado.

—Aquí no hay ninguna hoja —Thor escrutó la hierba.

—Ya no, es verdad —convino Magnus—. Se debe a que la punta de mi flecha la enterró en el suelo.

Nada convencido, Thor extrajo la saeta de la tierra y examinó la punta con ojo crítico.

—No veo ninguna...

—Gracias por recoger la flecha por mí —dijo Magnus, agitando la mano—. No te molestes en subírmela... luego bajaré a buscarla..

—¿De verdad era tu intención darle a la tierra tan cerca de Thor? —preguntó Matthew, impresionado.

—Sí.

—No veo cómo puedes darle a una hoja ahí —observó Daniel, afanándose por ver algo igual de pequeño—. Apenas es visible.

—No ha sido nada —desdeñó Magnus, pasándose el arco por el brazo—. Cuando has lanzado decenas de miles de flechas, como yo aprendes a percibir su vuelo antes de soltarla. Es como si fueras uno con ella.

—¿Fuiste uno con la flecha que le dio a Roarke en el trasero? –inquirió Patrick.

—Ese fue uno de los mejores disparos —rió Magnus entre dientes—. Por ese motivo guardé la flecha —sacó la preciada saeta de la jaba para que los niños pudieran examinarla.

—¿Por qué apuntaste al trasero de Roarke? —preguntó Matthew pasando con asombro los dedos por el asta.

—¿Por qué no apuntaste a su corazón? —soltó Daniel.

—Veamos, el corazón es una parte muy pequeña de un hombre sólo necesitas observar a Roarke para ver que se trata de un individuo inusualmente grande. Ahí estaba, abriéndose paso por el bosque en su enorme caballo negro, blandiendo una gran espada plateada con la fuerza de diez o más guerreros, y ahí estaba nuestra querida Melantha, enfrentándose valerosamente a él golpe a golpe. Pero aunque el Halcón es veloz y hábil, no podía igualar durante mucho tiempo los mandobles poderosos de Roarke. Supe que tenía que hacer algo a toda velocidad, o de lo contrario habría podido llegar el fin para el Halcón y su banda. El MacTier me daba la espalda, de modo que afirmé la flecha y apunté a su corazón, sabiendo que podía atravesarlo con precisión. Pero entonces comenzó a preocuparme que su chaquetón de cuero pudiera ser lo bastante grueso como para resistir el impacto de mi flecha, o que tal vez la punta diera en una de sus costillas y no penetrara más de unos centímetros, lo cual sólo habría servido para volverlo más peligroso de lo que ya era.

Magnus hizo una pausa para potenciar el efecto de sus palabras, mirando con satisfacción los tres pares de ojos clavados en él con extasiada fascinación.

—¿Qué hiciste? —exigió Patrick con ansiedad.

—Bajé la vista y lo atravesé allí donde era más vulnerable —concluyó Magnus con voz triunfal—. ¡El poderoso guerrero MacTier cayó chillando de su caballo en menos de lo que tardas en abrir y cerrar los ojos! —se palmeó el muslo y tembló por las carcajadas, lo que provocó que los muchachos soltaran unas risitas.

—No recuerdo haber «chillado» —objetó una voz ronca.

Al instante los tres jóvenes callaron y contemplaron a Roarke con diversos grados de temor, fascinación y desprecio. Sin embargo, Magnus lo miró divertido.

—Sentías demasiado dolor para recordar con exactitud cómo te encontrabas —afirmó, sin dejar de reír.

—¿Te duele todavía el trasero? —preguntó Patrick con simpatía.

—No —espetó Roarke, con el deseo de zanjar el tema. La cara del pequeño Patrick adquirió una expresión de desánimo—. Gracias por preguntarlo —añadió lamentando el tono empleado al tiempo que se sentía como una mezcla de ogro e idiota.

—¿Habéis venido a trabajar en la muralla? —preguntó Magnus al ver a Lewis y a Finlay aparecer por una de las entradas encabezando unos veinte hombres. Iban cargados con leños pesados, planchas de madera, sierras martillos y clavos.

—Los agujeros marchan bien —Roarke asintió—, y Lewis y yo hemos hablado sobre algunas ideas para dificultar el acceso a la muralla —explicó—. Vamos a iniciar la construcción de seis plataformas de madera que se proyectarán desde el parapeto. Cada una tendrá aberturas en el suelo a través de las cuales se podrán arrojar a los atacantes que haya debajo piedras y aceite hirviendo. Eso os proporcionará un punto de mayor ventaja que tirar sólo piedras desde las almenas.

—Vamos a construir una justo sobre la puerta —agregó Lewis—, Eso impedirá que los agresores empleen un ariete.

—Lo dificultará mucho más —corrigió Roarke.

—Pero, ¿no dejará a los muchachos sobre la plataforma en peligro de ser abatidos con flechas? —preguntó Magnus, intrigado.

—He diseñado las plataformas para que estén casi completamente cubiertas —respondió Lewis. Desenrolló uno de los dibujos que llevaba y se lo mostró a Magnus—. Habrá paredes en los tres lados, con aberturas en forma de cruz para permitir que los hombres vean —explicó, señalando con orgullo esas características en el diagrama bien detallado—. También podrán ver a través de las aberturas en el suelo.

—¡Una idea excelente! —exclamó Magnus—. ¿Crees que podría disparar con el arco desde una de ellas?

—No creo que haya suficiente espacio para un arquero —manifestó Lewis mientras estudiaba el diseño.

—Es una pena —el anciano suspiró con melancolía—. Podría hacer buenos blancos desde una plataforma como esa.

—También dispondrías de un magnífico punto estratégico si dispararas desde una de las cámaras superiores —sugirió Roarke. La muralla frontal era un sitio peligroso durante un ataque, y no le gustaba demasiado la idea de que Magnus pudiera verse atrapado en medio. Además, también existía la clara posibilidad de que por accidente plantara una flecha en uno de los hombres de su propio clan.

—Puede que tengas razón —Magnus se mesó la barba con gesto pensativo—. Pero no tiene sentido detenerse en ello —suspiró—. El deber requiere que un viejo guerrero como yo esté aquí arriba, para poder conducir a mis hombres a la victoria.

Roarke no sabía con seguridad a qué hombres se refería, pero se contuvo de preguntárselo.

—Todo el clan se beneficiaría más de tu destreza como arquero, Magnus —le aconsejó, cuestionándose por qué la idea de que el anciano corriera peligro lo molestaba.

—¡Y tú eres un gran arquero! —exclamó Patrick con entusiasmo—. Deberías haber visto cómo le dio a la hoja que había junto al pie de Thor —le dijo a Roarke—. ¡La clavó tan cerca, que Thor llegó a temer por su vida!

—No fue nada —informó Magnus, complacido consigo mismo. —¡La flecha se clavó a tanta profundidad que hizo desaparecer la hoja! —añadió Patrick.

—¿De verdad? —Roarke enarcó una ceja con escepticismo.

—Vamos, muchachos, no querréis dar la impresión de que estáis alardeando —reprendió Magnus, un poco incómodo—. Id a jugar a una parte.

—Yo no juego —afirmó Daniel con rigidez—. Estoy entrenando para ser un guerrero. Y quiero quedarme aquí para ayudar a construir estas plataformas.

—Yo también quiero ayudar a construir plataformas —se ofreció Patrick.

—Y yo —añadió Matthew, aunque él sonó menos convencido.

Magnus los miró dubitativo.

—¿Crees que podrías encontrarles algo que hacer? —le preguntó a Lewis.

—Hay un montón de cosas en las que pueden ayudar —aseguró Lewis—. Necesitamos todas las manos disponibles.

—Perfecto, entonces. Podéis quedaros aquí arriba para ayudar... pero cercioraos de no cruzaros en el camino de nadie —instruyó Magnus con severidad—. ¿Me habéis oído? —los tres asintieron—. Bueno, supongo que ya puedo ir a recoger la flecha que clavé en la hoja antes de conducir a los hombres en su práctica con el arco. Ya sabes cómo detesto desperdiciar una buena flecha —le lanzó a Roarke una mirada divertida. Sin aguardar una respuesta, se colgó el arco al hombro y desapareció.

—¡Dame tu espada!

Melantha observó incrédula cómo Ninian obedecía y se la entregaba a Eric. Instintivamente se llevó la mano a la empuñadura de su propia espada. ¿Es que Ninian no comprendía el peligro de permitir que ese prisionero MacTier estuviera armado?

—Separa los pies el ancho de los hombros, de modo que tu postura sea sólida —instruyó Eric mientras también él acomodaba las piernas—. Eres delgado, y aunque Gelfrid es gordo y bajo, te supera en peso.

—No soy gordo —protestó Gelfrid. Bajó la espada con el fin de secarse el sudor de la frente con la manga—. He de informarte de que esto es puro músculo —con el puño regordete se dio un golpe en la generosa redondez de la barriga.

—Parece pura cerveza —repuso Ninian.

—Sea lo que fuere, este vikingo ha dicho que yo tengo ventaja —soltó Gelfrid.

—No, dice que por mi bien no deje que te sientes encima de me aplastarás —respondió Ninian.

—¿Por qué no lo averiguamos? —espetó el otro, arrojando la espada al tiempo que marchaba hacia su amigo.

—¡Ya basta! —Eric sintió que la cuerda de su paciencia comenzaba a tensarse.

Todos los MacKillon que había en el patio al instante dejaron lo que estaban haciendo y miraron perplejos a Eric.

—¿Qué sucede, vikingo? —preguntó Thor, sentado cómodamente en una silla con una jarra de cerveza fresca en la mano—. ¿Se ha acabado el entrenamiento por hoy?

—No —Eric intentó controlar su temperamento—. Que todo el mundo continúe.

Los aproximadamente treinta hombres a su cargo prosiguieron con los ejercicios.

Eric clavó una mirada acerada en Gelfrid y Ninian.

—¿Queréis aprender a combatir o preferís pelearos como dos mujeres viejas?

Los dos MacKillon intercambiaron unas miradas turbadas.

—Queremos aprender a combatir —indicó Ninian.

—Como guerreros —añadió Gelfrid.

—Perfecto. Continuemos —adoptó otra vez la postura anterior—. Si vuestro oponente es más grande que vosotros, debéis dificultarle que pueda desequilibraros. Aferrad la espada con firmeza con la mano derecha, así, y mantened la izquierda extendida, para no perder el equilibrio…

Melantha miró a Eric confusa, sin soltar el pomo de la espada. El enorme guerrero tenía un arma en la mano. Era una oportunidad perfecta para él. ¿Por qué no cogía a Gelfrid o a Ninian, les ponía la hoja en el cuello y amenazaba con matarlos si no liberaban de inmediato a sus camaradas y a él?

—Es muy fuerte, ¿verdad?

Se volvió para ver a Gillian de pie junto a ella. Llevaba el descolorido vestido gris lleno de grasa, lo que indicaba que había estado trabajando en la cocina. A pesar de la condición desaliñada de su atuendo, Melantha pensó que su amiga parecía notablemente bonita. Su pelo rojo dorado formaba un velo tenue alrededor de su rostro y los ojos eran grandes y le brillaban, como un lago bajo el sol.

—Mira con qué facilidad blande la espada de Ninian —comentó sin llegar a apartar la vista de Eric—. Es como si sólo fuera una rama para él.

—Sí, es fuerte —convino Melantha—. Fuerte y bien entrenado, aparte de ser un guerrero MacTier. Eso lo vuelve peligroso, Gillian.

—Sin embargo, no ha intentado herirnos a ninguno —reflexionó Gillian con suavidad.

—No ha intentado herir a nadie porque es un prisionero —señaló Melantha—, y sabe que lo superaríamos en número como se atreviera a alzar una mano.

—Es posible —Gillian observó mientras Eric demostraba varios cortes mortales con la espada, para luego devolvérsela a Ninian con el fin de que pudiera practicar—. No obstante, ¿por qué ayuda a entrenar a la gente que lo retiene prisionero? Sin duda sería mejor para los MacTier si siguiéramos débiles e indefensos, en caso de que su clan viniera a liberarlos.

Melantha desconocía la respuesta a esa pregunta. A su alrededor los miembros de su clan se ocupaban excavando pozos, fabricando armas, preparando comida y entrenándose. ¿Por qué Roarke y sus hombres habían instigado esos proyectos? «Sólo puede estar relacionado con sus planes de fu-

ga», reflexionó sombriamente. Roarke era un guerrero demasiado orgulloso para esperar con placidez que pagaran su rescate. Pero, ¿qué era exactamente lo que planeaban?

—¿Sabes dónde se encuentra Roarke, Gillian? —preguntó.

—Está en la muralla con Lewis y un grupo de hombres. Construyen una especie de plataforma siguiendo los diseños de Lewis.

—Subiré a ver qué hacen. ¿Vienes?

—He de regresar a la cocina —repuso, sin quitar la vista de Eric.

—Muy bien —Melantha se volvió hacia el castillo y notó que su amiga no daba señales de moverse.

El muro frontal bullía de actividad, por lo que tuvo que pisar con cuidado para evitar tropezar con una herramienta o recibir un golpe de una de las docenas de planchas de madera que eran trasladadas de un lado a otro.

—¡Melantha! ¡Mira lo que estoy haciendo —Melantha se dio la vuelta y vio a Patrick junto a la robusta silueta de Myles—. Construimos una pared para una de las plataformas —informó, el rostro pecoso encendido de entusiasmo. Le pasó un clavo a Myles.

El guerrero MacTier lo fijó sobre una de las planchas que había en el suelo y luego lo clavó con dos poderosos golpes de su martillo de hierro. Melantha pensó que era un golpe que podría haber matado con facilidad a un hombre. O aplastado el cráneo de un niño.

—Este era muy bueno –indico Myles, inspeccionando con aprobación la pieza de hierro que acababa de clavar—. Búscame otro igual Patty... recto y fuerte, con una punta afilada.

Con las cejas rojas fruncidas en concentración, Patrick rebuscó entre el montón de clavos.

—¡Aquí hay uno bueno! —manifestó con voz triunfal, sacando uno negro que era igual que los demás.

—Perfecto —Myles lo aceptó y lo colocó sobre la tabla. Dos martillazos poderosos hicieron que el clavo desapareciera de la vista— Suave como una daga engrasada..

—¿Para qué querrías engrasar una daga? —preguntó Patrick.

—Es un viejo truco mío —explicó Myles—. Hace que la hoja se clave en las entrañas de un hombre como si fuera mantequilla.

—Ven aquí, Patrick —dijo Melantha de repente.

—¿Por qué? —Su hermano se volvió para mirarla.

—Necesito que me hagas algo —respondió, mirando a Myles con expresión desaprobadora. Patrick no se movió del lado del guerrero.

—¿Qué? —Era evidente que se mostraba reacio a abandonar su posición de privilegio como ayudante del imponente MacTier.

—Necesito que... me ayudes a encontrar a Daniel y a Matthew — improvisó.

—Están practicando con la espada al oeste de la torre —indicó Patrick—. Mira, tú misma puedes verlos.

Melantha desvió la vista para ver a dos niños cruzar divertidos sus espadas de madera.

—Entonces necesito que me ayudes a encontrar a Roarke.

—Está justo ahí.

Con los ojos siguió el pequeño dedo y vio a Roarke de pie en el extremo de la muralla frontal, dirigiendo los esfuerzos de varios hombres que insertaban un madero cuadrado a través de una abertura en el parapeto.

—Acompáñame para ir a hablar con él —extendió la mano hacia él—

—Quiero quedarme aquí y ayudar a Myles —insistió Patrick— Me necesita.

—Quizá sea mejor que vayas con tu hermana, Patty —dijo Myles, que percibió el desagrado de ella—. Podré arreglarme sin ti.

—Pero dijiste que me necesitabas —Patrick pareció abatido— Dijiste que mi trabajo era importante.

—Y lo es —aseveró Myles—. Pero ahora que tenemos esta pared comenzada, quizá haya alguien que necesite tu ayuda... como Lewis.

—No quiero ayudar a Lewis —objetó el pequeño con expresión de súplica—. Quiero ayudarte a ti.

Myles miró a Melantha con ojos impotentes.

Ella se hallaba a punto de ordenarle a Patrick que fuera de inmediato a su lado. Pero algo en la expresión de Myles la hizo vacilar. Reflejaba calor y humor amable, como si le dijera: «Bueno, ¿qué vas a hacer ahora con el muchacho?».

Ella se recordó que se trataba de un guerrero MacTier, con la fuerza para matar a Patrick con un golpe deliberado del martillo. Sin embargo, y a pesar de su ominoso semblante, con la cabeza afeitada y los brazos gruesos recubiertos con protectores metálicos, Melantha no percibió peligro alguno en él al alzarse como una torre sobre la figura pequeña de su hermano menor. En todo caso, se mostraba muy dulce con el niño... dándole una tarea sencilla para realizar y sentirse necesitado, al tiempo que lo alababa por su pericia. Patrick sólo tenía siete años, pero ya había perdido a su madre y a su padre y visto sufrir a su clan por un ataque y el hambre. Si había encontrado placer en estar bajo el sol pasándole a Myles los mejores clavos que podía encontrar, ¿qué había de malo en ello? La muralla estaba atestada con su gente, y cualquiera podría intervenir si por un instante considerara que Patrick se hallaba en peligro.

—Muy bien —cedió—. Puedes quedarte a ayudar a Myles... pero nada de hablar de dagas, ¿entendido?

—Sí —los ojos azules de Patrick relucieron encantados.

—También me refiero a ti, Myles —añadió ella con voz severa.

Myles asintió con docilidad, luego le guiñó el ojo al pequeño en gesto de conspiración.

Melantha se volvió y se dirigió al extremo de la muralla, preguntándose si en su orden tendría que haber incluido espadas y otras armas.

—Un poco más hacia fuera... un poco más... ahí —dijo Lewis, satisfecho con la posición de la viga—. Ahora colocad las otras en paralelo con ésta y cercioraos de que queden bien aseguradas antes de clavar las planchas encima.

—¿Estás seguro de que esta cosa va a aguantar el peso de dos hombres y tantas piedras? —preguntó Mungo con escepticismo.

—Roarke ha visto galerías similares en algunos de los castillos que atacó, Me ha garantizado que si se construyen de forma correcta, pueden ser muy seguras.

—Pero, ¿cómo sabemos que las estamos construyendo correctamente? —se preguntó Finlay—. Nunca antes las habíamos hecho.

—He calculado el peso de un hombre con la fuerza del diseño —explicó Lewis—. Resistirá.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Lewis bajó la vista al diagrama, sin saber bien cómo convencerlos.

—El diseño de Lewis es excelente —intervino Roarke—. Incluso ha mejorado las plataformas que yo he visto colocando una pieza transversal aquí, para distribuir mejor el peso —añadió, y señaló esa característica en el dibujo.

—Puede ser, ¡pero yo no seré el primero en probarla! —exclamó Mungo al tiempo que meneaba la cabeza—. No tengo ganas de caer por el aire y romperme las dos piernas, sin importar lo bonito que sea el dibujo de Lewis.

—Ni yo —convino Finlay, riendo.

—No os caeréis —afirmó Lewis, frustrado—. La plataforma os sostendrá.

—Eso has dicho —replicó Mungo—. No obstante, mantendré los pies en suelo más firme.

—En cuanto se hayan colocado las maderas, saldré yo a clavar las planchas. De ese modo comprobaréis que la plataforma es segura.

Lewis, Mungo y Finlay miraron asombrados a Roarke.

—¿Lo harías? —inquirió el primero.

—Desde luego. Porque no dudo que tu diseño es seguro. Y ahora, si vosotros dos estáis convencidos de que lo que hacéis aguantará, Lewis debe ir a ver a los hombres que hay en el otro extremo del muro... —De pronto calló, deteniendo todos sus pensamiento al ver a Melantha.

En los tres días transcurridos desde que se había dirigido a su gente en el patio, Melantha había conseguido evitarlo por completo. Roarke sabía que estaba enfadada por no desempeñar el papel de prisionero a su gusto y por convencer a su clan de llevar a la práctica algunas de sus ideas. Imaginaba cuáles creía que podían ser sus motivos, pero albergaba pocas dudas de que sospechaba que su ayuda se relacionaba directamente con algún inicuo plan de escape.

Lo extraño es que Roarke había echado de menos su presencia hostil. En ese momento su expresión era un poco más suave... no precisamente de bienvenida, pero tampoco irradiaba sus característicos gestos de desdén y desprecio. Llevaba puestos los pantalones a los que ya se había acostumbrado, las botas altas de piel de ciervo, una túnica suelta de lana marrón y un chaquetón acolchado de color verde musgo. Aunque habría preferido verla enfundada en un vestido de fina seda o lana suave, se encontró admirando la curva firme de sus piernas, que esos pantalones en particular ocultaban poco. El pelo oscuro estaba sujeto con una cinta, pero sospechaba que se trataba más bien para mantenerlo fuera de sus ojos que de una capitulación a la vanidad femenina. A pesar de la absoluta indiferencia que mostraba hacia su propio aspecto de mujer, le resultó realmente arrebatadora mientras la inspeccionaba. Un rayo de sol encendía la acentuada palidez de sus mejillas y mitigaba las líneas de privación que tanto lo inquietaban, y sus ojos aparecían grandes y misteriosamente velados, atrayéndolo más a sus profundidades a medida que intentaba discernir su estado de ánimo.

—Buenas tarde, milady —inclinó la cabeza en gesto de cortesía. Melantha frunció el ceño, insegura de si se burlaba de ella o no. Era bien consciente de que su atuendo le daba cualquier aspecto menos el de una dama. Escrutó su expresión, incapaz de observar rastro alguno de burla en ella. La contemplaba con algo parecido a la calidez, como si se sintiera realmente complacido de verla.

—He venido a ver el progreso en la muralla —manifestó, como si su presencia en compañía de él requiriera alguna explicación.

—Va muy bien, Melantha —afirmó Lewis entusiasmado—. Hemos realizado aberturas en el parapeto para que sostengan los maderas para cuatro plataformas, y ahora estamos situando...

—¡Cuidado abajo!

Melantha, Roarke y Lewis se asomaron por encima de las almenas a tiempo para ver cómo una pesada viga surcaba el aire y conseguía diseminar a los MacKillon que trabajaban justo abajo antes de que aterrizara con un impacto poderoso.

—¡Por las barbas de Dios, Mungo! ¿Intentas matar a alguien? —gritó Finlay furioso.

—¡Tenía que estornudar! —respondió aquel a la defensiva. —¡Pues será mejor que me lo hagas saber antes de dejarme todo el peso a mí! —espetó Finlay.

—¿Has visto eso, Matthew? —preguntó Daniel, subiéndose a las almenas entre los merlones para observar mejor—. ¡La viga se hundió en el suelo!

—¿Dónde? —Matthew estiró el cuello para asomarse por el costado de su hermano.

—Sube a esa abertura de ahí —indicó Daniel—. Podrás verlo mejor. No tengas miedo —se burló al ver que su hermano titubeaba—. Sujétate al merlón y no te pasará nada.

—¿Crees que aún podremos utilizar esa viga? —inquirió Lewis con algunas dudas.

—Creo que lo mejor será dejarla —decidió Roarke—. Una caída como esa es probable que la haya agrietado o provocado algún defecto en su centro. Mejor emplear una de la que podamos fiarnos.

—Sí que es un maldito desperdicio —Finlay miró a Mungo con ojos furiosos.

—No fue mi culpa —objetó Mungo— ¿Cómo iba a saber que estornudaría?

Melantha vio a Matthew y a Daniel equilibrados de manera precaria en las almenas del parapeto. Estaba a punto de ordenarles que se bajaran cuando de pronto Matthew perdió pie. Manoteó con frenesí tratando de aferrarse al merlón de al lado, pero los dedos resbalaron sobre la piedra áspera.

—¡Aguanta, Matthew! —gritó Roarke, corriendo hacia el niño. El pequeño gritó aterrado y alargó las manos hacia él.

Y cayó de las almenas.

Melantha aulló, un sonido quebrado y agónico que flotó con contundencia mortífera en la atmósfera.

Con el corazón paralizado por el miedo, Roarke apoyó las manos en el parapeto y se obligó a mirar abajo.

En vez de encontrar el cuerpo roto de Matthew en el suelo, vio el rostro blanco del pequeño que lo miraba desde unos tres metros de distancia. Milagrosamente, mientras caía había logrado aferrarse a un asidero en una abertura entre las piedras. En ese momento colgaba de la pared, temblando.

Si se soltaba, moriría.

—¡Qué alguien me sujete las piernas! —ordenó Roarke.

Todos los hombres que había en la muralla corrieron hacia él, desesperados por ayudar. Myles y Finlay llegaron a su lado primero. Cada uno de los dos hombres poderosos sujetó una de las piernas de Roarke, luego lo bajaron por la pared.

—Hola, Matthew —saludó Roarke, fingiendo un tono casual que contradecía el peligro de la situación—. Voy a agarrarte y quiero que cierres lo mejor que puedas las manos alrededor de mis brazos... ¿lo entiendes?

—No puedo —gimió Matthew.

—Claro que puedes —afirmó Roarke con voz tranquilizadora— Tú sólo aguanta, que yo te llevaré hasta arriba —extendió los brazos maldijo para sus adentros. El muchacho se encontraba más allá de su alcance.

—¡No me dejes caer! —suplicó Matthew. Las lágrimas fluyeron de sus ojos.

—No te dejaré caer —insistió Roarke con gentileza—. Finlay —dijo con absoluta calma—, necesito bajar un poco más.

Finlay y Myles lo bajaron unos centímetros.

—No sé tú, Matthew —comentó con alegría al extender otra vez las manos hacia el joven—, pero yo empiezo a tener hambre. ¿Qué te parece si vamos dentro y buscamos algo para...

—¡Resbalo! —gritó Matthew con la cara contorsionada por el terror.

Roarke estiró todos los músculos, huesos y piel. Las manos se cerraron con fuerza brutal alrededor de los antebrazos delgados de Matthew.

—¡Subidnos! —ordenó.

Con su fuerza combinada, Finlay y Myles elevaron al guerrero enorme y al niño por la pared.

Todos los miembros del clan soltaron unos vítores ensordecedores. Roarke se irguió con sus sólidos brazos cerrados con gesto protector sobre el cuerpo tembloroso de Matthew.

—Tranquilo —murmuró, inclinándose para apoyar la barbilla sobre la cabeza del pequeño—. Ya estás a salvo.

Matthew se aferró con fuerza a él, la cara enterrada en su pecho.

—¡Matthew! —gritó Melantha, dándole la vuelta hacia ella.

Una mancha morada comenzaba a extenderse por su mejilla y la sangre manaba de un corte en la frente. Melantha se arrodilló y rápidamente le pasó las manos por los costados de la cara, los hombros y los brazos, llenos de arañazos y algún que otro corte. En cuanto tuvo la certeza de que no tenía ninguna herida grave o algún hueso roto, lo abrazó con fuerza y cerró los ojos.

Gracias, Dios.

—Ay... me haces daño, Melantha —se quejó con voz apagada. Con renuencia ella lo soltó.

—Lo siento, Matthew —los rasgos finos y pálidos de Daniel estaban dominados por la culpa—. Nunca tendría que haberte dicho que te subieras al parapeto.

—No, no tendrías que haberlo hecho —convino Melantha, aunque el alivio abrumador que la embargaba le dificultó sentir un enfado verdadero—. Eres su hermano mayor y espero que cuides de él no que lo animes a realizar tonterías. —Daniel bajó la cabeza, muy avergonzado—. A los dos se os prohíbe volver a subir aquí, ¿entendido? —ambos asintieron con gesto sombrío—. Vayamos dentro a ver esos cortes —pasó los dedos con suavidad por la mejilla arañada de Matthew. Se levantó—. Ven tú también, Daniel —pidió más que ordenó.

El trío desapareció en el castillo, y el resto del clan suspiró aliviado antes de volverse a contemplar a Roarke con un respeto nuevo.

—Y entonces lo bajamos por la pared del castillo mientras cada uno sostenía una pierna tan sólida y pesada como un tronco de árbol —continuó Finlay con el rostro acalorado por el orgullo y la cerveza.

—Santo cielo, Roarke es un sujeto muy grande —musitó el lord MacKillon—. ¿Teníais miedo de que se os pudiera caer?

—Sólo me preocupaba que el pobre Myles, aquí presente, no fuera capaz de aguantar con su parte —bromeó Finlay, dándole una palmada generosa en la espalda.

—Creo que más bien rezabas para que me ocupara también de tu carga —gruñó Myles—. Podríamos haber preparado unas asaduras de carnero en el sudor que chorreaba de tu frente.

—Si lo hubiera soltado, habría sido para protegerme los ojos de la luz cegadora del sol que rebotaba en tu lustrosa calva —rió Finlay, reacio a que un MacTier lo pusiera a prueba.

—Alégrate de haber estado ciego... ¡te salvaste de ver el trasero desnudo de Roarke! —rugió Myles, doblándose con ebria alegría.

Todo el clan soltó una carcajada.

—¿Quieres un poco más de cerveza? —preguntó una muchacha de pelo negro con un pecho exuberante y un marcado contoneo de las caderas.

—Ah, dulce Katie, tienes los poderes de una vidente —suspiró Finlay, que bajó encantado la copa para que pudiera rellenarla.

—¿Y qué me dices tu, mi magnífico héroe? —preguntó ella con expresión divertida—. ¿Puedes beber algo más?

Myles la contempló con nublado arrobo.

—Me gustan tus brazos —vagamente esperó que le rompiera la jarra de cerveza en la cabeza. ¿Donald no había comentado que eso significaba que a una mujer le gustaba un hombre?

—¿De verdad? —los ojos castaños le brillaron—. Vaya, es un cumplido que no había oído nunca.

—También me gustan tus caderas —añadió, mirándolas con placer—. Son buenas y anchas.

—¡Por los dientes de Dios, creo que el muchacho está enamorado! —rió Magnus, palmeándose la pierna.

—Cuidado, Katie, no querrás que te maree con tantas florituras verbales —bromeó Gelfrid.

—¿Y por qué no? —exigió ella sin dejar de sonreírle a Myles—. No todos los días una chica tiene a un héroe que le llene la cabeza con palabras dulces.

—Yo también soy un héroe —protestó Finlay.

—Ah, Finlay, creo que ya es demasiado tarde para capturar el corazón de la hermosa Katie —comentó Mungo—, ¡a menos que le digas de inmediato lo mucho que te gustan sus pies grandes!

El clan estalló en risotadas.

—¿Me echarás la cerveza encima? —preguntó Myles esperanzado.

—Claro que no —reprendió Katie—. Sé que eres inofensivo.

Myles observó decepcionado mientras le llenaba la jarra.

—¿Vas a tirársela a Finlay?

—No es mala idea —musitó ella con una sonrisa—. Una ducha ayudaría a calmar sus desvergonzadas fanfarronadas —los celos se apoderaron de la satisfacción etílica de Myles—. Pero sería desperdiciar una jarra perfecta de cerveza —finalizó Katie.

El ánimo de él volvió a elevarse. Resultaba obvio que esa Katie era una joven frugal. La miró embobado y decidió que la frugalidad era una cualidad admirable en una mujer.

—Creo que es hora de alzar nuestras copas en un brindis —dijo el lord MacKillon poniéndose de pie—. Por nuestro respetado prisionero, Roarke. De no haber sido por su fuerza, coraje y celeridad de pensamiento, este día podría haber terminado en una tragedia en vez de en la felicidad que contemplamos esta noche.

El gran salón se llenó de vítores.

—¿Y qué hay de mi amigo Myles y de mí? —demandó Finlay con voz pastosa.

—Perdona, Finlay —continuó el lord—. Desde luego que también estamos en deuda con Myles y contigo por vuestros actos. Todo el mundo, por Finlay y Myles.

Los MacKillon volvieron a beber con alborozo.

—No me gusta alardear, pero fue mi flecha la que abatió a Roarke y lo trajo aquí —señaló Magnus—. Por ende, yo también he tenido que ver en lo sucedido hoy.

—¡Por Magnus, por haberle disparado a Roarke en el trasero! —gritó Gelfrid.

—¡Por el trasero de Roarke! —se oyó el brindis borracho que le dio a todo el mundo otro motivo para beber.

—¿Crees que algún día podrás dejar de oír hablar de tu herida? —preguntó Donald, divertido por la expresión enfadada de Roarke.

—Nadie aparte de estos MacKillon lo sabrá jamás —aseveró Roarke con rotundidad—. ¿Ha quedado claro?

—Una flecha en el trasero no es nada —desdeñó Thor, en absoluto impresionado—. Una espada en la barriga... esa sí que es una herida de la que merecería la pena hablar.

—Perdóname, Thor, pero no creo que nadie pudiera sobrevivir a eso —indicó Hagar.

—Ese es el problema con vosotros, los mozalbetes... ¡sois demasiado blandos! —se quejó el anciano.

—Yo no soy blando —objetó Eric.

—¡Eres el más blando de los aquí presentes, vikingo! —gruñó Thor—. ¡Ni siquiera fuiste capaz de beber un trago del ponche de Edwina sin ponerte a llorar como un mocoso!

Donald y Myles soltaron carcajadas.

—¡Ya basta! —espetó Eric— Traedme una copa de ese maldito brebaje ahora mismo!

—¡Rápido, antes de que cambie de parecer! —Donald se puso de pie—. ¿Dónde está Gillian?

Al oír su nombre, Gillian se volvió con timidez para mirar a los hombres a la mesa de Roarke.

—¡Hermosa Gillian —comenzó Donald, llevándose la mano al corazón—, mi amigo vikingo se siente muy avergonzado por el modo en que se ha comportado en tu encantadora compañía...

—Basta ya —gruñó Colin—. La estás cohibiendo.

—... y para repararlo —continuó Donald animado—, ha solicitado que le traigas de inmediato una jarra entera de tu delicioso ponche, y así poder desterrar para siempre cualquier reserva sobre su sabor único!

Todo el clan jadeó.

—Voy a matarte, Donald —juró Eric con voz dura—. Despacio y con mucho dolor.

—¿De verdad quieres un poco? —la mirada de Gillian se posó en Eric con nerviosismo. La incertidumbre le hizo abrir mucho los ojos v apretó las manos con fuerza, como si previera un terrible exabrupto.

A Eric le molestaba asustarla tanto. No tenía por costumbre aterrar a las doncellas... al menos no adrede.

—Está bien, Gillian —comenzó Hagar—, los muchachos sólo se divertían un poco...

—Sí —afirmó Eric de repente—. Quiero un poco.

—Entonces yo te lo traeré —anunció Beatrice, renuente a permitir que su hija se viera sometida a otra humillación—. ¡Y no te atrevas a arrojármelo a mí o te partiré esa bandeja de madera sobre tu gruesa cabeza de vikingo!

—No, madre —Gillian tenía la vista clavada en Eric—. Yo puedo traerlo.

—¿Estás segura, muchacha? —Hagar miró a su hija con preocupación.

Ella asintió.

—Excelente —Donald se frotó las manos cuando Gillian fue a buscar la bebida.

—Si haces algo para inquietar a mi hermana, juro que te mataré —juró Colin.

Eric guardó silencio.

—No veo a qué viene tanto alboroto —comentó el lord MacKillon, confuso—. Creo que el ponche de Edwina es bastante sabroso.

—Es maravilloso para limpiar los intestinos —añadió Edwina, complacida porque su brebaje especial recibiera tanta atención.

—Mejor que te lo bebas de un trago —advirtió Magnus con sigilo cuando regresaba Gillian—. Créeme, muchacho.

Gillian se acercó a Eric con admirable calma, en particular al ser el objeto de todas las miradas del clan. Portaba una pequeña bandeja de madera sobre la que había depositado una copa y una jarra.

—¿Quieres que te lo sirva? —su voz sonó baja y suave en el silencio que había descendido sobre el gran salón.

—Dame la jarra —Eric meneó la cabeza.

El clan se quedó boquiabierto por el horror.

—¿Estás seguro? —Gillian lo miró con preocupación—. Es una bebida fuerte.

—¿Lo preparaste tú?—inquirió Eric. Ella asintió—. Entonces beberé la jarra entera.

—No cabe duda de que es una exhibición de valor —musitó Magnus.

Edwina lo miró con gesto reprobador y Magnus respondió apretándole la mano.

Gillian le pasó la jarra a Eric.

—Gracias —dijo, sosteniendo la pócima de olor hediondo lo más lejos que era decentemente posible de la nariz.

—Todo de golpe, muchacho —le recordó Magnus.

Eric no titubeó. Recurrió a la dura determinación de un guerrero a punto de enfrentarse a su más temido enemigo, echó la cabeza atrás y con valor vació el contenido de la jarra; al terminar la plantó de un golpe sobre la mesa.

La multitud que había en el gran salón prorrumpió en vítores salvajes.

—¡Por Dios que eso es coraje! —se maravilló Magnus—. Llevo años bebiendo el maldito brebaje, pero jamás he podido con una jarra entera.

—Sentirá sus beneficios durante días —predijo Edwina con satisfacción.

—No me cabe duda —convino Hagar con expresión de simpatía.

—¿Quieres un poco de cerveza para ayudarlo a bajar? —inquirió Donald con alegría.

—No —repuso Eric con la vista en Gillian—. No es necesario.

Ella le regaló una sonrisa vacilante antes de recoger la bandeja y desaparecer de vuelta en la cocina.

—Tanto jaleo por una jarra de ponche —se quejó Thor con el ceño fruncido—. Jamás he visto unos cachorros más consentidos.

—Al menos el vikingo lo intenta —comentó Magnus, guiñándole un ojo a Eric—. Me recuerda cuando era joven y tuve que luchar contra una terrible bestia bicéfala con pulmones de fuego y dientes como mil espadas mortales y afiladas...

Roarke tomó un gran trago de su copa, luego la rellenó y bebió un poco más. Tenía la espalda, el cuello y los hombros rígidos por el dolor, lo cual le dificultaba girar la cabeza. Incluso llevarse la copa a los labios parecía requerir un esfuerzo exagerado. Había sido dolorosamente consciente de las protestas de su cuerpo envejecido y magullado mientras colgaba boca abajo de la almena. Otrora habría sido capaz de bajar por el parapeto para devolver a Matthew a la seguridad con cómoda facilidad, y luego beber hasta entrar en un grato estupor con el fin de celebrar la victoria. Ese era un Roarke

más joven que el guerrero agotado que esa noche se sentaba encorvado a la mesa y bebía para embotar los patéticos gemidos de su deteriorado cuerpo. Matthew se hallaba a salvo, y por eso se sentía profundamente agradecido. Pero el incidente se había cobrado un precio excesivo sobre sus músculos y articulaciones, recordándole que sus días como guerrero estaban contados.

—... y entonces con un golpe poderoso cercené la cabeza de esa bestia verde de su cuerpo enorme y hediondo, dejando un río humeante de sangre que fluyó al suelo y tiñó para siempre de negro la hierba reseca. Aún se puede ir allí y ver el sitio donde murió —finalizó Magnus jubiloso.

Thor lo contempló con abierto escepticismo.

—De verdad, Magnus, vas demasiado lejos con esas historias insensatas —entonces entrecerró los ojos y preguntó con cinismo—. ¿Realmente esperas que crea que la sangre de esa bestia era negra?

—Por los pies de San Aidan juro que lo era —afirmó Magnus—. Negra como la noche, y despedía un olor terrible a cadáveres podridos en un tranquilo día de verano.

—Magnus, la gente aún está comiendo —reprendió Edwina.

—Melantha os lo podría contar si estuviera aquí —comentó Magnus, percibiendo que necesitaba un aliado para validar su historia—. Llevé a su padre al lugar exacto en que murió la bestia, y él pudo comprobar que el suelo estaba negro y hedía a muerte. El muchacho habló de ello durante años.

—¿Y dónde está la chica? —quiso saber el lord MacKillon al mirar alrededor del salón con cierta confusión—. Últimamente parece que nunca cena con nosotros.

—Esta en su cuarto atendiendo a Matthew —repuso Beatrice—. El pobre quedó muy asustado por la caída que sufrió hoy y ella quería permanecer a su lado para cerciorarse de que se encontraba bien.

—La muchacha es maravillosa con esos chicos —indicó Magnus con cariño—. Sus padres estarían orgullosos.

—No creo que se sintieran complacidos si supieran que su hija se viste como un hombre y va por los bosques en busca de alguien a quien robar —objetó Beatrice—. Debería quedarse en casa con sus hermanos y dejar el asunto del robo a los hombres.

—¿Por qué a Melantha se le permite ir con vosotros? —preguntó Roarke con curiosidad.

—¿Que se le permite ir con nosotros? —Magnus lo estudió divertido—. Fue a ella a quien tuvimos que convencer para que nos dejara acompañarla.

—Al principio era muy reacia —recordó el lord MacKillon, meneando la cabeza—. Sólo cedió cuando insistí con énfasis.

—Antes salía sola. .. de caza solía llamarlo —Hagar rió entre dientes.

—¿Me estáis diciendo que Melantha salía a robar sola? —los miró incrédulo.

—Y era muy buena —aseveró Magnus con orgullo—, Tiene un talento innato para el hurto.

—Debes entender que se dedicó a ello únicamente después de que mataran a su padre —explicó Edwina al percibir la desaprobación de Roarke—. Si no nos hubieran atacado, estoy segura de que se le habría pasado por la cabeza apoderarse de aquello que no le pertenece.

—Siempre fue una buena muchacha —añadió Magnus—, y quería a su padre. Creo que jamás he visto a una joven dolerse tanto muerte de su padre.

—Fue doblemente duro porque su madre había fallecido dos antes —indicó Beatrice—. De pronto Melantha y los chicos se encontraron solos y, lo que es peor, sin nada. Su cabaña fue quemada hasta los cimientos durante el ataque, y los bienes y reservas de comida que pudieran tener se los robaron o resultaron destruidos.

Roarke apenas podía imaginar la terrible carga de pérdida y responsabilidad que cayó sin advertencia previa sobre los hombros de una joven.

—Pero era miembro de este clan. Seguro que todos los aquí presentes habríais compartido lo que teníais para ayudarla a cuidar de los pequeños.

—Desde luego —afirmó Colin—. Los MacKillon cuidamos de los nuestros.

—Yo insistí en que todos los que hubieran perdido su hogar se trasladaran al castillo —indicó el lord—. Por la noche casi no podías caminar sin tropezar con alguien acurrucado en el suelo, pero todo el mundo tenía un techo sobre la cabeza.

—Entonces había poco para comer —continuó Hagar—; sin embargo, aún quedaban ciervos para cazar y peces que atrapar.

—Pero entonces sufrimos el peor invierno en cuarenta años —dijo Ninian—. Hasta los animales del bosque eran incapaces de encontrar algo para comer. La mayoría se congeló y murió durante la búsqueda.

—Fue una época terrible —reflexionó Gelfrid—. Veías cómo las caras de los niños se tornaban más enjutas con cada día que pasaba y sabías que no quedaba nada más para darles.

—Hasta entonces Melantha había estado absorta en el cuidado de los niños —dijo Beatrice—. Mas cuando el pequeño Patrick cayó enfermó y se negó a comer lo que le ofrecíamos, tomó su arco y salió en persona a los bosques, decidida a matar a algún animal con el fin de preparar un caldo caliente.

—¡Aquella noche re regresó con una liebre flaca, una espada nueva, una daga afilada y una hermosa montura! —exclamó Magnus con un tono triunfal—. ¡Y ahí es cuando supimos que poseía verdadero talento para la caza.

Todo el mundo rió.

—y a partir de entonces creció la banda del Halcón —conjeturó Roarke.

—Como no había manera de impedir que se adentrara en el bosque Colin, Finlay, Lewis y yo decidimos acompañarla para ayudarla —explicó Magnus—. Tuvimos que convencerla, pero al final conseguimos que comprendiera que nos iría mejor como grupo que a ella sola.

Roarke decidió que no se podía negar que a la banda del Halcón le había ido bien, en particular dado su número reducido y las peculiaridades de sus miembros. Ciertamente le había creado suficientes problemas a su lord como para que éste quisiera destruir al grupo y capturar a su líder para darle un castigo.

Bebió un trago de cerveza, enfadado y disgustado tanto con su clan como consigo mismo. No tenía ni idea de cómo iba a convencer algún día a Melantha de que abandonara sus hazañas como el Halcón cuando lo único que intentaba era cuidar de su familia y de su gente.

Melantha avanzó en silencio por el corredor fresco y oscuro siguiendo el oleoso titilar de las antorchas moribundas.

Reinaba un silencio profundo, y ni siquiera se oían los ronquidos bajos y satisfechos que llenaban el gran salón después de haber llegado a su fin la celebración de la noche. La mayoría de su gente había logrado regresar a su cama, pero algunos juerguistas decididos continuaron bebiendo hasta que prácticamente les fue imposible realizar movimiento alguno. Por eso había encontrado a Finlay tendido sobre una dura cama de bandejas grasientas, con una expresión tan feliz como si yaciera sobre un lecho de plumas, y a Lewis acurrucado como un cachorro extenuado en el suelo frío, con la copa medio vacía aferrada aún a una mano. Una rápida inspección le había revelado que Roarke y sus hombres no se hallaban entre aquellos que dormían la borrachera.

Había experimentado un momento de alarma, ya que temió que los MacTier hubieran empleado con astucia esa oportunidad para escapar. Luego recordó que su prisión se había trasladado del gran salón al almacén despejado en el nivel inferior del castillo. Colin en alguna ocasión bebía en exceso y Melantha tuvo la certeza que se habría encargado de que los prisioneros quedaran a resguardo antes de retirarse a dormir. Colin despreciaba a los MacTier hasta lo más hondo de su ser y no permitiría que el acto de gran altruismo que había realizado Roarke aquel día pudiera mitigar el rencor que le inspiraban.

Giró en una esquina y vio a Gelfrid repantigado en una silla junto a la puerta del almacén roncando ruidosamente. Su espada y daga estaban en el suelo, y hasta la pesada llave que aseguraba la puerta que vigilaba con tanto descuido se le había escurrido del cinturón. Había planeado pedirle a quienquiera que estuviera vigilando a los prisioneros que abriera y permitiera salir a Roarke para poder hablar con él. Quería darle las gracias por sus actos de aquel día, en el pasillo, con celeridad y el tranquilizador decoro de la presencia de alguien de su clan. Pero al contemplar el ritmo con que subía y bajaba el importante vientre de Gelfrid, vaciló. En su estado tal vez costara despertarlo, y como gimiera demasiado sólo atraería una atención innecesaria a su deseo de hablar con Roarke a esas horas de la noche. Sería mucho más discreto y rápido abrir la puerta y hablar con él dentro.

Recogió la llave y la introdujo en el cerrojo.

La puerta no hizo ningún ruido al abrirse, ya que alguien había tenido cuidado de cerciorarse de que sus viejos goznes estuvieran bien engrasados, sin duda por consideración hacia los prisioneros MacTier Una suave luz cobriza iluminaba a los cuatro guerreros que yacían sobre unas camas estrechas y que parecían demasiado pequeñas para hombres de su estatura poco habitual. La habitación era austera y se hallaba bien arreglada, lo cual reflejaba el afán organizador de Beatrice, y olía a humo y a pino, debido por un lado a la única antorcha que ardía débilmente en una pared, y por el otro a la alfombra suave de ramas de pino que había sobre el suelo de tierra apisonada con el fin dc eliminar cualquier rastro de humedad. Era un espacio generoso y tan limpio y cómodo como cualquier cámara del castillo, con la excepción de que le faltaba una ventana y una chimenea.

Roarke se encontraba de costado con la cabeza apoyada en un brazo. Tenía los ojos cerrados y su respiración era profunda, pero, no obstante, Melantha se le acercó con cautela, sospechando que hacía tiempo que había perfeccionado la capacidad de fingir dormir para sorprender a cualquier

enemigo. Tras varios momentos de reserva en los que se afanó por detectar el más mínimo indicio de vigilia, al final decidió que se hallaba dormido. Soltó un suspiro tenso y se aproximó un poco más.

El negro manto de su pelo estaba recogido con descuido detrás de un hombro enorme, y unos pocos mechones cruzaban la sombra oscura de su elegante mandíbula. A regañadientes reconoció que era un hombre atractivo, aunque se trataba de una observación con la que había luchado desde el momento en que levantó la espada contra él en el bosque. Tenía un rostro agradablemente esculpido, con una belleza dura y áspera en sus facciones curtidas; las arrugas revelaban que había visto mucho en la vida. Su boca era plena y sensual, y aunque no recordaba haber visto que se suavizara jamás con una sonrisa, sospechaba que cuando lo hiciera, el efecto sería hipnotizador.

En ese momento mostraba el ceño fruncido, pero no con irritación como tan a menudo había visto cuando estaba despierto, sino con un gesto que reflejaba más una preocupación, o quizá incluso incomodidad. Supuso que sería difícil para un hombre de su considerable tamaño hallar confort en un camastro pequeño. Además, estaba la herida en su glúteo, que ya casi debería haber curado, aunque tal vez aún le molestara un poco. Sintió una punzada de culpa al recordar que había dejado que Magnus la cerrara a pesar de las objeciones de Roarke. Se mordió el labio al pensar en las menguantes habilidades de su viejo amigo. Los ojos de Magnus distaban mucho de ser agudos, y con sus manos temblorosas y el desafío de cerrar una herida prácticamente en la oscuridad, ¿cómo podía esperar que hubiera hecho un buen trabajo? Además, claro, estaba el riesgo de que se infectara, una posibilidad que en su momento ni siquiera se molestó en considerar. Pero con el inesperado acto del guerrero en la muralla aquel día, Melantha descubrió que ella ya no era capaz de ser tan arrogante en lo referente a su bienestar. Recordó que Edwina había pedido que Roarke le mostrara el glúteo, y la indignada negativa de él. Se preguntó si desde entonces alguien habría evaluado su cicatrización. Parecía poco probable, debido al aparente recato de Roarke y al hecho de que nadie en su clan tenía motivo para que le preocupara en exceso.

Contempló la lana escarlata y negra que cubría la suave elevación de su cadera. La falda se había corrido sobre la musculosa extensión del muslo. Apenas haría falta un ligero tirón para subir la tela y desnudarle el glúteo para examinarlo. Su sueño parecía auténticamente dormido, de modo que era poco probable que esa sensación ligera lo despertara.

. Después de todo, sin duda había bebido con generosidad cerveza que había corrido esa noche por el gran salón, lo cual habría embotado sus sentidos. Y como guerrero acostumbrado a dormir sobre terreno duro, con el viento soplando a su alrededor, no era factible que lo despertara algo tan trivial como un movimiento de su propia falda. Sólo un rápido vistazo para asegurarse de que la herida supuraba. Luego lo taparía de inmediato y jamás lo sabría.

Se situó en silencio detrás de él, luego agarró con gesto inseguro un pliegue de la tela. La lana se hallaba caliente por el cuerpo de Roarke y el contacto resultó agradable sobre las yemas frías de sus dedos titubeó un momento, sin saber si realizar un movimiento lento o rápido. Mientras pensaba en ello, él se movió y sin darse cuenta le facilitó la tarea. Animada, Me-

lantha alzó la falda y lentamente reveló duras y fibrosas curvas de su trasero.

—Buenas noches, milady. ¿Quería algo? —Ella jadeó horrorizada y le bajó la falda—. Gracias —dijo Roarke—. Empezaba a sentir la corriente.

—¡Sólo pretendía ver la herida! —profirió Melantha, apartándose con gesto culpable. Roarke enarcó una ceja con escepticismo—. Quería cerciorarme de que no estaba infectada —explicó. No obtuvo respuesta, aunque sí una mirada furiosamente divertida—. Parece... sanar bien —concluyó con impotencia. Con las mejillas encendidas por la vergüenza, se dirigió a toda velocidad a la puerta.

—¿Era esa la única causa para su visita, milady? —preguntó él con suavidad.

Con la mano sobre el cerrojo, Melantha vaciló. No era posible quedarse y darle las gracias por haber salvado a Matthew... no cuando la había sorprendido en el acto de subirle la falda. Pero resultaba mucho peor huir y dejar que pensara que había entrado con sigilo en su prisión sólo para examinar de forma clandestina sus nalgas.

—Quería hablar contigo —reconoció mientras intentaba salvar los restos de su dignidad.

—¿Qué sucede? —con gesto somnoliento, Myles abrió un ojo.

—Melantha ha bajado a visitarnos —explicó divertido Roarke.

—¿A esta hora? —musitó Donald, sin molestarse en abrir los párpados.

—¿Pasa algo? —gimió Eric, y se obligó a levantar la cabeza.

Melantha le lanzó a Roarke una mirada de súplica. Como le contara a sus hombres que le había levantado la falda, se moriría.

—Todo está bien —aseguró él—. Volved a dormir.

No dudaron en obedecer, ya que las cabezas aún les martilleaban por los efectos del exceso de alcohol.

—Y bien, milady —Roarke se acomodó sobre un codo—, ¿de qué querías hablar?

Una vez más ella titubeó. No podía darle las gracias ahí, no con sus hombres escuchando a medias y él tumbado en la cama. De pronto la estancia le resultó insoportablemente pequeña, su atmósfera tensa y con un silencio antinatural.

—Preferiría hablar contigo en privado —intentó establecer un mínimo de control sobre la situación. Sin esperar respuesta, abandonó la habitación.

—Deberías hablar con Gelfrid sobre quedarse dormido durante su turno —aconsejó Roarke al emerger al pasillo y estudiar al guardia que roncaba.

Melantha cerró la puerta de la celda y se guardó la llave en la bota.

—Esta noche todo el mundo se muestra excepcionalmente agotado —murmuró—. Nos alejaremos por el pasillo, para no despertarlo.

Avanzó con rapidez por el corredor poco iluminado, luego giró por una esquina y se adentró en el fresco silencio del nivel inferior. Caminó con la espalda hacia él y las armas enfundadas, muy consciente de que podía dominarla en cualquier momento y robarle la llave del almacén, aunque convencida de que no lo haría.

Al llegar a la última y débil antorcha, se detuvo.

Roarke la contempló con curiosidad. En ese momento su expresión no exhibía ninguna burla, quizá porque percibía su incomodidad y no tenía deseo de potenciarla. Se mostraba relajado, como si no fuera peculiar que lo hubiera despertado en mitad de la noche para conducirlo a las mismas entrañas del castillo.

Insegura de pronto, Melantha bajó la vista al suelo de tierra. Todo el día le había dado gracias a Dios por haber salvado a Matthew. Una y otra vez había rezado en silencio mientras curaba los cortes de su hermano y los aliviaba con ungüento. Le había dado las gracias por salvarlo mientras Matthew la miraba con ojos enormes y asustados, y se lo había agradecido aún más cuando el pequeño se quedó dormido, con las manitas agarradas a la manta como si temiera caerse del camastro. Se había negado a abandonarlo incluso durante un instante, diciéndose que podía despertar y necesitarla, aunque en lo más hondo de su alma sabía que también ella necesitaba estar con él. Necesitaba pasarle los dedos por la frente y la mejilla magulladas, sostener su mano pequeña y arañada, ajustar por enésima vez la fina falda que cubría su cuerpo demasiado delgado. Y cuando sus tres hermanos se quedaron dormidos apaciblemente, los suaves rostros tan inocentes y serenos como si fueran ángeles, volvió a darle las gracias a Dios o tenerlos y mantenerlos siempre a salvo.

Su vida no había sido larga; sin embargo, ya había aprendido duras lecciones de la pérdida. De no ser por Daniel, Matthew, Patrick, no creía que hubiera sido capaz de sobrevivir. Con tierna tristeza reflexionó que los niños tenían un modo de poder desterrar incluso la más dolorosa de las angustias. Siempre requerían atención comida y cuidados. Pero también aportaban placeres maravillosamente sencillos, como estar tumbados juntos sobre la hierba calentada por el sol mirando el cielo, o descubrir quién era capaz de aguan más tiempo la respiración, o dar vuelta una roca para observar la estampida de los bichos que había debajo. Y luego estaban esos momentos de amor puro y abrumador, que surgían siempre que los miraba dormir, los oía reír o les secaba las lágrimas.

Mientras esa noche los cobijaba y sentía cómo su amor envolvía de forma protectora a sus pequeños pupilos, se había dado cuenta que si no hubiera sido por Roarke, los mismos cimientos de su vida profundamente herida podrían haber quedado destruidos aquel día. Era una mujer fuerte capaz de soportar mucho, pero los límites de su fortaleza no se extendían a sus hermanos. Ellos eran su fuerza, su felicidad, su vida. Y esa vida no podía sufrir más pérdidas.

Si Matthew hubiera muerto, no habría sido capaz de resistirlo.

—¿Melantha?

La voz de Roarke sonó baja y ronca por la preocupación, como si pudiera percibir su desesperación. Tragó saliva y parpadeó, conteniendo las lágrimas ardientes que amenazaban con caer de sus ojos. No deseaba aparecer ante él de esa manera.

—¿Qué sucede? —preguntó Roarke con suavidad resistiendo el, impulso de alargar la mano y acariciar la pálida mejilla con el dorso de los dedos.

—Nada. —Respiró de forma entrecortada y dominó sus emociones—. Matthew está un poco arañado y asustado, pero duerme profundamente y se pondrá bien. —Él esperó—. Hoy podría haber muerto —susurró al fin con voz tensa—. Podría haber resbalado del parapeto y haberse golpeado contra el suelo en tan sólo unos segundos. Es algo que pasa —insistió, como si cre-

yera que Roarke iba debatir la cuestión—. Los niños se caen siempre. Trepan a árboles, o se suben a rocas, o hacen estúpidos equilibrios en lo alto de un muro. La mayor parte de las veces consiguen bajar intactos y sus padres ni siquiera se enteran. Pero en ocasiones se caen y mueren. Y sus padres deben sufrir un infierno el resto de sus vidas, creyendo que van a enloquecer por la agonía. —Cruzó los brazos sintiendo un frío repentino.

—No se cayó, Melantha.

—No, es verdad —convino ella con voz trémula—. O al menos no cayó mucho. Porque tú estabas ahí para agarrarlo. Un MacTier —meneó la cabeza desconcertada, como si no pudiera entender la ironía— Estabas ahí para lanzarte por el parapeto y devolverlo a la seguridad. Arriesgaste tu vida para salvar la suya. ¿Por qué? —murmuró al tiempo que lo miraba a los ojos—. ¿Qué era una vida más cuando tu clan ya ha aniquilado tantas?

—Eso fue en una batalla, Melantha —repuso él con sencillez—. Una batalla en la que yo no participé. —Parecía importante recordárselo, aun cuando ella le había comentado que su ausencia carecía de importancia. Quizá también necesitaba recordárselo a sí mismo—. Y aunque hubiera estado, no habría modificado lo que hice hoy.

—Aquí eres un enemigo —protestó ella, desesperada por mantener claras y bien delimitadas las líneas que los separaban—. Un MacTier.

—Es verdad —convino Roarke, avanzando hacia ella.

—Viniste a aplastar a mi banda, y si hubieras podido, me habrías matado aquel día que luchamos en el bosque —continuó ella mientras retrocedía. Las piedras frías de la pared detuvieron su retirada.

—Tú mostraste la misma determinación por matarme. —Roarke alargó la mano y con gentileza apartó un mechón de pelo oscuro de su cara—. ¿Lo recuerdas?

Sus dedos eran cálidos e irradiaban una suave fuerza. Estaba mal permanecer allí y soportar su contacto; sin embargo, descubrió que no podía moverse, que incluso apenas podía respirar mientras la inmovilizaba sólo con el deseo descarnado que emanaba de él.

—¿Por qué? —susurró Melantha. Una única lágrima angustiada descendió por la blanca suavidad de su mejilla—. ¿Por qué salvaste a mi hermano sabiendo que tú mismo podrías haber muerto?

Roarke capturó la lágrima con el dedo pulgar, luego depositó un beso tierno en el sitio que había ocupado.

—Lo hice por Matthew —murmuró él con voz ronca—. Y lo hice por ti —añadió, deslizando los labios hacia la otra mejilla húmeda—. Y lo creas o no Melantha lo hice por mí. Porque en alguna parte dentro del alma cansada de este guerrero, me gusta creer que aún conozco la diferencia entre el bien y el mal —la tomó por los hombros y hurgó en las centelleantes profundidades de sus ojos, sabiendo que había expuesto un fragmento de su alma ante ella, pero deseando tener ese momento de sinceridad entre los dos—. ¿Te resulta tan increíble de creer?

Su mirada era de súplica, incluso atormentada. El aire que los separaba se congeló mientras aguardaba la contestación. El día anterior a Melantha no le habría costado responderle, pues había creído que sabía exactamente quién y qué era Roarke. Pero eso fue antes que hubiera estado suspendido valerosamente a quince metros del suelo, con el cuerpo tenso en su afán por salvar a su hermano de una muerte segura. En ese momento se había mos-

trado como lo que real mente era. Un guerrero que lo arriesgaría todo por un niño al que casi no conocía.

Porque tenía un corazón compasivo.

Calientes y llenas de dolor, las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos. Inclinó la cabeza mientras intentaba en vano ocultarle su angustia.

Él se sintió atravesado hasta la médula de su ser. Sólo podía imaginar la profundidad de su sufrimiento, a pesar de que sabía lo que era perder a aquellos a los que amabas. Pero Roarke había intentado escapar de las ruinas de su vida familiar, mientras que Melantha se había visto obligada a permanecer y asumir la responsabilidad de los que quedaban atrás. No sólo por sus hermanos, sino por todo su clan, a quien con desesperación trataba de alimentar y vestir con cada trozo de tela y fragmento de comida que conseguía como el Halcón. Era una tarea enorme e intimidadora, que realizaba con férreo coraje e inamovible decisión. De pronto experimentó el deseo de decirle lo magnífica, valiente, fuerte y única que era. Pero temió que las palabras sonaran insuficientes y huecas procedentes de su boca. Después de todo, era un MacTier. De no haber sido por los actos de su clan, Melantha jamás habría padecido las atrocidades que su pueblo y ella habían tenido que soportar. De no ser por su gente, su padre seguiría con vida, su clan estaría bien alimentado y vestido, y Melantha no tendría que sobrellevar las cicatrices del miedo, la privación y el odio. Él no había tomado parte en aquella aciaga incursión, pero con crudeza comprendió que no importaba. Había llevado una vida de guerrero, y en su legado figuraba haber sesgado innumerables vidas.

El desprecio hacia sí mismo lo dominó e hizo que se sintiera enfermo.

—Lo siento, Melantha —murmuró, apartando las manos de sus hombros—. Perdóname —comenzó a dar media vuelta.

Melantha pensó que caía, tan agudo fue el súbito vacío que remolineó a su alrededor. No entendía las emociones que la embargaban; salvo que de repente se notó diminuta, frágil y sola, y no fue capaz de soportarlo. Rodeó la sólida extensión de los hombros de Roarke con los brazos, enterró la cara en su pecho y dejó que un sollozo escapara de su garganta. *Quédate*, suplicó en silencio, sintiendo como si la aplastaran por dentro. *Por favor, quédate.*

Roarke frenó en seco, inseguro.

Y entonces la abrazó y pegó los labios salvajemente sobre los suyos. Ella no opuso resistencia y se entregó, como si quisiera quedar envuelta por su calor y su fuerza. Él gimió y profundizó el beso, probando la oscuridad almibarada de su boca, inhalando el aroma limpio y soleado de su piel, sintiendo la suavidad cimbreña de su cuerpo. Separó los labios para inundarla de besos en la mejilla sedosa, en la delicada curva de la mandíbula, en la fresca columna de su cuello blanco. Los dedos encontraron los lazos de la parte superior de su camisa de algodón y con rapidez dejó al descubierto la piel cremosa de su garganta. De una fina cadena de plata colgaba una esfera plateada con una reluciente piedra de un profundo color esmeralda. Le sorprendió ver que en secreto lucía un colgante de semejante belleza, ya que no era típico de Melantha entregarse a algo tan frívolo. Con los labios se abrió paso más abajo, pensando que el colgante no podía tener valor alguno, ya que de lo contrario lo habría vendido para conseguir comida, mantas o armas. Con la lengua trazó círculos ardientes y húmedos por su piel mientras abría todavía más su camisa, hasta que al final los pálidos montículos de sus pechos quedaron libres en sus manos. Pasó las mejillas ásperas por su

suavidad increíble y se regocijó en la sensación de algo tan voluptuoso contra su piel curtida. Tomó un capullo de punta de coral en la boca y comenzó a succionar.

El placer abrió un surco llameante en Melantha. Metió los dedos en el cabello negro de Roarke y sujetó su cabeza contra el pecho mientras un calor líquido la inundaba. Él adoró con reverencia hambrienta la cima tensa de su pecho luego trasladó su atención al otro para introducirlo en la ardiente cavidad de su boca y succionarlo larga y apasionadamente hasta que ella creyó que se iba a derretir por las exquisitas sensaciones que la recorrían. Fue vagamente consciente de que él le sacaba la camisa de los pantalones mientras seguía probándola y luego la tela arrugada pasó por su cabeza para quedar desnuda hasta la cintura con la oscura cascada de su pelo acariciando su piel como un velo sedoso. Una cicatriz larga y rosada culebreaba por su brazo izquierdo, desde el hombro hasta el codo. Roarke se detuvo para pasar el dedo por su irregular forma y experimentar ira ante idea de que alguien hubiera intentado dañarla. La herida no era vieja, como mucho tenía dos meses, y probablemente se la habían infligido durante una de sus incursiones como el Halcón. No se atrevió a preguntarlo, de modo que la acarició con gesto carente de prejuicio o pena. Había visto miles de cicatrices en su vida, ya que ningún guerrero podía vivir mucho tiempo sin tener algunas como mínimo, pero no estaba acostumbrado a verlas en una mujer. Soslayó el recordatorio de la vida que llevaba Melantha como proscrita, coronó las manos sobre sus pechos y pegó la cara entre ellos para inhalar su fragancia, y luego comenzó a besar la piel fresca. Las manos abandonaron los pechos con el fin de aprender los contornos de su cintura, sus caderas, sus muslos, y con toque insistente y posesivo la exploró con las palmas. Cayó de rodillas para poder adorar mejor el plano liso de su vientre, luego apartó la suave lana de sus pantalones y el rostro quedó pegado al oscuro triángulo que tenía entre las piernas. Melantha jadeó espantada e intentó apartarlo, pero Roarke le ciñó las muñecas con sus poderosas manos y las inmovilizó a los costados al tiempo que la pegaba contra la pared mientras introducía la lengua en su sitio más íntimo.

Un placer puro se encendió dentro de ella, prohibido, aterrador y maravilloso, silenciándola y aquietándola. Al principio Roarke la probó despacio; la lengua aleteó en la humedad almibarada con una cadencia tentadora y rítmica. Melantha no se movía, ya no plantaba resistencia, pues se sentía incapaz de soltar el aire que contenía o de relajar la rigidez de su cuerpo. Entonces Roarke se lanzó de lleno a su exploración; ella gritó y trató de soltar las muñecas. Él respondió probándola profundamente una vez más, al tiempo que aflojaba las manos que la sujetaban y lamía su calor resbaladizo. Un gemido ronco de excitación masculina subió por su pecho al sentir los dedos de Melantha revolviendo su pelo. La lengua remolineó, entrando y saliendo, descubriendo cada pliegue íntimo, saboreándola, acariciándola, explorándola. Melantha tuvo la certeza de que no podría soportarlo un instante más, no obstante, permaneció allí y resistió las caricias vergonzosamente exquisitas, experimentando una oscura excitación al verlo arrodillado delante de ella mientras le daba placer con semejante abandono carnal.

Una sensación compacta e intensa comenzó a florecer en su interior; la respiración se tornó entrecortada y sintió la piel en llamas.

Cualquier inhibición que hubiera podido tener quedó ahogada por la palpitante marejada de placer que la dominó. Roarke acarició sus pecho mientras no dejaba de devorarla y mantenerla firme ante él sin otra cosa que

la red plateada de palpitante necesidad que había tejido sobre ella. Melantha abrió un poco los muslos y pegó la cabeza sobre su húmedo y femenino calor, convencida de que la consideraría lasciva e indiferente, pero nada le preocupaba salvo la dulce prisión de piedras duras y frías a su espalda, la boca en su cuerpo encendido, y la sensación sedosa de su pelo entre las manos mientras la obligaba a respirar cada vez más deprisa, apoyada en él para centrarse con ferviente concentración en las sensaciones exquisitas que crecían en cada fibra de su cuerpo. Un dolor apagado se ensanchaba en su interior, un vacío desconocido con anterioridad sepultado en lo más hondo, y de sus labios escapó un gemido. Roarke introdujo el dedo al tiempo que no dejaba de acariciarla con la lengua, llenando ese hueco palpitante, expandiéndola y tocándola hasta que Melantha pensó que iba a volverse loca con ese tormento tan magnífico. Cerró las manos sobre sus hombros duros como el granito por la necesidad de sostenerse, mientras unos jadeos roncos y desesperados escapaban de su garganta. De pronto las sensaciones en su interior se fusionaron en una sola, aguda, vibrante y al rojo, y Roarke la saboreó con caricias veloces y duras cuando enterró el dedo entre sus pliegues hasta que fue más de lo que ella pudo soportar; sintió que comenzaba a fragmentarse en un estallido dorado de fuego líquido. Tensó todos los músculos y los huesos de su cuerpo contra él, luego gritó y se desmoronó con los brazos alrededor de sus hombros y la cabeza enterrada contra los duros latidos de su torso.

Mientras la acunaba con un brazo, Roarke se desabrochó la falda la dejó caer al suelo, luego la pegó contra su calor. La luz ambarina que proyectaba la antorcha bañaba su piel e iluminaba su belleza con sombras aterciopeladas. Le quitó las botas y los pantalones y con celeridad se desprendió de su propia camisa y botas. Luego se extendió sobre ella, el cuerpo duro y palpitante por la necesidad. La piel cremosa de Melantha era como seda contra la suya, aún cálida y encendida por el deseo. Quería hundirse en su ser, perderse en su suavidad y calor, pero sabía que ella carecía de experiencia y requeriría un trato gentil. Respiró hondo y se obligó a recuperar el control. Ella lo miró, y la pasión aún ardía en las luminosas profundidades de sus ojos, humeante y perturbadora. Inclinó la cabeza y la besó con una ternura áspera; la deseaba hasta el punto de la locura. Si estuviera en sus manos, desterraría el sufrimiento que había tenido que soportar, purificaría mente de todo lo que había debido presenciar aquella terrible noche en que mataron a su amado padre y todo el sufrimiento posterior. Pero lo único que podía ofrecerle era el refugio de su contacto, con el calor de su falda y el ardor de su deseo para protegerla del frío del pasadizo iluminado sólo por una antorcha y del implacable mundo que los aguardaba por la mañana.

La besó hondamente mientras la recorría con las manos para despertar otra vez su cuerpo saciado. Ella lo rodeó con los brazos y lo apretó con fuerza, luego exploró el contorno de su torso y se demoró en el grueso tejido cicatrizado sobre un hombro, en la irregular cicatriz que había cortado los músculos de su espalda. Sentía los suaves dedos de Melantha contra su cuerpo devastado, pero cualquier efecto mitigador que hubieran podido tener quedaba erradicado por el efecto increíblemente erótico de sus caricias. Roarke saqueó su boca mientras introducía los dedos en la encendida humedad de sus muslos, acariciando y tanteando hasta que Melantha volvió a elevarse con sus caricias. Al notar que se hallaba lista, se situó entre las esbeltas columnas de sus piernas y la penetró, sólo un poco, para encadenar la necesidad que lo dominaba a un muro de autocontrol, tan decidido estaba a no

lastimarla. Besó la cumbre manchada de vino de su pecho mientras Melantha adaptaba su cuerpo al suyo y la distrajo con la succión, y cuando ella suspiró y arqueó la espalda, penetró más, despacio, con cuidado, para proporcionarle el tiempo que necesitaba para abrirse a él. Era una agonía contenerse de esa manera, atrapado entre el éxtasis y la tortura, cuando cada músculo de su cuerpo anhelaba la liberación. Centró su atención en el otro pecho y se pregunto si no intentaba distraerse más a sí mismo, al notar su tenso control estirado al límite mientras ella se movía inquieta al tiempo que sus manos no paraban de recorrer sus hombros y espalda. Roarke se retiró un poco y luchó por recuperar la ecuanimidad. Melantha murmuró una protesta entrecortada y le aferró los glúteos para empujarlo a su interior al elevarse sobre él y abarcarlo con una prensa ardiente y compacta de su magnífico cuerpo.

Él gimió y luchó con la increíble sensación que lo recorría. Pasado un momento alzó los ojos para mirarla. Parecía más sobresaltada que asustada, pero su cuerpo había adquirido una rigidez total.

—Tranquila, Melantha —murmuró con voz ronca—. La incomodidad pasará... lo prometo.

Agachó la cabeza y comenzó a besar la piel sedosa de su cuello al tiempo que bajaba la mano hasta el lugar en que estaban unidos. La acarició levemente mientras encontraba sus labios y probaba la madura dulzura de su boca. Ella suspiró y abrió un poco más las piernas, soltando la tensión que la había dominado un rato antes. Roarke empezó a moverse en su interior, con lentitud y suavidad; la acarició y la besó a la vez que la hacía suya, susurrando palabras gentiles para reafirmarla; Melantha se movió al mismo ritmo. Una y otra vez se hundió dentro de ella, perdiendo un poco de sí mismo con cada embestida palpitante, tratando de unirla a él mientras la llenaba, la cubría y la adoraba, a pesar de que sabía que era inútil. Melantha era fuerte, valerosa y agreste, y jamás pertenecería a nadie.

La besó con ferocidad, casi enfadado, en busca de los secretos más hondos de su boca, su mejilla sedosa, la elegante curva de su cuello, sin dejar en todo momento de enterrarse en ella una y otra vez, abrazándola, probándola, acariciándola, queriendo que fuera suya, no sólo en ese momento lleno de pasión, sino siempre. Comprendía que era una locura, ya que resultaba imposible escapar de quién y qué era él, y ella jamás lo perdonaría por eso. Más y más hondo entró, al tiempo que el placer y el abatimiento se fundían mientras sus brazos lo rodeaban con fuerza al elevarse al encuentro de cada uno de sus embates y soltaba pequeños gemidos, sosteniéndolo en su abrazo ardiente y húmedo hasta que Roarke no supo dónde terminaba él y comenzaba ella. No quería que acabara jamás, no quería separarse nunca de ella, no deseaba abandonar el espacio iluminado por la antorcha de ese corredor. Y de pronto sintió que se deslizaba hacia el precipicio del éxtasis; emitió un grito de placer mezclado con un pesar insoportable. La penetró hasta donde pudo y la besó con fervor, vertiéndose en ella, descartando los últimos vestigios de sí mismo en su increíble belleza y calor, sintiendo como si de repente estuviera perdido de manera irrevocable.

Yacieron juntos largo rato con los corazones palpitando en frenético unísono los cuerpos aún unidos íntimamente. Melantha se aferró a él con pasión, incapaz de comprender el vórtice de emociones que se agitaba en su interior. Quería que Roarke la abrazara y la protegiera que le susurrara palabras tiernas y apaciguadoras al oído que la mantuviera abrigada bajo el

musculoso manto de su cuerpo. Pero la vergüenza ya empezaba a carcomerla, apagando su deseo y dejándola fría. Él era un guerrero MacTier, integrante de un clan que había atacado con brutalidad a su pueblo y matado a su padre. El hecho de que quizá no hubiera participado en la incursión poco importaba... Si le hubiesen ordenado que estuviera allí, habría tomado parte con entusiasmo. Y más aún, el lord MacTier lo había enviado con el fin de aniquilar a su banda y capturarla, para poder ejecutarla ante su gente. Por lo que sabía, si se le presentaba la oportunidad esa todavía era su intención. Lo apartó con las manos, deseando que le quitara de encima su intolerable peso antes de asfixiarla.

Roarke percibió al instante el cambio, incluso antes de que sus manos otrora gentiles lo empujaran por los hombros. Lo invadió una profunda tristeza que eliminó los últimos coletazos de su deseo. Quería hablar con ella, convencerla de algún modo de que lo que había pasado entre ellos no estaba mal ni que era algo que tuviera que lamentar. Pero vio que ya resultaba demasiado tarde en el apagado destello de desprecio en sus ojos, lo sintió en la colérica rigidez de su cuerpo y en el tacto frío de su piel. Sea cual fuere la locura que había ardido con tanta intensidad entre ellos, se había extinguido.

Sintiéndose vacío y solo, se quitó de encima y comenzó a vestirse. Melantha se puso con torpeza la camisa, los pantalones y las botas. La humillación la atenazaba de manera sofocante y erradicaba el placer que había experimentado en los brazos de Roarke. No era capaz de imaginar qué oscuridad la había poseído para comportarse con una lascivia tan completa. No sólo se había avergonzado a sí misma, sino que había deshonrado el recuerdo de su querido padre y de todos aquellos hombres valerosos y buenos que habían muerto mientras luchaban contra el clan de Roarke. Había jurado dedicar el resto de su vida a odiar a los MacTier hasta lo más hondo de su ser, y a hacer lo que fuera necesario para castigarlos por destruir su vida. Eso era lo que la sustentaba, más la abrumadora devoción a sus hermanos y su gente. Al entregarse por voluntad propia a Roarke, había sacudido los cimientos de odio que la nutrían. Consternada por su conducta, se obligó a adoptar un aire de fría indiferencia en un intento desesperado por restaurar un atisbo de normalidad entre ellos.

El dolor recorrió a Roarke al observar cómo Melantha luchaba con sus emociones.

—Supongo que querrás escoltarme de vuelta a mi mazmorra, no —preguntó con voz carente de emoción. Ella asintió con cautela, sin saber qué pretendía hacer él a continuación—. Muy bien.

Regresaron juntos en un silencio incómodo por el sombrío corredor, que de pronto pareció gélido y desolado. Gelfrid aún roncaba junto a la puerta del almacén, felizmente ajeno a que faltaba uno de sus cautivos. Melantha extrajo la llave y con nerviosismo abrió la puerta. Roarke no sabia si lo que la inquietaba era la pasión compartida o la posibilidad real de que de repente pudiera tomarla prisionera y liberar a sus hombres, usándola como rehén para escapar del castillo. Durante un momento albergó seriamente esa idea, agotado y con el único deseo de estar en casa. Pero aún quedaban unos pocos días más de supervisión del trabajo, y aunque los MacKillon progresaban en su entrenamiento, no estaban preparados para enfrentarse a una fuerza invasora. La culpa y un innato sentido de la responsabilidad lo obligaron a

entrar en la cámara. Se volvió para mirarla antes de que pudiera cerrar la puerta.

—Melantha.

Ella alzó los ojos. La incertidumbre titilaba en sus profundidades, junto con la confusión. Y la vergüenza. Luchó desesperadamente por ocultárselas, pero él pudo verlas, con la misma claridad que si las tuviera marcadas en la piel cremosa de su frente. Tuvo ganas de alargar la mano y apartarle el pelo que le había caído sobre la mejilla, de envolver su cuerpo tembloroso en los brazos y protegerla de los MacTier, de los recuerdos y del tormento que la castigaban con tanta crueldad. Pero permaneció donde estaba, a sabiendas de que la muralla que los separaba había vuelto a erigirse, y sin tener idea de cómo escalarla.

Con dureza se recordó que ella no le pertenecía. Durante un fugaz y magnífico momento había sido suya, pero eso ya había pasado. Sólo fue una ilusión dulce y robada, tan espléndida y etérea como un vestigio de nieve cuyo destino era derretirse o ser aplastado bajo el peso de la tormenta.

—Lo siento —dijo él con impotencia, sabiendo que no podría mitigar su angustia.

Ella lo miró sorprendida, como si hubiera esperado que dijera cualquier cosa menos eso.

Y entonces se mordió el labio tembloroso, cerró con rapidez la puerta y selló el muro entre ellos.

Capítulo 7

—Y entonces mi flecha entró limpiamente en el blanco, demostrando que con ojo agudo y extraordinaria destreza era un disparo que se podía acometer —alardeó Magnus con orgullo.

—Excelente trabajo, Magnus —alabó el lord MacKillon.

Hagar movió la cabeza cada vez más calva para mostrar su acuerdo.

—No me extraña que Melantha insista en que formes parte de su banda.

—Es una pena que apuntaras a la bala de heno que entonces había a la izquierda del cubo de agua —musitó Thor con acritud.

—¡Por supuesto que no! —las cejas blancas de Magnus se elevaron con indignación.

—En ese caso, ¿por qué le dijiste a tus hombres que ese era el blanco?—desafió el otro.

—Ese era el blanco de ellos —corrigió él—. Pero cuando posees una habilidad tan perfeccionada como la mía, debes retarte a ti mismo, o de lo contrario pierdes el toque.

—Y supongo que aquel día que casi me clavas el pie al suelo te estabas retando a ti mismo ¿verdad? —la voz de Thor sonaba trémula por la ira.

—Vamos, Thor, te he dicho una y otra vez que no corrías peligro. Apuntaba a una piedra pequeña que había a tu lado, y fue a lo que le di.

—¡Afirmaste que era una hoja! —soltó Thor indignado.

—Los detalles no importan —Magnus se encogió de hombros.

—¡No lo recuerdas porque no existía esa hoja! —bramó Thor—. ¡Y nadie en su sano juicio querría abrir un agujero en un cubo!

—Bea se quejó por lo que ensució —reflexionó Hagar —Si Magnus afirma que apuntaba al cubo, entonces estoy seguro de que así era —intervino el lord MacKillon—. Después de todo, su destreza ejemplar como arquero ha quedado demostrada muchas veces durante las incursiones con el Halcón.

—Por si lo has olvidado, fui yo quien derribó a Roarke cuando estaba a punto de matar a Melantha —le recordó Magnus a Thor—¡Fue un disparo que debería hacer que te tragaras tus desagradables comentarios!

—¿Quién con un mínimo de cordura apuntaría al trasero hombre? —se mofó Thor—. Tendrías que haberle atravesado su codicioso corazón de MacTier, para luego clavarle la daga en el estómago y arrancarle sus apestosas entrañas...

—Funcionó ¿verdad? —desafió Magnus. .

—Desde luego —convino el lord Roarke no parece haberse resentido por ello. Thor, ¿por qué no nos cuentas cómo va tu entrenamiento con el vikingo MacTier? —sugirió, cambiando de tema.

—Jamás he conocido a un sabelotodo más censurable, impaciente y arrogante en toda la vida —Thor bufó irritado.

—Yo sí. —musitó Magnus.

Los ojitos oscuros de Thor se desencajaron por la furia cuando llevó la mano a la espada.

—Por Dios, Magnus, si lo que buscas es pelea...

—Perdón, caballeros, pero no tenemos tiempo para eso —objetó el lord MacKillon—. Aún no hemos recibido contestación del lord MacTier sobre el rescate, y los MacKenzie se han negado a aceptar una alianza hasta que no les paguemos con oro. Como no sabemos qué planean hacer a continuación los MacTier resulta esencial que estemos preparados para un ataque. ¿Lo estamos?

—Casi —repuso Magnus de forma evasiva.

—No deberíamos tardar mucho más —añadió Thor.

—¿Cuánto más? —Hagar lo miró confuso.

—Una semana —decidió Magnus, rascándose la cabeza blanca, dos como mucho.

—Dos semanas pueden bastar para enseñarle a un muchacho a clavar una flecha en un cubo —desdeñó Thor—, pero entrenarlo para que empuñe una espada requiere más tiempo.

—Cualquier patán torpe con un brazo puede blandir una espada —aseveró Magnus acalorado—, pero para disparar bien debes aprender a ser uno con la flecha...

—Y, desde luego, tú eras uno con la flecha que casi me atraviesa el pie.

—¿Cuánto tiempo más? —interrumpió el lord MacKillon.

Thor meditó unos momentos al tiempo que palmeaba la empuñadura de la espada.

—Una vida entera —concluyó.

—Me temo que no disponemos de tanto tiempo —se quejó Hagar.

—Es extraño que el lord MacTier aún no haya respondido a nuestras exigencias de rescate —musitó Magnus—. Cabía imaginar que ya habría decidido pagar por el retorno de los muchachos.

—¿Crees posible que no los quiera de vuelta? —inquirió Hagar preocupado.

—¡Claro que los quiere de regreso! —bramó Thor—. ¿Crees que es fácil encontrar a individuos grandes como esos? ¡Si debe haber gastado una fortuna para alimentarlos!

—Entonces, ¿por qué no envía un mensaje diciendo que planea pagar? —se preguntó el lord.

—Tal vez no se moleste en mandar una misiva y decida enviarnos directamente el rescate —sugirió Magnus.

—Requiere tiempo organizar toda esa comida y ropa —reflexionó Hagar—. Y no olvidéis que también han de reunir ganado y armas, por no mencionar el oro.

—Eso exigirá un esfuerzo —convino el lord MacKillon, juntando los dedos. Frunció el ceño preocupado—. Pero, ¿y si decide que sencillamente ya no quiere a los muchachos?

—¡Entonces los hacemos picadillo! —declaró Thor con felicidad—. ¡Luego los ponemos a hervir para preparar un buen estofado!

Hagar pareció algo asqueado por la perspectiva.

—No creo que tenga ganas de comerlos.

—No podemos matarlos —protestó Magnus.

—¿Por qué no? —demandó Thor.

—Primero, iniciaría una guerra entre los MacTier y nosotros, y sería una batalla que no tendríamos posibilidad de ganar —señaló Magnus.

—¡Claro que sí! —arguyó Thor—. ¡Unas semanas más de entrenamiento y nuestros jóvenes serán capaces de enfrentarse a cualquier ejército de Escocia!

—¿De verdad? —asombrado, el lord abrió mucho los ojos.

—No —contradijo Magnus con serenidad.

—Olvidas nuestras armas secretas —dijo Thor.

—¿Qué armas secretas? —Hagar lo miró con curiosidad.

—¡Las trampas! ¡Esos guerreros MacTier y Lewis han ideado algunas muy ingeniosas!

—Las trampas no repelerán a un ejército entero –protestó Magnus.

—Puede que no, pero ayudarán a reducirlo a un tamaño que no nos cueste aniquilar —afirmó Thor.

—Debería ser un ejército muy pequeño —replicó Magnus.

—¿Y qué pasa sí no viene ninguno? —inquirió Hagar— ¿Entonces, qué hacemos con nuestros prisioneros?

—¿Es que no oyes bien últimamente, Hagar? —resopló Thor impaciente—. ¡Ya hemos acordado convertirlos en estofado!

—Perdona, Thor, pero no podemos matarlos —indicó el lord MacKillon—. No después de haberse mostrado como una compañía tan agradable y útil.

—A mí ese vikingo no me resulta nada agradable —objetó Thor.

—No lo pareció al principio —concedió Hagar—. Pero he decir que después de ver cómo bebía con tanto valor la jarra entera de ponche de mi hija sin siquiera hacer una mueca, he cambiado de opinión.

—No cabe duda de que fue toda una proeza —manifestó Magnus palmeándose la pierna y riendo entre dientes—. Con los años yo he desarrollado un vientre capaz de resistirlo, ¡pero jamás sería capaz de vaciar una jarra!

—Si no podemos hacerlos picadillo para cocerlos, entonces, ¿qué haremos con ellos? —exigió Thor.

—Supongo que tendremos que dejarlos marchar —suspiró el lord.

—No podemos —protestó Hagar—. Saben quién es el Halcón y dónde se esconde con su banda. Si los liberamos, podrían conducir un ejército hasta aquí.

—Roarke y sus hombres parecen buenos sujetos, decentes, aunque que sean guerreros MacTier —indicó el lord MacKillon—. No los imagino capaces de cometer un acto tan cobarde.

—Quizá no adrede —aceptó Hagar—. Pero todo hombre debe obedecer las órdenes de su señor. Si MacTier les pidiera que regresaran aquí, ¿qué alternativa tendrían?

—Hagar tiene razón —concedió Magnus a regañadientes.

—Entonces sólo podemos hacer una cosa —repuso el lord MacKillon después de meditarlo. Los otros miembros del consejo lo observaron con expectación—. Si el lord MacTier no satisface las exigencias del rescate, tendremos que mantenerlos prisioneros aquí.

—¿Para siempre? —inquirió Magnus.

Asintió.

—¡Sería mucho más fácil despiezarlos para cocinarlos —gruñó Thor—. ¿Os hacéis una idea de lo que comerán con los años?

—No creo que lleguemos a eso —afirmó Magnus—. Como ya habéis señalado, se trata de cuatro muchachos grandes, y estoy dispuesto a apostar a que MacTier no se desprenderá de esos guerreros. Pagará el rescate, o vendrá a visitarnos para intentar recuperarlos a la fuerza.

—Entonces esperemos que escoja pagar —respondió el lord MacKillon— y nos ahorre el problema de tener que poner a prueba los ingenios de Lewis.

Eric observó con decreciente paciencia la manera en que Mungo subía torpemente de espaldas los peldaños de piedra.

—Deja de mirar a tu espalda —ordenó, al tiempo que el acero oxidado de la espada roma que le habían asignado para el entrenamiento chocaba contra la espada mínimamente mejor del otro—. Ya podría haberte matado diez veces con todo lo que has trastabillado y mirado por encima del hombro. Los escalones están ahí... olvídalos y concéntrate en matarme.

—Pero podría caerme —protestó Mungo, lanzando una mirada ansiosa a la escalera que conducían desde el patio al segundo nivel del castillo.

—No caerás, porque tu oponente habrá enterrado la espada en tu vientre mucho antes de que hayas pisado el primer escalón —se quejó Eric—. Si tanto temes caer, entonces aprovecha eso para repelerme... no permitas que te haga retroceder.

Mungo obedeció y lanzó una estocada contra Eric, para que éste la desviara con su lamentable arma.

—¡Otra vez! —ordenó, sin dejar de obligar a Mungo a subir— No te quedes ahí... ¡atácame!

Volvió a blandir la espada contra Eric, y otra vez el otro la repelió.

—¡Más rápido! —el vikingo avanzó otro paso—. ¡Podría matar a un ejército entero en el tiempo que tardas en devolver una estocada! ¡Mantén la espada en movimiento! —Mungo volvió a tratar de atravesarlo, y una vez más Eric desvió su arma mientras el otro miraba por encima del hombro y ascendía nervioso un escalón—. Estás conduciendo a tu oponente al interior del castillo —observó Eric disgustado—. ¿Por qué no te haces a un lado y me invitas a entrar?

—¡Intento mantenerte fuera! —protestó Mungo.

—Entonces no apartes tus ojos de los míos —instruyó Eric, atacándolo una vez más—. Repéleme con la fuerza de tu odio, y hagas lo que hagas, no mires atrás tanto que... ¡cuidado!

Mungo jadeó sorprendido cuando su cuerpo chocó con otro Alzó los brazos al aire en un intento frenético por recuperar el equilibrio, y quizá hubiera tenido éxito si Eric no lo hubiera apartado de su camino en su carrera por coger a Gillian.

—¡Socorro! —gritó Mungo al caer por el costado de la escalera para aterrizar con solidez en la hierba.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Eric.

—Creo que me he magullado —repuso Mungo, frotándose el trasero.

—¡Tú no! —espetó el guerrero. Al darse cuenta de que su tono áspero tal vez la perturbara, bajó la voz para preguntarle a Gillian—: ¿Te has lastimado?

Aturdida al encontrarse de repente en el fuerte cobijo de los brazos de Eric, Gillian meneó la cabeza.

—Es... estoy bien —tartamudeó, humillada por el pensamiento de que probablemente él podría oír el latido de su corazón contra el torso—. Me cuesta respirar.

Al instante Eric aflojó los brazos, pero mantuvo uno en gesto protector alrededor de sus hombros, como si temiera que trastabillara de nuevo.

—¿Seguro?

Gillian levantó la cabeza. El rostro de él era una máscara formidable de duras líneas e implacables ángulos, aunque fueron sus ojos los que atrajeron su atención. La mirada azul y fría era demasiado intensa para poder ser considerada amable, pero había un destello de preocupación en ellos que la conmovió.

—Seguro —garantizó con voz suave.

—Siento haber tropezado contigo, Gillian —se disculpó Mungo sin dejar de frotarse el trasero—. No sabía que estabas ahí.

—Fue mi culpa, Mungo —sonrió ella.

—Fue culpa de los dos —informó Eric con brusquedad mientras la escoltaba escalera abajo—. Debes aprender a percibir lo que te rodea y a actuar con rapidez —le dijo a Mungo—. Y tú debes aprender a mirar por dónde vas —reprendió a Gillian. Complacido de que no se hubiera lastimado, dirigió su atención hacia los hombres a los que entrenaba—. Divididos en grupos y alineaos al pie de las escaleras exteriores. Cada uno de vosotros subirá y bajará los escalones veinte veces de espaldas.

—¡Tardaremos hasta entrada la noche! —protestó Gelfrid, apoyándose en la espada mientras se secaba el sudor de la frente.

—Al concluir el día habréis superado el miedo a caminar hacia atrás, o estaréis demasiado agotados para que os moleste —predijo Eric—. Sea como fuere, aprenderéis a combatir en los escalones sin deteneros el tiempo suficiente para que os partan en dos cada vez que alcéis un pie.

—Por todos los santos, juro que nos matará —musitó Mungo, pasándose el antebrazo por la cara—. Va a entrenarnos hasta que caigamos muertos.

—Creo que nos agotará hasta que no tengamos fuerza para levantar ni un dedo si nos llegan a atacar —se quejó con voz hosca Ninian—. Luego los MacTier vendrán a rematarnos mientras estemos descansando.

—Ojalá lleguen pronto —comentó Mungo—. Me gustaría estar muerto antes de tener que subir y bajar veinte veces esas malditas escaleras.

A regañadientes comenzaron a prepararse.

—Debo irme —indicó Gillian, que de pronto se sintió tímida en presencia de Eric.

—No —espetó él.

Con sobresaltada aprensión ella abrió mucho los ojos.

Eric se sintió dominado por la frustración. ¿Por qué cada frase que salía de su boca sonaba tan brusca? Se pasó los dedos por el pelo rubio mientras se afanaba por encontrar las palabras correctas para decir a continuación.

—Te quedarás un momento —se explayó, y de inmediato se percató de que aún parecía que daba una orden—. Si te agrada —concluyó con incomodidad.

—¿Me invitas a quedarme contigo? —preguntó Gillian con un titubeo.

Él frunció el ceño. Estaba acostumbrado a dar órdenes, no a invitar. Pero como había señalado Donald con frecuencia, su conducta en presencia de las mujeres a menudo surtía el efecto de espantarlas, y no quería asustar a Gillian. Si ella prefería pensar que la invitaba, que así fuera.

—Sí —decidió, asintiendo—. Te invito a quedarte.

—Muy bien. —Gillian permaneció allí un momento, a la espera de que él dijera algo más. Al no hacerlo, juntó todo su valor y preguntó con docilidad—: ¿Estás enfadado conmigo?

—¿Por qué dices eso? —Eric la miró confuso.

—Es que... el modo en que me miras —explicó con inseguridad.

—¿A qué te refieres? —el comentario lo dejó perplejo. —Parece que estuvieras decepcionado conmigo.

—Te miro de la misma manera que miro a todo el mundo —aunque comprendió que no era del todo cierto. No todo el mundo tenía el pelo como un fuego vigoroso y una piel que brillaba como leche fresca.

—Oh —musitó Gillian, visiblemente aliviada—. Entonces imagino que tu ceño fruncido es muy útil en la batalla. Intimida de verdad.

—¿Estoy frunciendo el ceño? —Eric enarcó las cejas.

—No afea tu rostro —afirmó ella.

—¿No?

—Claro que no. Más bien te da un aspecto severo.

Eric la miró incrédulo. Su experiencia con las mujeres era extremadamente limitada, pero tenía la casi total certeza de que Gillian le hacía un cumplido. Vaciló y se preguntó si se suponía que debía rendirle un tributo a cambio. Intentó recordar las conversaciones mantenidas con Donald, pero no se le ocurrió ningún comentario adecuado. Además, Gillian no exhibía ninguno de los atributos que había considerado que deseaba en una mujer. Sus brazos no daban la impresión de poder cargar con leña, sino que con su esbelta gracilidad no habrían conseguido manejar nada más molesto que una cesta con flores. En cuanto a sus caderas, eran estrechas y con una forma dulce, no del tipo que podrían dar a luz a una camada de niños con robusta indiferencia, sino de esas que llevarían a un hombre al borde de la locura mientras las tomaba en sus manos y la pegaba contra su cuerpo.

El calor agitó su entrepierna.

Gillian lo observaba con incertidumbre, incapaz de comprender el silencio tenso que había caído entre ellos.

—Perdóname... no pretendía insultarte —se disculpó ella, pensando que lo había agraviado—. Será mejor que me vaya.

—No —incluso al decirlo, Eric supo que no era lo más apropiado.

Gillian se detuvo y se preguntó por qué quería que se quedara cuando no le decía nada. Por lo general era ella quien tenía dificultades para mantener una conversación con la gente; sin embargo, en esa ocasión era el vikingo el que daba la impresión de encontrarse sumamente incómodo.

—¿Querías decirme algo? Aventuró Gillian con timidez.

De repente quiso decirle muchas cosas, pero sabía que jamás hallaría las palabras idóneas para expresarse. ¿Debería comentarle que sus ojos parecían zafiros? Pero eso no concordaba con la verdad... los zafiros eran oscuros y los ojos de Gillian eran de un azul profundo y claro de un cielo de invierno, o como una franja de océano vista desde la cumbre de una montaña en un día despejado. ¿Lo entendería si se los describiera de esa forma? ¿O se reiría y consideraría ridículas sus palabras? Desesperado, intentó pensar en otra cosa. Los gemidos y los gritos de los MacKillon que trastabillaban arriba y abajo en las escaleras impregnaban el aire y lo distraían. ¿Qué más había mencionado Donald que le gustaba oír a las mujeres? No querían que se les hablara de las caderas... ya le habían vertido una jarra de cerveza sobre la cabeza para ilustrar esa cuestión. ¿Y de su pelo? Si le decía que era como el fuego, ¿lo consideraría agradable? ¿O pensaría que los fuegos soltaban mucho humo y estaban llenos de ceniza y, por ende, se ofendería?

—Me gusta tu vestido —decidió que la vestimenta era un tema más seguro.

Perpleja, Gillian bajó la vista para observar el atuendo informe, descolorido y manchado que llevaba puesto. Lo había frotado hasta el punto en que la tela apenas resistiría otro lavado, y aunque sabía que se hallaba limpia, muchas de las manchas habían resistido sus esfuerzas... incluyendo el lamparón oscuro de ponche que ese guerrero había tirado a sus pies.

La expresión confusa que apareció en el rostro de ella le indicó a Eric que había cometido un error. No sabía nada de los vestidos de las mujeres, pero hasta él poseía la inteligencia para reconocer que lo que lucía Gillian era poco mejor que un harapo. Consternado, se preguntó si pensaría que se burlaba. Ansioso por corregir la metedura de pata, añadió con celeridad:

—Lo que quiero decir es que me gusta en ti.

—Gracias. —Una sonrisa incierta apareció en la cara de ella.

El gesto mitigó considerablemente la agitación que poseía a Eric.

—Me temo que no conseguí quitarme tu ponche de encima —soltó Gillian con mirada burlona.

La habilidad que mostró para tomarse a la ligera aquel terrible momento lo sorprendió. Y lo satisfizo.

—Lo siento —repuso con sencillez.

—Sé que no fue tu intención tirármelo. La verdad es que no sé cómo alguien aguanta el sabor de ese horrible brebaje.

—¿No te gusta? —La sorpresa desvaneció la incomodidad que sentía Eric.

—Creo que es absolutamente espantoso —confesó ella—. El único motivo por el que lo preparo es porque Edwina ha decidido que yo debo ser la guardiana de la receta. Pero jamás lo pruebo mientras lo hago, razón por la que probablemente el que probaste apenas llegar estaba tan fuerte.

—Tuvo un efecto bastante poderoso en mí —concedió Eric—. El que bebí la noche pasada en el salón estaba mucho mejor.

—Porque era leche fresca y cerveza —asintió ella—. No puse ninguno de los demás ingredientes asquerosos de Edwina.

—¿Por qué no?

—No quería que sufrieras mientras lo bebías —Edwina se encogió de hombros con delicadeza—. No con todo el clan mirando.

Él no supo qué pensar. ¿Por qué le importaba si lo pasaba mal?

—Debería irme ya —indicó Gillian.

Eric quería pedirle que se quedara, pero podía oír las quejas sonoras de los MacKillon sobre lo cansados y rotos que estaban y cómo el entrenamiento iba a matarlos mucho antes que cualquier enemigo. Suspiró para sus adentros. Sabía que debía volver a ocuparse de los hombres.

—Muy bien.

Ella le sonrió con gesto leve y delicado, y Eric sintió como si lo hubiera iluminado un repentino rayo de sol. Luego Gillian dio media vuelta y se marchó, dejándolo solo con los irritados MacKillon.

Roarke recorría su celda como un animal enjaulado, incapaz de acallar la inquietud que lo carcomía.

Nada había sido lo mismo desde aquella magnífica noche en que se había perdido en Melantha. No la había vuelto a ver, a pesar de que prácticamente había recorrido cada metro del castillo mientras inspeccionaba la marcha de las fortificaciones. Ella no apareció en el gran salón ni se cruzó con él en el patio, ni en las murallas, ni en las estancias ni en los pasadizos de la fortaleza. Al principio se preguntó si se habría marchado con sus hombres a obtener cosas para el clan, pero Magnus le aseguró que andaba por alguna parte, aunque el viejo guerrero no pudo recordar la última vez que la había visto. Para Roarke era evidente que se sentía profundamente perturbada por lo sucedido y no era capaz de mirarlo a la cara.

Intentó concentrar los pensamientos en el tema mucho más sencillo de la batalla. Había pasado casi una semana desde que los MacKillon presentaron sus exigencias ante su clan, y según los mayores, seguían sin recibir respuesta. Roarke conocía bastante bien a MacTier como para saber que su lord jamás pasaría por alto una afrenta tan humillante. Que cuatro de sus mejores guerreros hubieran sido tomados prisioneros por un clan tan insignificante como el de los MacKillon era una ofensa que no toleraría con ligereza. Si aún no había enviado una respuesta para mandar al infierno a los MacKillon, sólo podía significar una cosa.

Un ejército iba de camino a entregar el mensaje en persona.

—Nos vamos —anunció de repente.

—¿Ahora? —Donald gimió y apenas abrió un ojo somnoliento.

—Ahora —corroboró. Se ajustó el cinturón y maldijo en silencio cuando por hábito su mano tanteó en busca de la daga que no estaba ahí. No importaba. Se llevaría la daga y la espada de Gelfrid en cuanto lo hubieran convencido de entrar en la celda.

—Es plena noche —protestó Myles con voz pastosa por la cantidad de cerveza que había bebido durante la cena—. ¿No podríamos marcharnos mañana?

—Nos vamos ahora —repitió Roarke.

Eric se irguió, aunque parecía reacio a moverse.

—No hemos terminado el trabajo aquí —señaló—. Todavía tengo mucho que enseñar a estos MacKillon.

—Podrías entrenarlos los próximos veinte años y seguirían sin estar preparados para enfrentarse a un ejército de MacTier —repuso Roarke—. Si el lord todavía no ha contestado, significa que vienen de camino. Debemos interceptarlos antes de que ataquen.

La amenaza de que los MacKillon pudieran ser agredidos los sacó de la cama y los tuvo listos para la acción en segundos. A Roarke no se le escapó la ironía. Cualquier animosidad que hubieran podido albergar hacia sus captores hacía tiempo que se había desvanecido. Lo único que quedaba era el persistente sentido de responsabilidad por su situación y un auténtico deseo de ayudarlos.

—Gelfrid —llamó Roarke, dando unos golpes en la puerta de la celda. A través de la gruesa madera le llegaron los sonidos de unos profundos ronquidos—. ¡Gelfrid —ladró y aporreó la superficie con más fuerza— Abre de inmediato!

Se oyeron unas toses antes de que Gelfrid preguntara medio dormido:

—¿Qué sucede?

—Hay una rata enorme —informó Roarke—. Necesitamos que vengas a matarla.

— ¿Una rata? —la voz de Gelfrid sonó totalmente nerviosa— ¿Por qué no la habéis matado vosotros?

—No tenemos armas —explicó Donald.

La puerta de la celda permaneció cerrada.

—No sé nada sobre matar ratas —objetó el otro, abrumado por la idea—. Quizá debería ir a buscar a Mungo y a Ninian.

—Cuando los hayas despertado y traído aquí, este asqueroso roedor nos habrá mordido a todos —arguyó Roarke, reacio a la idea de tener que reducir a más MacKillon de los que fuera necesario—. Lo único que tenemos que hacer es capturarla con una manta para que tú puedas eliminarla como consideres oportuno.

—¿Me ayudaréis a capturarla? —preguntó tras una larga pausa.

—Desde luego.

El cerrojo giró.

—¿Dónde está? —inquirió al asomarse con cautela por la puerta.

—En ese rincón —Roarke señaló hacia las sombras.

—No la veo —entró en la celda con la espada desenvainada, pero sin moverse más allá de la puerta.

—Claro que no puedes verla desde ahí —manifestó Roarke—. Debes acercarte más —apoyó la mano en el hombro de Gelfrid y lo guió por la estancia—. Ahí... ¿la ves ya?

Gelfrid se encorvó un poco más mientras escudriñaba la oscuridad.

—Creo que sí... En nombre de San...

Cualquiera que fuera el santo que había decidido invocar se perdió bajo el trapo que Donald empleó para amordazarlo, mientras Eric y Myles se encargaban de inmovilizarle las muñecas y los tobillos. En cuanto quedó adecuadamente atado y le arrebataron la espada y la daga, lo depositaron en uno de los camastros y lo cubrieron con una manta.

—Perdónanos, Gelfrid, pero nos resulta imposible seguir disfrutando de vuestra hospitalidad —se disculpó Roarke—. Dile al lord MacKillon que hemos gozado de nuestra estancia aquí y que haremos lo que podamos para mantener alejados a los demás MacTier. —Fue a la puerta para comprobar el pasillo, seguido de Myles y Donald.

Eric se demoró un momento.

—Me gustaría pedirte un favor, Gelfrid —comenzó con titubeos. Calló un instante, buscando desesperadamente las palabras adecuadas— Cuando veas a Gillian, dile que he dicho… gracias —no era lo idóneo, ya que quería comunicarle más cosas, pero no se le ocurría nada más salvo adiós, y, de algún modo, no fue capaz de que ese fuera su último mensaje para ella—. ¿Se lo dirás? —preguntó.

Con los ojos desorbitados por el miedo, Gelfrid asintió.

Eric iba a marcharse, pero se preguntó por qué Gelfrid parecía tan ansioso. ¿Es que no se daba cuenta de que no tenían intención de hacerle daño? Casi había cruzado la puerta cuando de pronto comprendió la fuente de la alarma.

—No hay ninguna rata, Gelfrid.

La luz era tenue, pero Eric pudo ver una expresión de alivio en la cara del otro. Satisfecho de que no iba a morirse de miedo, cerró la puerta.

Avanzaron en silencio por el castillo y únicamente se detuvieron para quitarle las armas a las formas dormidas de Mungo y Finlay antes de dirigirse a la puerta que dejaba atrás la cocina. La luna estaba enterrada bajo un grueso manto de nubes oscuras, lo que eliminaba cualquier luz que hubiera podido revelar sus siluetas a los que hacían guardia en la muralla.

—Toma —musitó Roarke, pasándole la espada a Eric—. Myles y tú abrid la puerta mientras Donald y yo vamos a buscar los caballos. Eric asintió y fue hacia el rastrillo de hierro en compañía de Myles. Los establos estaban oscuros y silenciosos salvo por el sonido de los cascos y el suave ronquido de los caballos. Durante su inspección del castillo, Roarke se había cerciorado de averiguar el lugar exacto donde guardaban sus monturas. Se movió por la oscuridad con la daga empuñada con firmeza mientras Donald lo seguía con la espada desenfundada. No tenían intención de emplear las armas con ningún MacKillon con el que pudieran toparse, pero ambos sabían que era vital dar la impresión de que si era necesario estaban dispuestos a emplear una fuerza aniquiladora.

El caballo de Roarke percibió su presencia mucho antes de poder distinguir la sombra de su amo. El animal relinchó y movió la cabeza.

—Hola, amigo —susurró Roarke al acariciarle el cuello—. ¿Te apetece cabalgar un rato?

El caballo pegó el hocico en el costado de él, luego bufó impaciente. Roarke se volvió para recoger la brida que colgaba de un clavo en la pared.

Y se paralizó.

El rostro de Melantha era un óvalo pálido en la oscuridad, su piel tan luminosa que pudo vislumbrar cada línea amarga de su expresión tensa.

—Suelta la daga —ordenó ella con voz dura.

Roarke se quedó absolutamente quieto con el puñal empuñado con firmeza. Desesperado reflexionó que no había querido que saliera de esa manera.

Todas las noches durante los últimos cuatro días se había atormentado sin poder dormir, pensando en ella. Había recreado cada detalle glorioso de Melantha: su aroma soleado, su sedosa suavidad, la sensación ardiente y exuberante de tenerla bajo su cuerpo mientras se enterraba en su interior y se perdía en su exquisita sensualidad. Y se había entregado a las fantasías más ridículas al tratar de imaginar cómo sería cuando volvieran a verse; có-

mo lo miraría con ternura tímida, qué cosas imposiblemente ingeniosas y encantadoras le diría para hacerla reír y relajarla. Desde luego había sabido que en la realidad sería incómodo, puede que incluso doloroso. Pero jamás en sus pensamientos más atormentados había imaginado que pondría esa expresión de haber sido traicionada. Ella tenía el cuerpo rígido, la espada alzada y lista para atravesarlo a la menor provocación, aunque fueron sus ojos los que capturaron toda su atención. Centelleaban con una ira terrible y un pesar agónico, y la combinación le provocaba tanta consternación que estuvo a punto de soltar la daga y suplicarle que lo perdonara por herirla de esa manera.

Entonces recordó que si ella o su amado clan tenían alguna esperanza de sobrevivir, debía irse de inmediato y evitar el ataque de los MacTier.

—Me marcho, Melantha —informó y su voz no reveló ninguna de las emociones que se agitaban dentro de él.

—¿Qué le has hecho a Gelfrid? —exigió ella.

Tuvo ganas de sonreír. Incluso en un momento así, su primer pensamiento no era para sí misma ni su propia seguridad, sino para el bienestar de otro miembro de su clan.

—Gelfrid está ileso —aseguró—. Simplemente descansa en el almacén —Si ella experimentó algún alivio al saberlo, se negó a mostrarlo.

—¿Dónde están los demás?

—Escúchame, Melantha —comenzó con voz dolorosamente amable—. No podemos quedarnos más, porque nuestra misma presencia os pone a ti y a tu gente en peligro. ¿Lo entiendes? MacTier no ha respondido a la solicitud de rescate de tu clan, y ello se debe a que se dirige hacia aquí se dirige un ejército con la intención de rescatarnos. Pero no vendrán sólo a liberarnos. Tendrá órdenes de haceros pagar por intentar cobrar el rescate y cerciorarse de que jamás volváis a hacer algo tan tonto.

—Entonces lucharemos —expuso ella con frialdad al tiempo que alzaba la espada.

—Tu gente ya intentó derrotar a los MacTier, y recibisteis una derrota terrible.

—Hemos estado trabajando en las defensas del castillo y nuestros hombres se hallan mejor entrenados —señaló.

—Ahora estáis más preparados que antes —reconoció Roarke—. Aun así, no podréis repeler a un ejército como el nuestro.

—Lo dices para que te deje ir —Melantha lo miró con desdén.

—No, Melantha. Lo digo porque no quiero que tú ni tu gente resultéis heridos.

Ella mantuvo la espada apuntando a su pecho mientras analizaba lo que él le decía. Quería creer que se equivocaba, que si un ejército del clan que más despreciaba avanzaba hacia allí, tendrían el poder de luchar. Después de todo, Magnus, Colin, Finlay; Lewis y ella habían librado durante meses su propia batalla contra grupos pequeños de MacTier, y siempre habían salido victoriosos. Pero lo habían hecho al abrigo de los bosques, donde eran agresores y no defensores. Siempre habían tenido el elemento de la sorpresa a su favor, el amplio conocimiento de la floresta y su capacidad para llevar a su presa a las trampas que con cuidado habían tendido. Repeler un ataque contra su hogar no era lo mismo. Un ejército podía asediar el

castillo durante días e incluso meses, eliminando lentamente su resistencia hasta dejarlos demasiado débiles para continuar con la defensa. Desde luego, siempre lo había sabido… por eso había propuesto en primer lugar solicitar un rescate por Roarke y sus hombres. Había querido contraatacar a los MacTier sangrando sus cofres, pero también había esperado restaurar la fortaleza y comprar la alianza de los MacKenzie para que su pueblo pudiera defenderse mejor en el futuro.

No había contado con que al lord MacTier le importaran tan poco sus propios guerreros como para preferir arriesgar sus vidas que pagar su rescate.

—Hay un problema —anunció Eric al aparecer de repente en la entrada de los establos en compañía de Myles.

—¿De qué se trata? —preguntó Roarke.

—Una fuerza de unos doscientos MacTier se ha situado ante la muralla del castillo. Prepara un ataque.

—Santo cielo —juró Roarke—. ¿La puerta está abierta?

—No.

—¿Quién los conduce?

—No lo sé… está demasiado oscuro para ver con claridad.

—¿Qué vamos a hacer? —Donald emergió de entre las sombras.

Roarke titubeó. Aunque sus hombres y él salieran de allí ilesos iba a resultar muy difícil convencer a un ejército de MacTier apostado para atacar de que debía dar media vuelta y regresar a casa, en particular si su señor le había dado la orden de aplastar a los MacKillon.

—Subiremos a la muralla frontal y les mostraremos que no nos han herido, luego haremos que parezca que nos liberan a cambio de que frenen el asalto —decidió con rapidez.

—No iréis a ninguna parte salvo de regreso a vuestra celda —informó Melantha—. Mi clan llevará este asunto.

—Despertad a todos en el castillo y ocupaos de que se armen y vayan a sus puestos —Roarke instruyó a sus hombres, sin prestar atención a las palabras de ella—. Debemos estar listos en caso de que quienquiera que conduzca esa fuerza no tenga ganas de escuchar razones. Encargaos de que las mujeres y los niños sean trasladados al nivel inferior del castillo, y asignad cuatro hombres a su protección. En cuanto estéis seguros de que todas las zonas se encuentran guarnecidas, reunios conmigo en la muralla frontal.

—¡Aguardad! —gritó Melantha cuando Donald, Eric y Myles se marcharon a toda velocidad.

—¿De qué se trata? —inquirió Roarke.

—Tus hombres y tú no podéis participar en esta batalla.

—¿Qué quieres que haga, Melantha? ¿Piensas que debería permanecer a un lado para observar cómo tu gente es destruida?

Desde la muralla se podían oír gritos y en el exterior se corría de un lado a otro. Ella tragó saliva y contuvo el miedo que subía por su pecho mientras con desesperación se afanaba por comprender los motivos de Roarke.

—Es vuestro clan el que ha venido a rescataros. ¿Cómo puedo creer que no tratarás de socavar nuestros esfuerzos de luchar contra ellos?

Los ojos de Melantha brillaban en contraste con la palidez de su semblante. Roarke pudo ver que estaba asustada, y con razón dada la brutalidad que su propio clan le había infligido a su gente en el pasado. En aquella contienda su padre había resultado muerto junto con otros muchos amigos y seres queridos. Le producía un gran dolor pensar en lo mucho que había sufrido y en lo que sufría en ese momento. De haber habido tiempo, le habría ofrecido el consuelo de sus brazos y la habría tranquilizado con palabras suaves para mitigar su miedo. Pero no había tiempo. Cada segundo que desperdiciaba ahí le impedía llegar a la muralla para poner fin a la batalla antes de que comenzara.

—Escúchame, Melantha. Sin importar quién o qué sea yo, te juro que jamás haría nada por heriros a ti o a tu gente. Puedes confiar en mí en esto, o atravesarme con esa espada. La elección es tuya.

Ella lo observó, completa y absolutamente desgarrada por dentro.

—Jamás podré confiar en ti —manifestó con voz quebrada por la desesperación.

—Esta noche sí —insistió él—. Es lo único que te pido.

Melantha titubeó un momento largo y la espada plateada centelleó en el abismo oscuro que se abría ante ellos.

Luego bajó los ojos y dejó que el arma cayera, a sabiendas de que cuando volviera a alzar la vista él no estaría.

Capítulo 8

— Y por ello os damos las gracias por venir a reparar males pasados mediante el pago de nuestras pérdidas, a cambio de lo cual estamos encantados de entregaros a vuestros grandes y valerosos guerreros —concluyó el lord MacKillon con los ojos entrecerrados mientras se afanaba por leer el discurso a la titilante luz de la antorcha.

Los guerreros MacTier contemplaron la muralla frontal, al parecer estupefactos.

—No cabe duda de que son un grupo educado —comentó Hagar—. No se asoma ni uno solo.

—Se comportan mucho mejor que el último grupo —convino Magnus—. Quizá después de todo quede esperanza para estos MacTier.

—Y ahora —prosiguió el lord—, marcaremos esta importante ocasión en nuestra historia con una breve melodía de nuestras gaitas. —Pidió que se adelantara Thor, quien luchaba por alzar el pesado instrumento.

—He subido aquí a matar a los MacTier, no a tocar música para ellos — gruñó Thor irritado.

—Realmente no veo cómo podemos matarlos cuando se muestran tan agradables —indicó el lord MacKillon—. No sería cortés.

—Después de que escuchen tocar a Thor desearán que hubiéramos acabado con ellos —predijo Magnus.

El otro lo miró con ojos centelleantes, luego respiró hondo con sonido de flemas y se dedicó a tocar con devastadora convicción.

El ruido ensordecedor que invadió el aire hizo que algunos MacKillon se taparan las orejas con las manos, mientras los guerreros MacTier observaban atónitos. Cuando Thor terminó su primera pieza daba la impresión de haber olvidado quién era su público, y con entusiasmo se lanzó a otra melodía igual de dolorosa.

En ese punto los MacTier habían oído suficiente y lanzaron una andanada de flechas por encima de las almenas.

—¡Por los dientes de Dios! —juró Thor al clavar la vista en la saeta que sobresalía de la bolsa de su desinflado instrumento—. ¡Esas sabandijas me han arruinado la gaita!

—Vamos, vamos, muchachos —reprendió el lord MacKillon, meneando el dedo en dirección a los guerreros de abajo—, ese no es modo de comportarse en una ocasión tan importante como…

Calló cuando tuvo que agacharse para esquivar la segunda andanada de flechas.

—¡Por Dios que entonces es la guerra! —Thor hizo a un lado la gaita al tiempo que estiraba el brazo hacia su amada espada.

Roarke llegó justo a tiempo de ver cómo en la muralla frontal estallaba el caos total.

—¡Tomad eso, miserables desgraciados! —rugió Magnus al soltar una flecha hacia la oscuridad—. ¡Todos tendréis clavada una antes de que acabe con vosotros!

—No puedes estar aquí, Finlay —objetó Ninian al bloquearle el paso a una de las plataformas—. Le dije a Gelfrid que sólo trabajaría con él.

—Gelfrid no se encuentra aquí —protestó Finlay.

—Bueno, estoy seguro de que llegará de un momento a otro —repuso Ninian—, y cuando lo haga no quiero oírlo gemir acerca de que dejé que ocuparas su lugar. Ya sabes cómo se pone...

—¡Ninian! —gritó Roarke—. ¡Apártate y deja que Finlay empiece a tirar esas piedras ahora!

—Pero le prometí a Gelfrid...

—¡Ahora, Ninian!

—No hace falta gritar —gruñó Ninian al hacerse a un lado a regañadientes.

—Vamos, Roarke, ¿qué diablos les pasa a esos miembros de tu clan? —exigió el lord MacKillon con el ceño fruncido por la agitación—. Un instante todos nos llevamos bien y disfrutamos de una agradable melodía de gaita y al siguiente nos disparan flechas y tratan de escalar el muro.

—Quizá no les gustó cómo tocó Thor —bromeó Magnus mientras soltaba otra flecha—. ¿He matado a alguien? —le preguntó a Lewis, de pie a su lado.

—No, pero con cada disparo te acercas más —lo animó Lewis.

—Necesito unos minutos para entrar en calor —indicó Magnus imperturbable—. Mira, muchacho, y verás cómo me vuelvo uno con el arco —lanzó otra saeta al aire que aterrizó a unos tres metros del MacTier más cercano—. ¡Esa los ha preocupado! —cacareó entusiasmado.

—¡Se preparan para escalar la muralla! —comentó preocupado el lord MacKillon mientras una línea compacta de MacTier avanzaba portando unas escalas.

—¡Yo me ocuparé de ellos! —anunció Mungo. Empujó dos piedras grandes desde la plataforma en la que se hallaba encaramado. Las rocas cayeron pesadamente al suelo sin dar a nadie.

—¡Aguardad! —gritó Roarke.

El lord MacKillon lo miró desconcertado.

—Perdona, Roarke, pero estamos en guerra. No es el momento de exhibir contención.

—Estáis desperdiciando flechas y piedras muy valiosas por lanzarlas demasiado pronto —explicó Roarke con celeridad—. Dejad que avancen hasta llegar a los pozos, los cuales reducirán su número y crearán confusión. Luego arrojadles todo lo que tengáis.

—Es una sugerencia sensata —comentó Hagar.

Colin observó a Roarke con suspicacia.

—¿Por qué ibas a actuar en contra de los intereses de tu clan? —exigió con la espada aún apuntada hacia él.

—No quiero que hieran a ningún MacKillon.

—¿Esperas que me crea eso? —Colin soltó una risa desdeñosa.

—Me importa un bledo lo que tú creas, Colin —espetó Roarke—. Pero si dejas que tu gente agote las armas antes de que los MacTier se acerquen lo suficiente, ¿con qué vas a luchar contra ellos?

Colin lo meditó apenas un instante antes de gritar:

—¡Esperad!

—Mirad la precisión con que mantienen su línea al acercarse —se maravilló Hagar al tiempo que se rascaba la cabeza lustrosa con la punta de una flecha—. Casi parece un baile.

—Cada hombre ha recibido un puesto en la formación y debe mantenerlo hasta que las escalas estén plantadas y los guerreros las suban —explicó Roarke mientras observaba a los MacTier realizar la maniobra familiar—. Están entrenados para aproximarse incluso en las batallas más fragorosas, porque es vital escalar los muros.

—Hola, muchachos —llamó Magnus, agitando la mano con gesto amigable en su dirección—. Unos pasos más y volveremos a empezar.

Los guerreros que portaban las escalas alzaron la vista confundidos sin dejar de marchar, desacostumbrados a acercarse a un castillo sin que les dispararan.

Y entonces la línea se desintegró cuando de pronto más de una docena cayó en los pozos.

—¡Eso ha sido magnífico! —estalló el lord MacKillon al ver cómo el resto de los MacTier frenaba en seco y se preguntaba qué otras sorpresas les esperaban—. Debemos haber capturado a unos treinta hombres en esos agujeros… ¡quizá más!

—¡Disparadle al resto! —ordenó Roarke—. ¡Ahora!

Los MacKillon castigaron a los restantes MacTier con piedras y flechas.

—¡Toma eso, bruto grande y feo! —gritó Finlay al dejar caer una piedra enorme de su plataforma.

Se asomó por el borde y observó que aterrizaba de pleno en los brazos de un MacTier de complexión poderosa que había logrado ascender un buen tramo de una escala. Con sonrisa triunfal, el poderoso guerrero alzó la piedra por encima de la cabeza y se la mostró a Finlay.

—Sí, eres fuerte —acordó Finlay —. Pero, ¿no deberías aferrarte a la escala?

La expresión del guerrero se desvaneció. Osciló de un lado a otro durante un momento de desesperación y luego cayó hacia atrás, llevándose consigo la roca y a dos camaradas que estaban unos peldaños más abajo.

—¡Tres MacTier abatidos con una sola piedra! —exclamó Magnus impresionado—. ¡Veamos si alguien es capaz de superar eso! —Dejad que algunos lleguen hasta aquí para que pueda descuartizarlos con la espada —ordenó Thor, que luchaba por alzar su arma— ¡Quiero que esos villanos paguen por arruinarme la gaita!

—¡Mantenedlos abajo todo el tiempo que sea posible! —contraordenó Roarke con firmeza—. ¡La idea es detenerlos antes de que escalen el muro! —Miró abajo para ver a un grupo de MacTier preparados para embestir la puerta con un tronco pesado—. ¡Listos para echar aceite hirviendo sobre esos guerreros que hay ante la puerta!

Los hombres quo había junto a la enorme caldera negra situada encima de la puerta comenzaron a ladearla.

—¡Esperad mi orden! —instruyó Roarke, deteniéndose hasta que los que embestían con el tronco se hallaran en posición óptima para recibir el aceite abrasador—. ¡Ahora!

Un torrente de líquido cayó como una cascada por el muro para empapar a los sobresaltados MacTier, quienes al instante soltaron el tronco y comenzaron a palmear frenéticamente su ropa.

Tras un momento detuvieron su actividad y se miraron confusos.

—¡Por todos los infiernos, estoy mojado hasta los huesos! —se quejó uno.

—Lewis, ¿qué demonios había en esa caldera? —exigió Roarke al observar que volvían a recoger el tronco.

—No nos sobraba mucho aceite, de modo que tuvimos que emplear agua corriente —explicó el otro con tono de disculpa.

—¿Y estaba caliente? —inquirió Roarke.

—En realidad, estaba fría —reconoció Lewis—. No queríamos desperdiciar demasiada leña para mantenerla caliente, de modo que las hogueras se encendieron hace sólo un rato.

Roarke se esforzó por mantener la paciencia a medida que los MacTier volvían a aporrear la puerta.

—¡Myles, Eric, empezad a tirar piedras sobre los que embisten! —gritó al ver aparecer a sus hombres en el muro—. ¡Donald, cerciórate de que los arqueros apuntan a los MacTier y no se dedican simplemente a disparar flechas a la oscuridad!

—¿Quién los dirige? —preguntó Eric estudiando a los guerreros de abajo mientras alzaba una roca enorme.

—Nadie que conozcamos, de lo contrario habría intentado hablar con él —repuso Roarke—. Ese guerrero grande y rubio de la derecha es el que da órdenes.

—¿Qué vamos a hacer? —Donald lo miró con expresión seria.

—De momento, no tenemos más elección que intentar mantenerlos a raya —indicó Roarke—. Si tratara de hablar con ellos, lo más probable es que me dispararan antes de concederme su educada atención.

—¿Cuánto tiempo podrán los MacKillon resistir este ataque? —preguntó Myles, que vio con satisfacción cómo su piedra le daba a uno de los guerreros.

—El tiempo suficiente para hacerles saber que no es el mismo castillo patéticamente organizado que atacaron el año pasado. Sus fuerzas ya se han visto reducidas por los pozos, y esperemos que si alguno llega a entrar en el castillo caiga en las redes. En cuanto se den cuenta de que no les va a resultar fácil capturar la fortaleza, se detendrán y entrarán en razón.

—¿Y entonces qué? —Eric alzó otra piedra por encima de la almena.

—Entonces los MacKillon podrán decirles que nos liberar a cambio de su retirada —contestó—. Eso le dará a los MacTier la sensación de que han obtenido una victoria sin tener que destruir por completo... ¡Colin, agáchate!

Colin se dejó caer al suelo en el momento en que el guerrero MacTier que había subido la muralla por detrás de él asestaba un golpe mortal con su espada.

Roarke lanzó su daga contra el agresor, enterrando la hoja en el hombro del atacante. El arma del hombre cayó al suelo en el momento en que Myles y Finlay lo inmovilizaban.

—¡Por todos los infiernos, eso ha estado demasiado cerca! –juró Magnus.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Roarke a Colin. Éste asintió, pero Roarke vio que los músculos de su mandíbula se contraían al levantarse.

—Has recibido un buen corte para vivir y poder contarlo —comentó Magnus admirando la espalda de Colin—. Es limpio de un lado de las costillas al otro. Me encantará cosértelo luego, si crees que puedes esperar hasta que termine de ocuparme de estos bribones.

El rostro de Hagar palideció al ver la mancha roja que comenzó a extenderse con rapidez por la camisa de su hijo.

—Quizá deberías entrar para que tu madre le eche un vistazo a la herida, muchacho —sugirió, sin atreverse a inspeccionarla él mismo— Ella sabrá qué hacer.

—No es nada —afirmó Colin.

—Claro que no es nada —desdeñó Thor, que apenas le dedicó unos segundos—. Si yo mismo tengo el cuerpo lleno de cicatrices el doble de profundas que esa, y no me ves corriendo al lado de mi madre.

—Menos mal, ya que tu pobre madre lleva enterrada más de cincuenta años —observó Magnus—. Y las únicas cicatrices que jamás te he visto son las que te hiciste el día que aquellas abejas te persiguieron hasta las zarzas y gritabas tan alto pidiendo la ayuda de tu madre que tuve la tentación de meterte un trapo en la boca...

—¿Estás seguro de que te encuentras bien, Colin? —insistió Roarke, sin prestar atención a la discusión de los mayores.

—Sólo es un rasguño —aseguró Colin con brusquedad—. Estoy bien. —Roarke asintió y comenzó a darse la vuelta—. Roarke. —El guerrero se detuvo—. Gracias.

Roarke no dijo nada, ya que sabía muy bien lo que le había costado a Colin decir esas palabras.

Melantha apareció en el muro justo a tiempo de ver una andanada de flechas incendiarias caer sobre su gente.

—¡Santo Dios en el cielo, llueve fuego! —exclamó el lord MacKillon con estupor.

Magnus recogió una de las flechas en llamas y la lanzó de vuelta contra los MacTier.

—¡Tomad eso, miserables! —gritó jubiloso—. No podéis quemar la buena piedra escocesa, y lo que estáis consiguiendo es que os veamos mejor en la oscuridad, apestosas piezas de estiércol...

—¡Magnus, tu falda se quema! —gritó Melantha.

Éste soltó un exabrupto sorprendido y comenzó a bailar frenéticamente mientras se quitaba la falda y luchaba por apagar el fuego que consumía la lana gastada.

Con mente rápida, Lewis introdujo un cubo de madera en una de las calderas y arrojó su contenido sobre Magnus.

—¡Por los ojos de Dios, el agua está helada! —exclamó Magnus, que de inmediato olvidó su problema anterior.

—Lo siento —se disculpó Lewis.

—No pasa nada, muchacho, no podías saberlo. ¿Por dónde andabas, Melantha? —inquirió Magnus, ajustándose la falda empapada como mejor pudo antes de recoger otra vez el arco.

—En el castillo ayudando con una de las redes —repuso Melantha acercándose al parapeto para poder ver qué sucedía abajo.

—¿Funcionó bien? —preguntó Lewis esperanzado.

—Tu diseño fue brillante —informó ella—. Cae casi sin hacer ruido, y se puede volver a elevar tan rápidamente que está preparada para los siguientes invasores en apenas unos minutos. Ya hemos capturado a más de quince hombres.

—¿Qué hacéis con los prisioneros? —quiso saber Magnus.

—Gelfrid los ha encerrado en el almacén. Y los ha asustado con una historia sobre una rata gigantesca.

—Es una pena que no podamos tirar una red gigantesca sobre todos ellos —observó Magnus mientras disparaba otra flecha al aire. Suspiró al verla caer a unos metros a la derecha de los guerreros a los que había intentado dar—. Eso pondría fin a toda la situación.

—Magnus, apunta a la izquierda de tu blanco —sugirió Donald.

—¿Y por qué iba a hacer algo tan necio? —inquirió el anciano—. Ya cuesta bastante darle a los MacTier en la oscuridad sin apuntar adrede a otra parte. Y si piensas comentar que esta noche ando un poco descaminado, estoy seguro de que no necesito recordarte la vez que le di a tu intrépido líder justo en el...

—Inténtalo —cortó Donald—. Una vez.

—Es lo más estúpido que he oído jamás —gruñó Magnus al encajar otra flecha en la cuerda del arco— Perfecto, estoy apuntando para darle a un monstruo enorme que hay junto al pozo de agua el que está a punto de lanzarme otra de esas malditas flechas encendidas.

—Apunta a la izquierda de él —instruyó Donald, situándose a su lado—. Aproximadamente un metro.

—Tonterías —musitó Magnus y a regañadientes desvió el brazo—, como si no pudiera ver con bastante claridad en qué dirección va a volar la maldita flecha...

—¡Le has dado, Magnus! —exclamó Lewis con asombro—. ¡Justo en la pierna!

—¡Eso te enseñará a intentar dispararle a tus mayores! —gritó Magnus agitando el puño con gesto de triunfo—. ¡Y ahora tira tu arma y corre de vuelta a casa antes de que me encargue de que seas el último de tu linaje!

El aterrado MacTier soltó el arco de inmediato y se escabulló a la velocidad que se lo permitió la herida.

—Perdona, Roarke, pero, ¿estamos ganando? —preguntó el lord MacKillon sin saber muy bien cómo iba la batalla—. Con todas estas flechas encendidas y rocas que vuelan alrededor cuesta un poco distinguir la situación.

Roarke observó frustrado cómo los MacTier embestían de forma metódica la puerta de madera. Varios habían sido derribados Por piedras, pero a esos hombres los habían sustituido otros. La puerta era sólida y estaba reforzada por una barra pesada, y si lograban sortearla todavía deberían elevar el rastrillo metálico. Aun así, ningún castillo era impenetrable. Si los MacTier no tenían éxito en atravesar la entrada, terminarían por encontrar otro acceso.

Tenía que orquestar un acuerdo con ellos antes de que eso sucediera.

—Lo único que hacemos de momento es resistir —le indicó al lord.

—Yo diría que hacemos algo más que eso, muchacho —replicó Magnus—. A mí me parece que esos ladrones van a pagar tu rescate... traen un carromato enorme lleno de mercancías!

Roarke bajó la vista para ver dos caballos que tiraban de un carro pesado cubierto por mantas.

Lo dominó la inquietud.

—Da la impresión de que esos MacTier son lo bastante inteligentes como para aceptar que no pueden vencer —declaró el lord MacKillon con tono de aprobación—. Menos mal... ya casi hemos agotado nuestro suministro de rocas —palmeó las manos para captar la atención de su clan—. Liberaremos a nuestros prisioneros a cambio de este rescate, y eso pondrá fin a cualquier disgusto futuro.

—Será mejor que tengan otra gaita para mí —gruñó Thor—, o me veré obligado a exigir la vida de uno de ellos como pago.

—Es imposible que hayan incluido todo lo que exigimos en un carro —reflexionó Melantha, afanándose por ver si había otro carromato oculto en las sombras—. ¿Dónde está el ganado que se suponía que iban a reemplazar?

—Quizá lo entreguen en otra ocasión —aventuró Hagar.

—Estoy seguro de que al menos traen algunas aves enjauladas —musitó Mungo—. Mirad lo altas que van apiladas las cosas.

—El jefe debería decirle a sus hombres que dejaran de aporrear la maldita puerta —se quejó Ninian—. ¡Cómo sigan no tardarán en agrietar la madera!

—¡Mirad, están quitando las mantas! —señaló Lewis entusiasmado.

Todo el clan observó en silencio arrobado cuando los guerreros MacTier cortaron las cuerdas que mantenían las mantas en su sitio.

—Eso no es lo que pedimos —protestó el lord MacKillon confuso—. En nombre de San Columbano, ¿qué se supone que vamos a hacer con un dispositivo como ese?

—Van a demostrarnos cómo funciona —indicó Hagar.

—¡Agachaos! —rugió Roarke alzando los brazos para atraer la atención de todos los MacKillon que se habían alineado fascinados ante la muralla—. ¡Qué todo el mundo se agache! —antes de que pudiera emitir otra advertencia, Melantha se arrojó sobre él y lo derribó al suelo con tanta fuerza que pudo sentir cómo le crujían las costillas—. ¿Qué diablos te pasa? —exigió al hacerla a un lado con brusquedad—. Tu gente está en peligro y he de decirle...

Las palabras murieron en su garganta.

Melantha lo miraba pálida y silenciosa. Temblaba levemente, pero esa era la única concesión que hacía a la flecha clavada en su brazo.

—Oh, Dios, Melantha, lo siento…

En ese punto la primera roca fue lanzada desde la catapulta. Impactó con fuerza contra las almenas y destrozó uno de los merlones antes de aterrizar con poder brutal en el suelo.

—¡Santo Dios en el cielo van a destruir el castillo! —comprendió el lord MacKillon, consternado.

Todos los que había en la muralla retrocedieron de inmediato paso, temerosos de ser aplastados por el siguiente misil.

—¡Qué salgan los hombres que hay en las plataformas! —gritó Lewis mientras ayudaba a Finlay a abandonar su precario puesto— ¡No están diseñadas para resistir este tipo de asalto!

En ese instante una roca enorme chocó contra la pequeña galería de madera, arrancándole la pared y la mitad de las tablas que componían el suelo. El potente impacto tiró a Ninian y lo dejó colgado de una de las pocas tablas que quedaban.

—¡Socorro! —gritó al tiempo que intentaba aguantar con desesperación mientras una lluvia de flechas volaba hacia él.

—¡Hazte a un lado, Lewis! —rugió Eric corriendo a su lado. Sin prestar atención a las saetas que volaban a su alrededor, el guerrero vikingo se asomó por un hueco de la almena, aferró a Ninian por los hombros y lo elevó a la relativa seguridad de la muralla.

—¿Has visto lo que han hecho? —preguntó Ninian con incredulidad—. ¡Arrancaron el suelo en el que me encontraba! ¡Podrían haberme matado!

Otra roca dio contra el parapeto cerca de la cabeza de Ninian, destruyendo otro merlón.

—No creo que podamos luchar contra este tipo de ataque —afirmó el lord MacKillon, con su viejo cuerpo encorvado por la derrota—. Me parece que debemos rendirnos.

—¡Jamás! —gritó Thor con fiereza por encima de la muralla—. Antes moriremos aplastados, destrozados y desangrados, pero con honor… ¿me oyes, vil y sucio MacTier?

—No se retirarán aunque os liberemos, ¿verdad? —preguntó Melantha mirando a Roarke con intensidad—. Por eso han traído ese aparato. Pretenden destruirnos por completo, sin importar lo que hagamos o digamos.

Con expresión sombría, Roarke anudó el trapo con el que había envuelto el brazo de ella por encima de la flecha. Los guerreros sólo seguían las órdenes de su señor, igual que él durante tantos años. El hecho de que se hubieran tomado la molestia de arrastrar esa máquina mortal tantos kilómetros significaba que los habían instruido para usarla, sin importar que pudiera ser o no necesaria. Con furia comprendió que su rescate era secundario para la misión que les encomendaron.

Los MacKillon habían osado contraatacar a sus opresores. Por eso serían destruidos.

—Permanece agachada —dijo.

—¿Qué vas a hacer? —Melantha de inmediato se puso de pie sin hacer caso del dolor en su brazo izquierdo.

Él no perdió tiempo en responderle y se dirigió con determinación hacia Colin.

—Sujétame y pon tu espada en mi cuello —ordenó—. Finlay, tú encárgate de Myles; Lewis, tú de Eric y Magnus de Donald. Decidle a esos bastardos que nos mataréis ante sus ojos si no se retiran de inmediato. ¡Hacedlo ahora! —bramó al ver que los MacKillon vacilaban desconcertados.

Colin en el acto agarró a Roarke y apoyó la punta de la espada contra su cuello.

—¡Cesad el ataque o este MacTier morirá! —gritó, acercándose a una antorcha para que desde abajo pudieran verlos.

—¡Alto! —ordenó el líder rubio, que alzó la mano en el aire.

Los guerreros MacTier se paralizaron. La catapulta quedó preparada para arrojar otra roca, el ariete se frenó a centímetros de la puerta, las flechas estaban listas en los arcos que vibraban y los hombres quedaron peligrosamente expuestos en las escalas, mas nadie se atrevió a moverse sin el permiso del guerrero al mando.

—Diles que deben retirarse si esperan mantenernos con vida —le indicó Roarke en voz baja al lord MacKillon—. Diles que si regresan de inmediato a sus tierras, les das tu palabra de que en tres días nos liberaréis ilesos.

El lord asintió y se acercó al parapeto para dirigirse a los MacTier.

—Me temo que nos encontramos en una situación muy desgraciada —comenzó con tono de disculpa.

—¡Por el amor de Dios intenta sonar furioso! —siseó Roarke.

El lord MacKillon se mostró un poco sobresaltado por la seca orden de Roarke, pero volvió a asentir, comprendiendo al parecer que no era el momento para una deliberación civilizada.

—Regresad a vuestras tierras de inmediato o mataré a los rehenes —afirmó.

El guerrero del pelo rubio avanzó con su caballo.

—No podemos marcharnos sin nuestros compañeros de clan —informó—. Se nos ha ordenado llevarlos con nosotros a casa.

—Y supongo que también se os ordenó destruir nuestro castillo y aniquilar a todos los nuestros ¿verdad, depravados demonios salidos del infierno? —soltó Thor, sacudiendo airado el puño nudoso— ¡Una flecha más y ese vikingo grande vuestro será descuartizado y convertido en pan! —su rostro arrugado estaba contraído por la furia y el pelo blanco se agitaba alrededor de su cabeza, haciendo que pareciera realmente macabro a la titilante luz de la antorcha.

—Diles que en tres días —instó Roarke al lord MacKillon. —Si os marcháis ahora, liberaremos a estos rehenes en tres días —expuso.

—¡Pero si no lo hacéis, comenzaremos a cortarles las cabezas y tirarlas por encima del muro! —aulló Thor, que era obvio que disfrutaba de la atención que recibía.

El líder de los MacTier titubeó, reacio a retirarse de una batalla sin la recompensa que le habían ordenado obtener.

—Dile que se marche en el acto o matarás a uno de nosotros para ayudarlo a decidirse —manifestó Roarke, que no quería brindarle al guerrero al mando demasiado tiempo para analizar su situación.

—¡Marchaos ahora o el vikingo perderá la cabeza! —gritó Thor encantado, sin importarle que fuera el lord MacKillon quien supuestamente debía llevar el asunto. Alzó la espada y con afecto acarició el borde brillante, dando la impresión de que estaba más que un poco loco y que era capaz de los actos más atroces.

Al parecer su actitud afectó al líder.

—¿Liberaréis también a los prisioneros que habéis capturado esta noche?

—Sí —confirmó el lord MacKillon—. En tres días.

—Muy bien. —Convencido de que tenía poco de donde elegir, el guerrero dio la vuelta a su caballo y le indicó a sus hombres que se retiraran.

Unos vítores ensordecedores se alzaron desde la muralla.

—Quédate aquí y mantén suficientes hombres en el muro para cerciorarte de que no vuelven —le indicó Roarke a Eric—. Donald, tu ve con Lewis a evaluar el daño que ha sufrido el castillo. Pon guardias en todos los puntos que parezcan vulnerables. Myles, organiza un grupo de hombres para vigilar a los prisioneros atrapados por las redes. Los que se encuentran en los pozos pueden quedarse ahí esta noche.

—¿Significa eso que no puedo trinchar a ningún MacTier más? —preguntó Thor.

—Me temo que acordamos soltarlos ilesos —se disculpó el lord MacKillon.

—¡Es indignante! —rugió Thor—. ¡Mira lo que esos miserables han hecho con mi gaita! —con un dedo torcido señaló el instrumento que descansaba sobre el suelo.

—¿Por qué no acompañas a Myles y amenazas a algunos de los prisioneros? —sugirió Roarke—. Cuéntales cómo vas a moler sus huesos.

—No será lo mismo que hacerlo —se quejó.

—Vamos, Thor, estoy convencido de que serás capaz de asustarlos tanto que superará con creces el hecho de desmenuzarlos —comentó Donald con afán de consolarlo—. Sé que a mí me tuviste preocupado cuando vinimos aquí.

—¿De verdad? —su expresión se iluminó.

—Absolutamente —aseguró Donald—. El pobre Eric no fue capaz de dormir durante días por miedo a que lo descuartizaras y lo convirtieras en ingrediente de pan.

—Todavía puedo hacerlo —miró a Eric con ojos amenazadores.

—Muchacha, deberías dejar que mi Edwina le echara un vistazo a ese brazo —indicó Magnus al acercarse a Melantha—. Yo mismo te quitaría la flecha, pero creo que ella hará un mejor trabajo.

—Quiero ver a mis hermanos —protestó ella.

—Claro que sí —aplacó el anciano—. Primero ocupémonos de esa flecha y luego ellos podrán visitarte en tu cuarto.

—Necesito verlos ahora —Melantha movió la cabeza—. He de cerciorarme de que se hallan a salvo.

—Estoy seguro de que se encuentran bien —afirmó Colin.

—¿Cómo van a estar bien? —soltó ella con voz desesperada—. Acaban de matar a su padre.

—¿De qué habla? —Thor frunció el ceño.

Roarke se le acercó.

—Todo va bien, Melantha —musitó con serenidad—. No tienes nada que temer.

Ella lo miró un momento con los ojos muy abiertos y espantados.

—No —murmuró con tono apenas audible entre las órdenes que se gritaban los hombres que permanecían en la muralla—. No.

Roarke alargó las manos y la atrapó en la cuna protectora de sus brazos en el instante en que un oscuro mar eliminaba su angustia.

Las voces flotaban a su alrededor, vestigios de sonido en el fresco aire nocturno. Se esforzó por distinguirlas, pero sonaban bajas y apagadas y en remolinos lánguidos escapaban a su comprensión. En cualquier caso no importaba. Ya nada importaba. Había un vacío terrible dentro de ella, un agujero doloroso que la había desgarrado, y aunque no era capaz de recordar qué le había causado un pesar tan intolerable, estaba segura de que jamás podría superarlo. Se hundió aún más en los cálidos pliegues de oscuridad y vagamente se preguntó si se estaba muriendo. Esperaba que sí. Sin duda en la muerte obtendría un respiro de ese dolor que la ahogaba.

De su garganta escapó un gemido suave que se llevó consigo algunas de las capas de oscuridad. Sacudió la cabeza y se afanó por no recuperar la conciencia. Pero una percepción lenta y firme reptó dolorosamente por su piel y le hizo sentir la palpitación en el brazo, la forma en que subía su pecho, la suavidad de la manta que la cubría como un escudo frágil contra el mundo. Comprendió que no se moría y se vio dominada por la decepción. En la muerte podría haber compartido un momento fugaz con su padre. En la vida, debería continuar sin él.

Abrió los ojos sintiéndose absolutamente perdida.

La habitación se hallaba bañada por una luz ambarina que emanaba de un pequeño grupo de velas goteantes que había en la mesita junto a la cama. Las ventanas se encontraban abiertas al aire sedoso de la noche que llenaba el cuarto con el dulce aroma de pino, hierba y el toque acre de las antorchas que aún ardían en la muralla y en el patio. Se movió un poco y la sorprendió el latigazo de dolor que caracoleó por su brazo. Estudió el vendaje que le cubría el bíceps con un completo distanciamiento, como si a su cuerpo tuviera fijada la extremidad de otra persona. Pasado un momento giró la cabeza hacia el otro lado de la habitación, buscando las formas dormidas de sus hermanos.

Pero en su lugar vio a Roarke estirado en una silla junto a su lecho, dormido.

No parecía hallarse muy cómodo, ya que su enorme cuerpo hacía que la silla pareciera ridículamente pequeña. No obstante, dormía con profundidad, lo cual le reveló que debía hallarse extenuado. Lo estudió bajo el suave resplandor de las velas y notó las arrugas profundas que surcaban su frente, la tensión de su mandíbula, la sombra oscura de barba que ocultaba sus mejillas finamente esculpidas. En ese momento le pareció mayor, mayor y más cansado, con una vulnerabilidad que jamás había imaginado ver en él.

Siempre había sabido que no era un hombre joven, ya que las líneas de su rostro traicionaban las experiencias de una vida que debía rondar los cuarenta años. Sin embargo, nunca había percibido el más mínimo indicio de debilidad en él, ni en espíritu ni en su capacidad física. Desde luego,

había mostrado algo de incomodidad durante el viaje al castillo, pero lo había atribuido a la herida reciente en su trasero, y no volvió a pensar en ello. Lo recordó en la muralla aquella misma noche, corriendo de un lado a otro mientras dirigía la batalla desde todos los ángulos, anticipándose a los movimientos de sus oponentes y dando órdenes a los hombres que no tenían razones para obedecerle. No obstante, su clan le había obedecido de buena gana, a pesar del hecho de que era su enemigo y de que los guerreros contra los que luchaban eran sus camaradas.

Roarke había hecho todo lo que estaba a su alcance para proteger a su gente de los mismos hombres que habían ido a garantizar su libertad, y en el proceso había arriesgado su vida.

Fue eso lo que la impulsó a arrojarse sobre él al ver a los guerreros MacTier que apuntaban con un arco hacia su pecho. Había intentado convencerse de que lo odiaba por su condición de enemigo, y que sólo representaba la codicia, la brutalidad y la fuerza salvaje. Pero de algún modo él había conseguido eliminar su desprecio, hasta que al final únicamente quedó esa fina capa de determinación oscura y fría que tan bien la había sustentado los últimos diez meses.

Contuvo el sollozo que amenazó con escapar de su garganta.

Los ojos de Roarke se abrieron y su mano voló hacia la daga que llevaba a la cintura. Con rapidez escrutó la habitación en penumbras antes de posar los ojos en Melantha.

—Se supone que debes estar dormida —comentó, soltando la empuñadura del arma. Se levantó y fue a la mesa a servirle cerveza.

—No me encuentro cansada.

Él enarcó una ceja con escepticismo mientras le pasaba la copa de madera.

—Todo está en calma, Melantha —le aseguró—. El ejército de los MacTier se ha retirado y la muralla se halla bien guardada por hombres que nos alertarán en caso de que regrese. Tus hermanos están a salvo y pasan la noche al cuidado de Beatrice. En cuanto a tu clan, hubo algunos heridos, pero ninguno demasiado importante, y ya han sido atendidos. Todos los que están sanos duermen, incluidos los prisioneros. Salvo —añadió— aquellos demasiado asustados para cerrar los ojos después de las amenazas de Thor de convertirlos en el alimento del año próximo, y de la charla de Gelfrid sobre una rata gigante que acecha en las sombras.

—Debo verlo por mí misma —musitó ella, aunque no realizó esfuerzo para moverse. El solo hecho de sostener la copa parecía requería una cantidad enorme de energía. No podía imaginar dónde hallaría la fuerza para levantarse de la cama.

Roarke la contempló con severidad.

—Te han herido, Melantha, y aunque no es grave, perdiste bastante sangre antes de que Gillian lograra cerrarla. Es esencial que descanses, o mañana no serás de utilidad para nadie.

—¿Gillian me quitó la flecha? —abrió mucho los ojos por la sorpresa. No podía imaginar que su gentil amiga realizara semejante proeza sin quedar sumida en el llanto.

—Yo la extraje —informó Roarke—. He tenido más experiencia en estas cuestiones que Gillian, y creo que quedó muy aliviada cuando me ofrecí a

hacerlo. Por suerte para ti —añadió con ironía mientras le quitaba la copa—, Magnus no estaba disponible.

Melantha volvió a apoyarse en la almohada con una sensación de infinito cansancio. Llevaba puesta una sencilla camisa de algodón, que le dejaba los brazos al aire y la parte superior del pecho al desnudo, salvo por la fina cadena de plata y el colgante que siempre lucía. Frunció el ceño, pensando que la piedra verde parecía mucho más clara que antes. Lo achacó a la iluminación y la alzó para que titilara bajo la luz ambarina de las velas. La esfera transmitía un calor poco habitual a las yemas de los dedos, como si irradiara su propia energía.

—Es bonita —comentó Roarke—. ¿Perteneció a tu madre?—Ella meneó la cabeza.

—La única joya que tuvo alguna vez mi madre fue un sencillo anillo de plata que mi padre le regaló cuando se casaron. Durante el ataque de los MacTier, hicieron que todos sacaran sus posesiones al patio y las amontonaran. Yo escondí el anillo en mi zapato. Pero luego nos obligaron a descalzarnos y a formar otro montón con el calzado, y uno de los guerreros encontró el anillo antes de que pudiera ocultarlo —recitó la historia con tono apagado, pero los dedos se habían cerrado en torno al colgante y la piel de sus nudillos se puso muy blanca.

Roarke maldijo en silencio. Era obvio que el anillo había significado mucho para ella y lo llenó de ira saber que su clan se lo había robado.

—¿Obtuviste el colgante en una de tus incursiones?

Ella asintió.

—Un día capturamos un coche que viajaba a tu castillo. Dentro encontramos media docena de cajas con cálices, cruces y bandejas de plata, y a un sacerdote bien alimentado que parecía demasiado ansioso de entregarnos todo. Me pareció extraño el modo en que no dejaba de palmearse la cintura, y le ordené a Magnus que lo inspeccionara. A la faja tenía sujeta una caja pequeña, y dentro estaba este colgante —lo soltó para dejar que volviera a brillar a la luz de las velas—. Yo quise venderlo con todo lo demás, pero Magnus dijo que lo habíamos encontrado por suerte, por lo que nos traería más suerte si yo lo llevaba .—dejó caer la bola sobre su piel—. Creo que simplemente le gustó la idea de que yo tuviera algo de los MacTier, aun cuando sabía que jamás podría reemplazar el anillo de mi madre.

“No”, pensó Roarke, “ni siquiera la joya más especial podría mitigar la pérdida de ese anillo sencillo”.

—¿Crees que volverán? —preguntó ella.

—Esta noche no —aseguró él al sentarse en la silla—. Thor hizo un trabajo estupendo al conseguir que creyeran que mis hombres y yo moriríamos si regresaban, y no es lo que buscan. Aunque han recibido la orden de someter a tu pueblo, no puede ser a costa de la vida de mis hombres o la mía. Esa no sería una buena victoria.

—Comprendo —repuso ella con amargura.

—No es algo que planeara yo, Melantha —le recordó él—. Tú conocías el riesgo del ataque cuando decidiste tomarnos prisioneros. Intenté advertírtelo, pero te negaste a escuchar.

—Venías a aplastar a mi banda y a capturarme a mí —replicó Melantha con frialdad—. Si te hubiera dejado ir, ¿habríais vuelto a casa para olvidaros de nosotros?

—No —contestó Roarke tras titubear un momento. Le habría gustado responder otra cosa.

—Y si hubierais conseguido capturarnos, ¿cuál habría sido nuestro destino?

—No importa... —meneó la cabeza con impaciencia.

—Sí importa, Roarke —interrumpió con pasión—. Habías recibido órdenes de tu señor y era tu deber ejecutarlas, o enfrentarte a las consecuencias del fracaso. ¿Qué nos habrías hecho a mis hombres y a mí?

—Teníamos órdenes de aplastar a la banda del Halcón y regresar con él como prisionero —la miró frustrado.

—Y eso es lo que habríais hecho, ¿no? Habríais aniquilado a Colin, a Magnus, a Finlay y a Lewis. Y me habríais capturado y arrastrado de vuelta a vuestro castillo, donde se me habría juzgado ante tu señor y luego ejecutado.

—Jamás habría permitido que te pasara algo, Melantha.

—Estuviste a punto de cortarme la cabeza la primera vez que me viste.

—Sólo porque tú intentabas matarme.

—¡Buscaba matarte porque tú tratabas de acabar con mis hombres!

Roarke cerró los ojos, agotado de repente. Ya no quería hablar más de matar y del deber. Un profundo aguijonazo de culpabilidad le retorcía las entrañas y lo hacía sentirse tenso y vencido. Con desolación comprendió que esa noche había traicionado a su propio clan. Los hombres que habían asediado el castillo eran su propia gente, vinculados a él por historia, lealtad y sangre. A algunos los había reconocido, aunque no creía que ninguno hubiera luchado alguna vez a sus órdenes.

Aun así, la magnitud de su traición lo desbordaba.

Nunca en más de veinte años de servicio había actuado contra el bienestar de su lord o de su clan. Su vida había distado mucho de ser perfecta —las muertes solitarias de su esposa e hija eran un testamento de agonía al respecto—, pero se había enorgullecido de su lealtad clara e incuestionable hacia su gente. Siempre había cumplido con su deber determinación, sin dejar espacio para analizar el efecto devastador que sus actos podían tener sobre otros. Su misión había sido fortalecer su clan, ampliar sus fronteras y enriquecer constantemente sus arcas llevando a casa el botín de la guerra. No se trataba de alguna doctrina bárbara de opresión; simplemente de un hecho de la vida en las Tierras Altas. Los castillos que capturaba quedaban sometidos a la influencia de los MacTier. Había desterrado cualquier sentido de culpa asegurándose que los clanes conquistados terminaban en mejor situación, porque serían protegidos de otros que pudiera osar atacarlos.

Los MacKillon habían hecho que se diera cuenta de que la percepción que tenía de las agresiones de su clan estaban horriblemente distorsionadas. Un ataque contra un pueblo se cobraba un precio terrible y obligar a un clan a inclinarse ante otro sólo podía producir desprecio y discordia.

Tragó saliva y se preguntó si toda su vida como guerrero no había hecho otra cosa que infligir desgracias a otros.

—¿Por qué lo hiciste? —musitó Melantha. Él abrió los ojos y la observó confuso—. Tu clan vino a rescatarte —se explayó—. Lo único que debías hacer era salir a unirte a esos hombres y habrías sido libre —movió la cabe-

za en un afán por comprender sus actos—. ¿Por qué elegiste quedarte con nosotros para luchar contra tu propia gente?

—¿Por qué amenazaste con matarme esta noche y luego te interpusiste para proteger mi cuerpo de esa flecha?

—No lo sé –susurró, pero incluso al decirlo supo que era mentira.

Roarke alzó la mano para pasar con gentileza, el dedo por la tela blanca del vendaje. De haberse movido Melantha un segundo antes o después, de haber ladeado un poco el cuerpo o tropezado, la flecha se habría clavado en su pecho y habría muerto. No podía imaginar qué habría podido inspirar semejante acto de altruismo. Había ido allí a capturar al Halcón y sí, a pesar de lo reacio que era a reconocerlo, a escoltar al proscrito hacia la muerte.

Y a cambio el Halcón se lanzaba delante de una flecha destinada a él. Le tomó la mano y con suavidad le besó la palma antes de pegarla contra su pecho.

—Para nosotros ya no existen absolutos, Melantha —comentó en voz baja y ronca—. Ni odio absoluto, ni lealtad o confianza absolutos. Sólo podemos avanzar momento a momento, realizando nuestras elecciones desde lo más hondo de nuestras almas en vez de dejar que otros las tomen por nosotros.

—Jamás he dejado que nadie las hiciera por mí —murmuró ella, perdida en las profundidades plateadas de sus ojos mientras sentía el firme palpitar de su corazón bajo la mano temblorosa.

—Lo sé —convino él con solemnidad.

Roarke se adelantó y bajó la cabeza hasta que sus labios casi se tocaron, sin apartarle la mano del pecho. Esa noche le había salvado la vida, del mismo modo que él había intentado salvar la vida de su pueblo. Ambos se hallaban atrapados en el vórtice de una batalla que ninguno quería librar, y eso era algo sobre lo que no tenían elección. Al día siguiente la dejaría para regresar con su clan con el fin de convencer a su señor de abandonar la campaña contra los MacKillon. Luego se retiraría al castillo que le habían prometido e intentaría establecer algún tipo de vida para sí mismo que fuera más allá de la constante creación de miseria y muerte. Se aseguró que era lo que quería.

Y por ello pasada esa noche Melantha estaría perdida para siempre. Gimió y capturó sus labios, aplastándola contra su cuerpo con fuerza demoledora. Ella soltó un grito al devolverle el beso con desesperación; introdujo la lengua en su boca, le rodeó los hombros con los brazos y se pegó a él. Roarke la saboreó profundamente al tiempo que la acariciaba y le arrancaba la ligera falda de lana para poder sentir el contorno de su cuerpo a través del tenue velo de la camisa de algodón. Melantha tiró con frustración de su falda y chaquetón, y Roarke la aplacó al incorporarse con rapidez para desprenderse de las molestas prendas.

Observó fascinada al guerrero desnudo que tenía delante, su cuerpo bronceado y esculpido en mil ángulos duros y curvas fibrosas iluminados por la titilante luz de las velas. Había cicatrices en los poderosos planos del pecho, el estómago y los brazos, cada una testamento de una vida dedicada a la batalla. ¿Cuántas veces se había enfrentado a la muerte y, de algún modo, había logrado esquivarla? Resultaba imposible pensar que sus heridas no lo habían afectado o que su edad no había comenzado a poner rígidos unos músculos que con la juventud habían sido fluidos. Sin embargo, irra-

diaba un poder de mando que nunca había conocido en otro hombre. La luz de las velas era difusa, pero en ese momento pudo ver con absoluta claridad todas sus debilidades y fortalezas.

Y lo deseaba con una intensidad aterradora.

Mantuvo la vista clavada en la suya mientras alzaba despacio la camisa por la palidez de su cuerpo y disfrutaba de ese oscuro placer al tiempo que los ojos de Roarke ardían de deseo. La tela tenue susurró por encima de su cabeza antes de dejarla caer sobre el frío suelo de piedra. Durante un instante experimentó una timidez repentina, pero el abrasador estudio al que la sometió Roarke impidió que cruzara los brazos sobre el pecho con modestia juvenil. Lo había conocido una vez con anterioridad, había sentido la dura presión de su cuerpo al envolverla y la exquisita gloria de tenerlo en lo más hondo de sí mientras la acariciaba hasta llevarla al borde de la locura. Quería volver a vivir esa sensación, que Roarke se moviera con ella, y experimentar el conocimiento sublime de que durante un instante etéreo, él le pertenecía sólo a ella.

Extendió los brazos.

Roarke se echó encima y saqueó su boca con la lengua mientras se extasiaba con el contacto de la forma esbelta pegada contra su cuerpo duro. La deseaba con una necesidad asombrosa, un ansia tan envolvente que estaba seguro de que nunca podría saciarla. Apartó la boca para besar la suavidad de su mejilla, el delicado hueco en la base de su garganta, el dulce lóbulo de su oreja. No se demoró mucho en ningún sitio, sino que continuó el viaje a lo largo de la delicada estructura del hombro mientras con las manos capturaba los voluptuosos montículos de sus pechos. Enterró la cara en ellos antes de introducir en su boca la cumbre para succionar con fuerza y gemir de placer cuando Melantha metió las manos en su pelo para pegarlo a ella.

Con rapidez descendió por la plana superficie cremosa de su estómago hasta que al final llegó a la sedosa oscuridad que anidaba entre sus muslos. Pasó la lengua con levedad por el pliegue aterciopelado, rozando apenas rozó los pétalos ocultos que había debajo, y experimentó la punzada ardiente del placer masculino cuando un gemido ligero y carnal escapó de la garganta de Melantha. Continuó con el aleteo de la lengua para atormentarla con la velada promesa de más, hasta que ella abrió las piernas con lujuriosa desesperación. Entonces la lamió plenamente, y probó sus pliegues inflamados y húmedos con movimientos lentos y seguros, incitándola y torturándola mientras no dejaba ningún rincón sin explorar. Introdujo la lengua en su profundidad mientras movía las manos con gesto posesivo por sus piernas, muslos y caderas para empaparse con su aroma, su sabor y su contacto; luego remolineó sobre su alegre humedad, hasta que unos jadeos entrecortados comenzaron a salir de su boca y su cuerpo empezó a agitarse por la necesidad.

Tan intensas eran las sensaciones que la recorrían que Melantha creyó que estaba siendo consumida por el fuego, Todo su cuerpo era calor líquido y suavidad, al tiempo que experimentaba canta tensión en cada músculo y hueso que temió quebrarse. Se abrió aún más a las caricias exquisitas de Roarke y lo observó mientras la lamía, sintiendo una excitación oscura y prohibida al verlo devorarla con tanta rapacidad. Un vacío doloroso que comenzaba a crecer en ella la impulsó a gemir con frustración, para luego hundirse contra la almohada al notar que él presionaba el dedo hasta lo más hondo y la llenaba mientras continuaba con sus besos ardientes y húmedos.

El dedo entraba y salía a medida que los labios y la lengua la lamían y succionaban, creando una conflagración en cada fibra de su ser que hacía que se retorciera y estirara sobre la sábana mientras su cuerpo ardía por más. Estaba segura de que no podría soportar ni un momento más ese tormento exquisito, pero en vez de detenerlo, se alzó hacía él para respirar de forma entrecortada mientras su cuerpo se ponía rígido y la sangre comenzaba a martillearle por las venas. Y de pronto todo se detuvo y fue incapaz de moverse, pensar o respirar; lo único que podía hacer era afanarse en alcanzar el increíble éxtasis que pendía ante ella. Y al cogerlo gritó maravillada y sumida en un júbilo absoluto. Al instante Roarke se incorporó y se enterró hasta lo más hondo de ella para llenar su vacío y cubrirla con el escudo cálido y duro de su poderoso cuerpo, y cobijarla mientras estallaba en un glorioso torrente de estrellas.

La besó con ternura cuando Melantha encajó su cuerpo con el suyo y lo retuvo en los rincones más hondos de su ser mientras los dedos se clavaban en los duros músculos de su espalda. Entonces suspiró sobre su boca y aflojó un poco la posesión a medida que la rigidez desaparecía como arena arrastrada por el océano. Del pecho de Roarke salió un gruñido bajo al embestirla. La deseaba hasta el punto de la locura, y en ese momento, al encontrarse dentro, quería más. Con cada penetración palpitante sintió que moría, una muerte lenta y gloriosa en la que dejaba de ser ese ser —quienquiera que fuese— que había malgastado casi toda la vida y en cambio pasaba a convertirse en parte de ella. Melantha entrelazó las piernas con las suyas y lo introdujo más en su núcleo, al tiempo que las manos recorrían los planos rígidos de sus hombros, espalda y glúteos, abrasando su piel con su contacto hambriento, uniéndolo a su cuerpo, su corazón y su alma, hasta que él creyó que iba a llorar ante la imposible magnificencia del acto. Quería perderse en ella para siempre, sentir su suavidad a su alrededor, el susurro de su aliento contra su cuello, y el dulce y limpio aroma de los bosques iluminados por el sol impregnando durante toda la eternidad la atmósfera. Era suya, pero sólo durante ese momento breve y robado, y ese conocimiento era tan agónico que el corazón empezó a rompérsele. Entró y salió de ella mientras luchaba con desesperación con su placer en aumento a medida que se esforzaba por encadenarla a él, con la convicción de que si podía abrazarla un poco más, tocarla más, penetrarla más, podría incrustarla en su alma. Pero no hubo más tiempo, porque de pronto su cuerpo comenzó a moverse más deprisa y con mayor intensidad a pesar de los intentos por contenerse. Entonces se quebró y se vertió en ella mientras pronunciaba su nombre y la llenaba con su poderío y su necesidad y le cubría la boca con los labios y la besaba con salvajismo.

Yacieron largo rato con los cuerpos aún unidos, la piel encendida. Pero el aire nocturno los rodeó con remolinos frescos y al cabo terminó por enfriarlos. Roarke la acunó en sus brazos mientras se cubría con la sábana y la manta, reacio a aceptar que el tiempo juntos había llegado casi a su fin. Se aferraron en un silencio incómodo, sin querer hablar ni romper los vínculos frágiles que ya comenzaban a desinterarse entre ellos.

Entonces unas gotas empezaron a caer sobre el pecho de Roarke. Tomó la barbilla de Melantha, le alzó la cabeza y la miró preocupado.

—¿Qué sucede?

—Nada —susurró ella con los ojos dominados por la angustia.

—Dímelo —instó, apartándole un mechón de pelo húmedo de la frente.

Ella tragó saliva y lo observó con expresión desgarrada. Luego respiró hondo y murmuró con voz tan débil que él apenas pudo captar las palabras.

—Pensaba en mi padre.

Roarke la abrazó con más tuerza y se puso a acariciarle el pelo de forma tranquilizadora.

Melantha permaneció en silencio, temerosa. No sabía siquiera por qué había revelado tanto. El recuerdo de su padre era tan precioso como doloroso, y algo que no compartía con nadie. Lo mantenía encerrado dentro de ella, enterrado en las gélidas profundidades de la angustia y el remordimiento.

—Cuando esta noche terminó la batalla, pensaste que acababan de matar a tu padre —indicó él, y se preguntó si seguiría en una especie de shock inducido por lo que había visto—. Comprendes que lo mataron hace meses, ¿verdad, Melantha? —preguntó con gentileza. Ella apoyó la mejilla sobre el calor granítico de su pecho y asintió—. ¿Pero el ataque de hoy te hizo pensar en él?

—Sí.

Roarke titubeó un momento largo y debatió si preguntarle o no algo más. El goteo plateado de lágrimas seguía mojándole la piel, hasta que al final decidió que había algo que Melantha necesitaba contarle, sin importar que ella lo comprendiera en su totalidad. Sin soltarla, apoyó las manos en su mejilla encendida y húmeda e inquirió:

—¿Cómo murió?

Melantha guardó silencio mientras acopiaba el valor para hablar. Justo cuando él creyó que no le abriría ese recuerdo doloroso, las palabras comenzaron a salir con lentitud.

—Yo dormía cuando los MacTier atacaron la primera vez —dijo con voz extrañamente queda—. La noche era fresca y había un pesado manto de nubes que ocultaba la luz de la luna, lo que dificultaba que se viera algo. Cuando mi padre se dio cuenta de que nos atacaban, me dijo que llevara a mis hermanos al nivel inferior del castillo para ocultarme con ellos. Pero yo no quería esconderme. Él me había entrenado desde los cinco años en el tiro al arco y el manejo de la espada, y no veía motivos para no ayudar a proteger mí hogar. Así que le desobedecí. Dejé a Daniel, Matthew y Patrick con las demás mujeres y niños, recogí mis armas y corrí al patio para luchar contra los invasores.

Hizo una pausa.

—¿Qué sucedió? —instó Roarke con suavidad.

—Los MacTier estaban por todas partes —repuso—. Nuestros hombres se afanaban por contenerlos, pero no eran rival para un salvajismo tan bien entrenado. No pude ver a mi padre por ninguna parte, lo cual me alegró, porque sabía que si él me veía, me ordenaría regresar al lado de mis hermanos. Subí por las escaleras exteriores que conducían al segundo nivel del castillo convencida de que podría matar a más MacTier con el arco que con la espada, y me puse a disparar.

—¿Mataste a alguien? —preguntó cuando Melantha volvió a callar.

—Le di a cinco, aunque sólo logré herirlos —informó con amargura—. Y entonces un MacTier dio la orden de dispararle a la mujer que lanzaba flechas desde la escalera. Fue en ese momento cuando mi padre descubrió que no le había obedecido.

—¿Te vio?

—Luchaba con un guerrero junto al pozo de agua. Pero al oír que había una mujer que empleaba el arco, se distrajo.

Un miedo terrible comenzó a dominar a Roarke.

—Sólo… sólo giró la cabeza un instante —continuó Melantha—. El tiempo suficiente para verme y pronunciar mi nombre —tragó saliva y luchó contra el sollozo que amenazaba con escapar de su garganta—. Fue lo que necesitó el guerrero al que se enfrentaba para clavarle la espada en el vientre.

—Oh, Dios —murmuró él, que experimentó su angustia como si fuera propia.

—Sus ojos en ningún momento se apartaron de los míos mientras caía de rodillas —murmuró con tono entrecortado—. Parecía absolutamente aterrado. Pero no por sí mismo —explicó—. En sus ojos pude percibir el terror de lo que me harían los MacTier. —Un sollozo quebrado la ahogó.

Roarke la abrazó con fuerza con la intención de absorber parte de su dolor.

—Entonces dos guerreros me sujetaron, y en vez de matarme decidieron alejarme de la batalla. Luché y grité… no porque me importara lo que fueran a hacerme, sino porque veía a mi padre morir y… —respiró hondo—. Quería estar con él. Les supliqué que me dejaran ir a su lado para poder abrazarlo… no quería que estuviera solo —las lágrimas comenzaron a caer por sus ojos—. Pero se rieron y me alejaron de allí. Y mi hermoso y valiente padre fue abandonado para que se desangrara en el suelo mientras observaba cómo dos guerreros se llevaban a su única hija. Estaba dominado por la agonía y el terror de lo que iban a hacerme y… y sin poder detenerlos.

Enterró la cara en el pecho de Roarke. Un llanto profundo y desgarrador le sacudió el cuerpo mientras jadeaba sin poder detenerse. Sólo supo abrazarla. Lo hizo con tanta intensidad que pensó que podría dejarle alguna marca o incluso romperle algún hueso, pero no relajó el apretón.

Pensó en la dolorosa carga de culpabilidad y en el modo en que ésta podía carcomer un alma hasta no dejar más que un caparazón frágil donde antes había habido una persona completa. Era una aflicción que conocía bien, ya que tenía la convicción de que si hubiera estado al lado de Muriel para ayudarla a soportar el entumecedor dolor de la muerte de su hija, habría ayudado a su dulce esposa a encontrar la fuerza para continuar. Melantha lloraba por la pérdida de su padre, pero no era eso lo que destrozaba su alma.

Lo que de verdad la torturaba era la creencia de que había causado su terrible muerte.

—No fue tu culpa, Melantha —aseveró él con firmeza, alzándole la cara para poder mirarla a los ojos.

—Yo lo maté —protestó ella con voz quebrada—. Desafié sus órdenes y lo distraje cuando luchaba por su vida. De haber acatado lo que me dijo y permanecido con mis hermanos, jamás lo habrían matado.

—Tu clan se hallaba sometido a un ataque —señaló Roarke—. Tu padre podría haber muerto en cualquier momento… si no a manos de ese guerrero, ante el siguiente que lo hubiera retado. Y si hubiera caído mientras te escondías con tus hermanos, ahora te castigarías por no haber luchado a su lado.

Lo observó con incertidumbre mientras sopesaba la validez de su argumento, Al rato lo descartó con un movimiento de cabeza.

—Murió convencido de que iba a ser golpeada y violada —susurró—. No sucedió, pero ese fue su último pensamiento mientras se le iba la vida.

—Es posible —concedió Roarke, mientras seguía el luminoso sendero de sus lágrimas con los dedos—. Pero, ¿de verdad crees que eso fue lo único que llenó su mente en los últimos momentos, Melantha? —preguntó con gentileza—. Tu padre no era un hombre partidario de la guerra, pero entendía la importancia de saber cómo defender a aquellos seres que amaba. Por eso te entrenó desde tierna edad en el arte del arco y la espada. Y en esos últimos momentos se vio invadido por un amor y orgullo abrumadores al ver a su hermosa hija de pie en la escaleras sobre él, ayudando con valor a que su clan repeliera al enemigo.

Ella se mordió el labio tembloroso y analizó sus palabras.

—A mí me resulta evidente que desde que eras una mocosa tu padre sabía que no eras una muchacha corriente, y estaba decidido a ocuparse de que te entrenaras para realizar tu máximo potencial —continuó él mientras le acariciaba el pelo sedoso—. Imagina el orgullo que debió sentir al verte dispararle flechas al enemigo sin mostrar el más leve indicio de miedo mientras luchabas por proteger tu hogar. En sus últimos momentos tuvo la visión de tu coraje y amor. Nunca es fácil morir, Melantha, pero esa es la mejor imagen que un hombre puede esperar llevarse al abandonar su cuerpo mortal.

Ella lo miró con ansiosa inseguridad, con deseos de creerle, pero reacia a liberar la culpa que con tanto dolor había soportado durante mucho tiempo.

—¿Lo piensas de verdad?

Había dejado de llorar, pero aún le brillaban los ojos, que parecían más grandes y de una luminosidad sobrecogedora. Todos sus elementos se combinaron para convertirla en una mujer gloriosamente valerosa y dolorosamente vulnerable, dándole ante su vista una hermosura insondable. Melantha nunca le pertenecería, y ese conocimiento lo llenaba con una pérdida insoportable. Pero en ese momento sereno, mientras Melantha yacía a su lado y lo estudiaba con esperanza, era lo más próximo que nunca más volverían a estar.

—Sí, Melantha —murmuró él; la puso boca arriba, y una vez más extendió su duro cuerpo sobre la exquisita suavidad de ella. Melantha fue al encuentro de ese beso y le pasó los brazos esbeltos por los hombros esculpidos. Roarke se perdió en su interior y comenzó a moverse mientras la besaba con ternura y volvía a excitarla. Quería borrar los últimos vestigios de su culpa, liberarla del tormento que le desgarraba el corazón y, en el proceso, quizá también mitigar parte de su propia culpa.

Juntos palpitaron a la débil luz de las velas, perdidos en el fuego espléndido que ardía dentro de ellos, y en la dolorosa necesidad que unió sus almas.

Capítulo 9

Melantha soltó un suspiro y se arrebujó más bajo el cobijo cálido de las mantas.

Sólo un mínimo destello de luz se filtraba a través de sus pesados párpados, de modo que tuvo la certeza de que apenas había amanecido. Otra hora, se dijo somnolienta mientras se hundía en la ligera suavidad de la almohada. Además, seguro que aún no se había levantado nadie. Otra hora, y todavía seguiría entre las primeras en moverse por el castillo.

De pronto un sonido terrible destrozó la quietud de la mañana y la despertó como si le hubieran clavado una estaca en el oído. Incapaz de imaginar en qué podía estar pensando Thor para tocar la gaita a una hora tan intempestiva, apartó la manta y enfadada se dirigió hacia la ventana.

Roarke, sus hombres y los prisioneros MacTier estaban congregados en el patio para escuchar con admirable gracia mientras Thor tocaba su estropeada gaita. Él y sus guerreros iban plenamente armados y tenían los caballos ensillados. Los otros prisioneros no llevaban armas y carecían de monturas, pero resultaba evidente que también se marchaban. Daniel, Matthew y Patrick se hallaban en la vanguardia del gran grupo de MacKillon que se había congregado para despedirlos. Melantha observó sorprendida cuando Matthew se adelantó y con gesto inseguro le ofreció a Roarke un papel doblado. El enorme guerrero lo abrió, luego se apoyó en una rodilla y con gentileza revolvió el pelo de su hermano.

Experimentó un intenso escalofrío. Giró en redondo, recogió la manta de la cama y se la pasó alrededor de los hombros, luego corrió por el pasillo; sus pies descalzos volaron sobre el frío suelo de piedra.

—... y cuando los mires, siempre recordarás —concluyó Matthew, que con su cara seria miraba a Roarke con algo parecido a la adoración.

Éste asintió con gesto grave y estudió los dibujos que sostenía en las manos. El arte del pequeño era de una habilidad sorprendente para un muchacho de apenas diez años. El primer boceto mostraba a Roarke sostenido por las piernas por Finlay y Myles mientras asía a Matthew y lo devolvía a la seguridad. Por el bien del decoro, la falda desafiaba con obstinación las fuerzas de la naturaleza y permanecía cubriéndole el trasero. Pero fue el segundo dibujo el que lo emocionó más allá de toda posibilidad de habla. En él Matthew se hallaba con los brazos alrededor de Roarke, y encima, con letras sencillas e infantiles, había trazado una sola palabra.

Amigos.

—¿Te gustan? —inquirió Matthew, inseguro por el silencio del guerrero.

—Sí —afirmó Roarke, temiendo que si hablaba más sus emociones lo traicionaran. Carraspeó—. Gracias.

—Cuando sea mayor, ¿volverás y me enseñarás a luchar? —preguntó Patrick esperanzado.

—No va a volver —intervino Daniel.

—¿Por qué no? —quiso saber Patrick.

—Porque es un MacTier —explicó su hermano. Mostraba una expresión intensa mientras estudiaba a Roarke, aunque sus ojos no albergaban la misma furia que habían reflejado cuando sus hombres y él aparecieron—. No vas a volver, ¿verdad?

Roarke titubeó, sin saber qué responder.

—Te he guardado un poco de comida adicional para el viaje —comentó Gillian al avanzar con timidez para entregarle a Eric un paquete envuelto en tela—. Pensé que podías tener hambre.

Eric miró el ofrecimiento con asombro.

—Por casualidad no habrás incluido un poco de tu delicioso ponche, ¿no? —bromeó Donald.

—No —repuso Gillian sin apartar la vista de Eric—. Pero siempre lo tendré listo... por si vuelves alguna vez.

Sus ojos azules brillaban como un lago iluminado por el sol, tan hermosos y llenos de tristeza que mirarlos desgarró el corazón de Eric. Quiso abrazarla y decirle que no estuviera triste, que si quería que se quedara lo haría encantado, que sólo tenía que pronunciar esas palabras. Pero el deber lo obligaba a seguir a Roarke, y un desconocido impulso de decoro le indicó que no era adecuado alzar a una doncella en brazos delante de todo su clan, en particular cuando no tenía ningún derecho formal sobre ella. De modo que la miró, sin sentirse en absoluto un temible guerrero vikingo, sino un hombre extrañamente desvalido y del todo fuera de lugar.

—Bueno, entonces, mi bravo héroe, esta es la despedida —dijo Katie al acercarse con osadía a Myles—. Quiero tu palabra de que no marearás las cabezas de otras muchachas con tus palabras seductoras sobre las caderas y los brazos —reprendió con fingida severidad.

—No hablaré con ninguna —juró Myles.

—Eso era lo que quería oír —rió Katie—, al margen de que no serás capaz de mantener la palabra ante la primera joven que llegue hasta ti con sonrisas.

—Las jóvenes jamás me sonríen —repuso Myles—. Sólo tú lo haces.

Ella estuvo a punto de reír otra vez, pero se detuvo al observar la intensidad de su expresión.

—Bueno, entonces no me cabe duda de que son tontas —musitó. Se apoyó en él y le dio un beso sonoro en la mejilla.

—Santo cielo, ¿qué diablos se ha apoderado de Melantha? —preguntó Magnus asombrado.

Corría por la hierba con los pies descalzas y el cuerpo esbelto apenas cubierto por la fina camisa que flotaba a su alrededor, con la manta a cuadros con la que Roarke y ella se habían tapado envuelta alrededor de los hombros. Llevaba el pelo suelto, y Roarke anheló tocárselo, pasar los dedos por su increíble suavidad y apartárselo con delicadeza de la cara.

Pero se obligó a dejar los brazos a los costados y la observó con deliberada calma, sin mostrar indicio alguno de la pasión que había vibrado entre ellos la. noche anterior.

—Vamos, muchacha, en nombre de San Cutberto, ¿qué crees que haces corriendo medio desnuda cuando deberías estar acostada? —preguntó Magnus con severidad.

—He... he venido a despedirme —tartamudeó sin dejar de mirar a Roarke.

—Por supuesto, querida —indicó Beatrice—, y ahora que lo has hecho, vuelve dentro donde hace calor.

—Deja que se quede —objetó Thor mientras se acomodaba otra vez la gaita al hombro—. Voy a tocar otra melodía.

—Perdona, Thor, pero por desgracia no hay tiempo para otra de tus interpretaciones —se disculpó el lord MacKillon—. Creo que el tiempo va a cambiar y estos muchachos deben emprender la marcha.

El cielo de la mañana mostraba muchas nubes y el viento crecía azotando el pelo de Melantha contra su mejilla mientras mantenía pegada a su cuerpo la capa improvisada.

—Pensé que le habías dicho a tu clan tres días —le indicó a Roarke; se preguntó si sonaba tan desesperada como se sentía.

—Es mejor irse ahora —informó él—. Cuanto más esperemos, más tiempo dispondrá mi clan para enfurecerse y clamar venganza. En cuanto regrese hablaré con el lord MacTier para evitar que envíe otras fuerzas expedicionarias.

Era una explicación perfectamente razonable. Se marchaba para proteger el bienestar de los MacKillon.

Entonces, ¿por qué sentía como si la abandonara?

—No estaréis seguros hasta que mis hombres y yo nos marchemos, Melantha —añadió Roarke con gentileza al percibir su angustia—. Lo sabes.

Ella respiró hondo y luchó por mantener una cierta semblanza de control allí de pie delante de él.

—Se suponía que debías entregar al Halcón a tu lord —señaló—. ¿Cómo vas a explicarle ese fracaso?

—Por desgracia —Roarke se encogió de hombros—, jamás lo encontré —bajó la voz para que los prisioneros MacTier no pudieran oírlo—. Mi gente sólo sabe que los MacKillon nos capturaron... no tienen idea de que el Halcón es uno de ellos. Y no pienso iluminarlos.

—Pero, ¿y si tu señor te vuelve a enviar a capturarlo? —insistió ella.

—Mis días como líder de esas misiones se han terminado —replicó él—. Tengo la intención de retirarme al castillo que se me ha prometido en pago por una vida de servicios.

—¿El lord MacTier te ha construido un castillo? —Melantha no pudo contener la sorpresa.

—No lo ha construido —corrigió Roarke—. Posee algunas propiedades sujetas a su control que requieren que alguien las proteja y las lleve. Se me va a conceder una de ellas.

—Te refieres a hogares que han sido arrebatados a la fuerza —la expresión de Melantha se endureció.

—No es lo que piensas —respondió él—. Esos castillos han sido adquiridos a lo largo de los años, y son más fuertes y prósperos por estar bajo nuestra posesión. La gente que vive allí continúa con su vida igual que antes, segura en el conocimiento de que ahora está protegida por toda la fuerza del ejército MacTier.

—Es un consuelo —observó Melantha con desdén—. Estar protegidos por aquellos que te atacaron y te robaron las posesiones y la libertad. Supongo que el único motivo por el que tu benevolente clan no consideró adecuado establecer un acuerdo semejante con nosotros es que creía que no había nada valioso que proteger.

—No puedo cambiar lo que mi clan le hizo a tu gente —afirmó Roarke, convencido de que estaba más allá de su capacidad que ella lo perdonara alguna vez—. Sin embargo, voy a intentar convencer al lord MacTier para que envíe auxilio a tu clan y os ayude a sustituir lo que habéis perdido.

—¿Por qué iba a querer hacerlo? —soltó una risa amarga.

—Porque voy a decirle que debería hacerlo. Si se niega, entonces te doy mi palabra de que en cuanto me asiente, yo mismo le enviaré provisiones a tu gente. Lo único que te pido es que dejes de atacar a los MacTier y a sus aliados.

—¿Crees de verdad que voy a aceptar provisiones robadas a un pueblo oprimido? —preguntó Melantha con incredulidad.

—Los habitantes de la tierra que yo supervise no estarán oprimidos —afirmó Roarke con paciencia.

—Habrán soportado el terror y la obligación de someterse mucho antes de que llegues tú —replicó ella—. Lo único que harás será mantener suspendida una espada sobre sus cabezas y los obligarás a obedecerte con el miedo.

—Perdona, Melantha, pero, ¿has terminado de despedirte de nuestros invitados? —preguntó el lord MacKillon—. Creo que el clima va a empeorar.

Unas gotas pesadas de lluvia comenzaron a caer sobre ellos.

—¡Dejad paso a mi gaita! —gritó Thor al proteger el instrumento mientras regresaba al interior del castillo—. ¡Apartaos!

—Intento ayudar a tu gente, Melanita —persistió Roarke, a quien no le gustaba el modo en que las cosas terminaban entre ellos—. ¿Por qué no puedes aceptarlo?

—No quiero provisiones que hayan sido robadas a otros —informó ella con frialdad—. Si mi pueblo se encuentra necesitado, entonces se lo arrebataremos a aquellos que directamente nos han robado… no a sus víctimas.

La lluvia cayó con más fuerza y le empapó el pelo y la camisa. Se ciñó más la manta y no dejó de mirarlo como una magnífica criatura , del bosque acostumbrada a los elementos, sin que le molestara la tormenta que crecía a su alrededor.

—Si no os importa, muchachos, yo me despediré ahora —el lord MacKillon agitó la mano mientras se dirigía hacia el castillo—, Tened un viaje seguro.

—El agua aumenta —convino Magnus—. ¿Estáis seguros de que no queréis esperar hasta que amaine?

Al mirar a Melantha, Roarke experimentó la tentación de aprovechar la lluvia como una excusa para demorarse. En silencio se había despedido de ella al salir con sigilo de su habitación aquella mañana, ya que sabía que si permanecía un momento más la tomaría en brazos y nunca más volvería a abandonar su lado. Había esperado que no despertara hasta que se hubieran marchado. Sin embargo, por nada se habría perdido ese momento de verla de pie ante él, empapada, furiosa y llena de fuego.

—Debemos irnos —anunció.

—Bueno, pues os deseo un buen viaje —dijo Magnus. Los ojos azules le brillaron de alegría al advertir—: Cuidado con los forajidos... ¡tengo entendido que el bosque está lleno de ellos!

El resto del clan no tardó en seguir su ejemplo y se despidió de Roarke y sus hombres mientras escapaba a toda velocidad del torrente que empezaba a caer.

—No puedo decirte qué debes hacer, Melantha —musitó él—. Pero recuerda esto... si continúas tu guerra contra los MacTier, sólo recibirás un castigo a cambio.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó ella—. ¿Crees que puedo quedarme quieta mientras mi pueblo se muere de hambre?

—Lo único que te pido es que me des un poco de tiempo. Pase lo que pase, te juro que no dejaré que tu pueblo vuelva a sufrir.

La contempló con penetrante intensidad, como si intentara llegar hasta su alma, atravesar las capas protectoras que con tanto cuidado había alzado a su alrededor y grabar su juramento en el corazón de Melantha. En ese momento ella casi creyó que podría protegerla del sufrimiento, tan fuerte y seguro parecía bajo la lluvia. Unas gotas de cristal caían de su pelo negro, y la camisa y la falda se pegaban a su cuerpo musculoso para recalcar su poderosa belleza masculina. Rememoró yacer en su abrazo, envuelta en su calor y certidumbre, sintiéndose casi a salvo. Pero con fiereza se recordó que no se hallaba a salvo. Su castillo aún era vulnerable, los alimentos y la ropa que había no bastarían para sustentar a su clan el próximo invierno, y aunque Roarke se negara a perseguir en persona al Halcón, resultaba improbable que el lord MacKillon abandonara dicha empresa. En cuanto a su oferta de auxilio, no creía que se pudiera convencer a MacTier de ayudar a sus enemigos, y ella jamás aceptaría nada del castillo conquistado de Roarke.

—No creo que tu lord nos ayude —indicó—. Y haré lo que sea necesario para garantizar que mi pueblo tenga lo suficiente durante el invierno. No es menos de lo que tú mismo harías, Roarke, sí fuera tu clan cl amenazado por el hambre y el frío debido al salvajismo y la codicia de otro.

Su expresión era resignada, como si no obtuviera placer de dicha afirmación. Lo miró largamente una última vez, con la cara pálida brillando bajo la lluvia, las manos cerradas sobre la manta empapada que ya no podía ofrecerle ni el más leve resguardo.

Luego dio media vuelta y desapareció en el castillo.

—... y así logré convencer al lord MacKillon de que nos liberara al día siguiente en vez de retenernos los tres días que había propuesto en un principio —concluyó Roarke.

El lord MacTier miraba por la ventana mientras consideraba en silencio pensativo la explicación que le había ofrecido Roarke. No era un hombre acostumbrado a la derrota. En el transcurso de sus treinta y dos años como jefe de los MacTier, había aprendido unas reglas básicas sobre la guerra, y las acataba con fervor casi religioso. Jamás atacaba a un enemigo a menos que estuviera plenamente convencido de que había enviado la fuerza y los recursos necesarios para vencerlo por completo. Por lo tanto, le costaba trabajo comprender por qué un ejército de doscientos de sus mejores guerreros, equipados con los últimos artefactos en maquinaria de asedio, habían sido

superados por los andrajosos restos de un clan que meses atrás prácticamente él había aniquilado.

Lo que todavía lo desconcertaba más era la inconcebible declaración de su mejor guerrero de que no debería molestarse en emprender una acción de represalia.

—¿Debo entender que no buscas venganza por tu propio secuestro? —preguntó al volverse desde la ventana.

—Ninguno de nosotros resultó herido —explicó Roarke—. De hecho, nos trataron bien.

—Hasta que pusieron dagas en vuestros cuellos y amenazaron con mataros en vez de liberaros —replicó el lord con sequedad.

—El lord MacKillon intentaba impedir que tus fuerzas emplearan su maquinaria de asedio.

—¿Mis fuerzas? —el lord MacTier enarcó una ceja.

—Nuestras fuerzas —se apresuró a corregir Roarke.

—No puedes sugerir que soslaye el hecho de que cuatro de mis guerreros fueron tomados como rehenes por ese ridículo e insignificante clan. Intentaron sacarme un rescate. Hay que enseñarles que no me tomo esas cuestiones a la ligera.

—Pero en última instancia no se pagó ningún rescate y, por ende, no perdiste nada —arguyó Roarke—. Mis hombres y yo estamos bien, y todos los prisioneros que hicieron la víspera del ataque te han sido devueltos. A mí me parece que la cuestión se ha resuelto... ¿qué más se puede ganar al atacar otra vez a los MacKillon?

El lord MacTier frunció el ceño, incapaz de creer que Roarke no lograra ver lo que resultaba evidente.

—No puedo tolerar que se tome como rehenes a miembros de mi clan. Ello hará que alguien lo imite.

—Te negaste a satisfacer sus demandas. Eso ha dejado claro que los MacTier no cederán ante aquellos que tratan de aprovecharse de ellos. Y enviaste a tu ejército, con lo que demostraste que si es necesario estás dispuesto a emplear la fuerza.

—Estoy dispuesto a emplear la fuerza —corroboró el lord MacTier—. Y es por eso por lo que pretendo aplastar a esos malditos MacKillon. Ya es bastante malo que la banda del Halcón me robe v devuelva a mis hombres desnudos. Sin duda eso es lo que hizo que los MacKillon pensaran que erais una presa fácil. Debo establecer un ejemplo con ellos, para disuadir a otros de intentar otro ataque.

—Los MacKillon jamás habrían pedido un rescate por nosotros si no se hubieran sentido bastante desesperados por los artículos que solicitaron.

—No se me ocurre ningún clan que no esté lo bastante desesperado por obtener oro —repuso el lord.

—El oro era de mucha menor importancia para ellos que los alimentos y la ropa —objetó Roarke—. Después de atacarlos, se quedaron prácticamente en la miseria. Sus provisiones para el invierno les fueron robadas, y todos sus animales hurtados o abatidos para que se pudrieran.

—Disponían de un bosque entero de donde sacar comida —minimizó el Lord MacTier. Lo único que tenían que hacer era salir a cazarla.

—Puede que eso fuera verdad si se los hubiera atacado en primavera —concedió Roarke—. Pero se cayó sobre ellos en otoño, y entonces padecieron uno de los peores inviernos en la historia de su clan. La mayoría de los animales murió de hambre o abandonó el bosque en busca de alimento. No quedó bastante carne para sustentar al clan, apenas grano o verduras suficientes para marcar alguna diferencia.

El lord MacTier lo estudió con asombro.

—¿Qué diablos te pasa, Roarke? Has atacado a innumerables clanes como el de los MacKillon, y ni una sola vez expresaste preocupación por su bienestar.

Tenía razón y no le enorgulleció el comentario.

—Jamás pasé tiempo con ninguno de los clanes a los que ataqué. Con los MacKillon me vi obligado a presenciar las consecuencias de nuestras incursiones.

—Esa es la naturaleza de la guerra —repuso el lord con impaciencia, indiferente a la aparente iluminación de Roarke—. Hay un vencedor y un vencido. Constantemente debemos afanarnos en aumentar nuestras fuerzas y recursos, y eso se consigue a costa de otros. En última instancia, lo único que importa es que hayamos fortalecido el poder de nuestro clan. No somos responsables de la vulnerabilidad de aquellos que no son capaces de defenderse contra nosotros.

—Puede que no seamos responsables de su incapacidad para derrotarnos —convino Roarke—, pero sí de reducirlos a un estado en el que su única alternativa es morirse de hambre.

El lord MacTier lo contempló con irritación.

—No puedes hacerme creer que cada uno de ellos se morirá de hambre. De algún modo, unos pocos miembros del clan encontrarán una forma de sobrevivir. Esos incluso podrían tratar de ayudar a los otros.

—Es verdad —aceptó Roarke—. Y si sobrevivir significa apresar a unos pocos MacTier para solicitar por ellos alimentos y ropa, ¿cómo puedes culparlos de ello?

—La capacidad que muestras de dar absolución no es propia de ti, Roarke —observó el otro.

—Me gustaría creer que no soy un guerrero tan endurecido que no puedo aprender a simpatizar con la situación precaria de otros. Lo único que pido es que tomes en consideración las circunstancias que obligaron a los MacKillon a secuestrarnos... circunstancias que nosotros mismos les provocamos. Todos los prisioneros MacTier fueron bien tratados y liberados sin daño alguno. No veo el mérito que tiene seguir castigándolos.

—Quizá tengas razón —concedió el lord MacTier—. ¿Qué me dices de tu búsqueda del Halcón? —cambió de tema—. ¿Encontraste algo que nos pueda ser de utilidad para dar con él?

—Por desgracia, no.

La decepción del lord fue obvia.

—Supongo que te secuestraron al comienzo de tu misión. Tengo fe en que muy pronto me puedas entregar a ese proscrito —Roarke no respondió—. Vas a completar la misión. —Fue una afirmación, no una pregunta.

—Si así lo deseas, reanudaré mi búsqueda del Halcón. Sin embargo, no estoy seguro de ser el mejor guerrero para dar con ese elusivo ladrón.

—¿Por qué no? —el lord MacTier lo miró atónito.

—Es muy difícil que cualquier guerrero reconozca, y menos aún acepte, que empieza a llegar el fin de sus días como combatiente —expuso Roarke con una cuidadosa elección de las palabras—. Pero cuando se echa en el suelo y lo único que hace es soñar con una cama blanda y un techo sólido sobre la cabeza, comienza a darse cuenta de que ya no es el hombre joven que solía ser.

El lord MacTier lo detuvo con una mano alzada.

—No hace falta que sigas explicándote, amigo mío. La primera vez que regresaste de tus largos años de ausencia te dije que no tardarías en ser recompensado por tu sobresaliente lealtad. Soy bien consciente de que has dedicado toda tu vida a expandir la riqueza y la influencia de este clan. Tus incontables éxitos a lo largo de los años no han tenido parangón entre mis otros guerreros... No obstante, tus notables talentos y devoción te han negado el confort de una esposa y un hogar.

—Tuve a Muriel y a Clementina —le recordó Roarke, reacio a dejar que su memoria se descartara con tanta ligereza.

—Desde luego —se apresuró a reconocer el lord—. Y sé que fue muy doloroso para ti perderlas mientras habías partido a luchar por tu clan. En ese entonces no hubo nada que yo pudiera hacer salvo mandarte otra vez a combatir, con la esperanza de que las exigencias de la batalla y la gloria de la conquista de algún modo te liberaran de la carga de su pérdida.

Roarke se puso rígido ante ese análisis. El lord MacTier hacía que sonara como si infligir miseria y muerte a otros hubiera sido un bálsamo para su propio sufrimiento.

—Hay un bonito castillo a unos dos días a caballo de aquí que acabo de adquirir —continuó el lord, sentándose ante su mesa finamente tallada—. Las tierras no son muy extensas, pero sí agradables y fértiles, y la gente ha de resultar fácilmente manejable bajo el amo adecuado. Estoy seguro de que te gustará. Puedes marcharte mañana.

Roarke sintió una cierta inquietud. Había dado por hecho que le entregaría una fortaleza establecida que llevara largo tiempo bajo la influencia de los MacTier. Unas tierras recién ganadas estarían recuperándose de su invasión y sus habitantes temerían y despreciarían a cualquier MacTier que fuera a gobernarlos.

—No pareces muy complacido —observó el lord con el ceño fruncido.

—Perdona. —Se daba cuenta de que ya había desgastado al máximo su relación con el lord—. Es un regalo magnífico, MacTier. Gracias.

—Si lo deseas, puedes llevarte contigo a Eric, Donald y Myles —ofreció—. Y los suministros que consideres necesarios. Si al llegar descubres que necesitas más hombres, házmelo saber y te los enviaré. Te veré antes de que te vayas mañana —bajó la vista a los papeles que tenía ante sí en clara indicación de que la reunión había concluido.

—Gracias. —Realizó una leve reverencia y abandonó la estancia. Le acababan de dar todo lo que había deseado.

Pero cualquier placer que hubiera podido sentir quedó borrado por la perturbadora comprensión de que su señor no había aceptado ahorrarle a los MacKillon un hostigamiento posterior.

—Adelante.

La pesada puerta se abrió y un guerrero de complexión poderosa y ojos agudos entró en el despacho del lord. Su actitud exhibía la fácil arrogancia de la juventud, ya que con veinticinco años alcanzaba el cenit de su capacidad física, y aún no había sufrido suficientes derrotas que templaran la convicción de su propia invulnerabilidad. Con inteligencia mostró un adecuado pesar al encontrar la dura mirada de su lord. El estado de ánimo de MacTier era sombrío y la causa más probable debía ser su último fracaso.

—Me decepcionas, Derek.

El joven guerrero no dijo nada, convencido de que el silencio sería mejor recibido que cualquier excusa débil.

—Se te encomendó una tarea sencilla —continuó el lord MacTier mientras tamborileaba los dedos sobre la mesa—. Debías aplastar a los MacKillon y cerciorarte del regreso a salvo de los cuatro guerreros MacTier. En su lugar, permites que casi un tercio de tu ejército Sea capturado y dejas que el resto resulte expulsado con amenazas huecas.

—Querías que Roarke y sus hombres regresaran a salvo —señaló Derek—. No habría podido garantizar su seguridad si hubiera proseguido con el ataque al castillo MacKillon.

El lord descargó el puño sobre la superficie encerada del escritorio.

— Deberías haber roto sus lamentables defensas en minutos, sin darles tiempo para que usaran a los rehenes para negociar! ¡La fuerza que los atacó con anterioridad entró en el castillo antes de que los MacKillon se hubieran levantado de la cama!

—Desde entonces sus defensas han mejorado —repuso Derek con rigidez—. Pudieron repelernos más tiempo del que habíamos previsto.

—Guarda para ti tus miserables excusas —espetó el lord—. A mí no me interesan. —Se levantó y se dirigió a la ventana, meditando su siguiente movimiento—. Debería relegarte a recoger estiércol durante un año. Pero a cambio voy a brindarte la oportunidad de redimir tu patético fracaso. —Estudió la magnífica extensión de tierra que aparecía ante él—. Me desagrada el hecho de que el Halcón continúe cebándose en mi gente y mis posesiones. Como acabo de asignarle deberes nuevos a Roarke, me encuentro en la necesidad de un guerrero que no tarde en encontrar a ese pestilente proscrito y lo traiga a mi presencia —se volvió para mirarlo—. ¿Crees que podrás lograrlo?

—Sí —afirmó el otro sin vacilación.

—Ya lo veremos —manifestó el lord MacTier poco impresionado—. Como mi paciencia casi ha llegado a su límite en esta cuestión, espero que emplees los medios necesarios para capturar a ese ladrón. ¿Tienes alguna idea?

—Le pondré una trampa.

—¿Cómo?

—Varios de mis hombres que fueron tomados prisioneros por los MacKillon notaron algo extraño en sus captores —explicó Derek— Parece que algunos de ellos llevaban faldas con los colores de los MacTier. Otros juraron haber reconocido una espada o un puñal en particular. Y a todos les pareció extraño que entre los atuendos andrajosos del clan se pudiera encontrar un vestido o una camisa de excepcional calidad y artesanía.

—¿Que estas diciendo? — preguntó el lord con impaciencia— ¿Que el Halcón es un MacKillon?

—Quizá —concedió Derek—. O es posible que el Halcón esté entregando lo que roba a clanes necesitados como el de los MacKillon.

—¿Crees que lo regala? —MacTier abrió los ojos consternado.

—También podría venderlo. Pero no sería por mucho, dado lo poco que conservaron los MacKillon después de nuestro primer ataque. Sea lo que fuere, da la impresión de que al Halcón le preocupan los apuros que pasan los menos afortunados. Eso resultará ser su perdición. Hostigaré a los MacKillon hasta que uno de ellos revele la identidad del Halcón, o éste se entregue a mí por el bien de la protección de aquellos que al parecer le importan.

—Mas te vale tener razón —advirtió el lord con tono ominoso—, o durante un año estarás metido hasta el cuello en excrementos. ¿Lo has entendido?

—Te entregaré al Halcón —juró Derek.

—Eso espero. Y ahora lárgate.

El lord MacTier observó crispado hasta que el vanidoso guerrero se marchó. Al quedarse solo, continuó estudiando los prados y bosques que se extendían más allá de los muros de su castillo en un glorioso tapiz de color y textura.

Cuando heredó el título de lord de su padre, los MacTier ya eran un clan considerable, pero sus tierras no estaban a la altura de las necesidades de su gente. Se había dedicado a extender sus fronteras, permitiendo que su pueblo construyera hogares, cazara y pescara en bosques y arroyos muy alejados de sus tradicionales fronteras. El clan creció a medida que pueblos conquistados fueron absorbidos bajo su manto, por ende, la necesidad de tierra no decreció.

No había emprendido esa campaña de expansión de las fronteras con nada especial en mente salvo cuidar de aquellos que dependían de él, pero con el transcurso de los años poco a poco se convirtió en otra cosa. No tardó en descubrir que había un placer intenso y casi sexual en la conquista. Aunque las propiedades y riquezas de su clan superaban ya sus expectativas juveniles, cada vez anhelaba más. Roarke había sido vital en el establecimiento de los MacTier como un clan poderoso y temido y se enorgullecía de haber cultivado las extraordinarias habilidades del guerrero desde que apenas era un muchacho. Pero daba la impresión de que éste había perdido el afán por la batalla, y los jóvenes idiotas e inexpertos que lo rodeaban apenas servían para poco más que embestir o atacar… Entre ellos no había un solo líder militar decente. Si quería que prosiguieran la expansión y la prosperidad d los MacTier, él mismo tendría que asumir el control de las campañas militares.

Y para eso necesitaba el amuleto.

Experimentó una oleada de furia al pensar en la preciada reliquia que con tanta facilidad había caído en poder del Halcón. El estúpido sacerdote que iba a entregárselo no había dejado de balbucir que habían estado a punto de arrancarle las entrañas en su esfuerzo por protegerlo del ladrón. MacTier le había informado con frialdad que habría sido preferible que sus intestinos quedaran esparcidos por el suelo al destino que en ese momento le esperaba. Sin embargo, en última instancia sus amenazas resultaron huecas. Era un hombre pragmático y no deseaba arriesgarse a padecer la cólera de Dios descuartizando innecesariamente a uno de sus preciados servidores. A

cambio, le había dado al sacerdote suficiente tiempo para analizar su fracaso en uno de los pozos oscuros que había debajo de la torre oeste.

Frunció el ceño y se preguntó si alguna vez había dado la orden de liberarlo.

No importaba.

Lo único importante en ese momento era capturar al Halcón y obligarlo a devolver el amuleto. En su esfera de plata se guardaba un fragmento de hueso del mismo San Columbano, el astuto y poderoso abad que había establecido un monasterio en la isla de Iona unos seiscientos años antes. Columbano había sido un hombre de previsión y capacidades notables. No sólo había ayudado a sustituir al débil heredero al trono por Aidan el Falso, un osado monarca que condujo a los escoceses a innumerables victorias sobre los pictos, sino que había vencido con sus propias manos a un monstruo espantoso en las orillas del lago Ness. Se decía que el santo había encontrado en la ribera la esmeralda que anidaba en el centro del amuleto justo antes de ese extraordinario enfrentamiento. En los siglos transcurridos, surgieron incontables historias sobre cómo el amuleto había protegido a su portador de la muerte súbita en la batalla.

Con esa preciada reliquia al cuello, no habría límites para lo que podría conseguir.

Le irritaban las sugerencias que insinuaban que se hacía viejo. Aunque ya no podía esgrimir una espada con la ágil facilidad de su juventud, era capaz de dirigir los movimientos de una batalla con más inteligencia y destreza que cualquiera de los zoquetes que lo rodeaban. No obstante, el buen juicio aconsejaba asegurarse la mejor protección posible. Su esposa al fin había conseguido darle un hijo, pero el muchacho apenas tenía diez años y, lo que era peor, le daba la impresión de ser un mocoso débil y cobarde, que necesitaba muchos años de entrenamiento y educación rigurosos que lo prepararan para el papel para el que había nacido. MacTier no podía permitirse el riesgo de que lo mataran, o el clan elegiría a otro para asumir el liderazgo hasta que se considerara que su hijo tuviera edad para ocupar su puesto. Mientras tanto, una vida de brillante trabajo podía quedar destruida. No, no podía ir a la batalla sin la protección del amuleto. Poco le importaba tener que matar hasta al último de los malditos MacKillon en su misión por forzar al Halcón a entregárselo.

En cuanto a ese elusivo ladrón, pagaría cara la osadía de haberle robado y haber interferido en su legítimo destino.

Capítulo 10

—¡Maldita sea, Gelfrid! ¡Has estado a punto de aplastarme la mano!

—Pensé que habías terminado de extender el mortero —se disculpó el otro con pesar.

—¡Podrías haberte molestado en preguntar antes de haber soltado la maldita piedra encima! —se quejó Ninian—. ¡Tendré suerte si no está rota!

—Intenta mover los dedos —sugirió Gelfrid.

—¡Apártate de mí! —exclamó Ninian, llevándose la mano al pecho—. ¡Ya he tenido suficiente con tu torpeza para un día!

La cara de Gelfrid enrojeció ante el insulto.

—Así que torpe, ¿eh? Muy bien... ¡veamos con qué rapidez eres capaz de levantar tu solo el merlón!

—Puede que tarde más —concedió Ninian—, pero al menos lo haré sin aplastarme ningún hueso.

—Vamos, vamos, ¿a qué se debe esta conmoción? —inquirió Magnus.

—Gelfrid casi me rompe la mano —informó Ninian con furia.

—¡Jamás habría pasado si no fueras tan condenadamente lento! —espetó Gelfrid.

—Vamos, vamos, muchachos —intervino Magnus—, hemos de trabajar juntos si queremos reparar estos daños.

—¿Qué diferencia marcará que lo arreglemos? —preguntó Mungo de malhumor—. Lo más probable es que los MacTier regresen y destruyan otra cosa.

—Roarke dijo que debíamos llevar a cabo las reparaciones de inmediato —titubeó Lewis, temeroso de que volvieran a ladrarle. Hasta el momento sus intentos amables de organizar a los hombres experimentado un fracaso miserable.

—Y eso es exactamente lo que deberíamos hacer —añadió Melantha al levantar la vista de la flecha que estaba emplumando— De contrario, a todo el mundo le resultará claro que somos vulnerables —colocó la saeta terminada con el resto de las flechas acabadas.

—¡Por Dios, no éramos tan vulnerables cuando enviamos a esos malditos MacTier a casa con el rabo entre las piernas! —juró Thor sentado en una silla mientras lustraba con mimo la gaita.

—¡Ahí tenéis una buena historia que podréis narrar a vuestros cachorros!

—Perdona, Thor, pero si la memoria no me falla, creo que fueron Roarke y sus hombres los que de hecho nos ayudaron a ganar la batalla —señaló el lord MacKillon—. Si no lo has olvidado, fue él quien nos dijo que les pusiéramos los puñales al cuello y fingiéramos que íbamos a matarlos.

—¿Qué quieres decir con eso de «fingir»? —parpadeó confundido.

—¡Cuidado ahí abajo! —Hagar se asomó por encima de las almenas para ver cómo una de las maderas de la tambaleante plataforma se desplomaba hacia el suelo cerca de Colin—. ¿Te encuentras bien, hijo?

—Sí —repuso con una mueca por el dolor que el súbito movimiento provocó en su espalda cosida—. ¿Quieres que suba a ayudarte?

—No hace falta —informó Hagar con alegría—. Todo está bajo control. Quédate ahí y descansa tal como te dijo tu madre.

—Perfecto —musitó Colin, que reanudó el paseo inquieto por el patio.

—¿Qué hacéis ahí, muchachos? —preguntó Melantha al ver aparecer a sus tres hermanos.

—Queremos ayudar —informó Daniel con seriedad.

—A reparar el castillo —añadió Matthew.

—No somos bebés —indicó Patrick, por si quedaba alguna duda al respecto—. Yo ayudé a Myles a construir una de las plataformas.

—Podéis echar una mano en alguna otra zona del castillo —informó Melantha—. Ahí arriba no.

—No va a pasar nada, Melantha —aseguró Daniel con voz desafiante—. Tendremos mucho cuidado.

—He dicho no, Daniel —repitió ella con firmeza—. Si de verdad queréis ayudar, entonces id a preguntarle a Beatrice o a Edwina si necesitan algo para la cena.

—No quiero trabajar en la cocina —bufó Daniel disgustado.

—Yo sí —contradijo Patrick.

—¿No hay otra cosa que podamos hacer? —suplicó Matthew, a quien no le hubiera importado ir a la cocina, pero que quería aliarse con su hermano mayor.

—Muy bien. —Melantha se sentía completamente exasperada—. Tomad estas flechas y preguntadle a Colin cómo se empluman —instruyó tras decidir que también Colin necesitaba una tarea que lo mantuviera ocupado—. En cuanto hayáis terminado, colocadlas en orden junto con las otras flechas en la torre sur.

—Ese es un buen trabajo, Daniel —comentó Matthew, que intentó evaluar la reacción de su hermano—. Estaremos fabricando armas.

Daniel frunció el ceño.

—Mira todas esas plumas bonitas —se maravilló Patrick, que con felicidad recogió algunas en las manos.

—Ten cuidado de no romperlas —advirtió Melantha. Ayudó a acomodar las flechas en los brazos de Daniel y Matthew, luego los observó mientras iban a buscar a Colin. Entonces se puso a caminar inquieta a lo largo de la muralla, preguntándose qué hacer a continuación.

—Creo que hace tiempo que no salimos de caza —aventuró Magnus—. Para comer —añadió con el fin de que no creyera que le sugería ir a robar.

Ella sintió una oleada de energía renovada por el cuerpo.

Matthew arrojó la pluma al aire y miró cómo caía despacio al suelo.

—¿Estás seguro de que Melantha no se enfadará?

—¿Y por qué habría de molestarse? —preguntó Daniel por delante de él—. Acaba de decirnos que no podemos subir a la muralla... jamás mencionó que no pudiéramos ir al bosque.

—Pero no se nos permite jugar con arcos y flechas.

—No vamos a jugar —aseveró Daniel—. Vamos a cazar.

—Creo que tampoco se nos permite cazar —Matthew parecía dubitativo.

—¿Por qué no? Melantha siempre habla de cómo papá la llevaba de caza desde que apenas podía andar. Ya tengo trece años y tú a punto de cumplir los once... somos más que mayores.

—¿Y si pasa algo? —insistió Matthew. Se agachó para recoger la pluma—, Entonces Melantha se enfadará con nosotros.

—Lo único que va a pasar es que le dispararemos a unos conejos gordos para llevarlos a casa y que todo el mundo nos felicite por lo buenos cazadores que somos —predijo Daniel—. Beatrice se los llevará a la cocina y los preparará para la cena; todo el mundo nos vitoreará por ayudar a alimentar al clan.

—¿De verdad?

—Absolutamente. Entonces Melantha comprenderá que ya somos casi hombres y nos dirá que a partir de ahora podremos acompañarla siempre a cazar.

Los ojos de Matthew brillaron de placer al analizar esa posibilidad. Volvió a lanzar la pluma al aire y la contempló mientras aterrizaba sobre la tierra cubierta de agujas de pino.

En ese momento la pluma comenzó a temblar.

El aroma acre penetró en las fosas nasales de Melantha mucho antes de que sus hombres y ella salieran del bosque.

Unos penachos de humo negro se elevaban desde media docena de cabañas sobre la colina, y una serie de fuegos moteaban la hierba seca de los campos. Su gente corría en todas direcciones para echar cubos con agua y palas de arena y tierra a las llamas en un esfuerzo desesperado por contener el incendio y quizá salvar parte de sus hogares. Melantha galopó hacia el castillo con el pecho atenazado por el miedo. Tenía que encontrar a sus hermanos y comprobar que estaban a salvo, abrazarlos y sentir sus cuerpos delgados contra ella.

Entonces, y sólo entonces, podría centrarse en lo que había sucedido.

Atravesó la puerta al galope con Magnus, Lewis y Finlay a sus talones. Desmontó para correr al gran salón.

El lord MacKillon, Thor y Hagar estaban sentados a una mesa, mientras Colin caminaba con paso ansioso delante de ellos. Al verla sus expresiones ya graves se vinieron abajo.

Melantha supo que algo terrible le había pasado a uno de sus hermanos.

—Decídmelo —suplicó con voz ahogada.

—Se trata de Daniel y Matthew —informó Colin—. Los MacTier se los han llevado.

Un mareo enfermizo se apoderó de ella, provocándole calor y frío al mismo tiempo. «No», pensó en un afán por darle sentido a lo que acababa de oír. Se llevó las manos a los ojos para luchar contra el movimiento del salón. Por favor, Dios, que no...

—Está bien, muchacha —musitó Magnus, pasándole un brazo por sus hombros para abrazarla—. Apóyate en mí y respira hondo. No es momento para sentir pánico. ¿Me entiendes? —preguntó con firmeza.

Ella no habló pero se apoyó en él y se consoló con la sensación de fortaleza y solidez que le transmitió.

—Vamos a recuperarlos, Melantha —juró Colin con fiereza—. Te lo prometo.

—Sí —convino Finlay, que se situó de manera protectora al otro lado de ella—. Aunque tengamos que matar al último MacTier para conseguirlo.

Lewis también se aproximó en silencio para cerrar el círculo de fuerza y determinación a su alrededor.

Melantha respiró entrecortadamente y luchó contra el terror que la empujaba hacia la histeria. No podía ceder a ella, pues sí comenzaba a divagar y a llorar perdería unos momentos preciosos.

—¿Qué sucedió? —inquirió, obligándose a hacer a un lado las emociones.

—Daniel y Matthew habían salido a jugar al bosque —explicó Colin—. Los MacTier los capturaron antes incluso de que supiéramos que se hallaban cerca —su mirada irradiaba agonía, como si considerara que tendría que haber sido capaz de impedirlo—. Lo siento, Melantha.

—No fue tu culpa, Colin. –".Ha sido culpa mía", reflexionó con angustia. "Es mi culpa por haber traído a Roarke" a sus hombres aquí y atreverme a pedir un rescate por ellos. Es mi culpa por provocar la ira de los MacTier».

—Después de que se llevaran a los muchachos, incendiaron las cabañas y los campos —continuó el lord MacKillon.

—¿Hubo algún herido? —preguntó Magnus.

—Todo el mundo está bien confirmó Hagar—. Los MacTier ni siquiera intentaron atravesar el muro. Simplemente galoparon por la zona aterrorizando a todo el mundo y prendiendo fuego a lo que veían.

Una pregunta terrible se desplegó en la mente de Melantha.

—¿Roarke y sus hombres figuraban entre ellos? —preguntó con voz débil.

—Santo cielo, no —repuso el lord MacKillon, espantado por la posibilidad—. Decididamente no. Roarke y sus hombres jamás se comportarían de una manera tan cobarde.

—Los conducía ese joven de pelo rubio que intentó rescatarlos la otra noche —añadió Hagar—. Oí que sus hombres lo llamaban Derek. Y he de decirte que fue muy desagradable.

—¿Qué dijo? —preguntó Lewis—. ¿Fue nuestro castigo por tomar prisioneros a Roarke y a sus guerreros?

Un silencio incómodo cayó sobre el salón.

—Vamos, soltadlo —instó Magnus con impaciencia—. Si queremos recuperar a los muchachos, debemos saber qué desean los MacTier.

—Me temo que querían conocer la identidad del Halcón –suspiró el lord.

—Desde luego, todos negaron cualquier conocimiento del Halcón —aseguró Hagar con presteza—. Pero no creo que quedaran vencidos.

—¡Despreciable y cobarde basura! —bramó Thor—. ¡En tiempos no recurríamos a usar a jóvenes desvalidos en la guerra!

—Ya saben quién es el Halcón —decidió ella; la mente le daba vueltas mientras intentaba imponerle un sentido a lo sucedido— Roarke y sus hombres debieron decírselo a MacTier... de lo contrario, ¿por qué habrían apresado a Daniel y a Matthew?

—Me parece que no lo saben, Melanita —repuso Colin—. No paraban de aludir al Halcón como sí fuera un hombre y no esperaban encontrarlo aquí... intentaban intimidarnos para que les reveláramos su identidad.

—Creo que se llevaron a los chicos porque estaban solos y fueron fáciles de capturar —agregó Hagar—. Ese Derek jamás dio a entender que pensara que tuvieran algún parentesco con el Halcón.

—Pero resulta obvio que estaba convencido de que el Halcón mantiene alguna relación con este clan —afirmó el lord MacKillon— Por eso pensaba que el Halcón se enteraría de lo que pasó y querría hacer algo al respecto.

—Entonces, ¿qué os dijeron? —inquirió Magnus.

—Que si queríamos ver a los chicos con vida —Hagar lo miró preocupado—, lo mejor era que nos cercioráramos de que el Halcón se entregara junto con sus hombres al lord MacTier en un plazo de cuatro días. Entonces los muchachos nos serían devueltos.

«Mantén la calma se ordenó Melantha en silencio mientras luchaba por controlar el miedo. Si permitía que la dominara el pánico no seria capaz de formular un plan. Cuatro días. Hacían falta tres día para ir desde el castillo hasta la fortaleza MacTier. Era evidente que el lord MacTier contaba con que los MacKillon fueran capaces de transmitirle su mensaje al Halcón con rapidez, pero les daba un día para encontrarlo. Su mente se puso a considerar las posibilidades.

—Colin, ¿tu espalda ha sanado lo suficiente como para viajar?

—Sí —aseveró sin vacilación.

—No puedes pensar en ir allí, Melantha —objetó el lord consternado—. En cuanto MacTier os tenga a ti y a tus hombres, lo más probable es que os mate tanto a vosotros como a los chicos. No puedo permitirlo.

—¡Mataré al truhán antes de que tenga esa posibilidad! —juró Thor—. ¡Lo trocearé en pedazos tan pequeños que tendrán que emplear una pala para levantarlo del suelo!

—¿Piensas ir?—inquirió el lord MacKillon asombrado.

—Desde luego. ¡Es hora de enseñarle a esos villanos una lección que jamás olvidarán!

—El lord tiene razón, muchacha —convino Magnus sin prestar atención a Thor—. No puedes pensar en ir a ofrecerte a cambio de los chicos... es seguro que nos matará a todos para acabar con el asunto.

—Sólo nos matará si averigua quiénes somos —señaló Melantha.

—Nos disfrazaremos, ¿verdad? —inquirió Thor cada vez más entusiasmado. Se llevó la mano a su cabellera nevada y frunció el ceño—. Quizá debiera añadirle un toque de color a mi pelo.

—Olvidas que Roarke y sus hombres estarán allí, Melantha —indicó Hagar—. Disfrazados o no, es seguro que si os ven os reconocerán.

—El deber hacia su clan los obligará a revelar vuestra verdadera identidad —continuó con seriedad el lord MacKillon—. Aunque odien hacerlo.

—No creo que Roarke esté presente —repuso Melantha con más seguridad de la que realmente sentía—. Me dijo que sus días de combate se habían

terminado y que pensaba retirarse a un castillo que el lord MacTier le había prometido en recompensa por sus muchos años de servicio. Parecía bastante ansioso por partir a su nuevo hogar.

Thor fue incapaz de ocultar su decepción.

—¿Se llevaba al vikingo con él? Quería despedazarlo.

—Será mejor suponer que se han ido todos —reflexionó Magnus—. De lo contrario, las cosas podrían complicarse un poco.

—¡Yo me ocuparé de cualquier complicación! —prometió Thor.

—Perdona, Thor, pero creo que será mejor para el clan que tú permanezcas aquí —dijo el Lord al ver la expresión preocupada de Melanita—. Después de todo, necesitamos a alguien con tu considerable destreza en el combate para que nos ayude a proteger al clan en caso de sufrir otro ataque.

Thor hinchó el pecho, satisfecho por el cumplido.

—Bueno, desde luego, si de verdad me necesitáis...

—Lewis, corre a buscar a Gillian y a Beatrice y pídeles que se reúnan conmigo en mi habitación —indicó ella—. Diles que lleven todos los vestidos que puedan encontrar que no estén gastados o manchados. Necesito algo hermoso que ponerme.

Todos en el gran salón la miraron atónitos.

Capítulo11

El lord MacTier maldijo en voz alta mientras estudiaba los cientos perdidas registradas en su libro.

La suma total era apabullante, en particular si se consideraba que el Halcón y su banda no sólo atacaban a los MacTier, sino que también se dedicaban a robar a clanes aliados y cuyo bienestar se hallaba directamente vinculado al suyo. Desconocía si el Halcón atacaba a clanes no relacionados con el suyo. Reflexionó en ello unos momentos, pero en última instancia llegó a la conclusión de que era menos peculiar de lo que en un principio parecía. Después de todo, desde hacía casi cien años su clan era el más rico y poderoso. No costaba comprender por qué un ladrón elegiría cebarse en él.

Lo que resultaba inconcebible era el hecho de que todavía no hubiera sido capaz de apresar a ese molesto proscrito.

La posibilidad de que el amuleto estuviera protegiéndolo lo llenó de furia. Los poderes de la reliquia eran misteriosos, y aquel sacerdote idiota no había sido capaz de decirle si tenía la potestad de proteger al que lo portaba sólo de una muerte violenta o si también lo guardaba de otras amenazas, como ser capturado. Era evidente que no resguardaba al portador de un simple robo, ya que de lo contrario el Halcón no hubiera tenido tan fácil arrebatárselo al sacerdote. El muy tonto le había asegurado que el Halcón no tenía ni remota idea de los poderes del amuleto, pero era obvio que podría ver que era de plata y que contenía una piedra de cierto valor. Martilleó los dedos con gesto pensativo sobre la mesa. A regañadientes decidió que resultaba mejor tener al Halcón bajo su protección. Al menos el proscrito lo llevaría encima, y no lo habría vendido o regalado. Lo único que debía hacer MacTier era quitárselo del cuello cuando apareciera, y entonces el ladrón volvería a ser vulnerable.

No le perturbaba en absoluto el hecho de que Derek hubiera tomado como rehenes a dos muchachos MacKillon. A éstos había que castigarlos por atreverse a pedir un rescate por sus guerreros; que también conocieran la identidad del Halcón le daba más motivos para caer sobre ellos. Si Roarke había esperado despertar su simpatía con la descripción de sus luchas cotidianas, había fracasado por completo. MacTier había dedicado la vida a acumular riquezas y poder, lo cual inevitablemente se lograba a costa de otros. Por suerte no sentía inclinación a preocuparse por el modo en que sus victorias afectaban a los demás. Eso es lo que lo había convertido en un gran lord, del mismo modo en que otrora había hecho de Roarke un magnífico guerrero.

Suspiró y alargó la mano hacia la copa, mientras se preguntaba qué había pasado para que su más grande luchador hubiera perdido su espíritu de combate. Rezó a Dios para que jamás le sucediera a él.

Una llamada sonora a la puerta lo sobresaltó e hizo que volcara la copa. El vino se esparció por su preciado libro, manchando de carmesí las páginas amarillentas. Maldijo con furia, alzó el pesado manuscrito y dejó que el líquido chorreara sobre la mesa.

—Adelante —rugió.

La puerta se abrió con cierto titubeo y reveló la forma gigantesca de Neill.

—Perdona por molestarte, lord MacTier —se disculpó el guerrero—. quería informarte de la llegada a salvo de la sobrina del lord Ross.

—¿Qué? —preguntó, distraído por sus esfuerzos de secar el vino vertido con unos papeles.

—La sobrina del lord Ross —repitió Neill—. Acaba de llegar con una escolta de cuatro hombres y ha solicitado que te informáramos directamente a ti de su viaje. Dijo que sabía que estarías preocupado por los peligros que presentan los proscritos en el bosque e insistió en que te tranquilizáramos.

—¿La sobrina del lord Ross? —musitó MacTier.

—Se llama Laureen —indicó Neill en su afán por ser de utilidad—. Va de camino a visitar a su prima, que se ha casado con el hijo de la hermana del lord Grant. Pidió que te extendiéramos su más profunda gratitud por permitir que ella y sus hombres pararan aquí a pasar la noche y dijo que su tío agradecería tu generosa bienvenida.

El lord MacTier hurgó en su memoria y en vano intentó recordar si el lord Ross le había enviado una misiva en la que solicitaba la hospitalidad para su sobrina. No recordó nada, pero con tantos acontecimientos recientes resultaba del todo posible que hubiera leído el mensaje para olvidarlo al instante. No había nada extraño en que miembros de clanes aliados se detuvieran a pasar una o dos noches antes de proseguir viaje. Dejó el libro de cuentas empapado sobre el escritorio, sintiéndose cansado e irritado. No estaba de humor para hacer de amable anfitrión de una mocosa malcriada que, como tuviera gota de sangre de Ross en sus venas, lo más probable es que exhibiera el cuerpo y la cara de un animal.

—Ocúpate de que reciban lo que necesiten —instruyó con indiferencia, acercándose a la ventana—. Y dile a la sobrina de lord Ross que le extiendo la bienvenida, pero que, por desgracia, unos asuntos acuciantes me impiden estar presente esta noche en el gran... —calló de repente al contemplar a la mujer exquisita que se hallaba en el patio.

Su cuerpo alto y grácil se hallaba cubierto por un vestido claro de lana con rebordes de oro, sobre el cual había cruzado una faja estrecha con los colores de su clan. Una lustrosa cascada de pelo negro aparecía arreglada con elegancia en una serie de trenzas sueltas intercaladas con unas cintas de color crema, y una fina diadema de perlas coronaba su cabeza. Sus rasgos eran finos y delicados, pero su porte evocaba la confianza de una joven dama que había sido educada para entender que su sitio se hallaba muy por encima del de la mayoría de la gente que iba a conocer en la vida. En ese momento daba órdenes a sus cuatro hombres, vestidos con los colores de Ross y que en sus escudos tenían grabada la insignia del clan. La escolta consistía en un par de guerreros jóvenes que daban la impresión de ser capaces de manejar una espada con decente competencia, un joven de pelo rojo que parecía temerle a su propia sombra, y un anciano con un asombroso pelo blanco que no tendría ninguna utilidad, salvo, quizá, la de proteger su virtud de doncella de los otros tres.

Un calor poderoso se agitó en la entrepierna de MacTier.

—Dile que me siento encantado con su presencia y que espero que pueda disfrutar de nuestra hospitalidad más de una noche —de pronto se sintió

menos agotado que unos momentos atrás. Hacía mucho que su esposa había dejado de divertirlo en la cama, y después de haberle dado el hijo tanto tiempo esperado, había ido a buscar placeres a otra parte. Así como sabía que era poco prudente forzar su presencia sobre la tierna sobrina de uno de sus vecinos aliados, ¿qué daño podía haber en pasar una velada divertida con ella? Hacía bastante que no tenía invitados. Al ver lo joven y hermosa que era, la perspectiva de compartir unas copas de vino le pareció infinitamente más atractiva que rumiar en soledad el destino que podría haber corrido su preciado amuleto—. Informa a nuestra invitada de que mi esposa y yo estaremos honrados de que cene con nosotros en nuestros aposentos privados —añadió. No tenía ninguna intención de invitar a su esposa a cenar con ellos, pero reconocía que el decoro dictaba que la joven dama creyera que no iba a estar a solas con él—. Espero ansioso verla entonces.

El guerrero realizó una pequeña inclinación de cabeza antes de abandonar la estancia.

El lord MacTier se frotó el mentón mientras observaba a la enérgica belleza que daba órdenes a sus hombres en el patio. El fuego en su entrepierna se incrementó, hasta que tuvo el cuerpo duro y hambriento de liberación. Suspiró y se recordó que no podía tenerla, lo cual sirvió para hacerla más tentadora.

Al menos su burbujeante presencia ayudaría a pasar las tediosas horas antes de que el Halcón al fin se presentara para ser ejecutado.

—Si te ocupas primero de los caballos, no olvides cepillarlos y cerciorarte de que reciban comida y agua —instruyó Melantha con tono imperioso para beneficio de los MacTier que los observaban—. Luego traerás mis alforjas —añadió al mirar a Lewis—. Todos podéis pasar la noche como os plazca, pero no debéis beber en exceso, ¿ha quedado claro? —Su semblante altivo le indicó a su audiencia que era una debilidad a la que tenían propensión. Entonces bajó la voz a un susurro salvaje, lo suficientemente alto para que lo captaran los demás—. No deseo despertar mañana y descubrir que habéis perdido todo vuestro dinero por apostar ebrios. No os atreváis a venir a llorarme sobre vuestro infortunio si veis que no sois capaces de controlar vuestra sed de cerveza. Y ahora id a ocuparos de vuestros deberes —se volvió para obsequiarle a Neill una sonrisa de magnífica feminidad—. ¿Se sintió complacido el lord MacTier al enterarse de mi llegada?

—En verdad que sí, milady —garantizó el guerrero—. Me dijo que os comunicara que vos y vuestros hombres sois bienvenidos para permanecer el tiempo que deseéis; haremos todo lo posible para que estéis cómoda. El lord MacTier también os ha invitado a uniros a él y a su esposa en sus aposentos privados esta noche para la cena. Hasta entonces, será un placer escoltaros a vuestra estancia para que os refresquéis y descanséis.

—Qué amable. —Melantha apoyó con delicadeza la mano en brazo que le ofreció—. Me temo que viajar por la campiña me de exhausta… imagino el aspecto que tengo.

—Estáis hermosa. —El guerrero la contempló con reverencia infantil.

—Qué dulce eres. —Melantha sonrió y se apoyó un poco más en él.

Charló alegremente mientras la conducía al castillo, fingiendo un encanto que con anterioridad no sabía que poseía. Tanto Gillian como Katie habían intentado con valor entrenarla en el arte de la conducta femenina antes de marcharse, pero la contradicción entre la delicada timidez de Gillian y la atrevida confianza de Katie la había dejado confusa. Fue el querido

Magnus el que en última instancia le aportó las sugerencias más útiles al recordarle cómo su amada Edwina lo había seducido cuando la cortejó por primera vez en su juventud.

—Esta es Tess —Neill indicó a una chica sencilla que sacudía manta en la habitación de Melantha—. Se encargará de que tengáis lo que podáis necesitar. —La joven le hizo una reverencia respetuosa—. Si durante vuestra estancia necesitáis algo, por favor, hacédnoslo saber a Tess o a mí.

—Me encantaría darme un baño —suspiró Melantha con añoranza—. Viajar hace que te sientas tan llena de polvo.

—Ordenaré que se os prepare uno de inmediato —afirmó el guerrero, complacido de que hubiera algo más que pudiera hacer por ella.

—Eres muy galante. Esta noche deberé permanecer despierta para pensar en algún modo de recompensar tu amabilidad.

Él se ruborizó hasta el nacimiento del pelo antes de salir a toda velocidad.

—Creo que habéis encendido una llama en el corazón de Neill milady —comentó Tess con alegría—. No es típico en él solicitar que preparen baños y cosas por el estilo cuando los guerreros tienen ordenes estrictas de estar en guardia por el Halcón.

—¿Ese peligroso proscrito? —preguntó Melantha boquiabierta—.¿Es que se le espera?

—En verdad que sí. Debe llegar de un momento a otro… por eso habéis visto a tantos guardias ante la puerta y sobre el muro. En cuanto haga acto de presencia, lo rodearán cien hombres y lo llevarán a rastras a presencia del lord MacTier. Entonces éste lo castigará por todas sus perversas atrocidades.

—¿Cómo sabes que vendrá?

—Nuestros hombres fueron lo bastante inteligentes como averiguar que el proscrito tiene amigos entre los MacKillon –explicó Tess—. Por ello fueron a capturar a dos jóvenes de ese clan, para informarles de que si querían volver a verlos con vida, lo mejor era que entregaran con celeridad al Halcón.

—¿Tomaron como rehenes a unos muchachos? —Melantha se mostró adecuadamente consternada.

—No son tan jóvenes —afirmó de inmediato la chica—. En realidad, ya casi son hombres.

—Ah, bueno, eso es diferente —Melantha tuvo que contener el deseo de corregirla. «No son hombres», quiso gritar. “Matthew sólo tiene diez años y Daniel trece, aunque se esfuerza por comportarse como alguien mayor”—. ¿Los has visto, entonces?

—No —reconoció Tess—. Pero tengo una amiga que trabaja en la cocina, que a su vez conoce al guerrero que les lleva la comida por la noche, y ella me lo ha dicho.

Melantha se acercó a la ventana y miró con nerviosismo.

—Espero que no los tengan en una estancia próxima a ésta, por temor a que el Halcón o los MacKillon decidan atacar el castillo para intentar liberarlos.

—Los MacKillon no poseen la fuerza para tratar de atacarnos —desdeñó Tess—. En cualquier caso, los jóvenes no se encuentran aquí. Se hallan en una de las mazmorras que hay bajo la torre Este.

El corazón de Melantha pareció romperse al contemplar la oscura torre que había del otro lado del patio. En alguna parte de su lóbrego interior, Daniel y Matthew se encontraban acurrucados sobre la tierra húmeda, probablemente pasando frío, hambrientos y aterrados. “Pronto, mis dulces pequeños", pensó al tiempo que trataba de transmitir la fuerza de su amor a través de las gruesas paredes y muros de piedra. «Pronto estaréis libres y todos iremos a casa, para sentarnos en el gran salón a contarle al clan la historia de lo valientes que habéis sido.»

—Perdón, milady, ¿dónde queréis que ponga vuestras alforjas? —Se volvió para ver a Lewis de pie en la puerta.

—Déjalas ahí —instruyó. Lewis avanzó hacia donde señalaba y las soltó sobre el suelo—. ¡Ten cuidado, tonto perezoso! —espetó.

—Perdonadme, milady —Lewis palideció.

—¿Habéis atendido a los caballos? —preguntó mientras repasaba las alforjas.

—Sí –confirmó el otro con respeto.

Melantha levantó la tapa de una alforja.

—¡Mira esto! —gritó indignada—. ¡Patán, has destrozado mi preciosa botella de aceite de rosas! No sólo has arruinado mi ropa, sino que ya no tengo con qué perfumar el agua de mí baño —avanzó hacia él con la mano alzada, lo que provocó que Lewis se amilanara.

—Perdonad, milady, estoy segura de que podré encontraros algún aceite perfumado para vuestro baño —intervino Tess con celeridad, preocupada por el bienestar de Lewis.

—¿De verdad? —Melantha titubeó.

—Disponemos de todo tipo de perfumes maravillosos para el baño —aseguró la joven—. Iré a buscar algunos.

—Prefiero aceite de rosas. Y tampoco debe ser una mezcla muy fuerte, de lo contrario la piel se me irrita.

—No tardaré nada. —Al salir de la habitación, Tess le regaló una sonrisa de ánimo a Lewis.

—Se encuentran en la mazmorra de la torre este —susurró Melantha con urgencia. En cualquier momento llegarían los sirvientes con el baño.

—¿Estás segura?

—Es lo que dijo Tess… pero será mejor que lo confirmes antes de intentar liberarlos.

—La cerveza aflojará la lengua de los guerreros antes de dormirlos —Lewis asintió—. Magnus ya está avivando su sed con historias de la magnífica mezcla que hemos traído como regalo por su hospitalidad. Los hará beber y los mantendrá distraídos con el juego mientras Colin, Finlay y yo vamos a buscar a los chicos. Cuando oigas a Magnus cantar su balada favorita sobre el guerrero y el dragón, sabrás que tenemos a tus hermanos y que nos marchamos. Reúnete con nosotros en la puerta lo más pronto que puedas.

Fue Edwina la que había sugerido el uso de una cerveza adulterada para ayudarlos a recuperar a los jóvenes. Había desarrollado una potente esencia para dormir que no afectaba ni al sabor ni al aroma de la bebida, pero que reducía a un hombre a un estado de profundo sopor tras beber apenas media copa.

—¿Has averiguado si Roarke y sus hombres se encuentran aquí?

—Se marcharon hace una semana a su nuevo castillo —informó Lewis—. No se espera que regresen en muchos meses.

Melantha experimentó alivio. Desde que formuló el plan para rescatar a sus hermanos no había dejado de pensar en la posibilidad de que Roarke pudiera estar ahí. El hecho de que se hallara ausente facilitaría las cosas.

—Voy a cenar con el lord MacTier y su esposa en sus aposentos privados —susurró con rapidez. Ya podía oír el ruido de los hombres en el pasillo transportando la bañera—. En cuanto oiga vuestra señal les diré que me encuentro agotada y les desearé buenas noches. Luego, me escabulliré al exterior y me reuniré con vosotros en la puerta. —Lewis asintió—. ¡Y ahora vete! —instó.

Lewis se acercó a la puerta y titubeó. Giró la cabeza y sus ojos reflejaron la preocupación que lo dominaba.

—Tendrás cuidado, ¿verdad?

—Por supuesto —aseguró ella. No había hecho partícipe a ninguno de sus hombres del plan que tenía para matar a MacTier. De lo contrario, jamás le habrían permitido realizar el viaje. Se obligó a sonreír, Lewis la observó con penetrante claridad. —Melantha...

—Aquí llega mi baño —dijo ella para cortar cualquier comentario de él en el momento en que dos hombres llegaron con una pesada bañera de cobre.

Lewis le lanzó una última mirada de preocupación antes de desaparecer en el pasillo para dejarla sola con sus enemigos.

Los aposentos del lord estaban brillantemente iluminados con docenas de velas, que aportaban a las estancias unas titilantes cintas de oro.

—Me complace que hayas podido reunirte conmigo esta noche, querida —saludó el lord MacTier mientras apoyaba la mano en su cintura para escoltarla a su comedor privado. Se había vestido para la ocasión con una espléndida túnica de lana carmesí con rebordes de hilo de oro, sobre la cual había cruzado una faja generosa con los colores de su clan, abrochada no con uno, sino con dos broches enjoyados—. Aguardaba tu visita con ansiedad, y espero que desees agraciarnos con tu encantadora presencia más de una sola noche. —Le besó la mano con los labios un poco separados.

—Por desgracia, mi querida prima espera impaciente mi llegada —repuso Melantha con alegría, conteniendo el impulso de apartar la mano—. No nos vemos desde que se casó con el sobrino del lord Grant. No podría soportar decepcionarla con el retraso de nuestro reencuentro.

—Ay, entonces he de ser yo el que quede desilusionado —suspiró MacTier, que le soltó la mano para ayudarla a sentarse a la mesa de roble elegantemente tallada—. Ya que nuestra reunión será breve, debemos cerciorarnos de aprovecharla al máximo. —Aprovechó para rozarle los hombros.

Melantha notó que la mesa había sido preparada sólo para dos.

—¿Vuestra esposa no nos acompañará?

—Por desgracia, mi querida esposa se ha indispuesto esta noche – repuso el lord, sentándose frente a ella—. Te envía sus disculpas y espera haberse recuperado lo suficiente para verte mañana.

—Qué pena. —Melantha experimentó la certeza de que MacTier jamás había tenido intención de que se hallara presente—. Espero que no sea nada grave.

—En absoluto. —MacTier canceló el tema de su esposa alzando una frasco de plata de fina orfebrería y llenando con generosidad su copa.

Melantha observó la mesa que tenía ante sí. Unas elegantes bandejas de plata ofrecían lo que con facilidad podría ser comida suficiente para diez personas. Venado, conejo, perdiz y patos asados se veían flanqueados por verduras recubiertas con salsas espesas, mientras unas bandejas con salmón ahumado, pan negro de centeno, quesos aromáticos y tortitas de maíz competían por espacio en la mesa atestada. Con furia pensó que en casa, Beatrice, Gillian y Edwina se afanarían por conseguir que esos alimentos alcanzaran para treinta o cuarenta personas. Ello surtió el perverso efecto de revolverle el estómago.

—¿La comida no es de tu agrado? —preguntó el lord MacTier con el ceño fruncido.

—Parece maravillosa. —Melantha se obligó a sonreír. Bebió un poco de vino, luego se sirvió un trozo de pan y un poco de salmón. Si lograba tragar eso, quizá pudiera conseguir comer un poco más. Era vital que lo mantuviera ocupado mientras sus hombres drogaban a los guardias y liberaban a sus hermanos. En cuanto oyera la señal de Magnus, desenvainaría el puñal que llevaba en la pantorrilla para clavarlo en el corazón de MacTier.

—¿Has tenido un viaje sin incidentes? —preguntó él con ganas de conversar mientras se llenaba el plato.

—No aconteció ningún percance. —Melantha suspiró y fingió una desilusión femenina—. Después de oír todas esas historias sobre el Halcón y su temible banda de forajidos, esperaba que intentara robarnos para ver si de verdad es tan terrible como afirma todo el mundo.

—Eres afortunada de no habértelo encontrado. Es bien sabido que el Halcón y sus hombres han sido la ruina de muchas jóvenes hermosas que han tenido el infortunio de ser víctimas de sus brutales costumbres. —Su mirada exhibió un destello depredador al concluir—. No me gustaría contemplar semejante destino para alguien tan hermosa como tú.

Melantha abrió mucho los ojos con apropiado susto.

—¿El Halcón viola a las mujeres? Desconocía eso.

—No tienes nada que temer, querida, ya que ahora te encuentras a salvo en mi castillo —la tranquilizó extendiendo la mano para apoyarla sobre la suya—. Sin embargo, quizá te convenga pensar en retrasar tu partida hacia el hogar de tu querida prima hasta que haya tenido la oportunidad de capturar a esa bestia depravada. Espero hacerlo en un día... dos como mucho. Hasta entonces, estoy convencido de que podré encontrar formas de mantenerte agradablemente entretenida. —Con gesto lánguido pasó un dedo por la palma de su mano.

De pronto se detuvo y frunció el ceño al notar la piel endurecida de años de manejar la espada y el arco.

—Se me dijo que lo esperabais —comentó Melantha cerrando el puño—. Pero con la cantidad de guardias apostados en el castillo, ¿de verdad pensáis que entrará en vuestra fortaleza para anunciar su presencia? —con gesto casual retiró la mano y alzó la copa.

El lord MacTier bebió vino y sonrió.

—Me temo que tiene poca elección. Le he tendido una trampa insoslayable.

—¿Por los muchachos que habéis capturado? —Melantha tuvo cuidado de no mostrar el desprecio que eso le inspiraba.

Él asintió.

—Hasta ahora, nadie ha sido capaz de determinar a qué clan pertenece el Halcón, o si, de hecho, está afiliado a alguno. Eso ha imposibilitado descubrir su identidad. Su relación con los MacKillon terminará por representar su ruina, ya que lo obligará a entregarse a mí.

Melantha lo observó por encima del borde de la copa.

—Pero, ¿por qué creéis que le importa lo que le suceda a los jóvenes? Si es tan vil y depravado como afirma todo el mundo, ¿por qué se va a sacrificar para salvarlos?

—Si no se presenta, entonces uno de los MacKillon revelará el secreto de su identidad —respondió MacTier con impaciencia al tiempo que descartaba la implicación de que el Halcón era menos que despreciable—. Es probable que los chicos tengan padres cuyo amor por ellos supere la consideración que puedan exhibir hacia el Halcón. De cualquiera de los dos modos, voy a capturar a ese maldito proscrito. Y cuando lo haga —concluyó con tono ominoso—, me encargaré de que devuelva hasta el último artículo que me ha robado... hasta la última prenda de vestir.

«No, eres tú, MacTier, quien me ha robado a mí, a mis hermanos, a mi pueblo. Y nada de lo que tengas podrá pagar jamás lo que me has arrebatado». Melantha vació la copa y sintió que el color y el odio comenzaban a fundirse.

—¿Más vino? —ofreció él con una sonrisa. Era evidente que pretendía emborracharla.

—Gracias —aceptó ella sin aliento. Si la creía embriagada, relajaría sus propias defensas.

Eso haría que fuera más fácil matarlo.

Por la ventana entraron unas risas y cantos ebrios. Melantha se esforzó por captar la balada de Magnus, pero no logró detectar su canción por encima del coro estridente de voces masculinas.

—¿Qué diablos sucede ahí abajo? —el lord frunció el ceño.

—Parece que vuestros hombres se divierten —dijo Melantha, preguntándose por qué los MacTier no caían dormidos. ¿Es que no habían bebido más de media copa de la cerveza de Edwina?— Es el reflejo de un buen lord que sus hombres se sientan tan inspirados como para dedicarse a cantar. Vamos, lord MacTier, apenas habéis tocado vuestra cena...

—Mis hombres no pueden dedicarse ni a respirar sin que yo lo ordene —soltó el lord con voz severa—. Y en este momento tienen la orden de mantenerse alerta por el Halcón... algo que no podrán cumplir si caen en una borrachera total. —Los cánticos y las carcajadas se tornaron más sonoros cuando se acercó a la ventana.

Melantha experimentó pánico. Si MacTier descubría que sus hombres se hallaban borrachos o drogados, podría sospechar que el Halcón se encontraba en el interior de su fortaleza y despachar de inmediato guardias para que llevaran ante su presencia a Matthew y a Daniel. Colin, Lewis y Finlay probablemente va estaban en la mazmorra tratando de liberar a sus hermanos. Si los sorprendían, serían ejecutados.

Debía impedir que MacTier llegara hasta la ventana.

Fue ese objetivo sencillo y desesperado, en vez de la dolorosa red de odio y furia, lo que la impulsó a levantarse y sacar la daga de la funda. No había tiempo para analizar la moralidad de sus actos ni para atormentarse con excentricidades sobre el bien y el mal. Sólo existía la absoluta necesidad de impedir que el hombre que tenía ante sí asesinara a aquellos a los que quería.

Lanzó el puñal. a través de la estancia.

La hoja voló en línea recta y limpia hacia su objetivo. Pero el lord MacTier, quizá distraído por su movimiento de incorporarse, se volvió en el último instante, alterando así el blanco. No emitió sonido alguno cuando la daga se clavó en su hombro, sino que la miró con incredulidad, como si no fuera capaz de imaginar cómo había llegado hasta allí.

Entonces sus ojos se encontraron y la incredulidad se transformó en furia.

—¡Guardias! —rugió al tiempo que se alejaba un paso de ella, como si temiera que pudiera tener otra arma escondida—. ¡Guardias! La puerta de la habitación se abrió y cuatro guerreros de pavorosas proporciones irrumpieron en la cámara con las espadas listas para la masacre. Al ver sólo a Melantha de pie, con un aspecto tan pequeño y pálido, miraron a su lord dominados por la confusión.

—¡Arrestadla! —ordenó MacTier—. Llevadla a la mazmorra y…

¡Los prisioneros han escapado!

Ese nuevo desarrollo tuvo el efecto de que nadie se fijara en Melantha mientras el lord MacTier y sus guerreros corrían a la ventana para ver qué sucedía abajo.

—¡Detenedlos! —gritaba un guerrero que trastabillaba con paso ebrio hacia la puerta. Después de dar la orden, se detuvo, eructó y giró en redondo para ponerse a silbar, evidentemente satisfecho al considerar que su contribución a la captura de los presos se había completado.

Otro guerrero avanzó unos pocos pasos vacilantes antes de caer de rodillas.

—Que alguien cierre la puerta —murmuró con lengua pastosa; entonces cayó de bruces al suelo y se puso a roncar.

—Ewan, no tienes muy buen aspecto, amigo —comentó un guerrero que salió a trompicones de los establos con una jarra—. ¿Quieres un poco más de esta estupenda bebida? —Como su camarada no respondió, él se bebió la jarra, luego se volvió para aliviarse contra la pared al tiempo que cantaba a voz en cuello—: Oh, érase una vez una muchacha con un trasero redondo…

—¡Cerrad la puerta! —bramó el lord MacTier, observando frustrado cómo Colin, Lewis, Finlay, Magnus y los jóvenes salían de pronto de los establos al galope hacia el rastrillo abierto—. ¡Qué alguien cierre la maldita puerta!

—… y le di mi lanza y ella casi me dejó bobo…

—¿Qué demonios les sucede?—preguntó al lord indignado mientras sus prisioneros escapaban por el patio atestado con los cuerpos de sus mejores hombres, que trastabillaban, caían y cantaban.

—Parecen borrachos —comentó un guerrero.

—Quizá se han visto sometidos a una especie de hechizo —apuntó otro.

La cara del lord MacTier se puso roja.

—¡Lo mataré! ¡Atraparé a ese maldito Halcón y me encargaré de que lo descuarticen! ¿Me oís? —Agitó los brazos y tuvo que respirar hondo por el dolor que atravesó su hombro derecho—. ¡Tú! —rugió al clavar la vista en Melantha—. Tú eres parte de todo esto... y sabes quién es él, ¿verdad?

Ella guardó silencio.

—Traedla al gran salón —ordenó MacTier con brusquedad—. ¡Y que uno de vosotros me quite este maldito puñal del hombro!

La aflicción se reflejaba en el rostro de cada guerrero que se arrastraba al Gran Salón para enfrentarse a la ira del lord MacTier.

La furia de éste era terrible, pero Melantha no creyó que pudiera compararse con los efectos del poderoso brebaje preparado por Edwina. Ésta le había asegurado que sumiría a todo aquel que lo bebiera en un feliz sueño. Sin embargo, lo que había olvidado mencionar es que cuando esa agradable euforia comenzara a menguar, se vería sustituida por un demoledor dolor de cabeza y una incesante náusea que bien podían hacer que el que los padeciera suplicara la muerte.

Le dio la impresión de que un número excesivo de guerreros rezaba en ese momento.

—¡Idiotas! —rugió el lord MacTier con un estado de ánimo más irascible debido a que le habían sacado la daga de la palpitante herida del hombro—. ¡Imbéciles! ¡Debería encadenaros y dejar que os pudrierais en las mazmorras!

Nadie dijo nada. O se hallaban abrumados por el sufrimiento físico, o con inteligencia habían decidido que era mejor permanecer en silencio ante la furia de su señor.

—Y tú —de repente centró su atención en Melantha—. ¿Quién demonios eres y qué relación tienes con el Halcón?

—Eso no tiene importancia —respondió ella con frialdad y gozo ante su evidente frustración—. Jamás lo capturarás.

El lord MacTier había intentado encontrar a algún guerrero que no estuviera ebrio para que persiguiera a sus hombres y sus hermanos.

Cuando al fin se conformó con un puñado que aún era capaz de montar a caballo, los fugados tenían una importante ventaja. No dudaba que podrían escabullirse entre las sombras del bosque que tan bien conocían.

— Tu profunda lealtad hacia ese proscrito es tan estúpida como patética. – El lord dio lentamente una vuelta alrededor de ella—. ¿No te parece una cobardía que enviara a una muchacha a distraer a su enemigo mientras él se protegía con una fuerza de guerreros? ¿Qué clase de hombre expondría a una doncella a semejante peligro para luego dejarla atrás?

—¿Qué clase de hombre tomaría prisioneros a dos niños inocentes y los encerraría en una mazmorra para inducir con engaño a su enemigo? –retó Melantha con desdén—. ¡Sólo podría tratarse de la misma clase de hombre que convierte en un deporte atacar a clanes mucho más débiles que el suyo, con el fin de robarles toda su ropa y alimento para poder vestirse con unas túnicas ridículas y sentarse a mesas listas para desmoronarse bajo el peso de la comida preparada únicamente por glotonería¡

Un jadeo horrorizado salió de los aturdidos MacTier.

El rostro del lord no traicionó ninguna emoción al cerrar las manos sobre los hombros de ella. Despacio comenzó a apretar con fuerza, amoratando

primero la carne tierna para luego aplastar los huesos hasta que Melantha creyó que se rompería bajo su cruel presión.

—Cuida la agudeza de tu lengua, mi pequeña áspid –musitó con aliento caliente y asqueroso sobre su mejilla—. Sería una pena verme obligado a romper un cuello tan bonito. – Le soltó los hombros para deslizar los dedos por su cuello con un contacto gentil pero amenazador.

—Eres tú quien ha de tener cuidado, MacTier, pues un hombre que sólo tiene enemigos jamás podrá conocer un momento de reposo. –Melantha bajó la voz hasta el murmullo al jurar con vehemencia—: Si el Halcón no te mata, lo hará uno de tus propios hombres. Ese es el precio del poder conseguido mediante la tiranía y el miedo.

La mano se paralizó en su piel.

Ella sonrió con sombría satisfacción al notar la aprensión que vio encendida en sus ojos.

—¡Lo tenemos! –gritaban unas voces excitadas desde el exterior—. Abrid paso... ¡Tenemos al Halcón!

Fue el turno del lord MacTier de sonreír.

—Vaya giro fascinante que ha dado la situación, ¿no crees?

La soltó con brusquedad.

Melantha sintió un escalofrío de alarma. Con un fingido y mínimo interés, observó a varios guerreros MacTier que irrumpieron en el salón empujando no a uno, sino a dos cautivos.

Al ver que se trataba de Colin y Daniel, la alarma se transformó en terror.

El lord MacTier caminó despacio hasta Colin, inmovilizado por dos hombres. A uno de ellos lo reconoció como el guerrero rubio que había conducido el reciente ataque contra su castillo. El otro era Neill, que tan caballeroso se había mostrado con ella en sus atenciones cuando llego allí.

—He esperado mucho tiempo para esto, mi proscrito amigo —murmuró el lord.

Echó atrás el puño y lo lanzó con dureza contra el rostro de Colin. De algún modo Melantha logró contener el grito que afloró a su garganta. Cualquier cosa que hiciera para revelar sus sentimientos por Colin o Daniel sólo ayudaría a que corrieran más peligro. Por ello se obligó a mirar con rígida calma cuando Colin escupió un chorro escarlata sobre el suelo y salpicó la fina piel de las botas del lord. Luego alzó la cabeza para volver a contemplar a MacTier.

—¿Es así como le das la bienvenida a tus invitados? —preguntó con suavidad—. He de decir que no es muy cortés.

—Oh, pero no eres mi invitado —repuso el lord con júbilo mientras disfrutaba de su poder—. Eres el hombre que ha conseguido molestarme constantemente al convertir en un deporte robar lo que es mío. Y ahora que te he atrapado, me temo que vas a tener que pagarlo.

Lo golpeó otra vez e hizo que la nariz de Colin sangrara.

—¡Para! —gritó Daniel, debatiéndose por liberarse de los guerreros que lo sujetaban—. ¡Déjalo en paz!

Colin meneó la cabeza, lo que tuvo el efecto de extender la sangre que le chorreaba por las mejillas y le dio a su cara el aspecto de una materia transformada en pulpa.

Melantha apretó los puños al notar que su falsa serenidad comenzaba a derrumbarse.

—Parece que a tu joven amigo no le gusta verte sufrir —comentó con socarronería mientras desenfundaba la espada de Derek—. Es una pena... Estoy seguro de que no va a disfrutar con lo que pienso hacerte ahora.

—Mátame si eso te place —rugió Colin—, pero al menos ten la decencia de dejar ir al joven y a la muchacha.

—No voy a matarte —informó el lord MacTier al probar el peso y el equilibrio del acero que tenía en las manos—. No cuando aún tenemos tanto de que hablar. Tú, mi amigo Halcón, me has arrebatado muchas cosas en los últimos meses, y pretendo averiguar qué has hecho exactamente con ellas. Lo único que quiero en este momento es dejar bien claro a todos los aquí presentes que no me tomo a la ligera el delito del hurto. Después de todo —se situó detrás de Colin—, robar es un pecado.

Dejó caer la pesada espada con todas sus fuerzas y golpeó la espalda de Colin con la parte plana. Era un golpe que habría derribado a muchos hombres, pero con los músculos cortados de la espalda de Colin aún en dolorosa fase de cicatrización, el efecto fue devastador. Gimió con agonía ,y cayó de rodillas, con la cabeza inclinada para que ni Daniel ni Melantha pudieran ver el alcance de su sufrimiento.

—¡Para! —gritó Daniel con lágrimas en la cara—. ¡Para... maldito bastardo!

Indignado por la insolencia, el lord se acercó para golpearlo.

—Déjalo en paz —ordenó Melantha; su voz sonó como un latigazo—. O te juro que nunca más volverás a ver tus preciadas pertenencias.

MacTier titubeó, desconcertado por la férrea confianza que exhibió.

—¿De qué estás hablando?

—El hombre que tienes ahí no es el Halcón.

—¿Es cierto? —Enarcó una ceja con escepticismo—. ¿He de suponer que este mocoso llorón es quien me ha estado hostigando todos estos meses?

—No —repuso ella con expresión mortalmente seria—. Soy yo.

Un asombro aturdido se extendió por todo el salón.

—¡No la escuches! —gritó Colin mientras se ponía de pie a duras penas—. ¡Yo soy el Halcón!

—No lo es —contradijo Melantha sin apartar la vista del lord—. Puedes confiar en mí, MacTier. Yo soy la proscrita que buscas.

—¡Está loca! —protestó Colin con furia—. ¿Cómo podría ser el Halcón esa joven delgada? ¡Por el amor de Dios, mírala! ¡Si apenas es capaz de levantar a un niño, menos aún de blandir una espada! Lo dice para intentar salvarme... ¡no debes prestarle atención!

—Nadie ha sido capaz jamás de describir al Halcón, porque luce un yelmo —continuó ella con calma, sin hacer caso del exabrupto de Colin—. Eso se debía a que tenía que mantener en secreto el hecho de que era una mujer.

—Llevo un maldito yelmo porque quiero que mi cráneo siga intacto —intervino Colin, cada vez más obstinado—. ¡No escuches sus fantasías infantiles!

—Como ya habrás notado, mis manos llevan las marcas de años de manejar la espada —Melantha alzó las manos endurecidas para que el lord las inspeccionara—. Desde los seis años he sido entrenada en el manejo de la espada.

—Toda mujer de campo tiene las manos ajadas —desdeñó Colin en un intento desesperado por desacreditar su confesión—. ¡Eso no las convierte en ladronas peligrosas, por el amor de Dios!

—Pero no toda mujer de campo lleva la marca de una espada enemiga. —Se bajó la manga del vestido y reveló la cicatriz rosa que culebreaba desde el hombro hasta el codo—. ¿Es que ninguno de tus hombres regresó alardeando de haber herido al Halcón, MacTier? —preguntó con desprecio—. Fue a finales de la primavera y habíamos atacado un coche que portaba artículos de plata dignos de un rey y a un sacerdote demasiado alimentado. Los guardias nos aseguraron que todo el lote era para ti…

Con tres pasos el lord MacTier se plantó a su lado.

—¿Dónde está? —exigió con ferocidad.

—¿Dónde está qué? —Melantha lo observó confusa.

El lord la abofeteó con tanta fuerza que la derribó al suelo.

—No me des motivos para acabar con tu galante amigo —advirtió con ojos que eran como dos rendijas furiosas—. Si de verdad eres el Halcón, entonces sabes exactamente a qué me refiero —se inclinó y susurró con dureza : ¿Dónde está el amuleto?

Ella se esforzó por despejar el mareo que le había provocado el golpe. ¿De qué estaría hablando?

—No finjas que no lo tienes —rugió él—. Ese idiota de sacerdote me contó cómo tú y tus hombres amenazasteis con arrancarle las entrañas si no te lo entregaba. Sabías que llevaba una reliquia sagrada de gran poder por eso atacaste el coche en primer lugar, ¿no? —Mantuvo la voz baja para no revelar su objetivo al resto del clan.

Melantha se dio cuenta de que hablaba del pendiente de plata y esmeralda. El pendiente que Magnus había insistido en que se lo quedara para sí misma en vez de venderlo o cambiarlo por algo útil como alimentos o armas. Desde aquel día lo había lucido constantemente al cuello. Pero el vestido que se había puesto para el viaje lo había dejado al descubierto y temió que MacTier u otra persona pudieran reconocerlo.

Por eso se lo había dejado a Gillian para que se lo guardara.

—Se encuentra oculto en un lugar seguro a unos tres días de aquí —repuso de forma evasiva al comprender que ofrecérselo era la única manera de mitigar su ira y asegurar la libertad de Colin y Daniel. Libera a esos dos y ellos irán a buscarlo y te lo traerán a cambio de nuestras vidas.

El lord MacTier la estudió unos momentos, entre la duda de creerla o no.

—Si intentas engañarme te juro que sufrirás lo indecible —advirtió con suavidad. La agarró del pelo y tiró de su cabeza con fuerza—. ¿Lo has entendido?

—Sí —repuso Melantha con una mueca de dolor.

La soltó y la dejó caer desplomada a sus pies mientras él se incorporaba para dirigirse a su clan.

—El Halcón y yo hemos llegado a un acuerdo —anunció; luego se dirigió a Colin—: Esta noche he decidido liberarte, para que puedas ir a buscar unos artículos que son míos y que vuestra líder fue lo bastante tonta como para pretender quedárselos. Ella te informará exactamente de lo que busco y dónde localizarlos. Tráemelos en seis días, y entonces tú y este airado joven os podréis marchar ilesos. —Calló unos momentos y estudió a Daniel como si lo viera por primera vez. Con expresión triunfal se volvió hacia Melantha—. ¿Es tu hermano, verdad?

—No.

Incluso al decirlo supo que era una negativa fútil. Nadie en ese momento podía engañarse respecto al asombroso parecido que había entre los dos, en particular debido al odio frío que brillaba con tanta pasión en los ojos verdes de Daniel.

—Es una pena —MacTier suspiró—. Un joven que arde con tal desprecio debe aprender las consecuencias de desafiar a los que ostentan el poder. Sólo al enseñar esas lecciones a los jóvenes podemos evitar castigarlos aún con más dureza en el futuro.

—Como te atrevas a tocarlo —advirtió ella con voz gélida—, no volverás a ver aquello nunca más.

El lord enarcó las cejas con sorpresa fingida.

— De verdad me consideras tan monstruoso como para creer que podría hacerle daño a un muchacho? No se puede hacer responsable a tu hermano de tus actos. Por lo tanto, en cuanto tu ensangrentado amigo regrese con lo que busco, tanto él como el joven serán libres de irse...

Melantha experimentó una oleada de alivio. Su propia vida no importaba mientras Colin y Daniel se salvaran.

— ... justo después de que hayan presenciado tu ejecución.

En el salón reinó un silencio sepulcral. Resultó claro que hasta]os MacTier quedaron consternados por la crueldad del gesto de su lord.

—¡Bastardo! —gritó Daniel agitándose con frenesí bajo la poderosa sujeción de sus captores—. Te mataré, ¿me oyes? ¡Te mataré!

—Encerradlo —ordenó el lord MacTier.

Melantha sintió que se le partía el corazón al ver cómo los guerreros se llevaban a rastras a su hermano, que no dejaba de gritar y de llorar.

—A veces un líder debe tomar decisiones difíciles —reflexionó el lord con filosofía—. A tu hermano hay que demostrarle qué destino le aguarda si alguna vez decide seguir tus pasos, mi hermosa Halcón. Será una dura lección, pero que no olvidará con facilidad. Ni nadie que se atreva a contemplar la idea de robarme —frunció el ceño—. ¿Por qué sonríes?

—Pensaba en el día en que alguien te enseñe las consecuencias de robar a los demás.

—Si llega alguna vez, no estarás viva para verlo.

—Lo vea o no carece de importancia —repuso Melantha con calma—. Lo único que importa es lo inevitable.

—Ve a decirle a tu amigo dónde encontrar lo que busco —espetó—. Y no intentes engañarme, o me veré obligado a ejecutar a tu querido hermano contigo.

Melantha se acercó a Colin y le susurró algo al oído. Al terminar, lo estudió un momento con el fantasma de una sonrisa. No fue más que un gesto

breve y rápido de reafirmación que no reveló nada de la increíble devoción que sentía por ese espléndido hombre que había sido su amigo toda la vida. Quería haberle dicho muchas cosas, pero no se atrevió por temor a que el lord MacTier empleara sus sentimientos en contra de ella. De modo que se limitó a sostener su mirada, mientras una profunda ternura le llenaba el alma.

—¡Ya es suficiente! —exclamó el otro con impaciencia—. Te doy seis días —le dijo a Colin—. Si no regresas en ese tiempo con lo que he solicitado, la ejecutaré.

—Lo tendrás —repuso Colin con sequedad.

—Llevadlo fuera y dadle su caballo —ordenó el lord—, Y encerradla a ella en la mazmorra en compañía de su hermano. No veo motivo alguno para que se les niegue el placer de estar juntos.

Melantha irguió la cabeza al verse rodeada por un círculo de guerreros, cada uno ansioso por demostrarle a su señor que esa noche aún eran de alguna utilidad. Los MacTier la contemplaron con una mezcla de respeto y pena cuando caminó por delante de ellos. Mantuvo la vista clavada al frente y se negó a mirar las caras de aquellos que le habían producido tanto sufrimiento y miseria a ella y a su clan.

Sin importar lo que pasara, Colin no le fallaría. Recogería el colgante y regresaría en seis días.

No se atrevía a pensar en nada más.

Capítulo12

— Este lugar es una tumba —se quejó Donald al tiempo que rellenaba su copa dc malhumor—. Juro que he estado en batallas más divertidas.

Myles observó desconcertado las mesas vacías que los rodeaban. ¿Por qué todo el mundo se marcha del salón en cuanto ha terminado de comer? ¿No les gusta quedarse a charlar?

—Sólo cenan con nosotros porque Roarke se lo ordenó —respondió Eric irritado—. Una vez que han cumplido con su mandato, se marchan.

—Bueno, me gustaría que pudieras ordenarles que no se amilanen cada vez que ven a uno de nosotros —gruñó Donald—. Cuando intento hablar con alguien, se pasa toda la conversación memorizando los detalles del suelo. Y cuando al fin me rindo y le digo que se puede marchar, da la impresión de que el diablo en persona lo ha rescatado de la muerte.

Roarke pasó el pulgar por el píe tallado de su copa de plata. Se preguntó a cuántos niños MacKillon alimentaría eso. Se sintió culpable por poseer un objeto tan caro.

—Te tienen miedo.

—¿Y por qué habrían de tenerme miedo? —Donald lo observó asombrado—. Entiendo que puedan temer a Eric... míralo. Parece lo bastante terrorífico como para asustar a un trasgo.

—¿Qué quieres decir con eso? —gruñó el otro.

—No pretendo insultarte, amigo mío, pero desde que te despediste de la hermosa Gillian, tu estado de ánimo ha sido insoportablemente sombrío. Merodeas por el castillo como si esperaras que alguien diera una excusa para encolerizarte.

—¡Es una maldita mentira! —Eric rugió, apoyando la copa con tanta fuerza que tembló toda la mesa.

—¿Lo ves? —Donald miró a Roarke exasperado—. Creo que ha hecho que todos se sientan aterrados de nosotros.

—Eric siempre ha sido así —comentó Myles—. A los MacKillon no parecía molestarles.

—Es verdad —convino Eric complacido de que Myles hubiera salido en su defensa—. A los MacKillon no les molestaba... ni siquiera a los más tranquilos. —Se le contrajo el pecho al pensar en Gillian. Son estos miserables los que se escabullen como ratones asustados cada vez que nos ven.

—Pero eso no tiene sentido —arguyó Donald—. Después de todo, no les hemos hecho nada.

—No, no lo hemos hecho —aceptó Roarke—. Pero sí los MacTier que vinieron antes que nosotros y los forzaron a abandonar su libertad.

—Sin embargo, ahora los haremos más fuertes —señaló Myles—. Disponen de todo el ejército MacTier para acudir en su defensa si lo necesitan.

—O Para aplastarlos si se atreven a desafiarme —Roarke vació su copa v volvió a llenarla; se sentía cansado y dominado por una incomprensible melancolía.

El regalo del lord MacTier había sido generoso. Las tierras eran verdes y fértiles, circundadas por un denso bosque y varias corrientes rápidas y cristalinas. Había un lago profundo y frío que casi era plateado por los peces. Por tradición, la gente de esas tierras era diligente, tal como evidenciaban los campos bien cultivados con granos y verduras. Tampoco podía encontrar ningún defecto en el castillo, aunque le haría algunas mejoras para fortificarlo más. El interior se hallaba decorado con gusto, con tapices de elaboración exquisita y muebles de tallas minuciosas. Como el lord MacTier había decidido añadir esa fortaleza a su colección, decidió no desvalijarla ni causarle un daño innecesario, tal como había hecho con el castillo MacKillon. Por fin Roarke había tenido el placer de dormir en una cama cómoda y acogedora, comer ante una mesa sólida y pulida, y estirarse delante del fuego en un sillón amplio y mullido. Era un buen castillo que contenía elementos de belleza y abundancia, y las personas que lo habitaban se mostraban trabajadoras y obedientes. No les faltaba nada.

Entonces, ¿por qué se sentía tan desgraciado?

Reflexionó que había sido distinto en el castillo MacKillon. Ese montón vacío de piedras rosadas siempre bullía de actividad. Por las estancias corría el viento, mas nunca había sentido frío; las comidas sencillas y frugales, sin embargo, jamás había pasado hambre. Sus hombres y él habían sido prisioneros, pero ninguno se había sentido tan aislado como en su nueva morada. Los MacKillon habían reído y bebido cerveza con ellos, incluso habían osado convertirlos en objeto de bromas estridentes. Sonrió al recordar las veces que Magnus lo había aguijoneado con la flecha que le había clavado en el trasero. Los MacKillon no los habían tratado como a prisioneros ni como a enemigos, salvo por la absurda tendencia a encerrarlos por la noche. Sencillamente los habían tratado como a iguales.

Hasta llegar a su nuevo destino Roarke no había comprendido el honor que había sido ese.

Con desolación se dio cuenta de que Melantha había intentado advertírselo. Le había dicho que su gente se habría visto sometida por el terror, y así había sido. Fuera lo que fuere lo que había sucedido aquí, había destrozado su espíritu o lo había dejado sumido en una penosa resignación, y sólo se atrevían a mostrarlo libremente en ocasiones, cuando estaban seguros de que no lo presenciaba ningún MacTier. Esa era la razón por la que se marchaban con celeridad en cuanto percibían que él toleraría su ausencia. Por eso le hablaban con los ojos clavados en el suelo, encorvados por la pesada carga de su miedo y opresión. Nada que Roarke pudiera decir o hacer conseguiría erradicar el modo en que había llegado a gobernarlos. Aunque creía que nadie se atrevería a desafiarlo, tampoco lograría caerles bien.

Bebió de su copa de plata y se preguntó por qué esa perspectiva lo desanimaba tanto.

Desde luego, estaba Melantha. Pasaba la mayor parte del tiempo tratando desesperadamente de no pensar en ella. Resultaba un desafío considerable, cuando había tan poco ahí que lo mantuviera ocupado. Los campos estaban sembrados y las despensas llenas. El castillo se hallaba en excelente forma, y cualquier mejora podía iniciarse al día siguiente, el próximo mes o incluso al año siguiente... Con la fuerza de todo el ejército MacTier a su disposición, poco importaba. En cuanto al inicio del programa de entrenamiento, el lord MacTier se había mostrado inflexible en que Roarke no tratara de convertirlos en combatientes. Los había conquistado hacía poco, y con inte-

ligencia consideraba que no quería correr el riesgo de preparar a un ejército de jóvenes iracundos para que volvieran las armas contra sus nuevos amos. Y así la fortaleza seguía su ritmo, con cada uno en su sitio concentrado en lo que tenía que hacer para alimentarse, vestirse u ocuparse en cualquier otra tarea.

Lo cual le dejaba mucho tiempo para reflexionar en Melantha y en el hueco enorme que su ausencia abría en su corazón.

—Las jarras están vacías —se quejó Eric al inspeccionar la media docena diseminada sobre la mesa—. Voy a buscar algunas más.

—Te acompaño —se ofreció Donald, complacido de tener algún tipo de misión. Se levantó, hizo una pausa y se rascó la cabeza—, ¿Dónde crees que guardan la cerveza?

—Yo la encontraré —afirmó Myles apartando la silla.

—Vosotros dos sois incapaces de encontrar nada —apuntó Eric con desdén—. Yo la localizaré.

—¿Más cerveza, milords? —preguntó un hombrecito corriente que apareció de pronto de entre las sombras con dos jarras a rebosar.

—Me gustaría que no hiciera eso —gruñó Eric—. Es como si siempre estuviera escuchando.

—Gracias, Gowrie —dijo Roarke.

—No hay de qué, milord —repuso Gowrie con los ojos respetuosamente bajos mientras le llenaba la copa.

—¿Todo está en calma? —preguntó Roarke en tono familiar.

—Sí —Gowrie mantuvo la vista clavada en las copas mientras rodeaba la mesa para llenarlas.

—¿Todo el mundo se ha ido a la cama? —insistió Roarke.

—Sí.

—¿Incluyendo a los guardias del muro? —bromeó Donald.

—No —respondió el otro con expresión de absoluta seriedad—. Los guardias no.

—¿Deseas retirarte por esta noche, Gowrie? —inquirió Roarke.

—Sólo si vos lo deseáis, milord.

—¿Te encuentras cansado?

Su rostro mostró suspicacia, como si temiera que la pregunta tuviera algún truco.

—No, milord. Me siento feliz de poder quedarme a serviros. Roarke abandonó el intento de entablar una conversación con el hombre.

—Puedes retirarte, Gowrie.

—Gracias, milord. —Tuvo cuidado de evitar mirarlo al hacer una reverencia y dejar el salón.

—No confío en él —bufó Eric disgustado.

—Yo no confío en ninguno de ellos —añadió Myles.

—No confiáis en ellos porque es evidente que ellos no confían en nosotros —dijo Roarke con voz. cansada—. De algún modo debemos superar el miedo que nos tienen.

—Es extraño —musitó Donald mientras estudiaba la copa llena—. Después de tantos años de batalla, pensé que disfrutaría de una vida de ocio.

Pero ahora que la he probado, descubro que no es tan dulce como había imaginado.

"No", corroboró Roarke en silencio sombrío. "No es nada dulce"

—¡No podéis entrar ahí! —gritó Gowrie de repente desde el otro lado del umbral—. Volved... ¡deteneos, he dicho!

A pesar de la cerveza que habían tomado, los cuatro guerreros se incorporaron con las espadas desenfundadas en el momento en que los intrusos irrumpieron en el salón.

—¡Por las barbas de Dios, queréis decirle a este ganso chillón que somos amigos y no enemigos! —se quejó Magnus exasperado—. ¡Creo que es más fácil obtener audiencia con el rey Alejandro!

—Lo siento mucho, milord —se disculpó Gowrie, que no paraba de retorcerse las manos mientras hacía una profunda reverencia ante Roarke—, No sé cómo entraron... intenté detenerlos...

—Está bien, Gowrie —interrumpió Roarke mientras guardaba la espada—. Estos hombres son amigos. Ahora déjanos.

Obediente, el sirviente bajó la vista y huyó del salón sin decir otra palabra.

—Así que milord, ¿eh? —Magnus enarcó una ceja sin perder detalle de los ricos adornos que engalanaban la estancia—. Te ha ido bien, muchacho.

—¿Qué ha pasado? —exigió Roarke. El pelo de Magnus era una maraña blanca, y tanto Lewis como él exhibían las manchas y los arañazos de una cabalgada veloz y desesperada.

El anciano lo observó con ojos penetrantes.

—Nos dijiste que ibas a hablar con tu lord para decirle que dejara en paz a los MacKillon. Di por hecho que serías un hombre de palabra.

—Sabes que lo soy, Magnus —afirmó Roarke con impaciencia—, de lo contrario no estaríais aquí. Y bien, ¿qué ha pasado?

—Se llevaron a Matthew y a Daniel —soltó Lewis—. Luego atacaron el castillo y quemaron las cabañas y los campos. Querían que les reveláramos la identidad del Halcón.

Una furia fría se apoderó de Roarke. Bastardos. Sabía que su clan era despiadado, pero jamás había imaginado que recurriera a la vileza de tomar a niños como rehenes.

—¿Hubo algún herido? —inquirió con voz tensa.

—No.

—Entonces, vayamos a rescatarlos —le indicó a sus hombres que lo siguieran mientras atravesaba el salón.

—Desgraciadamente ya intentamos liberarlos, muchacho —indicó Magnus, desvanecida cualquier desconfianza que hubiera podido sentir hacia Roarke al ver su aparente preocupación—. Mas no con un éxito completo.

—¿Qué pasó? —Se detuvo y luchó por mostrarse sereno a medida que el miedo le carcomía las entrañas.

—Al marcharnos las cosas no salieron tan bien como esperábamos —comenzó Magnus—. Recuperamos a los chicos, y se suponía que Melantha se iba a reunir con nosotros en la puerta, pero...

—Santo cielo —juró Roarke—. ¿La dejasteis allí?

—No tuvimos otra elección —respondió el anciano, cuyo rostro envejecido mostraba arrugas de pesar—. Nos pareció mejor escapar y formar un plan para rescatarla después. Pero cuando Daniel se dio cuenta de que no venía, el fogoso muchacho decidió dar media vuelta para ir a buscarla.

—Colin fue tras él con la intención de detenerlo —continuó diciendo Lewis—. Los capturaron a los dos. Aunque luego liberaron a Colin.

—¿Por qué?

—El lord MacKillon busca un colgante que le robamos hace unos meses —explicó el joven—. Soltaron a Colin para que pudiera ir a buscarlo y llevárselo. Nos encontró cuando regresábamos a casa y nos contó lo sucedido. En cuanto le entregue el colgante, el lord prometió soltar a Daniel.

—¿Y qué pasa con Melantha?

Magnus movió la cabeza con tristeza.

—Parece que MacTier creía que Colin era el Halcón y decidió sentar un ejemplo ante sus hombres.

—Por lo que Melantha lo convenció de que golpeaba al proscrito equivocado —concluyó Roarke.

Magnus y Lewis lo miraron con expresión sombría.

Roarke cerró los ojos. Resultaba obvio que era eso lo que ella habría hecho. Melantha jamás habría permitido que torturaran a uno de sus hombres.

—¿Cuál es su castigo?—preguntó con suavidad.

Magnus carraspeó y se obligó a hablar:

—Dentro de cuatro días la van a ejecutar delante del clan. Obligarán a Daniel a presenciarlo. En cuanto haya muerto, dejarán libre al muchacho.

Roarke respiró hondo y luchó contra la cólera impotente que se apoderó de él. «No», pensó, tratando de concentrarse en lo que acababa de decir Magnus. No, no, no.

—¿Alguien sabe dónde está ese colgante? —inquirió Donald.

—Al parecer Melantha se lo dejó a Gillian para que lo guardara —respondió Lewis—. El lord MacTier cree que es un amuleto, por eso se muestra tan ansioso por recuperarlo.

Roarke recordó el resplandor de la plata sobre la pálida piel de Melantha.

—¿Busca ese colgante plateado y esmeralda que le robasteis al sacerdote?

—Sí —confirmó Magnus—. Melantha le dijo a Colin que MacTier cree que posee poderes sobrenaturales.

Eso era entonces, pensó Roarke. MacTier había insistido en que Roarke no matara al Halcón; le había ordenado que se lo llevara a la fortaleza para castigarlo. Lo que en realidad había querido era enterarse del paradero del preciado amuleto antes de ejecutar al Halcón. Ni siquiera a Roarke, su guerrero de más confianza, le había revelado la desaparición del objeto.

Evidentemente MacTier no tenía suficiente fe en que Roarke no se quedara con él.

—Dando por hecho que Colin cabalgue a toda velocidad, apenas dispondrá de tiempo para recuperar el amuleto y presentárselo al lord en los cuatro días que quedan —reflexionó Donald.

—Pero nosotros podemos llegar al castillo MacTier en dos días —señaló Eric—. Digo que partamos de inmediato.

—¿Y qué haremos al llegar allí? —preguntó Myles—. Seremos nosotros cuatro contra un ejército entero.

—Somos seis —corrigió Lewis—. Es posible que Magnus y yo no seamos guerreros altamente entrenados, pero somos capaces de luchar —apretó la empuñadura de la espada. Parecía mayor y exhibía más confianza que el joven nervioso que había caído del árbol el día que capturaron a Roarke y a sus hombres.

—No quiero ofenderos muchachos, pero yo había. esperado que hubiera más hombres —indicó Magnus. Miró a Roarke con expectación—. Ahora que posees tu propio castillo, ¿no tienes un ejército a tu disposición?

—Por desgracia, el ejército que hay a mi disposición es el que vamos a ir a combatir —contestó.

Los ojos arrugados de Magnus se abrieron con gran desconcierto.

—¿Y qué pasa con la gente que tienes aquí? Parecen un poco nerviosos, pero no me cabe duda de que si fuera necesario podrían blandir una espada.

—No confiamos en ellos —bufó Eric.

—Estas personas fueron conquistadas por los MacTier —explicó Roarke—, nos ven como a sus conquistadores. No puedo pedirles que se unan a mí contra aquellos que ya los han reducido a la condición de criados cobardes que visteis al entrar.

—Colin va a regresar con Finlay y más hombres, pero en el mejor de los casos serán veinte —explicó Magnus con expresión atribulada—. ¿Crees que eso nos bastará?

—Aunque llevara a todos los MacKillon capacitados para cabalgar, no serían suficientes para derrotar al ejército de los MacTier —intervino Donald—. Hablamos de una mortífera fuerza de combate de unos novecientos guerreros, cada uno equipado con las mejores armas disponibles.

—Nos aplastarán como a insectos en cuanto nos vean —predijo Eric.

Una idea comenzó a cobrar forma en la mente de Roarke.

—¿Habéis dicho que el lord MacTier planea ejecutar a Melantha delante del clan?

—Sí —corroboró Magnus—. Parece que el miserable quiere establecer un ejemplo con ella delante de cualquiera que sea tan vil de presenciar la ejecución.

—¡Gowrie! —llamó tras meditarlo unos momentos.

El criado apareció tan deprisa que estuvo a punto de chocar con él.

—¿Sí, milord?

—Despierta de inmediato a todos en el castillo y en las cabañas. Diles que recojan sus cosas.

—¿Ahora, milord? —el otro lo miró confundido.

—Sí, ahora —repitió Roarke con impaciencia—. Debemos emprender la marcha dentro de una hora. Sólo el destacamento principal de guardias puede quedarse a vigilar el castillo.

—Perdonad, milord, pero, ¿se me permite el atrevimiento de preguntar adónde vamos?

—Vamos a ir a ver la ejecución del poderoso Halcón —respondió Roarke—. ¡Y ahora date prisa!

—Bueno, muchacho, no estoy seguro de lo que tramas —comentó Magnus con expresión perpleja cuando Gowrie salió a toda velocidad del salón—. ¿No me acabas de decir que esta gente no se hallaba preparada para luchar?

—Y no tendrá que hacerlo.

—¿Qué es lo que planeas exactamente? —inquirió Donald.

Roarke cogió la copa de plata y estudió los elaborados trazos de la talla a la titilante luz cobriza de la antorcha. Toda su vida había sido un guerrero entregado al lord MacTier, conquistando castillos en una interminable misión de expandir el poder y las riquezas de su clan. Y en última instancia habían recompensado bien sus servicios. Ese castillo era todo lo que había esperado alguna vez, y esa revelación no le brindaba placer alguno.

Salvo por Melantha.

Después de una vida de inquebrantable lealtad, estaba a punto de conducir a su variopinta banda de proscritos contra el poderoso clan que él mismo había ayudado a crear. Iba a traicionar a su propio lord y a su pueblo, y en el proceso renunciaría tanto a sus vínculos de sangre como al magnífico premio que representaba ese castillo. En cuanto todo concluyera, siempre y cuando sobreviviera, se quedaría sin nada. No importaba.

Si Melantha moría, lo mismo le sucedería a él.

—El lord MacTier ha decidido dar un espectáculo con la muerte de Melantha al ejecutarla en público —vació la copa de plata y la arrojó contra la chimenea antes de terminar con voz dura e inexpresiva—: Pretendo cerciorarme de que sea un acontecimiento que el lord nunca olvidará.

Capítulo13

Melantha se hallaba en cuclillas sobre el húmedo suelo de tierra concentrada en frotar el extremo de un palo contra la dura pared de piedra.

—Si la madera está demasiado seca, se astillará con facilidad —le advirtió a Daniel, que iba apartando las fibras que se aferraban a la punta—. Puedes humedecerla con saliva para ayudar a que no se quiebre, pero es mejor elegir una rama joven y húmeda con su propia savia. —Se la pasó—. Prueba tú.

Daniel aceptó el palo y con torpeza comenzó a rasparlo contra las piedras resbaladizas.

—¿Así?

—Aprieta un poco más fuerte. Deberías poder ver los trozos de madera que se desprenden del extremo.

La rama se quebró en las manos del joven. Observó a su hermana con ojos muy abiertos y expresión abatida.

—Lo siento, Melantha.

—Está bien —lo animó—. Ahora podemos formar dos palos. Toma, arranca la extensión rota y continúa con esa mientras yo empiezo con la otra.

—¿Te enseñó papá a hacer esto? —preguntó el joven al verla frotar con habilidad su pieza contra la pared.

Ella asintió.

—Papá siempre decía que un buen cazador debe guardar una última flecha para su viaje de vuelta a casa, por si de pronto descubre que la requiere. Pero a veces, en el entusiasmo de la cacería, has empleado todas las flechas. Si el regreso a casa es largo, debes saber cómo preparar algo con rapidez con el fin de protegerte si surgiera la necesidad.

—¿Y eso es lo que hacemos, verdad? —preguntó el muchacho con un susurro—. Fabricamos armas para escapar y volver a casa, ¿no?

Melantha mantuvo la vista clavada en el extremo irregular de su rama. Era más fácil engañar a Daniel si no tenía que mirarlo directamente a la cara.

—En cuanto regrese Colin, voy a convencer al lord MacTier de que os libere a los dos de inmediato. Luego —concluyó con fingida seguridad—, podré escapar sin tener que preocuparme también de vosotros.

—¿Y si el lord MacTier se niega? —Las finas cejas de Daniel se fruncieron por la preocupación—. ¡Ese bastardo dijo que te iba a matar y a obligarme a presenciarlo!

—No debes maldecir, Daniel.

—Por el amor de Dios, no soy un crío, Melantha... ¡ya casi soy un hombre!

Melantha lo miró sorprendida. Los ojos le brillaban de ira, pero sabía que no iba dirigida a ella. Era una cólera nacida del miedo, unida a una de-

terminación descarnada e ingenua. Apretaba su arma tosca e improvisada con intensidad asesina. En ese momento ella se dio cuenta de que el niño inocente que tanto había querido y para el que se había afanado en ser una madre, ya no estaba. En su lugar había un joven aterrado, un muchacho que todavía no era un hombre pero que tampoco era un niño. La envolvió el dolor de la pérdida, que la dejó helada y frágil. En algún momento durante el último año el hermoso niño que había conocido y al que había adorado desde que llegó al mundo se había desvanecido, perdido para siempre entre una marea de sufrimiento.

Y salvo por esos momentos agónicos dedicados a afilar unas ramas inútiles contra una pared asquerosa, jamás conocería al joven valiente que había ante ella.

—Tienes razón —reconoció ella, apartando la vista para que no viera la profundidad de su dolor—. No eres un crío. Maldice si te apetece. Pero intenta no hacerlo delante de Edwina o Beatrice... eso las entristecería. Y tampoco delante de Matthew o Patrick —añadió con un nudo en el pecho al pensar en sus otros dos hermanos—. Son demasiado jóvenes.

Daniel suspiró como si no pudiera entender semejantes tonterías femeninas; continuó trabajando en la rama.

Melantha reflexionó que había sido duro para él no tener padre. Ella se había esforzado al máximo por cumplir el papel de madre, pero el de padre no había intentado abordarlo. Después de que éste muriera, por el clan habían surgido algunos rumores de que se casaría con Colin para que sus hermanos pudieran tener unos padres. Incluso Colin había sido lo bastante noble como para sugerir que quizá tuera una buena decisión. Pero él era su mejor amigo, y no podría imaginarse obligándolo a convertirse en padre de tres jóvenes a la tierna edad de veintidós. Además, jamás había sentido otra cosa que la más sincera y pura amistad hacia Colin, aunque percibía que desde hacía tiempo él albergaba otros sentimientos hacia ella.

Pero Roarke había conseguido encender un fuego de pasión en su interior, y había ardido con tanta intensidad que creyó que se fundiría bajo su insoportable luz y calor.

Esos últimos días lo había rememorado incesantemente. Era irónico que después de pasar tanto tiempo esforzándose por no pensar en él tras su marcha, en ese momento diera rienda suelta a sus recuerdos. Los intentos de encerrarlo en una celda diminuta y oculta en su cerebro habían fracasado, y sólo habían importado al creer que se hallaba destinada a estar el resto de su vida sin él. Pero cuando a su existencia apenas le quedaban horas, se permitió recrearse en Roarke sin traba alguna. Eso la consolaba especialmente cuando estaba acostada sobre el frío suelo de la mazmorra por la noche, con el brazo en gesto protector sobre Daniel. La prisión era un pozo de absoluta oscuridad en esas horas, donde sólo había el suave susurro de la respiración de su hermano y el opresivo peso de su culpa y desesperación. Después de examinar la impotencia de su situación desde todos los ángulos posibles, no quedaba nada salvo el afán por olvidar, durante un fugaz momento, dónde se encontraban.

Era entonces cuando Roarke la visitaba y desterraba el hedor, la negrura y el frío. Su expresión variaba de acuerdo con su estado de ánimo; a veces era un poco burlona, otras seria y reflexiva. Pero más a menudo veía la expresión de anhelo grabada en su rostro justo ante de besarla, esa expresión oscuramente poderosa y encendida que tenía cuando introdujo en la boca la

punta de su pecho, o al penetrarla hondo, fundiendo su carne y necesidad hasta que ambos eran sólo uno.

Cuando se marchó se vio dominada por la furia. Gran parte de su ira estaba dirigida contra él, pues después de presenciar el sufrimiento de su gente, no podía creer que pudiera aceptar con tanta insensibilidad un castillo conquistado como si fuera su justa recompensa. Más en su mayor parte la furia iba dirigida contra sí misma. En lo más profundo de su corazón palpitaba un deseo abrumador de olvidar que Roarke era su enemigo y verlo únicamente como el hombre que de algún modo había llegado hasta su alma.

Cuando fue su prisionero, su presencia la había desconcertado y atormentado. Pero desde el momento en que se marchó, sintió como si le hubieran partido en dos el corazón.

Rezaba para que no se enterara de su captura hasta después de que la hubieran ejecutado. Llevaba en su propio castillo desde el día en que sus hombres y ella llegaron, pero resultaba posible que el lord MacTier lo invitara a la ejecución. Era capaz de soportarlo todo menos eso. Que la observara mientras aguardaba que la mataran, sabiendo que él habría anhelado con desesperación ayudarla, mas sin nada que pudiera hacer, sólo ahondaría su tormento.

No permitiré que tu pueblo o tú volváis a sufrir.

Cuán seguro y fuerte había sonado al hacer esa promesa mientras la lluvia plateada caía sobre su pelo negro, y su camisa y falda mojadas se pegaban a su sólida figura. Durante un momento centelleante casi le había creído, casi se había permitido verse arrastrada por su fuerza y convicción. Había querido protegerla, escudarla de la crueldad que parecía impregnar su mundo. Pero eso había sido antes de que se hubiera presentado ante su clan para tratar de clavar un puñal en el corazón de su lord. No podía albergar ilusión alguna sobre la empatía de Roarke hacia ella en ese momento. Era un MacTier hasta la médula y además el guerrero predilecto de su señor, honor que se había esforzado en obtener durante toda su vida. Sin importar lo que hubiera pasado entre ellos, la lealtad absoluta e inquebrantable de Roarke era para su lord y su clan.

Si el lord MacTier le ordenaba que la matara, Roarke no tendría otra elección que obedecer.

En algún lugar del oscuro pasadizo rechinaron unos goznes.

—¡Escóndelas! —siseó al introducir la tosca estaca en la bota de Daniel para luego ocultar en la otra la que él había estado trabajando. El pesado cerrojo de la puerta giró y un aceitoso haz de luz inundó la mazmorra. Acostumbrados a la oscuridad durante los últimos seis días, Melantha y Daniel se vieron obligados a entrecerrar los ojos al levantarse y tratar de percibir la oscura silueta de su visitante.

—Buenas tardes —saludó con afabilidad el lord MacTier—. Confío en que ambos hayáis pasado una estancia agradable.

Resplandecía en una magnífica túnica dorada bordada con hilos plateados, cuyo bajo había pasado con cuidado sobre un brazo en un esfuerzo por proteger el atuendo caro y delicado del suelo húmedo y hediondo de la mazmorra. Un pesado cinturón de oro le ceñía la cintura, y sobre el pecho llevaba varias cadenas de diversos tamaños, engastadas con joyas, lo que dejaba

claro que se había vestido para una ocasión de considerable importancia. El pánico aleteó en los ojos de Melantha al adaptarse despacio a la luz.

Su colgante no centelleaba entre las llamativas joyas.

—Oh, sí, tu galante amigo ha vuelto —aseguró el lord MacTier al percibir su preocupación—. Aunque apenas lo hizo en el tiempo que le concedí. Sin embargo, no deseo llamar una atención innecesaria sobre el colgante que me trajo, por lo que lo llevo oculto bajo la túnica. No estoy preparado para que otro intente robármelo, en particular con tantos rostros desconocidos a mi alrededor. Parece que tu ejecución se ha convertido en una especie de acontecimiento, querida —continuó mientras con gesto ocioso sacaba brillo contra el pecho a una de las joyas—. No sé si se debe a que he cortado las alas del poderoso Halcón, o a que éste resultó ser una joven tan hermosa.

El deseó ardió con fuerza en sus ojos, a pesar del pelo revuelto de ella y de la suciedad de su vestido.

Melantha no se encogió bajo su nauseabundo escrutinio ni reveló la profundidad de su desprecio. Si sólo fuera ella la que estuviera prisionera, de buena gana lo habría provocado. Pero quería asegurar la liberación de Daniel y para ello necesitaba apelar a cualquier fragmento de compasión que el lord MacTier pudiera tener en lo más hondo de su marchita alma.

—Fuera cual fuere el motivo —continuó MacTier al tiempo que centraba la atención en su propio atuendo—, se ha congregado una multitud para ver tu último estertor. La situación se ha vuelto bastante festiva, con malabaristas y juglares, y también se vende comida y cerveza. Varios trovadores ya han compuesto baladas en las que se me aclama por el papel que he desempeñado en llevar ante la justicia al terrible Halcón. —Después de arreglarse la túnica a su satisfacción, la miró y sonrió—. No me cabe duda de que durante cien años o más en todos los clanes se hablará de este importante día.

—De modo que ya tienes todo lo que querías —observó Melantha—. Has recuperado tu preciado amuleto y puedes disfrutar de que se te proclame como el lord que logró capturar al elusivo Halcón. Es un momento —eligió las palabras con cuidado— en el que bien te puedes permitir realizar un gesto de compasión.

—Es un momento muy satisfactorio —convino MacTier—, Pero no querrás sugerirme que decepcione a las hordas de personas que entran por mis puertas con la cancelación de tu ejecución. Eso incitaría una sublevación.

—No te sugiero eso —se apresuró a garantizar Melantha, apretando el brazo de Daniel para que permaneciera en silencio. La voz apenas le tembló al continuar—: Lo único que pido, lord MacTier, es que perdones a mi hermano y a mi amigo la agonía de tener que presenciarla.

El otro emitió un suspiro afectado.

—Me temo que no es posible, querida. He dicho que a este joven debe mostrársele el destino que le espera si decide seguir tu camino, y como tan a menudo sucede con asuntos de esta índole, mi decisión ha llegado a la gente. Cientos de personas han viajado muchos kilómetros para verte morir, pero están tan ansiosos de ver a tu querido hermano como de verte a ti. He hecho preparativos para que el muchacho se siente en el estrado conmigo, de manera que todos dispongan de una visión clara de su rostro atormentado.

La mano de Melantha se apoyó en el brazo de Daniel en un afán por contener la ira que se inflamaba en su interior, pero no fue rival para la furia que el comentario cruel del lord MacTier desencadenó de repente.

—¡Bastardo! —aulló Daniel al tiempo que se lanzaba sobre su torturador para cerrar las manos en torno a su cuello.

—¡Daniel, no! —gritó Melantha. Intentó apartarlo, pero la cólera y el miedo le habían proporcionado a su hermano una fuerza asombrosa y sus esfuerzos no lo afectaron.

La sorpresa de verse atacado por un simple muchacho dejó momentáneamente aturdido al lord MacTier, lo que le proporcionó a Daniel una breve ventaja. Sin embargo, el otro no tardó en recuperar la compostura. Movió los brazos en un poderoso círculo y rompió la prensa que el joven mantenía sobre su cuello, luego echó hacia atrás el puño y lo clavó en su estómago. Daniel se dobló por el dolor, lo que permitió que el lord asestara con ambos puños un golpe final y demoledor en su nuca.

El muchacho gimió y se desplomó sobre el suelo sucio.

—A este rufián hay que enseñarle que respete a sus mayores —rugió MacTier mientras se frotaba el cuello enfadado—. ¡Haré que lo ejecuten contigo por haberse atrevido a atacarme!

—No —suplicó Melantha, sumida en una absoluta desesperación. Podía soportar cualquier castigo que el lord MacTier eligiera para ella, pero se daba cuenta con agónica claridad que jamás podría aguantar ver sufrir a Daniel—. Te lo ruego, perdónalo... sólo es un muchacho...

—Más motivo para acabar con su existencia —interrumpió el otro con frialdad—. No tengo deseos de dejar que se convierta en un hombre y regrese para matarme.

—Pero los que aguardan fuera verán semejante acción como algo innecesariamente cruel —arguyó ella—. Después de todo, ¿no esperarías que tu propio hijo luchara por ti si te sentenciaran a un destino como el mío?

—Jamás seré sentenciado a un destino como el tuyo —espetó el lord, pero Melantha pudo ver que la pregunta lo había afectado—. ¡Mira lo que le ha hecho a mi túnica! —se quejó al recoger el bajo de su preciado atuendo, que se había ensuciado al entrar en contacto con el suelo de la mazmorra.

—Quizá tengas tiempo para ponerte otra...

—No queda tiempo —manifestó MacTier con profunda irritación—. Incluso mientras hablamos, la multitud en el exterior se impacienta por verte. ¿No la oyes pronunciar tu nombre?

Hacía un rato que crecía un cántico, aunque había estado perdido en el ruido general de la multitud, lo que le imposibilitó interpretarlo con claridad a través de casi cinco metros de muro de piedra y tierra. Sin embargo, en ese momento le sonaron claras las palabras que entonaban. Cientos de voces se habían unido al coro, dándole a la frase una cadencia rítmica terrible.

Matad al Halcón, matad al Halcón, matad al Halcón...

—No me es posible demorar un momento más tu ejecución —dijo el lord MacTier casi con tristeza mientras examinaba la condición de su atuendo—. No obstante, dejaré que tu hermano viva, al menos por ahora —miró a Daniel con expresión amenazadora—. Haz algo más que me irrite, y te arrastraré a la plataforma para que compartas el mismo destino que tu hermana. Vamos, levántate, enviaré a los guardias para que te escolten afuera.

Giró en un movimiento de oro y joyas y volvió a dejarlos solos.

—¿Te encuentras bien, Daniel? —preguntó ella con ansiedad mientras se arrodillaba a su lado.

—Toma —dijo él, sacando el palo más aguzado de la bota—. Así dispondrás de un arma cuando escapes.

Melantha se negó. Los guardias ya se acercaban por el corredor.

—Quédate con él —musitó ella al tiempo que volvía a guardárselo en la bota—. Tú podrás emplearlo mejor que yo.

—No —protestó él, intentando entregárselo otra vez—. Lo necesitarás…

—Escúchame, Daniel —instó con el corazón a punto de rompérsele—. He agotado todas mis flechas en esta cacería… ¿lo entiendes?

Daniel la observó incrédulo. Y entonces los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No.

—Ahora depende de ti volver a casa y cuidar de Matthew y de Patrick. Debes regresar, Daniel, de modo que haz lo que sea necesario para conseguirlo. ¿Me oyes?

—No me iré sin ti. —La voz se le atragantó y se arrojó a sus brazos—. ¡Prefiero morir!

—Lo sé —murmuró ella mientras le acariciaba el pelo—. Pero no vas a morir, Daniel. Necesito saber que vas a ir a casa y que vas a cuidar de Matthew y de Patrick. Lo harás por mí, ¿verdad?

—Sí —repuso él tras respirar agitadamente.

Ella le besó la frente y lo abrazó el tiempo que se atrevió, tratando de transmitirle su amor y su fuerza. Luego encontró el valor para separarse y observarlo con serenidad, cuando bajo su frágil calma se sentía destrozada.

—Toma —pidió él al recoger algo del suelo y depositarlo en su mano—. Si no aceptas el palo, al menos quédate con esto.

Melantha sintió la frialdad de una piedra sobre la palma.

—Gracias —susurró, y con rapidez cerró los dedos sobre la patética arma. Por lo menos le permitiría concentrar su fuerza sobre ella al enfrentarse al horror de la muerte.

—Es la hora —gruñó el guardia que apareció en la puerta. Tenía la cara muy marcada por diversas enfermedades padecidas, y el pecho y los brazos con cicatrices en diversas fases de curación, lo que le daba un aspecto verdaderamente espantoso—. Tú primero —apuntó con un dedo ennegrecido a Daniel.

Melantha y su hermano se levantaron juntos. Ella le sonrió y luego observó cómo erguía los hombros y se dirigía hacia el monstruo que lo aguardaba en la entrada. Otro guardia lo aferró con aspereza por el brazo. Daniel no miró atrás, pero algo en el modo seguro y valeroso de su porte al desaparecer le brindó un atisbo de esperanza.

Estaba a punto de morir, pero Daniel y Colin lograrían llegar a casa.

De algún modo, eso tendría que bastar.

—Y así el honor de conducir al infame Halcón a su muerte recae en mí.

Un odio intenso ardió en su interior al estudiar al atractivo guerrero cuyo enorme cuerpo bloqueaba en ese momento el umbral. Era el mismo que había inmovilizado a Colín para que sufriera los golpes del lord MacTier la

noche en que los habían capturado. También era quien había conducido el asalto a su castillo para rescatar a Roarke y a sus hombres; el cobarde que habría derribado su hogar piedra a piedra con su mortífera arma de asedio. Magnus le había contado que también había guiado el ataque posterior, en el que Matthew y Daniel fueron tomados prisioneros y en el que quemaron las cabañas y los campos.

Cerró el puño sobre la piedra y se preguntó si debería usarla en ese instante y tirársela. directamente a la cara. No le ganaría la libertad, pero obtendría una satisfacción inmensa al ser quien lograra mancillar de manera permanente la perfección de las facciones de ese arrogante guerrero.

—Me desconcierta pensar cómo una joven tan bonita ha logrado provocar tantos problemas —reflexionó Derek, mirándola como se podría contemplar a una niña traviesa—. Es una pena que nuestros caminos no se cruzaran antes. Te habría mantenido tan agotada en la cama que no habrías tenido ni la fuerza ni la inclinación para ir por ahí jugando a ser una proscrita.

Melantha lo observó con infinito desprecio.

—Por desgracia, el destino no ha sido amable con nosotros —Derek suspiró—. Venid, milady —con gesto burlón le ofreció el brazo. Tu verdugo te espera.

Melantha se puso rígida y pasó a su lado sin prestar atención a s ofrecimiento.

—¿Con qué método se me ejecutará?

—El lord MacTier ha ideado algo bastante inventivo —repuso Derek al marchar a su lado—. Como cientos de personas comenzaron a congregarse aquí desde kilómetros a la redonda, se hizo obvio que colgarte no bastaría. Es una muerte demasiado rápida, y algo corriente para una proscrita tan famosa como tú. Por ello el lord inauguró un torneo esta mañana en el que cien participantes compitieron por el codiciado privilegio de dispararle al Halcón. En última instancia se eligieron a seis arqueros. De ese modo existen menos posibilidades que sobrevivas a la primera descarga.

Melantha sintió una oleada de miedo. Había dado por hecho que a ahorcarían o que la quemarían; aunque ninguna de estas posibilidades le resultaba agradable. Pero la idea de que seis arqueros entusiastas la llenaran de flechas le produjo un pavor que casi la paralizó. Sin luda cada uno de los participantes habría bebido una o dos copas de cerveza para ayudar a pasar las largas horas antes de que llegara el momento de su recompensa. ¿Qué posibilidades tenía de que uno o más no le atravesaran limpiamente el corazón, sino que le clavaran las saetas en un brazo, una pierna o quizá incluso en la cara?

Trastabilló.

—Se te ve algo pálida, milady —observó Derek con placer perverso al notar su miedo—. Sin duda el aire fresco te revitalizará.

Subieron las escaleras sucias que ascendían desde las profundidades del castillo. El hedor fétido de la mazmorra poco a poco se vio reemplazado por el tufo a las carnes grasientas que se estaban asando y al fuerte olor a pan quemado y otros platos preparados con demasiada rapidez. La multitud que había entrado por las puertas del castillo para verla morir necesitaría ser alimentada, y daba la impresión de que las cocinas y los hornos se afanaban para que hubiera abundancia de alimentos.

Después de los escalones resbaladizos marcharon por un corredor húmedo y poco iluminado para ascender por otra escalera curva, hasta que al final alcanzaron el nivel principal del castillo. Los cánticos del exterior aumentaron de volumen, irrumpiendo por las ventanas abiertas de la fortaleza en una oleada hostil. Dos guardias se erguían a cada lado de una pesada puerta de roble. La contemplaron con pena al ver que se acercaba con Derek. Melantha no supo si sus sentimientos inesperadamente piadosos los provocaba la fragilidad de su aspecto o la salvaje ebriedad de la muchedumbre que la esperaba. Fuera cual fuere el motivo, su simpatía tuvo el efecto de atenazarle el estómago. Respiró varias veces y luchó contra las palpitaciones dolorosas del pecho al obligarse a mirar al frente con expresión impasible.

Pronto se acabará todo. Pronto.

La puerta se abrió y la inquieta multitud bramó con expectación. El sonido fue casi ensordecedor, unos vítores espantosos de animosidad, sed de sangre y placer, fundidos en un único rugido. Era obvio que ya se habían consumido copiosas cantidades de cerveza, pues prácticamente todos los hombres en el gentío sostenían una copa y el hedor enfermizo de bebida vertida impregnaba el aire.

—¡Matad al Halcón! ¡Matad al Halcón! ¡Matad al Halcón!

Sus rostros estaban contorsionados en máscaras duras y coléricas a medida que se esforzaban por ver a Melantha, con el aspecto de que a cada uno le encantaría disfrutar de la oportunidad de participar en la ejecución.

Al instante la rodearon seis guerreros enormes que formaron un círculo formidable de músculos y espadas mientras la conducían despacio por entre la multitud que aullaba. Melantha sospechaba que el lord MacTier había ordenado ese gesto sólo por su teatralidad, ya que ayudaba a dar la impresión de que había que vigilar con celo al peligroso Halcón hasta el momento de su muerte, por temor a que de repente decidiera escapar. Atrapada en medio de más de mil hombres, mujeres y niños, que se pelearían por el honor de matarla, vio que no existía la posibilidad de huir. Aun así, le alegró disponer del círculo de guerreros, ya que la protegían de la presión de la muchedumbre y de las manos y los puños ansiosos que caían sobre ellos al avanzar hacia la plataforma elevada erigida en el extremo más alejado del patio.

El lord MacTier había meditado con detenimiento en su audiencia al mandar construir el andamio. La plataforma se hallaba situada por encima incluso del guerrero más alto, con una estaca estrecha que se levantaba desde su centro, lo que garantizaba que todos gozaran de una vista excelente de ella cuando fuera atravesada por las flechas. Derek y otro guerrero la asieron dolorosamente de los brazos y la subieron por los escalones de madera. De pronto Melantha fue consciente de la pequeña piedra que tenía escondida en la palma de la mano. La invadió una tristeza abrumadora, no porque estuviera a punto de morir, sino porque Daniel miraba con la esperanza de que hiciera algo, cualquier cosa, para arrojar esa piedra diminuta e ineficaz contra Derek y, de algún modo, en el proceso lograra ganar la libertad. Le pasaron los brazos a la espalda, alrededor de la estaca, y le ataron las muñecas con un cordel áspero; no soltó la piedra. Mantuvo la vista hacía abajo, no por temor a enfrentarse a la multitud que solicitaba su muerte con borracho entusiasmo, sino porque no soportaba mirar Daniel y captar la terrible angustia en su cara cuando lentamente comprendiera que su vida estaba perdida de verdad.

De repente recordó cómo la había mirado su padre en el momento en que iba a morir. Había sido el momento más espantoso de su vida, intensificado mil veces por el dolor que había percibido en sus ojos hermosos. Pasara lo que pasara, no podía abrumar a Daniel con un recuerdo tan devastador. Hizo acopio de sus últimos vestigios con serenidad, alzó la vista hacia el estrado espléndidamente recubierto que había del otro lado del patio y fingió un aire de frío desprecio al contemplar al hombre que con tanto vigor había orquestado su muerte.

El lord MacTier se sentaba en una silla tallada de proporciones gigantescas, lo cual tenía el lamentable efecto de empequeñecerlo un poco, algo que Melantha sospechaba que distaba mucho de ser su intención. La contempló con atrevido triunfo, luego alzó la mano para golpearse el pecho con gesto burlón, indicando dónde había escondido el amuleto. A su izquierda se sentaba su esposa, una mujer triste y enjuta que daba la impresión de haber sido aplastada años atrás bajo el talón de su crueldad. Al lado de ella había un niño bajo y regordete de unos diez años de edad, quien con gesto furtivo se mordía las uñas cuando su padre no lo veía. Melantha no desperdició ninguno de sus preciados y últimos momentos en ellos, sino que de inmediato centró su atención ala derecha del lord MacTier.

Ahí se sentaba Daniel, el rostro delgado paralizado por el terror, las muñecas atadas delante de él de modo que lo único que podía hacer era juntar las manos con fuerza sobre el regazo. A su lado estaba Colin, con el rostro ensombrecido por una desesperación tan desgarradora que incluso le causó dolor mirarlo. Había otros hombres que conversaban amigablemente una fila detrás de ellos; supuso que serían el concejo del clan. A la derecha de Colin se veía una silla vacía, evidentemente para un miembro respetado que no había conseguido arribar. Se preguntó si sería para Roarke. Esperaba que sí, pues su vacío indicaba que no se había presentado para verla morir. Al menos eso le brindaba algo de consuelo.

El lord MacTier se levantó y alzó la mano en un gesto que solicitaba el silencio de la muchedumbre. Pero verlo con su ropa y joyas suntuosas tuvo el efecto de incitar aún más a la multitud; un grito alegre y ensordecedor se elevó en el aire.

—¡Viva MacTier! —gritaron extasiados—. ¡Viva el hombre que capturó al Halcón!

Levantaron sus copas y las vaciaron, luego se empujaron con rudeza mientras se lanzaban a los carros en busca de más bebida.

El lord MacTier sonrió y agitó la mano, disfrutando claramente del momento. Al final volvió a alzar los brazos y el gentío, obediente, se tranquilizó.

—Amigos míos —comenzó—, hoy es un día glorioso en la historia de los MacTier. ¡Ante vosotros tenéis a la infame Halcón, la proscrita que os ha robado el pan de la boca y las botas de los pies, que con insensibilidad os ha despojado hasta de las faldas que lleváis, para poder beneficiarse de vuestro sufrimiento y reírse mientras cojeabais de vuelta a casa junto a vuestras familias, desnudos y humillados!

La multitud ebria profirió maldiciones coléricas. El lord MacTier sonrió y levantó otra vez las manos para acallar al gentío.

—Durante muchos meses esta ladrona nos ha esquivado, escondiéndose en el corazón de la floresta y aprovechando el manto protector de los árboles y la oscuridad de la noche para lanzar sus cobardes ataques. No fue sino después de atraerla con inteligencia a mi trampa cuando al fin pudimos

ponerle fin al terror que había provocado. ¡Ahora podéis continuar con vuestras vidas sin temor a que vuestros seres queridos sean golpeados, robados y ferozmente aniquilados!

Realizó otra pausa para darle a la audiencia la oportunidad de volver a vitorearlo.

—No se detenía ante nada para proseguir su maligna guerra contra los inocentes —continuó con seriedad—. Incluso yo estuve cerca de la muerte cuando el Halcón se dio cuenta de que iba a acabar con su oscuro reinado en el bosque.

La multitud jadeó y murmuró entre sí, especulando con la posibilidad de que el lord MacTier hubiera resultado herido y, en ese caso, dónde.

—Es mi deber, como vuestro lord y protector, sentenciar en este momento a esta proscrita a la pena de muerte —concluyó con contundencia—. Su ejecución se llevará acabo de inmediato. —Le lanzó a Melantha una mirada de arrogante triunfo y luego le hizo un gesto con la cabeza a los arqueros.

Ella devolvió la mirada a Daniel y a Colin. Quería que su última visión estuviera llena de amor y esperanza y no con el terrible desaliento que en ese instante palpitaba por sus venas. Intentó esbozar una sonrisa, pero de inmediato notó que le temblaban los labios. Desvió los ojos y los clavó con firmeza sobre la fila gris y encapuchada de los ejecutores que en silencio se habían reunido delante de ella, cada uno armado con un arco y una aljaba llena de flechas, por si la primera andanada no bastaba para detener su corazón.

«Querido Dios», rezó, «por favor, haz que termine pronto». Los arqueros encajaron las saetas y tensaron las cuerdas en un movimiento fluido.

Entonces giraron en redondo y soltaron las flechas, atravesando a los guardias MacTier en todas direcciones.

—¿Qué demonios está sucediendo? —rugió el lord mientras observaba con incredulidad cómo enviaban una segunda descarga mortal al aire para atravesar a otra tanda de sus guerreros—. ¡Por el amor de Dios, que alguien los mate!

Estalló el caos cuando la confusa multitud se diseminó hacia todas partes con una copa en la mano y la espada en la otra. La mayoría no podía ver a los arqueros y, por ende, no sabía muy bien a quién se suponía que tenía que matar, aunque estaba ansiosa por lanzarse a la refriega.

En ese momento uno de los arqueros se quitó la capa y con facilidad ascendió los escalones de la plataforma.

—No —susurró Melantha con los ojos empañados por las lágrimas—. No.

—Comprendo que no soy gran cosa —concedió Roarke con suavidad mientras cortaba la cuerda que la sujetaba a la estaca—, pero he de confesar que no es el recibimiento que había esperado.

Los otros arqueros también se habían quitado las capas con las capuchas. Eric, Donald, Myles, Finlay y Lewis mantenían a raya ala enorme ola de guerreros MacTier que los rodeaba con las espadas desenfundadas. Cada uno combatía con fiera determinación, pero cualquier tonto podía ver que sería inútil. Eran seis contra un millar. Con tristeza Melantha comprendió que los aniquilarían allí mismo. Y a ella terminarían por ejecutarla.

Ya había sido horrible saber que iba a morir. La carga añadida de sus muertes le provocaba una gran agonía.

—Te matarán —sintió que el corazón se le desgarraba—. Nunca tendrías que haber venido.

—¿Sabes?, hubo una época en que podría haberme sentido muy insultado por tu falta de fe en mí —musitó él—. Ahora me resulta encantadora.

—¡Toma, muchacha! —llamó Magnus, cuya cabeza nevada se alzó desde la multitud de abajo—. ¡No te distraigas! —le guiñó un ojo y le arrojó su espada.

—No te apartes de mí, Melantha —ordenó Roarke al cruzar el acero contra el arma de un MacTier que había subido hasta la plataforma—. Y mira si puedes ocuparte de ese tipo de ahí.

Ella le lanzó un corte a un guerrero que subía por el otro lado. El ataque fue veloz y certero, pero en última instancia el sujeto enorme cobró ventaja al desviar su estocada y atraparle la hoja de la espada contra el suelo de madera.

—¿El terrible Halcón va a ensartarme con su espada? —se burló, revelando una caverna oscura por boca, con dientes podridos.

—No —dijo una voz dura a su espalda—. Pero yo sí.

El guerrero comenzó a darse la vuelta, pero el movimiento se vio limitado por el acero plateado que de pronto le atravesó las entrañas. La sonrisa putrefacta se desvaneció con un gemido y se desplomó al suelo.

Melantha miró asombrada a Lewis.

—Lo has matado —dijo, sin poder creer que su tímido y eficiente amigo fuera capaz de semejante proeza.

—Sí —Lewis asintió. Pasó con celeridad a su lado y comenzó a luchar con otro guerrero que se afanaba por subir para acabar con ellos.

—Maldita sea —juró Roarke al retirar la hoja goteante de un guerrero para tener que dedicarse de inmediato a repeler a otro—, ¿por qué diablos tardan tanto?

Melantha alzó la espada y le produjo un corte profundo en el hombro a un MacTier que casi había subido los escalones de la plataforma. Éste gritó de dolor y se llevó la mano a la herida, lo que permitió que lo empujara con el pie para caer sobre la multitud. De inmediato fue sustituido por otro, con quien también tuvo que batirse. Fuera lo que fuere lo que esperara Roarke, esperó que llegara pronto. Se hallaban atrapados en el centro de esa muchedumbre y no serían capaces de derrotar a todos los guerreros que subieran a la plataforma.

—¡Fuego! —se oyó el grito sobresaltado desde el otro lado del patio, y no tardó en repetirse desde todas las direcciones.

—¡Fuego!

—¡Fuego!

—¡Fuego!

Un espeso humo negro salía desde la cocina, el almacén donde se fabricaba la cerveza y cada ventana del castillo, al igual que desde gigantescas antorchas de paja en llamas alrededor del patio. El pánico dominó a la multitud horrorizada. De inmediato los allí congregados abandonaron sus esfuerzos de vencer a los invasores al convertirse en una masa de cuerpos que no paraba de soltar gritos y aullidos. Algunos, con valor, intentaron apagar

el incendio con su preciada cerveza, pero la mayoría dio la impresión de estar centrada en abandonar la fortaleza. Cargaron contra la puerta, y a su paso derribaron carros cargados de comida y bebida, lo que provocó que docenas de barriles enormes rodaran entre el caos.

—¡Detenedlos! —rugía el lord MacTier, mientras agitaba las manos con impotente frustración al observar a un par de hombres a caballo aparecer de repente desde la parte de atrás conduciendo dos monturas por las riendas—. ¡Qué alguien detenga a esos jinetes!

Melantha vio asombrada cómo Ninian y Gelfrid cabalgaban hacia ellos, al tiempo que la multitud huía en la dirección opuesta.

—¡Salta! —ordenó Roarke.

—¡No! —Melantha levantó la espada para batirse con el guerrero que había aparecido a espaldas de él. —Por el amor de Dios…

—¡Roarke! —exclamó—. ¡Detrás de ti!

Él comenzó a volverse, pero era demasiado tarde. El acero ardió en su espalda, cortando la carne a lo ancho del omóplato. Roarke apretó la mandíbula y giró con la espada en alto para enfrentarse a su oponente.

Sus ojos se encontraron con la mirada aturdida de James, un joven guerrero que él mismo había entrenado y que durante casi dos años había luchado con bravura en su ejército.

—¿Qué estás haciendo? —exigió el otro, espantado por haber herido a su antiguo comandante e incapaz de comprender cómo era posible que Roarke traicionara al clan que toda la vida había luchado para proteger.

—Liberar al Halcón —repuso Roarke con rapidez, con la espada preparada para desviar otro golpe.

—¿Por qué?

—Porque no merece morir —dijo con sencillez.

James lo meditó un instante.

Luego dio la vuelta y tiró de la plataforma al guerrero que había subido detrás de él.

Roarke no perdió tiempo en ofrecer su agradecimiento; giró y saltó al caballo, que Ninian mantenía firme para él.

—¡Debemos ir a buscar a Daniel y a Colin! —instó Melantha.

—Myles y Finlay los están liberando.

—No pueden dejar atrás a los guardias… ¡mira!

Roarke volvió la cabeza para ver a Myles y a Finlay tratando de abrirse pasó con valentía en dirección al estrado del lord. Unos MacTier heridos se esparcían a sus pies, pero en cuanto eran derribados aparecían más guardias.

—Llevaos a Melantha fuera de aquí —le ordenó a Ninian y a Gelfrid.

—¡No me marcharé sin mi hermano y sin Colin!

—Yo te los entregaré a salvo, Melantha.

—Y yo pienso ayudarte…

—Lo único que conseguirás será que más MacTier carguen contra ti, lo cual sólo empeorará las cosas —replicó él con impaciencia—. Sé que es difícil —concedió con voz más suave al ver el tormento en sus ojos—, pero la mejor manera de ayudarlos es que atravieses la puerta.

Era imposible, lo que le pedía... ¿es que no lo comprendía? Melantha se mordió el labio y movió la cabeza con obstinación, luchando por obtener control sobre su miedo.

—Confía en mí, Melantha —suplicó Roarke; apenas disponían de segundos antes de que los guerreros que avanzaban hacia ellos estuvieran lo bastante cerca para atacarlos—. Por esta vez.

Los ojos grises de Roarke le imploraron. En ese instante ella sintió como si pudiera ver en los rincones más profundos de su alma. Y de pronto lo supo.

Roarke honraría el juramento que le había hecho, o moriría en el intento.

—Ten cuidado —suplicó con un susurro desgarrado—. Por favor — espoleó al caballo y se dirigió hacia la puerta, flanqueada por Gelfrid y Ninian.

El lord MacTier aún rugía órdenes a la muchedumbre que nadie podía oír. Su pobre esposa daba la impresión de querer desmayarse, pero sin atreverse a hacerlo sin su permiso, mientras su hijo se comía con ahínco las uñas sin dejar de observar el magnífico caos. Mientras tanto, sin que nadie les prestara atención, Daniel y Colin se habían aflojado sus respectivas ataduras. Los miembros del concejo que había detrás de ellos se concentraban en tratar de apagar las llamas que en ese momento lamían las cortinas escarlatas y doradas del estrado, y todos los guardias habían abandonado la plataforma para evitar el avance de Myles y Finlay.

—¡Vamos! —exclamó Colin con un gesto, para que Daniel lo siguiera.

Pero el joven se agachó para extraer de la bota el palo afilado y cargó con furia asesina contra el lord MacTier.

Éste percibió el ataque y se volvió. La estaca no le atravesó la espalda, como Daniel había planeado, sino que se clavó honda en su hombro y desgarró la herida aún delicada que Melantha le había provocado con su daga.

—¡Pequeño bastardo! —juró MacTier con una mano en el palo que sobresalía de su túnica ensangrentada—. ¡Esta vez te voy a matar!

Se lanzó hacia Daniel. Colin agarró al muchacho y lo apartó del camino, luego se arrojó sobre el lord y lo derribó al suelo.

—¡Idiotas! —siseó MacTier llevándose la mano al puñal que tenía en la cintura.

—Colin, Daniel... ¡vamos! —gritó Myles, quien al final había conseguido llegar hasta el estrado.

El lord lo miró completamente desconcertado.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo, Myles?

—Liberar a tus prisioneros —explicó el otro.

Un velo de humo remolineaba alrededor de la plataforma y obligó a MacTier a parpadear. Cuando abrió los ojos, Roarke se hallaba de pie ante él.

—¿Te has vuelto loco? —pregunto el lord.

—No lo creo.

—Entonces, en nombre de Dios, ¿qué haces?

—Intento corregir agravios pasados —informó Roarke—. Ven aquí, Daniel —extendió el brazo.

El joven no titubeó y obediente fue directo hacia Roarke.

—¡No puedes hacer esto! —espetó el otro al ver con furia impotente cómo Roarke conducía a Daniel fuera de la plataforma, seguido de Myles, Finlay y Colin.

—Tu castillo arde, lord MacTier —dijo Roarke al alzar a Daniel sobre el caballo antes de montar él—. Sugiero que llames a quienquiera que te quede aquí para tratar de apagar las llamas —comenzó a marchar hacia la puerta.

—¡Detenedlos! —gritó MacTier mientras se incorporaba—. ¡Qué alguien los detenga!

Pero su multitud de admiradores prácticamente se había desvanecido. Gran parte del gentío había escapado por las puertas, dejando un patio vacío, salvo por una abigarrada mezcolanza de comida, copas rotas y barriles perforados de cerveza, además de incontables cuerpos que gemían.

—¡Cien piezas de oro para el hombre que dispare contra ellos! —rugió con salvajismo—. ¡Doscientas!

Ese generoso incentivo logró atraer a cuatro intrépidos guerreros que trastabillaron en pos de ellos. Pero su andar no tardó en volverse lento e inseguro, y mostraron manos torpes al colocar las flechas en los arcos.

—¿Qué estáis esperando? —aulló MacTier—. ¡Disparad!

Los arqueros soltaron sus saetas, que volaron locamente por el aire.

La confusión se apoderó de sus caras. Luego el pánico.

De pronto los cuatro emprendieron la carrera, desesperados por encontrar un lugar donde aliviarse.

—¿ Has probado la cerveza que trajimos de forma especial para esta ocasión? —inquirió Roarke con tono alegre mientras observaba atravesar la puerta a Colin, Finlay y Myles—. Deberías... es fantástica para limpiar las entrañas.

Entonces galopó hacia la menguante luz estival, y el hombre por el que una vez habría dado la vida sólo pudo contemplarlo con furia impotente.

Capítulo 14.

—... Se desprendió cuando intenté estrangular a MacTier y por eso te lo entregué. Pensé que podría darte suerte —concluyó Daniel con un encogimiento de sus delgados hombros.

Melantha observó desconcertada el colgante que brillaba en la palma de su mano. Eso era lo que había apretado con tanta fuerza, pensando que sólo era una piedra. La esfera estaba caliente y la joya verde que tenía en el centro parecía más pálida, como si brillara desde dentro. La movió un poco y el resplandor se desvaneció. Conjeturó que debió tratarse de un reflejo de la luz. Muy conmovida por el gesto de su hermano, enrolló la cadena rota en torno a la muñeca y la anudó, luego escondió el amuleto en la manga. Desconocía si tenía algún poder misterioso, pero sin duda le había ofrecido consuelo al sostenerla cuando creyó enfrentarse a la muerte.

—Gracias, Daniel —lo abrazó con fuerza.

—Ahí vienen —anunció Lewis desde su puesto en lo alto de un árbol—. Parecen unos veinte jinetes.

—O esa gente tiene estómagos de hierro —dijo Magnus—, o logró evitar la nueva receta especial de mi hermosa Edwina. —Frunció las cejas blancas atónito—. ¿Qué diablos es esa cosa que aletea al viento?

—Es el lord MacTier —indicó Donald—. Parece que no se tomó tiempo para cambiar sus llamativas túnica y joyas.

—Y ha traído a mi amigo rubio con él —comentó Colin, refiriéndose a Derek.

—Bien —afirmó Finlay mientras desenfundaba la espada—. Tenemos una cuenta que ajustar con él. —Escupió en el suelo.

—Todo el mundo a sus puestos —ordenó Roarke— y aguardad mi señal.

Myles se inclinó y juntó las manos para formar un estribo improvisado.

—Vamos, muchacho, tienes que subirte a ese árbol.

—Quiero pelear —Daniel miró a Roarke con obstinación.

—Hay diferentes formas de luchar contra un enemigo —le explicó éste— . Un guerrero no ha de temer superar en ingenio a su oponente antes de recurrir a la espada y la daga.

—Perfecto —bufó Daniel, nada convencido. Se volvió hacia Myles y permitió que el fornido guerrero lo elevara al árbol.

El miedo atravesó a Melantha cuando todo el mundo comenzó a trepar con rapidez para ocultarse entre las ramas y las hojas.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó a Roarke con ansiedad—. Casi ha oscurecido... podríamos ocultarnos con facilidad en este bosque y los MacTier nunca nos encontrarían. ¿Por qué estás tan decidido a enfrentarte a ellos?

—Porque debemos zanjar este asunto.

Jamás terminará —replicó ella—. El lord MacTier no descansará hasta haberme matado... en particular ahora que ha sido humillado en público. —

La desesperación casi la asfixió al concluir en voz baja—: Dedicará su vida a capturarme para ejecutarme, y también a destruir a mi gente.

Roarke alargó el brazo y con ternura le acarició la mejilla.

—No, Melantha, no lo hará. Yo no lo permitiré.

—No puedes detenerlo. —El júbilo fugaz que experimentó al escapar de la muerte fue erradicado por el conocimiento de que había sentenciado a su amado clan a la destrucción—. No te escuchará, y mi pueblo carece de la fuerza para combatir a su ejército —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Tendrías que haberme dejado morir.

Roarke le tomó el mentón y le alzó la cabeza, obligándola a mirarlo. Quería decirle muchas cosas, pero sabía que nunca encontraría las palabras. Una vida de batalla no lo había equipado con palabras tiernas y frases dulces. Muriel jamás las había esperado, ni él se las había ofrecido. Y aunque había querido a su preciosa Clementina, gran parte de su breve vida había estado ausente, luchando, y no había aprendido a abrir su corazón a una niña que no esperaba nada de él salvo amor.

¿Cómo era posible que le hiciera comprender a Melantha lo mucho que había llegado a significar en su vida?

—No podía dejarte morir, Melantha —aventuró con voz hosca—, porque yo también habría muerto.

Ella lo miró con ojos muy abiertos y empañados por la emoción. El retumbar de los cascos se acercaba, lo que obligó a Roarke a soltarla.

—Y ahora ve a ocupar tu puesto —ordenó con brusquedad—, e intenta que no te disparen.

Ella titubeó mientras lo estudiaba con visión borrosa por las lágrimas.

Entonces se pasó el arco al hombro y en silencio se fundió entre las sombras de los árboles.

El lord MacTier y sus hombres avanzaban atronadoramente hacia ellos, con los cuerpos inclinados sobre las monturas. Al aproximarse no aminoraron el paso, dejando bien claro que estaban decididos a encontrar al Halcón y a Roarke, y que habían pasado por alto la posibilidad de que les tendieran una trampa. La túnica del lord se veía manchada de sangre a la altura del hombro, mas no permitía que la herida estorbara su velocidad.

Un poco más cerca, instó Roarke en silencio al ver cómo pasaban al lado de los árboles donde se hallaban situados Ninian y Gelfrid. Con la paciencia desarrollada cuidadosamente durante veinte años de batallas, esperó hasta que el último guerrero MacTier hubo entrado en los reducidos parámetros de la emboscada.

—¡Ahora!

Tres redes enormes cayeron de los árboles y al instante capturaron a una docena de hombres. Sus caballos se encabritaron y arrojaron a sus sobresaltados jinetes de espaldas al suelo. Los MacTier maldijeron y trataron de evitar ser aplastados por sus flancos y sus cascos.

Los siete jinetes restantes y el lord MacTier desenfundaron las espadas y giraron en redondo, buscando en vano a su enemigo en la oscuridad.

—¡Ahora! —ordenó Roarke.

Una lluvia de flechas se abatió sobre ellos desde lo alto de las ramas, para atravesarlos en hombros, espaldas y brazos y volver a reducir su número otra vez a la mitad.

—¡Malditos seáis! —rugió el lord, que giró el caballo en un círculo nervioso mientras con impotencia agitaba la espada en dirección al enmarañado tapiz que pendía sobre su cabeza—. ¡Bajad y luchad en e suelo¡

La tierra explotó en respuesta a su invitación, y de pronto a su alrededor estallaron montículos de ramas y hojas. Al mismo tiempo los hombres comenzaron a bajar de los árboles. Cuando MacTier, Derek y Neill lograron recuperar el control de sus aterrados caballos, se hallaban completamente rodeados. Los demás guerreros atendían sus heridas o maldecían con frustración mientras chocaban entre sí en las redes.

—Soltad las armas —ordenó Magnus al apuntar una flecha temblorosa al pecho enjoyado del lord MacTier—, o te haré un agujero grande y bonito en esa lujosa túnica.

—Mátalo —le indicó el lord a Derek.

El guerrero rubio lo miró sorprendido.

—Estamos rodeados y te apunta con una flecha.

—No puede matarme —informó el lord con calma—. ¡Mátalo!

—También me hará feliz atravesarte con una flecha, muchacho —aseveró Magnus con alegría al cambiar de blanco—. Tengo más que suficientes para todos vosotros.

Melantha apuntó su arma hacia Derek.

—Si crees que es probable que falle, te prometo que yo no erraré —afirmó con frialdad.

—Ni yo tampoco —añadió Ninian al estirar la cuerda de su arco.

—Ni yo —el rostro de Gelfrid estaba contorsionado por el esfuerzo para no soltar la flecha de forma prematura.

—Y si sólo consiguen herirte, me encantará descuartizarte para dar tu cuerpo de alimento a los lobos —ofreció Eric, cuya espada brillaba en la oscuridad.

—Y yo te arrancaré los ojos con esta estaca —amenazó Daniel.

—Yo lo ayudaré —dijo Donald con cortesía.

—Y yo me encargaré de tu tembloroso amigo —Myles señaló con la espada a Neill.

Derek no necesitó más argumentos. Con celeridad arrojó la espada al suelo, seguida de la daga, lo que inspiró a Neill a imitarlo.

—¡Cobardes idiotas! —rugió el lord MacTier—. ¡Os ejecutaré por desobedecerme!

Roarke se situó bajo el haz tenue de luz de luna que en ese momento se filtraba a través de las ramas.

—Te aconsejo que sigas su ejemplo y dejes tus armas, lord MacTier.

—Dios mío, Roarke —jadeó el lord con el rostro retorcido por la furia—. Ningún hombre habría confiado en su hermano más de lo que yo confié en ti.

—Tus armas, lord MacTier.

—¿Cómo puedes traicionarme a mí y a tu clan y sacrificar todo lo que te he dado para ayudar a esta miserable banda de sucios ladrones? —preguntó MacTier sin soltar la empuñadura de su espada enjoyada.

—Es interesante —musitó Roarke— que en todos los años que hemos robado a otros consideráramos que era nuestro derecho. Sin embargo,

cuando otros nos roban a nosotros, los tachamos de ladrones y exigimos venganza.

—¡No es lo mismo! —espetó MacTier—. Tú y yo hemos dedicado toda nuestra vida a conducir a nuestro clan a un poder e influencia mayores. Lo hicimos por el bien de nuestro pueblo y por las generaciones de MacTier que vendrán después de nosotros.

—Pero la prosperidad de nuestro clan se ha debido al sufrimiento de otros —señaló Roarke—. Sin importar lo mucho que les arrebatemos, su tierra, sus hogares, las mismas sillas donde se sientan y las copas de las que beben, nunca basta. Siempre hay otra fortaleza que espera ser conquistada.

—Por supuesto que nunca es suficiente —convino MacTier—. Es así como se construye un gran clan… con una expansión constante de sus fronteras y el incremento de su riqueza y poder. La ley más básica de la naturaleza es que el fuerte se alimenta del débil.

—Somos hombres —arguyó Roarke—, no animales. Tenemos la capacidad de atemperar nuestros actos con moralidad, compasión y honor. Está mal cebarse en el débil sólo porque es débil.

—Somos guerreros —afirmó desdeñosamente MacTier—. La conquista está arraigada en nuestra misma naturaleza. Es lo que nos convierte en grandes líderes.

Roarke movió la cabeza.

—Te encontrabas en posición para ayudar a otros a construir algo, para hacerlos más fuertes y convertirlos en aliados de tu ejército para que todo el mundo pudiera beneficiarse. Pero elegiste tratarlos brutalmente y robarles. Mas cuando ellos te roban a ti, y únicamente debido a que casi los has reducido a un estado de hambruna, te encolerizas y exiges venganza. Pero tú no tenías derecho a exigir venganza, ellos sí —concluyó.

—¡Basta de charla necia! —bramó el lord—. ¡Me has traicionado por ello debes morir!

Clavó los talones en el caballo y alzó la espada, dispuesto a abatir a Roarke en el sitio en el que se encontraba.

Los hombres de Roarke avanzaron con velocidad con las armas empuñadas. La lluvia de flechas soltada por Melantha, Magnus, Ninian y Gelfrid llegó primero. Las de Gelfrid y Ninian fallaron y se clavaron en un inocente árbol, mientras que la de Magnus atravesó por casualidad el hombro de Derek, que se hallaba a la derecha del lord MacTier.

Sin embargo, la de Melantha fue perfecta.

El lord aulló de dolor y soltó la espada. Con los ojos desorbitados por el horror, contempló la flecha que sobresalía de forma grotesca de su muñeca.

—¡No puedes matarme! —gritó, tanteando la tela dorada que le cubría el cuello—. ¡Tengo el amuleto!

Una a una arrojó con la mano ilesa los collares al suelo mientras con desesperación buscaba el colgante. Cuando el último collar brilló sobre la tierra y su garganta quedó expuesta y vacía, experimentó alarma.

—¿Has perdido algo? —inquirió Colin con sarcasmo.

—Eres un MacTier, Roarke, por cuna y sangre —soltó el lord, súbitamente temeroso—. Tu lealtad es para mí y tu clan. Por lo tanto, es tu deber protegerme de estos proscritos asesinos.

—No te has ganado mi lealtad —replicó Roarke—. Fue otorgada a ciegas, sólo por el hecho de haber nacido un MacTier. Pero ya no puedo seguirte ciegamente, no cuando la compasión y el honor al final me han abierto los ojos.

—Sólo un loco o un idiota perdería el castillo que te entregué por semejante tontería —arguyó el otro mientras apoyaba el brazo herido contra el costado. Entrecerró los ojos—. Sea lo que fuere lo que te paguen, lo duplico.

—Es una oferta tentadora —rió Magnus divertido.

—No hay nada que puedas darme para cambiar la situación —Roarke negó con la cabeza.

—Eric, Myles, Donald —llamó MacTier—. Vuestra lealtad es para mí antes que para Roarke. Ayudadme ahora y cada uno recibirá una fortuna en oro.

—Mi alianza siempre ha sido primero con Roarke —soltó Eric—. Y ninguna cantidad de oro podría compararse con la joya que me espera en el castillo MacKillon.

—¡Por todos los santos, lo sabía! —exclamó Magnus, a punto de soltar la flecha por la excitación—. ¡Puede que engañaras a algunos con eso del vikingo salvaje, pero estaba convencido de que nuestra dulce Gillian no se lo tragaría!

—¿Te refieres a mi hermana? —Colin miró con incredulidad a Eric. Este asintió—. Pero si le inspiras terror —protestó.

—No. —Un calor peculiar recorrió a Eric al darse cuenta de que declaraba sus intenciones ante el hermano y el clan de Gillian—. No es así.

—Myles —suplicó el lord MacTier, descartando a Eric—. ¡Piensa en lo que podrías hacer con ese oro!

—No lo necesito —encogió sus pesados hombros—. Si me dieras algo, se lo entregaría a los MacKillon.

—Me temo que nuestro Myles también ha sentido la flecha del amor —observo Donald con una sonrisa—. Se llama Katie —añadió, como si de verdad considerara que esa información pudiera serle de interés al lord MacTier.

—¿Y qué me dices de ti, Donald? —exigió saber el lord, cada vez más frenético.

—Ay, yo aún no he conocido a la mujer que va a ser mi esposa —informó—. Pero gracias por preguntar.

Los ojos de MacTier se centraron en Roarke.

—Al volverte contra tu clan, escupes sobre las tumbas de tu mujer y tu hija.

—Mi esposa estaba entregada a su clan y a mí —repuso Roarke con furia por el intento del otro de usar su precioso recuerdo contra él—. Y mi hija estaba entregada a su madre. De hallarse vivas ahora, no me cabe duda de que me respetarían por mis actos.

—No puedes matarme —el tono casi fue de súplica.

—No es mi intención —aseveró Roarke—. Siempre y cuando aceptes mis condiciones.

—¿Y cuáles son? —el lord lo miró con cautela.

—Quiero tu palabra de que tanto tú como tus aliados dejaréis en paz a los MacKillon, y que abandonaréis la persecución del Halcón y de sus hombres.

—¡Ella intentó matarme! —objetó MacTier—, ¡Dos veces!

—Si hubiera querido matarte, esa última flecha te habría atravesado el corazón y no la muñeca —señaló Melantha—. Sólo intentaba evitar que mataras a Roarke.

—Digamos que los dos os contendréis de tratar de mataros —indicó Roarke—. A cambio de tu promesa de paz, el Halcón no volverá preparar emboscadas a los MacTier ni a sus aliados, y yo te perdonaré la vida a ti y a tus hombres. —el lord MacTier titubeó, pensándolo—. Si no aceptas, permitiré que mis hombres y estos proscritos os despedacen a ti y a tus guerreros —continuó—. Sé que Derek ha logrado despertar la ira de varios de los miembros de la banda del Halcón. Disfrutarán al diseminar los fragmentos de su cuerpo por el bosque.

Derek palideció.

—Muy bien —asintió MacTier con el rostro contorsionado por el dolor y la derrota.

—También renunciarás a cualquier derecho sobre la fortaleza que me entregaste…

—Sabía que no renunciarías a un regalo tan dulce —manifestó MacTier con un tono marcado por el desdén.

—…y le concederás completa libertad a sus habitantes y no intentarás volver a conquistarlos jamás.

—¿No te vas a quedar con ella? —Lo miró asombrado.

—No es mía para que me pueda quedar con ella —informó Roarke—. Como no era tuya para regalarla.

—Bien.

—Júralo —insistió—. Por tu honor.

—¡Lo juro! —espetó—. ¡Por mi maldito honor!

—Bueno, bueno, no estoy seguro de lo que vale ese juramento —se mofó Magnus—, cuando es bien conocido que careces de honor.

—¡Cómo te atreves! —el rostro del lord MacTier se puso rojo por la ira.

—¿Cómo podemos estar seguros de que mantendrá su palabra? —exigió Colin.

—No tiene otra elección —expuso Roarke—. Ha hecho un juramento delante de sus propios hombres. Si quebrantara su palabra, su ejército jamás confiaría en él. El conocimiento de su engaño no tardaría en extenderse, hasta que sus aliados rompieran sus vínculos con él, dejándolo aislado y sin poder.

—Supongo que tendrá que bastar —concedió Magnus—. Pero presta atención a mis palabras, no será en la muñeca donde recibas una flecha si intentas alguna tontería, ¿me oyes?

—Si habéis terminado con vuestras amenazas, ¿seríais tan amables de dejarme partir antes de que me desangre? —inquirió el lord.

—Si quieres te puedo extraer la flecha —ofreció Magnus, de pronto generoso—. No serías el primer MacTier en beneficiarse de mi habilidad —le guiñó un ojo a Roarke.

—Yo te recomiendo intentar vivir con ella —indicó éste con ironía—. A tus hombres se los despojará de sus armas y monturas antes de liberarlos. Como tú estás herido, puedes quedarte con el caballo.

—Gracias —repuso MacTier, que aún se sostenía el brazo del que manaba sangre.

Roarke le hizo un gesto a sus hombres y al grupo de Melantha para que le quitaran las armas a los guerreros.

—Os sugiero que abandonéis el bosque con celeridad —dijo, alzando la espada del lord MacTier para examinar la empuñadura profusamente enjoyada—. Es bien sabido que está lleno de bandidos.

La arrojó con las demás y se dio la vuelta.

Melantha avanzó entre las columnas de árboles en silencio, dejando atrás el sonido bajo de ronquidos y el humo de las hogueras moribundas. Había encontrado una pequeña corriente en la que bañarse, y el aire nocturno le recorrió la piel húmeda al seguir el sendero líquido en la oscuridad. Cuando al final el bosque llegó a su fin, salió bajo el cielo moteado de cristales.

Roarke se sentaba ante una interminable extensión de lago y contemplaba su brillante superficie. Sólo llevaba puesta la falda; tenía el pelo negro mojado, lo que indicaba que había estado nadando. No se volvió cuando ella se acercó. Melantha se sentó a su lado y apoyó los brazos sobre las rodillas. Durante un momento permanecieron en silencio, sin que ninguno deseara quebrar la quietud.

—¿Cómo murieron? —preguntó ella en voz baja.

Roarke mantuvo la vista clavada en el haz de luz de luna que danzaba sobre la superficie del lago.

—Mi hija sucumbió a la fiebre a los tres años, y yo no estaba presente para ayudar a mi mujer a soportarlo. Se envenenó.

Melantha siempre supo que había tenido que soportar una gran pérdida. Lo había visto en la sombra de sus ojos la primera vez que lo miró. Aun así, jamás había imaginado que sus heridas fueran tan profundas. En todo momento creyó que su propio sufrimiento era mucho mayor de lo que él podría llegar a comprender.

Se dio cuenta de que se había equivocado y se sintió egoísta y avergonzada. Las muertes de una esposa y una hija eran una agonía que apenas podía concebir.

—¿Por eso querías un castillo propio? ¿Porque no eras capaz de regresar al lugar donde habían fallecido?

—En parte —reconoció él—. También es el motivo por el que permanecí lejos tantos años. Fallé miserablemente como esposo y padre. Pero nunca fracasé como guerrero. Mientras hubiera una batalla que librar, tenía un lugar al que ir.

Ella podía entenderlo. El amor y la responsabilidad hacia sus hermanos la habían atado a su clan, pero había buscado refugio en el bosque. Ya fuera cazando en busca de carne o robando disfrazada de Halcón, el bosque era un lugar donde casi podía escapar del dolor de su pasado.

—Magnus me contó que el castillo que te regaló el lord MacTier era muy hermoso comentó un rato después—. Dijo que el salón en el que te encontró estaba lleno de finos tapices, y que bebías en copas de plata.

La boca de Roarke se tensó por el desdén.

—Bebíamos en copas cuyo precio podría haber alimentado a un niño durante un mes, y dormíamos en suaves colchones de plumas que me provocaban dolor de espalda. Lo odiaba.

—¿Por qué? —lo miró sorprendida.

—Porque realmente no era mío. Todos allí lo sabían, y yo también; sin embargo, me presté a ese juego idiota de que me hicieran reverencias y se comportaran como si me respetaran, cuando de hecho me despreciaban.

—Habrían aprendido a respetarte, Roarke... igual que hizo mi gente. Sólo tenías que darles tiempo.

—Me importaba un bledo que aprendieran a respetarme.

Melantha lo estudió en silencio. A pesar de sus esfuerzos por denigrar el castillo que le había regalado el lord MacTier, había sido su esperada recompensa por una vida de dedicado servicio. Las tierras eran fértiles, el castillo sólido y hermoso. Y sin importar lo que él dijera, estaba segura de que con el tiempo habría sido capaz de ganarse la confianza y la devoción de la gente que vivía allí. Podría haber llevado una vida confortable de honor y riqueza, al tiempo que mantenía su rango en su propio clan.

Y debido a ella ya no tenía nada.

—Era todo lo que siempre habías querido —susurró, incapaz de ocultar su pesar.

Él alargó la mano y le apartó un mechón de pelo de la sien, luego la apoyó con gesto posesivo en su mejilla.

—No, Melantha —musitó—, no lo era. —Bajó la cabeza sin quitarle los ojos de encima. Tenía los labios a unos milímetros cuando concluyó con un susurro ronco—: Te quiero a ti. A ti, a Daniel, a Matthew y Patrick, y a los maravillosos hijos que vamos a crear juntos. Eso significa mucho más para mí que todos los castillos, tapices y copas de plata de Escocia. ¿Lo entiendes?

Lo miró un instante largo, y angustiada mientras intentaba asimilar lo que le decía.

Luego le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con ardor. Roarke introdujo la lengua en el calor húmedo de su boca y la probó de forma profunda y absoluta, mientras las manos recorrían la tupida mata de pelo sedoso, la delicada extensión de sus costillas, la exuberante protuberancia de sus pechos. La quería con un deseo que resultaba abrumador, quería enterrarse en ella y hacerla suya, hasta que sobre ellos no quedara más que el cielo y sólo las separara el glorioso calor del amor. La acomodó sobre el regazo, y cuando comenzó a subirle el vestido, sintió que se endurecía bajo la áspera lana de la falda. Melantha se pegó a él y extendió las manos en su espalda para equilibrarse.

Roarke hizo una mueca de dolor.

—¡Estás herido!

—No es nada —aseguró, tratando de devolverla a sus brazos.

En absoluto convencida, escapó de su abrazo y se situó detrás de él. Un corte largo y oscuro mancillaba la carne bronceada a lo largo del omóplato. La herida ya no sangraba y la inmersión en el lago la había limpiado; no obstante, había que cerrarla.

—Es necesario coserte —anunció.

—Si te atreves a entregarme a Magnus, juro que iré en pos de MacTier y le suplicaré que me acepte de nuevo.

—Supongo que podría hacerlo Lewis —dijo ella—. Es muy bueno arreglando cosas.

—¿Sabe cómo cerrar una herida?

—Estoy convencida de que podría descubrirlo —titubeó.

—Bueno, pues que practique con un trozo de tela, no en mi espalda. —Una insistente sospecha comenzó a formarse en su mente. ¿Por qué no lo haces tú? —Ella apartó la vista, de repente fascinada por la luz de la luna sobre el lago—. ¿Melantha?

—En realidad, jamás aprendí a coser —confesó.

—Comprendo.

—Estaba demasiado ocupada aprendiendo a luchar y a cazar —dijo a la defensiva.

—Son habilidades útiles —convino él—, Por desgracia, significa que voy a tener una esposa diestra en el arte de abatir bestias y enemigos pero no en mantener las heridas y la ropa de su familia atendida —suspiró—. Imagino que yo mismo tendré que enseñarte a coser la herida.

—¿Sabes coser? —abrió mucho los ojos.

—Es algo que cualquier guerrero que se precie debe conocer. Te sorprendería descubrir las cosas que se rompen en un campo de batalla —la situó delante de él—. Como no posees la habilidad de cerrarme la herida, quizá podrías hacer algo para distraerme del dolor y elevar mi estado de ánimo —comenzó a darle besos lentos y prolongados por el cuello.

La mano de Melantha le rozó el regazo.

—Yo diría que tu estado de ánimo ya se ha elevado.

—Eres una muchacha atrevida —reprendió al tumbarla sobre la hierba—. Veo que la vida contigo va a ser agotadora.

—Quizá tengas razón —concedió ella. Le apartó la extensión de la falda y cerró la mano en torno a su firme virilidad.

Lo besó mientras acariciaba su extensión con una promesa lenta y tentadora, alternando el ritmo y el contacto hasta que todo su cuerpo quedó rígido y tenso por el placer. Al final Roarke no pudo soportarlo más. Se apartó, le alzó el bajo del vestido y hundió la cara en la piel cremosa de sus muslos.

—Me gusta este vestido —murmuró—, mucho más que tus pantalones.

Mucho después yacieron juntos bajo la suave calidez de la falda de Roarke, atentos a la gentil caricia del lago sobre las rocas.

—¿De verdad crees que el amuleto posee el poder para proteger a quien lo lleva? —preguntó Melantha al estudiar la esfera plateada que colgaba de su muñeca.

Él alzó la cadena y la esmeralda centelleó bajo la luz de la luna.

—Si me lo hubieras preguntado antes, te habría respondido que no. Sin embargo, no se puede negar que has experimentado una suerte poco corriente mientras lo tuviste en tu posesión.

—Estuviste a punto de cortarme la cabeza, me clavaron una flecha en el hombro y casi me ejecutan seis arqueros —señaló—. A mí no me parece que sea buena suerte.

—No obstante, aquí estás, a salvo en los brazos del guerrero que trató de matarte y que, a cambio, ha llegado a amarte por encima de todas las cosas. —Roarke dejó el colgante y bajó la cara al valle entre sus pechos—. Deberías saber que no tengo por costumbre casarme con los proscritos que me envían a capturar. Sin embargo, en el caso del Halcón, estoy dispuesto a hacer una excepción —se llevó la cumbre de un seno a la boca y se dedicó a succionarla.

—Eres un caballero —observó ella. Cerró los ojos y suspiró de placer—. Tu proposición recibirá mi máxima consideración, y por la mañana te ofreceré mi respuesta.

Roarke se detuvo unos momentos para mirarla divertido.

—En ese caso, mi pequeña proscrita, haré todo lo que esté en mi poder para influir en tu decisión —comenzó a abrir un sendero de besos por la superficie lisa de su vientre.

No pasó mucho tiempo hasta que Melantha susurró la respuesta en la noche aterciopelada.

Fin